



Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Universidad del Perú. Decana de América

Dirección General de Estudios de Posgrado
Facultad de Letras y Ciencias Humanas
Unidad de Posgrado

Representaciones de Lima migrante en “Rasgos de pluma” (1875-1879 / 1885-1889) de Abelardo Gamarra

TESIS

Para optar el Grado Académico de Magíster en Literatura con
mención en Literatura Peruana y Latinoamericana

AUTOR

Jannet TORRES ESPINOZA

ASESOR

Marcel Martín VELÁZQUEZ CASTRO

Lima, Perú

2019



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Torres, J. (2019). *Representaciones de Lima migrante en “Rasgos de pluma” (1875-1879 / 1885-1889) de Abelardo Gamarra*. Tesis para optar grado de Magíster en Literatura con mención en Literatura Peruana y Latinoamericana. Unidad de Posgrado, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú.

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

Hoja de metadatos complementarios

Código ORCID de autor (opcional): -

Código ORCID del asesor (obligatorio): 0000-0002-5770-8400

DNI del autor: 42965012

Grupo de Investigación: -

Institución que financia parcial o totalmente la investigación: -

Ubicación geográfica donde se desarrolló la investigación: Lima

Año o rango de años que la investigación abarcó: 1875-1879 / 1885-1889

UNIDAD DE POSGRADO
ACTA DE SUSTENTACIÓN DE TESIS DE
GRADO ACADÉMICO DE MAGISTER

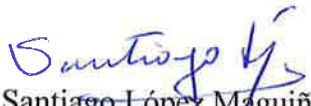
A los veintitres días del mes de julio de dos mil diecinueve, siendo las 16.30 horas, en el local de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, se reunió el Jurado de Grado integrado por los profesores: Dr. Santiago López Maguiña (Presidente), Dr. Marcel Velázquez Castro (Asesor), Mg. Luis Eduardo Lino Salvador (Informante) y Dra. Luz Ainai Morales Pino (Informante) para calificar la sustentación de la tesis titulada **REPRESENTACIONES DE LIMA MIGRANTE EN "RASGOS DE PLUMA" (1875-1879/ 1885-1889) DE ABELARDO GAMARRA**; presentada por la señorita **Jannet Torres Espinoza** Bachiller en Literatura, para optar el Grado de Magister en Literatura con mención en Literatura Peruana y Latinoamericana.


Hecha la exposición y absueltas las preguntas formuladas por el Jurado, éste acordó la siguiente calificación de acuerdo a lo establecido por el Reglamento General de Estudios de Posgrado, aprobado por R.R. N° 04790-R-18 del 08 de agosto de 2018.


EXCELENTE (19)


Habiendo sido aprobada la sustentación de la tesis, el Jurado recomendó que la Facultad proponga que se le otorgue el grado académico de Magister en Literatura con mención en Literatura Peruana y Latinoamericana a la bachiller **Jannet Torres Espinoza**.

El acto académico de sustentación concluyó a las *18.00* horas.


Dr. Santiago López Maguiña
Presidente
Profesor Principal T.C.


Mg. Luis Eduardo Lino Salvador
Informante
Profesor Asociado T.C.


Dr. Marcel Velázquez Castro
Asesor
Profesor Principal T.C.


Dra. Luz Ainai Morales Pino
Informante
Profesora Auxiliar T.P.

ÍNDICE

ÍNDICE	2
INTRODUCCIÓN	4
 CAPÍTULO I:	
ESTADO DE LA CUESTIÓN	15
1.1. Nociones generales sobre la obra costumbrista de Abelardo Gamarra en la historia literaria peruana	15
1.1.1. Revaloración de los artículos costumbristas de Abelardo Gamarra	20
1.2. Lima en los artículos de costumbres de Abelardo Gamarra en los estudios literarios.....	29
1.2.1. La poética de un forastero: reinventar Lima en los artículos costumbristas de Abelardo Gamarra	32
1.3. Balance de estado de la cuestión.....	34
 CAPÍTULO II:	
MARCO CONCEPTUAL, CONTEXTO HISTÓRICO Y LA COLUMNA	
“RASGOS DE PLUMA” (1875-1879 / 1885-1889)	40
2.1. Acuerdos conceptuales	40
2.1.1. Oposición binaria y migración en la Lima del Tunante	40
2.2.1. Revisitar estructuras costumbristas: la prensa, el narrador y la ciudad	46
2.2. Abelardo Gamarra y la migración en Lima en la segunda mitad del siglo XIX	53
2.2.1. Lima y la migración interna en la segunda mitad del siglo XIX.....	59
2.2.2. Abelardo Gamarra y la migrancia andina en Lima en la comunidad letrada limeña	66
2.3. Lima en la columna “Rasgos de pluma” (1875-1879 / 1885-1889)	75

2.3.1. De Rasgos de pluma a “Rasgos de pluma” en El Nacional	80
2.3.2. “Rasgos de pluma” en 1875: Primera salida en Lima	85
2.3.3. “Rasgos de pluma” en 1885: Primer contacto con Pelagatos	88

CAPÍTULO III:

RASGOS DE LIMA MIGRANTE EN “RASGOS DE PLUMA” (1875-1879 / 1885-1889)

3.1. El Tunante, narrador migrante en “Rasgos de pluma”	93
3.1.1. El tunar del Tunante	95
3.2. Primeras impresiones de la ciudad de Lima	101
3.2.1. Lima, la mistura urbana.....	102
3.2.2. La vanidad de la urbana Lima.....	110
3.3. Pelagatos y el retorno a Lima.....	119
3.3.1. El anti urbano Pelagatos.....	121
3.3.2. Ríos de sangre: una violencia que no cesa.....	128
3.4. Lima, espacio de encuentros y desencuentros (1875-1879 / 1885-1889)	132
3.4.1. El Tunante migrante serrano y sus paisanos.....	133
3.4.2. El Tunante migrante serrano y los limeños.....	148
CONCLUSIONES.....	157
BIBLIOGRAFÍA.....	163
ANEXOS.....	175
- Anexo 1: Acceso de <i>El Nacional</i> , consultado en la Biblioteca Nacional del Perú....	176
- Anexos 2-9: “Rasgos de pluma” de <i>El Nacional</i> (1875-1889).....	178
- Anexo 10: Prospecto de <i>Rasgos de pluma</i> (1899)	209

INTRODUCCIÓN

Esta investigación sobre los artículos de Gamarra ha sido para mí un incesante cuestionamiento: ¿qué pretendía Gamarra con sus artículos de costumbres?, ¿pretendía exclusivamente la revaloración de provincias como tradicionalmente se ha afirmado de su obra? Aproximarme a una respuesta solo aconteció cuando obtuve mis fuentes primarias. Así que las dos siguientes preguntas me ayudaron a resolver las dos anteriores: ¿desde dónde estudiarlo?, ¿cuál(es) de todos sus artículos compilados en sus siete libros podía ser mi corpus básico de análisis?

De Gamarra se conocen siete recopilaciones de sus artículos de costumbres (y que incluyen otras publicaciones periódicas): *El Tunante en camisa de once varas* (1876), *Novenario del Tunante* (1885), *Costumbres del interior* (1888), *Rasgos de plumas* (1899), *Algo del Perú y mucho de pelagatos* (1905), *Artículos de costumbres* (1910) y *Cien años de vida perdularia* (1921). Los artículos que habían llamado originalmente mi atención se encontraban en *Rasgos de pluma* (1899), su recopilación más voluminosa (76 textos) y considerada además la más enjundiosa. Pero definitivamente retornar a prensa y a su columna “Rasgos de pluma” (1875-1880/1885-1889) en el periódico *El Nacional* fue encontrarme con los textos en contexto. Y sobre todo resultó novedoso para mí apreciar que Gamarra pretendía, al menos desde lo que fue su columna, representar Lima, solo que de manera distinta a como lo hicieron otros escritores de su época.

En el costumbrismo literario existió interés por la imagen de las capitales, ciudades modernas y urbanas. Ello se explica en que los escritores y la prensa se desenvolvían en torno al gusto e intereses del grupo letrado de clase media; así por ejemplo en el costumbrismo europeo se distinguen Madrid, Londres o París (Peñas,

2013: 501). En el costumbrismo peruano no es de extrañar la centralidad que tuvo Lima, la capital peruana, en los artículos costumbristas de escritores icónicos como Felipe Pardo y Aliaga, Manuel Ascencio Segura, Manuel Rojas y Cañas, y Manuel Atanasio Fuentes “El Murciélago”.

Entonces es lógico que la columna “Rasgos de pluma” de Gamarra también tuviese por objetivo la representación de la ciudad, pero lo de Gamarra era particular puesto que, como lo había advertido la crítica, sus artículos tenían mucho de representación de costumbres de provincias. ¿Entonces cómo eso dialogaba con su representación de la capital? En esos interines y con revisión de historia del contexto, sostengo como hipótesis que Gamarra construye y sostiene discursivamente una Lima migrante en sus artículos costumbristas publicados en su columna “Rasgos de pluma” durante el periodo 1875-1879 / 1885-1889. (Advierto que no he empleado las publicaciones de 1880 ya que se dirigen más al conflicto bélico peruano-chileno de ese momento).

Propongo entre mis hipótesis específicas: primero, en cuanto la revisión del estado de la cuestión, planteo que en los estudios sobre la obra de Gamarra, aunque ha existido real interés por la obra de Gamarra y esfuerzos concretos de rescate, la crítica tradicionalmente se ha limitado a incidir de manera parcial en el tópico de valoración de la sierra. Más aún este tópico ha sido explicado pocas veces con análisis textual de los artículos. En lugar de ello, se ha argumentado el interés en provincias como solo consecuencia de la biografía del autor de origen provinciano; y apenas se advirtió su representación de Lima.

Segundo, la representación de la capital puede ser analizada en artículos de Gamarra considerando la tradición literaria que existe de representar Lima, y que refiere Eva Valero (2003). Los artículos de Gamarra formarían parte de dicha tradición, aunque

en una línea poco explorada en nuestra literatura del siglo XIX: la presencia de forasteros provincianos en la capital. Los estudios de historia del contexto social sobre migración interna en nuestro país pueden brindar complementariamente un fondo de apoyo a esta creación literaria.

Tercero, sostengo que Gamarra crea un narrador migrante serrano que recorre Lima. Distinguir ello es indispensable, a través de la perspectiva del narrador sabemos quién mira, qué mira y cómo mira, y así podemos reconocer otras características a nivel textual del universo que crea. En primer lugar, la configuración del narrador migrante tiene como indicio el seudónimo “El Tunante”. Además de un nombre distintivo del escritor, es indicio de la condición de narrador migrante; dado que la noción de “tunar” contempla un desplazamiento espacial, que en el narrador es además cultural.

Finalmente, como cuarta hipótesis específica sostengo que la representación de Lima, mediada por una organización binaria, atraviesa los textos de Gamarra en tres aspectos, influenciados por el tiempo en que se produjeron estos textos: A) Inicialmente, en los primeros años de “Rasgos de pluma”, el narrador presentó Lima como una urbe en mistura de migrantes y con tendencia a la vanidad, por sus excesos y desconocimiento del mundo rural; B) Gamarra creó “Pelagatos”, un espacio serrano, rural, bárbaro bajo la visión de que la capital, que se ensoñaba urbana, durante la posguerra vivía conflictivamente situaciones que le acercaban a la imaginada distante serranía. De tal manera que Lima es Pelagatos. C) A lo largo de la columna “Rasgos de pluma”, Lima es representada como un espacio de encuentros y desencuentros: el narrador se involucra progresivamente en relación contradictoria (entre la familiaridad y el recelo) con forasteros serranos que recorren la capital y limeños residentes.

Para demostrar mi hipótesis desarrollo tres capítulos. El primer capítulo es una revisión del estado de la cuestión. Es decir, recuperación y análisis de lo que la historia

y la crítica literaria han dicho respecto a los artículos de costumbres de Abelardo Gamarra. Destacan los esfuerzos de rescate de investigadores Gamarristas como Galarreta (entre 1951 y 1974), las tesis de Orihuela y Peña respectivamente (ambas de 1942) sobre los textos costumbristas de Gamarra desde los diarios *El Nacional* y *La Integridad*. Destacan también estudios específicos contemporáneos, como el artículo de Guido Podestá (1998) en el que propone la poética del forastero y que ha sido un importante precedente para mi investigación; y *Lima en la tradición literaria del Perú* (2003) de Eva Valero, aunque solo incluya breves apuntes sobre la representación de la ciudad de Lima en Gamarra.

El segundo capítulo procura reunir tres ámbitos: marco teórico, contexto histórico e información de la columna “Rasgos de pluma” (1875-1879/1885-1889) en *El Nacional*. El marco teórico cubre nociones de sujeto migrante, concepto de oposición binaria ciudad-campo y estructuras costumbristas. En cuanto a la categoría sujeto migrante recurro a la propuesta de Antonio Cornejo Polar (1995): El sujeto migrante se identifica por el desplazamiento entre culturas en más de un sentido incompatibles y de relación asimétrica; y en lugar de la síntesis armónica en la categoría de mestizaje, el sujeto se sostiene desde la fragmentación en experiencias (tiempos, espacios y valores). Complementariamente, propongo que este desplazamiento supone la existencia de la oposición binaria ciudad (urbe)-campo, que cuenta con una amplio espectro cultural y literario, como lo hizo notar Williams en su clásico libro *El campo y la ciudad* (2001). Los estudios hispanoamericanos sobre costumbrismo han tenido interesantes avances en los últimos treinta años; se ha logrado definir, entre otras cosas, al narrador costumbrista lo que permite analizar el artículo desde la perspectiva de este y mantener un estratégico contacto con el autor como parte del pacto costumbrista.

Sobre el contexto histórico ha sido relevante para esta investigación rastrear el movimiento migratorio desde la sierra peruana hacia Lima durante la segunda mitad del XIX. Aunque hay pocas investigaciones al respecto, resulta valioso el aporte realizado por Flores Galindo (1994) y estudios de investigadores sucedáneos como Ragas (2008) y Méndez (2011). Desde sus investigaciones sobre el proceso de migración se puede observar las oscilantes relaciones de poder entre la capital y las provincias andinas en la segunda mitad del siglo XIX, así como los discursos que han procurado avalar la superioridad de la capital que se imaginó costeña y blanca.

Respecto a la columna “Rasgos de pluma” en *El Nacional*, el último apartado del segundo capítulo presenta información de este diario limeño, uno de los más importantes de su época, en el que Gamarra publicaba semanalmente entre 1875-1880/1885-1889, solo dejó de publicar esta columna entre 1881 y 1885 por los desbarajustes de la guerra. (En el año 1880 las publicaciones del escritor giran en torno al conflicto bélico, reitero que no lo incluyo en esta investigación y que requiere un análisis aparte). El libro *Rasgos de pluma* (1899), homónimo a la columna y su intento de recopilar los artículos de costumbres que publicó en esta, es su libro más importante; sin embargo, este se encuentra incompleto, los textos compilados no tienen fechas de publicación original y en la edición de cada artículo a veces se ha omitido párrafos del texto original. Retornar a la columna en prensa permite identificar cronológicamente las publicaciones completas, se puede leer sus artículos en pleno contexto vital e intenso, estrechamente vinculado con la cotidianidad social y cultural en la que el autor intervenía.

El tercer capítulo se aboca al análisis de diez artículos seleccionados de “Rasgos de pluma” (ocho de ellos recogidos directamente desde la columna periodística, y dos casos excepcionales que no halle en prensa y he empleado la versión que se recopiló en

el libro *Rasgos de pluma*, 1899). Mediante la perspectiva del narrador y la oposición binaria campo-ciudad analizo situaciones en las que se visibiliza la representación de Lima migrante. Sin diluir la oposición binaria Lima/provincias (y todas las relaciones que se han desprendido durante el siglo XIX peruano como costa/sierra, urbano/rural, criollo blanco/indígena y modernidad/barbarie), Gamarra visibiliza en la capital el contacto e interacción de realidades percibidas como distantes y opuestas. De tal manera, el escritor, dialoga con la representación de Lima criolla (costeña y blanca) que era norma homogeneizadora, y flexibiliza esta hacia una representación de Lima heterogénea vinculada a la sierra peruana; las conflictivas fisuras no se disuelven, al menos no como anhelaba el discurso criollo costeño, silenciando a provincias; tampoco se disuelven en una exaltación a provincias sobre Lima. La tensión se mantiene como constante. Para ello, dentro del imaginario de ciudades, Lima migrante, más que un territorio, es quienes le habitan (residentes y forasteros) y muta bajo las interacciones de estos.

Con el objetivo de demostrar la representación de Lima migrante, he organizado este último capítulo en cuatro apartados: el narrador migrante; las primeras impresiones de Lima; Pelagatos y el retorno a Lima; encuentros y desencuentros en Lima. El primer apartado del tercer capítulo, el Tunante narrador migrante, es fundamental para el análisis de la ciudad ya que la representación costumbrista depende de la perspectiva del narrador: quién mira y cómo mira. En este primer apartado estoy considerando el análisis del sentido del término “Tunante” además de algunas características que desarrolla en sus artículos que revelan la fragmentariedad de su perspectiva con elementos andinos y occidentales. Sin la perspectiva de este narrador, que no idealiza ni soluciona los conflictos de la dualidad Lima-provincias, no sería posible la representación de la ciudad fragmentada en sus elementos.

El segundo y tercer apartado del tercer capítulo los he elaborado considerando los artículos de mayor tensión en las expectativas del narrador migrante sobre Lima y provincias, en los artículos de los primeros años de la columna en sus dos inicios: 1875 y en 1885. El segundo apartado aborda, desde la perspectiva del narrador Tunante migrante, las primeras representaciones que formula de Lima en 1875, como un forastero que observa la ciudad por primera vez, entre el descubrimiento y el recelo. En estas primeras representaciones predomina una imagen de la ciudad que oscila entre la mistura de tipos/costumbres y la vanidad urbana. En este apartado he empleado los artículos “Picanterías, las fondas, los restaurantes y los hoteles” (1875, primer artículo de la columna), “La semana santa en Lima” y “De Lima a Rio Blanco y de Rio Blanco a Lima” (ambos de 1876).

El tercer apartado del tercer capítulo aborda, nuevamente desde la perspectiva del narrador Tunante migrante, la aproximación a Lima, pero diez años después de su primer artículo (1875) y cinco años desde su última publicación (1880) en “Rasgos de pluma”. Es retomar contacto con la ciudad y la comunidad letrada limeña con artículos escritos en modo epistolar: “Carta que puede publicarse” y “Cómo juegan en Pelagatos”, con ellos Gamarra reactiva la columna “Rasgos de pluma” (1885). Aunque el tópico principal de ambos artículos es el pueblo rural de Pelagatos, existen constantes paralelismos con Lima. En ocasiones estos paralelismos son solo contrastes con resultado despectivo sobre el maltrecho pueblo imaginario; y en otros más allá del esencialismo de la dualidad campo-ciudad, se puede inferir el vínculo entre el caótico Pelagatos y la devastada urbe limeña de posguerra.

En el cuarto apartado del tercer capítulo analizo artículos en los que destaca Lima como espacio de encuentros y desencuentros con forasteros serranos y limeños. Los artículos aquí empleados son “Los paisanos pegajosos” (1878), “Pan para mayo”

(1879), “Otro de Pelagatos” (1886), “Sarah Bernhardt y un pelagatuno” (c. 1886), y “Mis ahijaditos (c. 1885-1889). En ellos se encuentran situaciones que protagoniza el narrador migrante y en las que él mismo representa la fragmentareidad de identificación: el narrador Tunante puede ser el criollo que excluye al serrano, el serrano que se entusiasma en reencontrarse con un paisano, el serrano letrado que es invitado en casa de una familia criolla, y finalmente el cholo expulsado por una familia criolla.

No podría afirmar cuán consciente fue Gamarra de estas representaciones de la oposición binaria Lima/provincias en su columna “Rasgos de pluma”. Tampoco afirmar cuán consciente fue al exponer sus propios prejuicios y contradicciones. Lo que puedo afirmar al concluir esta investigación es que, en los artículos de Gamarra, Lima se devela en arraigadas diferencias internas y en contacto por la dualidad Lima/provincias. De tal manera, sería posible identificar a Gamarra como un precedente en la literatura sobre migrancia en nuestro país, no solo sobre sujetos migrantes sino también dentro de la historia de las representaciones de la ciudad de Lima.

En cuanto la metodología de trabajo, la consulta de las fuentes primarias es uno de los principales soportes de esta investigación. He realizado revisión y recuperación de artículos costumbristas de Abelardo Gamarra desde su columna “Rasgos de pluma” en *El Nacional* (1875-1880/ 1885-1889), considerando como criterio de selección la presencia de Lima migrante como eje transversal, no tomo las publicaciones de 1880 dado que por el conflicto bélico este tópico fue predominante y merece otro espacio de estudio. En base a estos textos, he realizado análisis textual e intertextual considerando que más que artículos costumbristas dispersos (que ha sido la lectura usual sobre los artículos de costumbres) se encuentran interconectados mediante la perspectiva del narrador sobre la ciudad. Por la naturaleza dual del artículo de costumbres, literario y periodístico, ha sido importante también recuperar el diálogo con condiciones

socioculturales de la época, entre ellos el fenómeno de migrancia en la segunda mitad del siglo XIX.

En este sentido, cabe señalar que los anexos incluidos en esta tesis – registro de acceso de *El Nacional* en la BNP, artículos costumbristas recopilados desde la columna “Rasgos de pluma” y el prólogo del libro *Rasgos de pluma* (1899) – constituyen la base que orientó y delimitó de modo predominante mi hipótesis. De tal manera, además de aporte bibliográfico, estos anexos integran la escritura de esta investigación. No he recopilado ni analizado todos los artículos de dicha columna que surgieron en mi revisión, asumiendo que finalmente esa tarea ya competirá a otro esfuerzo posterior.

Remarco que dado que Gamarra publicó semanalmente en su columna “Rasgos de pluma” la cantidad de artículos que se sumaría en todo ese rango, de más de diez años, superaría a quinientos (considerando 52 semanas al año, y considerando incluso que no todas sus publicaciones hayan sido de artículos de costumbres sino también piezas teatrales y ensayos). Ello supera los límites de análisis de esta tesis de maestría. Sin embargo, identificar cronológicamente las publicaciones originales de Gamarra en “Rasgos de Pluma” permite reconocer textos clave en su proyecto costumbrista y por ello decidí mantener la exploración en todo el rango temporal de la columna pero dirigir el análisis solo con los artículos que he seleccionado considerando el eje transversal de Lima migrante. He enfocado en una selección de diez textos para poder profundizar, de los cuales he transcrito siete (ver anexos) y cuatro de ellos son inéditos. Los artículos de 1875 y 1885 en particular son momentos clave de la representación de Lima en la columna “Rasgos de pluma”.

También en cuanto metodología, cabe señalar que en los anexos hay ajustes en cuanto la ortografía y en deslices tipográficos propios de la prensa del siglo XIX. Pero estas correcciones no mellan la riqueza verbal en los artículos de Gamarra. Valga

señalar que Gamarra tiene un empleo magistral de regionalismos y expresiones populares. Algunos de sus términos y frases han caído en desuso, además que emplea citas o menciones de otros escritores. Por todo ello, en los artículos rescatados en los anexos anoto a pie de página algunas aclaraciones necesarias.

Respecto a la pertinencia de mi investigación, además de lo estrictamente académico, considero necesario mantener viva la reflexión sobre relaciones de desigualdad entre Lima y “el resto del Perú” que han sido recreadas en nuestra literatura y que aún retumban de forma perjudicial entre nosotros. Tan solo como manifestación reciente de ello, el 5 de junio del presente año, un congresista se refirió despectivamente al actual presidente peruano señalando que este fue elegido porque “éramos muchos blancos pues y para variar la cosa se jaló a un provinciano para que mejore la imagen”; además el mencionado congresista despreció la experiencia en gestión pública del presidente pues “fue gobernador de una región chiquita que tampoco es la gran cosa”. Su expresión es cuadro vivo y contemporáneo de las relaciones desiguales de poder entre costa-sierra, el centralismo de la capital en desprecio a los “provincianos”, el racismo subyugante en contra de los “cholos”, todo aquello que los artículos de costumbres Gamarra abordaron. Sobre la expresión señalada del congresista peruano, algunos medios de prensa y ciudadanos reaccionaron en contra de estas afirmaciones; sin embargo, por otros tantos ha sido normalizado. Aún queda mucho trabajo por hacer en la República que somos y que pronto conmemorará su bicentenario.

Para cerrar esta introducción, extendiendo mi agradecimiento a quienes durante el proceso de elaboración de esta tesis me han acompañado y brindado soporte. Agradezco a mi asesor de tesis Marcel Velázquez Castro por alentarme a la búsqueda de archivo que siempre resulta retadora pero invaluable, así como sus valiosos comentarios y observaciones a esta investigación. Agradezco a Francesca Denegri por sus

observaciones en dos artículos sobre Abelardo Gamarra, uno de ellos publicado en el Revista del Instituto Riva Agüero (2017) y el otro próximo a ser publicado en un libro que ella ha compilado; dichos textos nutren mi segundo y tercer capítulo. Mi agradecimiento a los bibliotecarios de la Hemeroteca y del Fondo reservado “Libros raros” en la Biblioteca Nacional del Perú por el apoyo en mi búsqueda de archivo. Agradezco a mis amigos José Farje, Edwin Canaza, Leda Quintana, Rafael Gallardo por sus comentarios agudos cuando les contaba de este proyecto sobre Abelardo Gamarra; así como todo el respaldo anímico que me han brindado. Agradezco a mis queridas amigas decimonónicas Claudia Berrios, Génesis Portillo y Laura Liendo por el compañerismo, el aliento y el interés compartido sobre el la literatura del siglo XIX. Y, en especial, mi agradecimiento a mis padres, el apoyo incondicional y sus historias personales de migración me hacen querer tanto a Lima, así como observarla en un marco cultural mayor que supera los linderos geográficos.

Toda mi gratitud para con cada uno de ellos. Lo mejor que pueda encontrarse en esta tesis nació y se sostuvo gracias a su apoyo. Lo que se encuentra aún verde o no terminó de florecer es mi responsabilidad. Si bien esta tesis queda concluida, la considero un peldaño para próximos estudios sobre los artículos de Abelardo Gamarra, a su narrador El Tunante y la historia de las representaciones de Lima.

Lima, junio 2019

CAPÍTULO I:

ESTADO DE LA CUESTIÓN

El presente capítulo se compone de tres apartados. El primero corresponde a la respectiva revisión de la bibliografía sobre Abelardo Gamarra, el segundo enfoca de manera más específica la representación de Lima en sus artículos de costumbres; el tercero y último, es balance de la bibliografía consultada y conecta con la propuesta de lectura que sostiene mi tesis. No es poca la bibliografía alrededor de la obra Gamarra, aunque en su mayoría tiene un enfoque panorámico dentro de la historia literaria; de modo tal que el punto de partida es reconocer los alcances de estudios previos sobre el escritor en cuestión y, progresivamente, distinguir algunos indicios en los textos particulares que son base de mi propuesta en la representación de Lima migrante.

1.1. Nociones generales sobre la obra costumbrista de Abelardo Gamarra en la historia literaria peruana

En los textos que conforman la tradición de historia literaria peruana, se han dedicado algunas reflexiones a Abelardo Gamarra. Grosso modo, podemos encontrarlo junto a otros nombres que nos resultan más o menos familiares. Así lo han agrupado como parte de la literatura de posguerra, caracterizado por inquietudes literarias pro-indigenistas y patrióticas, junto a los célebres íconos Manuel González Prada y Clorinda Matto, aunque con menos realce que ellos. Otros, como integrante destacado de los escritores costumbristas de fines del XIX –“Los costumbristas de 1886” o “Neocostumbristas”–, entre quienes se lista también a Manuel Moncloa y Covarrubias, Federico Elguera y Federico Blume. Y en lo que respecta la prosa de la segunda mitad de siglo XIX, se afirma que habría sido opacado tras el éxito de Ricardo Palma y la contundencia de Manuel González Prada.

Dentro de estos estudios generales que incluyen a Gamarra, existen también comentarios específicos similares entre ellos. Un factor común y que logró despertar interés por la obra del escritor se concentra en el hecho de que Gamarra, un provinciano que era forastero en Lima, ingresase representaciones literarias de la sierra peruana, hecho que durante la segunda mitad del siglo XIX era inusual y retador para una Lima de sensibilidad europea. Acorde a esta cercanía vital y temática a provincias, se valora en Gamarra trascender el centralismo y ser promotor de un nacionalismo literario. También como factor común, la historia y crítica literaria ha mostrado cierto interés en sus artículos de costumbres, firmados por El Tunante, aunque se le reprenda que eran fragmentos dispersos y no se realizase mayor análisis sobre estos. Y también como factor común, se ha criticado su estilo “desmañado”, para algunos objetable y para otros el indicio de un nuevo estilo aunque no se tuvo certeza de cómo calificar¹. Estos factores han sido orientadores para mi hipótesis.

A continuación, reúno y comento fragmentos relevantes de estudios dentro de nuestra historia literaria nacional donde ha sido abordado Abelardo Gamarra. Me detengo en la referencia de cada autor que ha incluido a Gamarra en sus respectivas aproximaciones a la historia literaria; aunque no son indicios explícitos para mi hipótesis permiten conocer un poco más sobre cómo ha sido leído Gamarra. Al final del capítulo realizaré el balance general con reflexión de estos aportes de la historia literaria a mi propuesta de lectura.

En *Costumbristas y satíricos* (1938), García Calderón reconoce que “no se le dio a Abelardo Gamarra en el Perú el lugar que merecía por su talento chispeante de costumbrista. Él lo sabía y alguna vez me lo escribió gentilmente, sin quejarse de la

¹ Dentro del poco reconocimiento que ha recibido Gamarra, se ha señalado que no se le ha apreciado lo suficiente o se le ha relegado por las pocas galas de su estilo. Aparentemente por ello en algunas historias de la literatura no mencionan a nuestro autor. Así por ejemplo, en el texto *Carácter de la literatura del Perú Independiente* (1905) de José de la Riva Agüero no se menciona a Gamarra ni a ninguno de los costumbristas de fines del XIX.

injusticia” (1938:128). García Calderón sugiere una posible explicación: entre los estudiosos, la fama de Ricardo Palma habría opacado a Gamarra. Lo cual lamenta pues Gamarra encaró con “tanta gracia la realidad provincial”. (1938:128). Y en este último punto resuena su valoración: la realidad provincial en la obra de Gamarra.

José Carlos Mariátegui a mediados del siglo XX, en *Siete ensayos de la realidad peruana* (1959), explicitó su apuesta por Gamarra que consideró mezquinamente relegado por la crítica. El investigador encumbra a este escritor como “uno de nuestros literatos más representativos” (1959: 231) dentro de lo que sería la conformación de una literatura nacional. Para Mariátegui, el valor de Gamarra consistió en ser quien mejor tradujo y expresó en ese entonces a las provincias en medio de una literatura que era predominantemente capitalina:

Procedente de un pueblo serrano, el Tunante se asimiló a la capital y a la costa, sin desnaturalizarse ni deformarse. Por su sentimiento, por su entonación, su obra es la más genuinamente peruana de medio siglo de imitaciones y balbuceos. (Mariátegui 1959: 231)

Esta “pureza” de traducción de provincias, Mariátegui la explica en parte a la procedencia serrana del autor y sobre la obra de Gamarra enfatiza los sentimientos con reminiscencias indígenas, la vida del campo combinada con el donaire criollo. Según sostiene Mariátegui, el retrato de tipos y costumbres en Gamarra sostiene un idealismo político y social integral superior a la de “un simple costumbrista satírico” (1959: 233) como lo consideró García Calderón. Mariátegui además lo relaciona al rol político que tuvo Gamarra después de la Guerra, con el movimiento radical que se oponía al Civilismo liderado por una “aristocracia encomendera”.

A pesar de toda esta combinación tan “nacional”, reflexionó Mariátegui, la obra de Gamarra ha sido relegada a un plano casi negligible por cuestionamientos en su sintaxis y en su ortografía. En su defensa, Mariátegui insistió en la palpitante escritura de Gamarra, con “muchos atisbos agudísimos, muchos aciertos plásticos. El Tunante es

un Pancho Fierro de nuestras letras –afirmaría Mariátegui– un ingenio popular; un escritor intuitivo y espontáneo” (1959: 233). Mariátegui califica como un acierto el lenguaje popular que intentó Gamarra, pues fue así como capturó la atención del pueblo y que no por azar la obra de “El Tunante” era “la más leída en provincias” (1959: 233). De lo que Mariátegui no salva a Gamarra es de la ausencia de una creación central, y que lamentablemente sea “una colección dispersa de croquis y bocetos” (1959: 233).

En *La literatura peruana* (1965), Luis Alberto Sánchez se refiere a Gamarra como “indudablemente” el más importante de los costumbristas de posguerra (1965: 1082) o Costumbristas de 1886². Sánchez elogia de Gamarra sus “extraordinarias dotes de observador”, su temprana y sostenida labor en la prensa (desde 1876, señala), la importancia de su incursión en *El Nacional* y en *La Integridad* (su propio periódico). Asimismo refiere, al igual que García Calderón, que “de no haber coincidido con el esplendente éxito de Palma, [Gamarra] pudo ser más famoso” (1965: 1082).

Para Sánchez, en la obra de Gamarra el sentimiento por lo peruano se garantiza en la representación de provincias, esta sería la originalidad de su obra. Sánchez reincide en el rasgo provinciano en la obra de Gamarra de manera implícita como respaldo de carácter nacional: “En Gamarra, miembro de la generación nacionalista –no criollista– de la trasguerra, todo es Perú y nada más”. (1965: 1084). Y aunque, de acuerdo a Sánchez, Segura habría intentado ingresar provincias al imaginario costumbrista limeño (con la mención de Piura y Huancavelica), el intento resultó más rotundo con Gamarra.

Respecto a la carencia de “calidades extraordinarias”, Sánchez cita un fragmento del artículo de costumbres “La manta” de Gamarra. Sin un análisis, con tan solo mostrar

² Sugiero que Sánchez se anima a denominarles “Los costumbristas de 1886” por una imagen de grupo o generación organizada a partir de ese año. Esta idea podría desprenderse del libro testimonial de Moncloa y Covarrubias: *Los bohemios de 1886* (1901).

la cita, Sánchez concluye que la expresión es “sugestiva, pero sin técnica, desprovista de pulimento. Así fue Gamarra en toda su obra” (1965: 1083). Sánchez explicita además: “Muchos creen que Gamarra fue intuitivo, ignorante. Hay algo de eso. Pero no tanto. Gamarra era hombre de lecturas” (Sánchez 1965: 1083). Lo que puede observarse es un prejuicio aparentemente extendido entre los estudiosos literarios que desautorizaba a nuestro autor; y razón también para Sánchez de considerarlo en menor importancia que el pulcro González Prada.

En *Historia de la literatura republicana* (1980) de Washington Delgado, se menciona a Abelardo Gamarra como el responsable del perfeccionamiento del costumbrismo en nuestro país, aunque sucediese durante el predominante realismo peruano de fines del XIX. Enfatiza en que el costumbrismo, hasta entonces “exclusivamente urbano o, más concretamente, limeño”, con Gamarra comprendió la dimensión nacional; no solo por la mayor extensión descriptiva, mayor galería de tipos y personajes sino también y particularmente por la profundidad (Delgado 1980: 90).

Sobre el estilo de prosa en Gamarra, Delgado celebra que esta sea “rápida, sabrosa, cargada de color y chispeante” aunque no cuidadosa como la de Felipe Pardo. Y aclara que esta falta de cuidado en Gamarra bien puede justificarse en que, a diferencia de Pardo que fue parco de producción, Gamarra “fue en cambio un escritor vario y abundante que se prodigó en artículos semanales, publicados primero en *El Nacional* y luego en *La Integridad*, a través de los cuales desfilan los tipos más característicos de nuestras sociedades urbana y rural, costeña o serrana (...)” (Delgado 1980: 91).

Nótese que Delgado hace referencia directa a los artículos de costumbres del Tunante, en tanto que considera que principalmente por ellos sería recordado, “por sus artículos de costumbres picantes, vigorosos, amenos y agudos que llevaron a su

culminación al género costumbrista” (Delgado 1980: 91). Incluso, para Delgado, los artículos costumbristas de Gamarra fueron cómplices de las denuncias de las novelas realistas que entonces se publicaban en nuestro país.

Augusto Tamayo Vargas, en la *Historia de la literatura peruana* (1993), señala que dentro del realismo literario, resulta interesante la aparición de un nuevo costumbrismo crítico en el cual se distinguiría “muy especialmente” Abelardo Gamarra. El aporte que lo haría merecedor de esta distinción, y de un apartado en el texto de Tamayo, “estriba en haber ofrecido las notas criollas de toda la República, rompiendo el centralismo de nuestros cuadros de costumbres” (Tamayo 1993: 574). Lo cual para Tamayo dialogaba con el grupo de intelectuales de la generación realista que aprendió que el Perú no era Lima.

Para Tamayo, en la línea de costumbristas peruanos, Abelardo Gamarra y Manuel Atanasio Fuentes son semejantes en importancia en sus épocas respectivas. Les diferencia que “El Murciélago” tuvo la visión exclusiva de Lima, una prosa elegante, y “no supo despertar las dormidas vivencias de nuestra nacionalidad”. Gamarra en cambio, lejos de un visión exclusivamente limeña o exclusivamente intelectual, fue al corazón del acontecimiento que impulsa al relato, le animó con su “lenguaje particular” y la realidad auestas para que vivan a través de cada región del país, por ello sus artículos costumbristas de *Rasgos de pluma* alcanzaron gran difusión nacional. (Tamayo 1993: 574 - 575).

1.1.1. Revaloración de los artículos costumbrista de Abelardo Gamarra

En este apartado presento síntesis de algunos aportes de tesis universitarias y otros estudios que aparecieron entre 1940 y 1980. Como puede cotejarse a continuación, no han sido pocos los esfuerzos por recuperar y difundir información sobre la obra del

autor. Se distinguen textos que procuran revalorar toda la obra de Abelardo Gamarra, como una misión de rescate; y aunque en muchos textos predomina un criterio biografista, nos brindan también datos interesantes y orientadores.

Las dos primeras tesis dedicadas al estudio de los artículos costumbristas de Gamarra pertenecen a las investigadoras Esperanza Orihuela y Bertha Peña, ambas tesis, publicadas en 1941, emplearon como fuentes primarias los periódicos limeños donde publicó Gamarra. Ambas elaboraron registros hemerográficos en seguimiento de la columna “Rasgos de pluma”, en los dos periódicos sobre todo que fueron tribuna principal para el desarrollo del escritor costumbrista: *El Nacional* (1875-1889) y *La Integridad* (1889-1916)³, respectivamente.

La tesis de Orihuela, *Abelardo Gamarra y el sentido nacionalista de su obra* (1941) señala, entre otras cosas, el ideal patriótico del costumbrismo de Gamarra. Para ello, Orihuela remarca en el contexto del escritor, el grupo de escritores del 85 quienes hicieron “resurgir en el horizonte literario al indio con un acento de reivindicaciones sociales” (Orihuela 1941: 14). En semejanza a lo señalado por los historiadores, Orihuela afirma la influencia de González Prada en el grupo mencionado, y con cercanía a Gamarra; sin embargo, a diferencia del cuidadoso González Prada, la emoción por el terruño en Gamarra tendría como secuela su descuido de la forma. A su vez, también señala el vínculo con Manuel A. Segura, por su tendencia criollista; pero un compromiso mayor, no solo localista pues “El costumbrismo serrano adquiere carta de ciudadanía con Gamarra”. (Orihuela 1941: 20).

³ *La Integridad* fue publicado por Gamarra hasta 1924, pero su columna “Rasgos de pluma” en este periódico fue esporádica aproximadamente desde 1916. En cuanto retomemos a Peña, explico el posible motivo por el que delimitó su revisión hasta dicha fecha.

A partir de la revisión de los artículos que Gamarra publicó desde sus inicios como escritor (*circa* 1870) hasta el año que renuncia a *El Nacional* (1889)⁴, Orihuela afirma que en los textos de Gamarra, más que el colorido del suceso, existe una apuesta por la corrección de vicios en la realidad nacional política y social. Dentro de sus tipos representados distingue “la sicología del mestizo y muy especialmente la del provinciano, (...). No quedan atrás las alhaquerías limeñas, su novelería y su pintoresco espíritu veleidoso” (Orihuela 1941: 19). Y aclara dentro de esto último que a pesar de ser provinciano y haber ingresado amorosamente a su provincia en el mapa literario, no tiene desdén por la costa por la capital.

La autora considera que Gamarra fue sobre todo escritor de artículos de costumbres, que en ellos logró concentrar y reflejar “el espíritu de la cultura del Perú”. Y aunque, al igual que Mariátegui, lamenta que su obra esté “atomizada” en infinidad de artículos dispersos en publicaciones periódicas, Orihuela afirma también que fueron estos los que le dieron renombre y cercanía inmediata con sus lectores⁵. Puede señalarse además que Orihuela fue una de las primeras en plantear que Gamarra tendría dos etapas en su producción de artículos costumbristas: La primera correspondería a sus

⁴ Orihuela menciona que su revisión, además de *El Nacional*, contempló *El Correo del Perú*, *El Perú ilustrado*, *La Revista Social*. Efectivamente su catálogo hemerográfico también comprende estos periódicos. De su revisión de *El Nacional* señala el esfuerzo por elaborar el catálogo, con la dificultad de que hay tramos del periódico que lamentablemente se han perdido y no se encuentran en la Biblioteca Nacional. Ella ordena los títulos según las categorías que estimó convenientes: poesía, canciones, crítica artística literaria (música, pintura, teatro, literatura), sátira política, sociales, indigenismo, costumbrismo, educación folclore, cuento, teatro, novela, historia, humorismo, patriótico, ocasionales, comentarios. El problema con su clasificación, además de ser en momentos artificial, es que esta organización de los textos dificultan en un primer vistazo qué tramos temporales cubre y cuáles no. Bajo minuciosa revisión, puedo afirmar que su catálogo de *El Nacional* comprende desde 1875 hasta 1879 y de 1886 a 1889.

⁵ De entre los artículos que destaca Orihuela por la fama que brindaron al autor: “Su artículo “Los cholitos” originó un decreto en contra del tráfico de niños indígenas; “La rabona” mereció ser insertado en el diario oficial, como una exaltación de la abnegada mujer indígena; “la mona”, artículo moralizador, de un gran humorismo, fue traducido al alemán por el esclarecido Juan de Arona” (Orihuela 1941: 24). Esta información, aunque no señala la fuente, probablemente la extrae del *Diccionario biográfico de peruanos contemporáneos* (1917) de Juan Pedro Paz – Soldán.

primeros años de escritor, o sea desde su iniciación (*circa* 1870) hasta el año más difícil de la guerra (1880); la segunda, desde el 1885 hasta sus últimos años⁶.

En cuanto el estilo en la prosa que emplease en sus artículos, valora que el escritor incluya palabras en quechua en conjunción al castellano en miras a un idioma nacional⁷. Dentro de los comentarios que realiza de los artículos de Gamarra, también rescata la creación del pueblo de Pelagatos, opuesto al idealizado espacio campestre del romanticismo, “apartándose de los falsos lirismos, nos describe minuciosamente el lento y monótono discurrir de las horas en los pueblos andinos” (Orihuela 1941: 20). Para ella, la creación de Pelagatos desplegó una crítica aguda y reflexiva, bajo los pequeños y grandes ajetreos cotidianos de un poblado de la sierra.

En el caso de Peña, su tesis *Personalidad: obra literaria y política de Dn. Abelardo M. Gamarra ("El Tunante")* (1941) enfoca sobre todo a cualidades biográficas del autor. Si bien promete un análisis de la obra del escritor costumbrista a partir de la revisión de su periódico *La Integridad*⁸, la tesis tiende a dar validez a la obra del autor por acciones encumbradas del hombre. Así por ejemplo la primera conclusión de su

⁶ En la primera, señala Orihuela, sus artículos son humorísticos incluídas reflexiones filosóficas y morales; y la segunda etapa revelaría la madurez del escritor con ideales de un nuevo Perú, para lo cual emplea frecuentemente la sátira política, confrontando falencias especialmente de nuestras instituciones republicanas. (Orihuela 1941: 25-28).

⁷ Sobre este punto, el empleo de palabras en quechua dentro de los textos de Gamarra, el autor hizo explícito su deseo de apostar por naturalizar su uso. Confrontó así criterios puristas de la época, que posteriormente Clorinda Matto de Turner también abordó y con mayor énfasis como puede referir Francesca Denegri en *El abanico y la cigarrera* (2004). Orihuela comenta brevemente el tema (puede revisarse la página 22 de su tesis).

⁸ Peña aclara que su revisión de artículos en el semanario *La Integridad*, del cual Gamarra fue director y propietario, solo cubre de 1889 hasta 1916. “En nuestro deseo de hacer este trabajo lo más completo posible hemos revisado una a una las hojas de *La Integridad* desde el año de su fundación hasta 1916; hemos hecho la enumeración de todos los artículos encontrados, con el respectivo número del periódico y la fecha del mismo. En casi todos los números de *La Integridad* se encuentran artículos de Don Abelardo y casi todos ellos con el título de “Rasgos de Plumas. Tipos y costumbres de la actualidad”. (15-16). Infiero que adopta esta decisión dado que después de 1916 las publicaciones costumbristas del autor se vuelven mucho más esporádicas y así hasta la fecha del último número en 1924, cuando Gamarra fallece. Sobre la importancia de la producción costumbrista de Gamarra en prensa refiere que él escribió durante más de cincuenta años y la mayor parte de sus artículos son desconocidos y se hallan dispersos en *El correo del Perú* (1871-1878); algunas en *La bolsa de Arequipa*; durante su estadía en Buenos Aires, enviaba sus artículos a *La prensa*, *El Nacional*, *El Peruano* y en *La Integridad*.

tesis es que “Abelardo Gamarra fue un hombre probo, de moralidad intachable y patriotismo a toda prueba” (Peña 1941: 99).

Más allá de su intento de capturar la personalidad del autor, presenta algunas afirmaciones dentro de la lógica de rescate general del escritor. Peña afirma que Gamarra es uno “nuestros costumbristas de valía”, “nadie como él comprendió la tragedia de nuestros indios y de la gente humilde”, “en todos sus artículos describe las inveteradas costumbres populares” (Peña 1941: 92). De tal manera se suma a las observaciones de la historia literaria que existía hasta entonces sobre Gamarra, sobre su costumbrismo popular y con cercanía a la “tragedia de nuestros indios”.

Complementariamente, Peña da cabida a la tendencia de crítica contra el estilo del autor en sus artículos de costumbres. Expresa de manera bastante explícita y detallada el rechazo de los académicos a la prosa de Gamarra: “En los artículos de Gamarra se encuentran deficiencias que saltan a la simple vista, no obedece a regla alguna; es tan descuidado en la forma que a veces cae en lo grosero a fuerza de ser sencillo”. (Peña 1941: 90). Le critica “descuidos” evidentes de ortografía, sintaxis y redacción⁹ dan la apariencia de un pensamiento “confuso”; pero además le resulta realmente grave que hubiese ingresado palabras de lenguas originarias amerindias:

El lenguaje que emplea es el popular y lo que es más, desenvuelve sus ideas utilizando giros tan populares; palabras utilizadas por los indígenas y que naturalmente son conocidas por las personas de la sierra, pero incomprensibles para las costeñas, por cuanto tales palabras en su mayoría se derivan del kechua o del aimará; así tenemos los siguientes: quinchá, pichushanga, anshpirana, shaprudico, quishuare, berraco, lliclla, guallacos, milcas, shuccho, talqueo, caushules, mataracho, shushuna y otras muchas que no enumeramos por no hacer más extenso el trabajo. (Peña 1941: 90).

⁹ Respecto a las faltas ortográficas, además de la puntuación, Peña afirma: “(...) lo que más llama la atención es la falta absoluta de reglas de ortografía; parece que el escritor, las desconociera por completo, porque sus artículos están plagados de falta de ortografía, palabras usuales como mujer, alojamiento, ya y otras las escribe mal (muger, halojamiento,...)” (1941: 91). Peña acude en más de una ocasión a citas de Puccinelli para validar su apreciación. Así por ejemplo parafraseándole señala que aunque encierra ideas valiosas, “El Tunante” no posee un dominio completo sobre el idioma.

En el contexto de Gamarra e incluso en el de la investigadora (mediados del siglo XX) el empleo de lenguas originarias era una afrenta a algunos letrados castellano-hablantes. Esta innovación fue parte del estilo que el autor adoptó conscientemente y que sostuvo a pesar de que podría generar (generó) recelo en una élite letrada tradicional. Particularmente, considero paradójico en Peña que habiendo elogiado el compromiso del escritor con lo popular y los indígenas peruanos, critique a Gamarra que emplee palabras que deriven del quechua o el aimara. Y resulta sintomático que la autora sostenga que el quechua era exclusivamente de indígenas, de personas que habitan en la sierra, y que sea ininteligible para los costeños; como si geográficamente se pudiese restringir las lenguas e intercambios culturales.

Cabe señalar que ambas tesis son de consulta vigente por la revisión minuciosa que realizaron de los principales periódicos donde Gamarra publicó con asiduidad: *El Nacional* y *La Integridad*. Ambas volvieron a la fuente primaria, y aunque no profundizaron en un análisis textual ni desarrollaron un estudio del texto vinculado al contexto, ambas elaboraron valiosos catálogos hemerográficos del casi total de los artículos que publicó Gamarra en los principales medios periodísticos entre 1870 y 1916. En específico, el catálogo de *El Nacional* elaborado por Orihuela ha sido orientador para la presente propuesta.

Resultado de su tesis de doctorado, Fernández publicó *Abelardo Gamarra “El Tunante”, su vida y obra* (1954)¹⁰. Su propuesta se dedica a aspectos biográficos poco conocidos de Gamarra, una reconstrucción a partir de su columna “Rasgos de Pluma” en *La Integridad*. Las apasionadas exaltaciones de Fernández bordean la tentación de convertir a Gamarra en un personaje épico; sobre todo lo que corresponde a la actuación del escritor en la Guerra del Pacífico, como soldado, periodista y miembro de la

¹⁰ Presentada en 1946, en la facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

resistencia. Parte de sus acciones en la resistencia involucraron largos viajes dentro del país, entre 1882 y 1883, prácticamente a lo largo del Perú, desde Huamachuco (Trujillo) a Arequipa, de lo cual hizo apuntes y posteriores artículos costumbristas: del callejón de Huaylas, de Cajatambo, de Cerro de Pasco, de Tarma, de Huancayo, de Huancavelica, de Ayacucho, del Cuzco (Fernández 1954: 40-43).

En lo que corresponde a *Rasgos de pluma*, una de las colecciones más importante de sus artículos de costumbres, Fernández recupera una cita de Francisco Mostajo que publicó en sus *Cartas americanas (La Alborada de Montevideo, 1901)*.

Gamarra es un escritor genuinamente americano, algo más, genuinamente criollo. Su obra será un cinematógrafo de las costumbres de nuestro país, así de la aristocracia como de las populares. En ella el sociólogo encontrará ricos materiales para su análisis y sus síntesis, la vez que proponga aplicar su microscópica lente al alma del pueblo peruano, (...) copia con asombrosa fidelidad, hasta el detalle, las escenas, ora grotescas, ora curiosas, que ha observado, mejor dicho, que ha vivido, en los pueblecitos de la sierra o en las ciudades de la costa. Ninguna república amerhispanica posee un escritor de costumbres que tan gráficamente pinta, con tanta viveza, con tan profundo realismo. En la forma es descuidadísimo, sin monjiles escrúpulos puristas, pisotea sintaxis y retórica, con tal de hacer vivir las escenas del pueblo que no sabe gramática. Moncloa y Covarrubias es más culto, más correcto, pero no enfoca con la admirable precisión de El Tunante, ni tiene en los ademanes el sabroso criollismo de este. (Citado en Fernández, 1954: 78-79).

Mediante esa cita, favorable a Gamarra, Fernández procura delinear la imagen del escritor. Así como la importancia del escritor a nivel de Hispanoamérica, se exponen las características que venimos señalando como constantes: el ánimo integrador (aristocracia, pueblo, sierra, costa), la riqueza de expresión y precisión para capturar “el alma del pueblo peruano”. Así también con el criticado descuido de sintaxis y retórica, pero en este caso se complementa señalando que esto fue en beneficio “de un pueblo que no conoce de gramática”. Fernández reitera ello señalando que fue una rebeldía de Gamarra ante la crítica, en ánimo de hacer una literatura genuinamente nacional, por un sincero “afán de ser comprendido y nutrir al pueblo de su propia esencia” (1954: 133-134).

Fernández al referirse a la obra de Gamarra señala además que “en el artículo de costumbres afincó su mayor prestigio”, en esta especie habría demostrado cualidades como “gracia, donaire, ingenio, percepción clara y agilidad” (1954: 139). Y al igual que Orihuela, refiere que Gamarra habría tenido dos etapas en las más de cuatro décadas de su producción¹¹. Una observación que agrega, y que le distingue, es que en ambas el escritor cuidó de exponer su interés en los pueblos de la sierra (1954: 139-143).

Por último, y no menos importante, se distingue Julio Galarreta como uno de los mayores promotores de la obra de Abelardo Gamarra. Presentó así los libros *El Perú en Abelardo Gamarra* (1951), *Abelardo Gamarra en la crítica literaria* (1972) y *Homenaje a Abelardo Gamarra* (1974). Procuró explayarse en todos los aspectos del escritor: el periodista, el costumbrista, el dramaturgo, el poeta y cantor, el crítico; así como aspectos del quehacer social (el educador, el cívico). En semejanza a Fernández, rescata cuotas biográficas, la “biografía fragorosa” de Gamarra, así por ejemplo la cronología que hace de la vida de Abelardo Gamarra es bastante orientadora (1972).

Para sostener la relevancia de Gamarra en la literatura nacional, Galarreta realiza una revisión pormenorizada de diversos estudios crítico-literarios sobre el autor. En *Homenaje a Abelardo Gamarra* (1974), Galarreta reunió textos dispersos sobre Gamarra que fueron gestándose desde fines del XIX y la primera mitad del siglo XX¹². Lamentablemente ninguno de los textos lleva a cabo análisis literario propiamente dicho. Un gran número de los textos compilados por Julio Galarreta están alineados a respaldar la labor peruanizadora del costumbrismo del Tunante; así por ejemplo: “Fue el

¹¹ La primera, que comprende desde su iniciación, hasta los días inmediatos de la guerra del 79, tradúcese el humor juguetón de su criollismo. En la segunda que va de la guerra en adelante, se manifiesta la gracia doliente la cólera contenida, la ironía quejosa y una actitud política más deliberada.

¹² Los artículos que compila provienen de un crisol de intelectuales y resulta interesante conocer qué opinión mereció Gamarra de ellos. Así de Jorge Basadre, Luis Alberto Sánchez, José Carlos Mariátegui, Manuel Beltroy, Augusto Tamayo Vargas, Alberto Tauro, Jorge Puccinelli, Ciro Alegría, Rebaza Acosta, Yépez Miranda, Francisco Mostajo, Arias Larreta, Camino Calderón, Clorinda Matto, Serafina Quinteras, José Gálvez, Federico Blume, Pérez Benjamín, Armando Herrera y Clemente Palma.

suyo un costumbrismo en función del Perú total, mientras otros fueron localistas y su obra está allí, rica y variada, con sabor a tierra y olor de multitud” (Jorge Basadre citado en Galarreta 1974: 24). O “*El Tunante* fue el realizador literario de la conciencia peruana y, al mismo tiempo, el autor de la descentralización y de la nacionalización de nuestro costumbrismo” (Arias Larreta citado en Galarreta en 1974: 99).

Dentro del mundo representado en los artículos costumbristas de Gamarra, Galarreta se detiene en la creación del pueblo de Pelagatos, uno de los escenarios principales en los artículos de costumbres de Gamarra. Galarreta observa que Pelagatos surgió diseñada por el ocaso nacional (la guerra del Pacífico y consecuencias posguerra), pero que su concepción fue nutriéndose en instantes diversos “de una sola tierra con diversidad humana” (1951: 39). Advierte que Pelagatos no es una ciudad imaginada en un futuro o en una utopía; sino “una realidad cruda, pero palpitante, con dolor y alegría” (1951: 39) en alusión a la realidad adversa en todo el país.

Finalmente, *Víctimas, victimarios y héroes: La dimensión sacrificial en dos relatos de Abelardo Gamarra* (2013) de Marchena Siverio es una de las primeras tesis en que se analiza de manera específica textos de Gamarra. Selecciona “El Montonero” y “El Indefinido” de *Rasgos de Pluma*, a los que denomina “relatos”; aunque en un par de ocasiones emplea el término “artículo de costumbres”. Sin desvirtuar la riqueza de dicha tesis, me interesa sobre todo señalar que el autor advirtió que el libro *Rasgos de Pluma* no solo fue la compilación más importante de Gamarra; además era un reto el análisis de la totalidad ya que los textos de posguerra¹³ que reúne son textos heterogéneos; por esto último consideró poco conveniente la lectura conjunta pues se perdería en profundidad.

¹³ *Rasgos de pluma* recoge textos heterogéneos efectivamente, y cada texto puede ser leído como un universo particular. Pero cabe advertir que el origen de los textos compilados no es exclusivamente la posguerra como veremos en el capítulo 2. El inconveniente en esta afirmación viene desde Fernández (1954), en quien Marchena se basa principalmente para su estado de la cuestión.

Hasta aquí he procurado presentar un panorama de los estudios en torno a Gamarra. Dado que ha sido poco difundido, es necesario hacer recuento de las tentativas aproximaciones que han existido, con diferente amplitud y profundidad, desde las primeras décadas del siglo veinte hasta fechas contemporáneas. Además, he procurado enfocar en elementos en común: el costumbrista considerado “nacional” a partir de la revaloración provincias, la calificación ambivalente a la calidad de sus artículos y su estilo, la importancia de su participación en prensa y la constante evocación a su libro *Rasgos de pluma* y a su seudónimo “El Tunante”.

1.2. Lima y los artículos costumbristas de Gamarra en los estudios literarios

En este apartado propongo una aproximación a los estudios literarios sobre las representaciones de Lima en los artículos de Gamarra. Aquí la bibliografía es mínima, dentro de lo que ha sido una tradición de estudios sobre la imagen de Lima, Gamarra no suele ser mencionado. Probablemente porque, dentro de la atención que recibió, se priorizó la noción de su representación de provincias, aunque ello se afirma sin mayores análisis literarios, como hemos visto en páginas anteriores.

A pesar de todo, aunque relativamente esquivos, sí existen estudios de literatura peruana donde se relaciona la imagen de Lima con los artículos costumbristas del autor en mención. En Luis Fernando Vidal quiero enfocar en las primeras menciones que se hacen sobre la imagen de Lima en escritores costumbristas; Eva Valera menciona a Gamarra directa aunque brevemente. De estos estudios además de lo referido sobre Gamarra me interesa también sus afirmaciones sobre la representación de Lima en la tradición literaria. En un siguiente subapartado enfoco en la propuesta de Guido Podestá, que es afín a mi hipótesis.

En “La ciudad en la narrativa peruana” (1986), Vidal refiere que en nuestro país para muchos de nosotros ha existido la fuerte asociación mental entre ciudad y Lima “que deriva del secular centralismo de nuestra organización sociopolítica” (13). De lo cual se infiere que el resto del país ha sido pensado, aún hasta mediados de los ochenta, como un espacio no ciudadano. A esta situación, agrega además que los relatos literarios no solo han narrado sino que han contribuido a construir realidades concretas, “toda presencia de ámbitos de una ciudad, la actuación de personajes reconocibles por su pertenencia a un sector cultural y a una clase social” (Vidal 1986: 14).

Punto de inicio en la representación de Lima es la literatura costumbrista, “ligada a un discurso moral y levemente político” (Vidal 1986: 15). Segura y Pardo y Aliaga son los iniciadores de acuerdo a Vidal, se ciñe al tramo entre 1834 y 1861. Sin mencionar textos específicos, él observa que en los artículos de costumbres se intentó construir códigos morales que rescaten lo mejor de la sociedad en formación, con rechazo a modas extranjerizantes y acerba crítica a lo que resumara provincialidad, sin poder distinguir aún un “ingrediente propio y entrañable” (Vidal 1986: 15). La certeza significativa, de acuerdo a Vidal, es “que los costumbristas toman la ciudad de Lima como el espacio constante de sus relatos y, también, privilegian las actuaciones de personajes de las capas medias de nuestra sociedad” (1986: 15).

Eva Valera en *Lima en la tradición literaria del Perú* (2003) sostiene que el discurso sobre la ciudad de Lima dentro de la literatura peruana está muy relacionado a la historia que aconteció en nuestro país. Esa premisa básica, acorde también a otros estudios, sostiene su propuesta diacrónica sobre la imagen de Lima. Parte de esta relación entre historia y representación de Lima ha sido que

Al acercarnos a la tradición literaria del Perú, un factor social e histórico reclama nuestra atención en tanto que determina todo el proceso: la oposición entre sierra y costa, que se traduce, desde los tiempos de la conquista, en una insoslayable barrera entre Lima y el resto del país. (Valera 2003: 14).

Valera explicita, como un elemento de apoyo para el estudio de Lima, la oposición sierra y costa. Y estima que se trata de una cualidad transversal en toda la historia y literatura peruana, que se instala desde la colonia y que tuvo diferentes expresiones, algunas muy concretas¹⁴. El centralismo capitalino, aunque sucedió también en otros países latinoamericanos como característica de la fundación de ciudades, en el caso peruano, más la oposición binaria de sierra y costa, influyó profundamente en “los procesos a través de los cuales la historia de la literatura peruana refleja la evolución de una sociedad herida por su profunda segmentación” (Valera 2003: 14).

Dentro de su revisión diacrónica de la historia literaria de Lima en el lapso finisecular, Valero hace mención especial de Abelardo Gamarra “autor de *Rasgos de pluma* (Lima, 1899) (...), llamado *El Tunante* (1857-1924), quien inaugura una perspectiva novedosa: reinicia la Tradición criollista de Caviedes, Concolorcorvo, Segura y Palma, pero en lugar de verter la salsa criolla sobre el escenario urbano, desplaza su objetivo a la provincia, de la que proviene, para ahondar en lo auténtico indígena” (Valera 2003: 125).

Esta auspiciosa presentación de Gamarra sin embargo no es del todo desarrollada por Valera. Valera remarca incluso que Gamarra es el “peldaño necesario” para comprender la visión urbana que “ofrecen los costumbristas de principios de siglo que se enmarcan en la generación del 900” (Valera 2003: 125). Retoma afirmaciones de la historia literaria, que hemos visto en páginas anteriores, sobre la imagen de “provincia y no la ciudad” como rasgo diferencial de Gamarra. Y agrega que *Lima. Unos cuantos barrios y unos cuantos tipos (al comenzar el siglo XX)* (1907) es una de

¹⁴ Para Valera, las murallas de Lima eran una expresión concreta de esta oposición y de cómo Lima procuraba distanciarse del resto del país: “La imagen de Lima de espaldas al resto del país mantuvo su representación física real durante el siglo XVIII colonial y buena parte del siglo republicano, puesto que la ciudad se encontraba circundada, desde el año 1685, por unas murallas que marcaban no solo sus límites, sino también su fisonomía de reducto espiritual de élite”. (Valera 2003: 15).

las pocas obras de Gamarra donde se observa Lima, donde no hay idealización del sueño colonial a diferencia de otros escritores.

No queda claro cómo para ella nuestro escritor interviene en la imagen de Lima bajo el argumento: reinicia el criollismo al ahondar en la imagen de la provincia y en lo “indígena”. Y cuando explicita la representación de Lima en el autor, solo señala que no hay idealización de la colonia. Estas afirmaciones de Valera lamentablemente quedan como piezas de un rompecabezas incompleto; pero refuerzan los indicios hasta aquí señalados de que Gamarra intervino de manera inusual en la representación de Lima.

1.2.1. La poética de un forastero: reinventar Lima en los artículos costumbristas de Abelardo Gamarra

En el artículo “Abelardo Gamarra: La poética del forastero” (1998), Guido Podestá propone una de las más interesantes lecturas sobre los artículos de Gamarra. Podestá retoma la crítica al estilo “desmañado” de Gamarra, que hemos visto acusado reiteradamente en páginas anteriores, y realiza una interesante contrapropuesta: sobre la debilidad o curiosidad de esa prosa desangelada advierte un fenómeno que los estudiosos entre 1920 y 1980 no habían nombrado (y por ello, tal vez no visto), esto es la poética del forastero en la narrativa peruana.

En la ciudadela de Lima a mediados del siglo XIX, se suscitaron una serie de cambios demográficos desde que fuese abolida la esclavitud; y aunque Podestá no se detiene a comentar más en ello, refiere que los forasteros fueron una realidad tangible en la capital. Entiende por forasteros a “aquellos que abandonaron sus comunidades, dentro o fuera del Perú, para dirigirse hacia Lima. En ese sentido, comprendo dentro de esta categoría a quienes africanizaron, cantonizaron y andinizaron Lima” (Podestá 1998: 145). Y en este contexto, para provecho artístico, Gamarra asimiló un nuevo estilo, una

nueva sintaxis, resultado de una topografía cultural cambiante, un “protocolo lingüístico que los forasteros estaban construyendo” (1998: 145). De tal manera, Gamarra estaba aprehendiendo la modernidad periférica que tuvo lugar en Lima, para los forasteros y para los sujetos que conformarían la naciente República Aristocrática. Su propuesta escritural “forzó sobre sus lectores la percepción de imágenes y expresiones que, placenteramente o no, había pasado a formar parte del glosario y topografía cultural de Lima” (Podestá 1998: 145-146).

Para Podestá, Gamarra hizo una alta apuesta: en sus textos, Gamarra registra en fondo y forma la presencia y performance de los forasteros en Lima desestabilizando la representación unívoca de la capital (que soñaba con ser moderna encajando en el modelo europeo) y el hacerlo le reveló a la capital la conflictiva topografía cultural que albergaba. Entonces esa forma “desmañada” adopta sentido en una apuesta mayor que los estudiosos de la primera mitad del siglo XX no advirtieron o apenas sospecharon: una nueva Lima que contravenía el corsé homogenizador; Podestá concluye que el mérito de Gamarra fue narrar los requiebres de esta topografía cultural.

En base a la revisión de lo que denomina las “crónicas” de Gamarra que aparecen en *Lima, unos cuantos barrios y unos cuantos tipos* (1907) y *Cien años de vida perdularia* (1921)¹⁵, Podestá afirma que lo que incomodaría de los textos de Gamarra, a quienes le critican, no solo sería su estilo, sino las representaciones que realiza y que son indeliberables del lenguaje que emplea. Puesto que con su poética del forastero no solo representó a los forasteros y sus trajines en Lima para conocimiento de una élite, sino que también complementariamente representó a las familias aristocráticas

¹⁵ Aquí es necesario advertir que Podestá menciona solo los títulos de ambos libros, pero no menciona ningún artículo (o “crónica”) en particular que ilustre su propuesta. Se deduce que asume conocimiento por parte de su lector de dichos textos; o que resulta bastante retador seleccionar un fragmento que ilustre la propuesta de “la poética del forastero”. Una cualidad clave que propone en la “poética del forastero” de Gamarra es la “catacresis” pero lamentablemente no desarrolla más esta cualidad con ejemplos concretos.

de Lima para entretenimiento de los forasteros. “En una época en la que el estado no les ofrecía a los forasteros ningún esparcimiento, Gamarra les dio la oportunidad de divertirse a expensas de los abuelos de Julius”¹⁶. (Podestá 1998: 145).

1.3. Balance de estado de la cuestión

En base a todos estos apuntes de las diferentes fuentes revisadas respecto a la obra de Gamarra y para los fines de mi hipótesis, propongo sintetizar en tres ejes: a) aunque no han sido del todo analizados y hay críticas ambivalentes, lo más representativo de la obra de Gamarra reside en sus artículos de costumbres¹⁷, pero ha habido poco análisis textual, más aún empleando conceptos del costumbrismo; b) sus publicaciones en su columna “Rasgos de pluma” son de pendiente revisión dado que es uno de los medios en el que publicó tempranamente y de forma sistemática sus artículos costumbristas; c) la percepción de Gamarra como representante de un costumbrismo (incluso literatura) “nacional”, puede ser leído no solo como la revaloración de provincias, sino que además implica en sus textos una nueva imagen de Lima.

a. La historia literaria incide en la dedicación del escritor a sus artículos de costumbres. Aunque confluyeron detracciones, se le critica que sean un crisol de fragmentos y que no compongan una gran obra central; se les ha encomiado soslayadamente como valiosos. En cuanto su calidad, se afirma que la frescura y vivacidad de su pluma tuvo gran aceptación entre sus lectores, aunque no con algunos

¹⁶ Entiéndase que Podestá se refiere al conocido protagonista de la novela *Un mundo para Julius* de Bryce Echenique, una de las pocas novelas peruanas que ha recreado el mundo de la oligarquía limeña en el siglo XX.

¹⁷ Hago aquí la aclaración que no se desmerece los otros textos costumbristas de Gamarra, como su obra teatral. Está pendiente su estudio por parte de la crítica literaria.

críticos; y en cuanto cantidad se sabe que fue prolífico: además de los siete títulos en los que recopiló sus artículos, muchos que quedaron solo en prensa¹⁸.

Por otra parte, tanto Orihuela y Fernández señalan una producción preguerra (con humor y reflexivo) y una de posguerra (con sarcasmo y tendencia a lo político). Más allá de que efectivamente esas dos etapas tengan las características que señalan Orihuela y Fernández, se visibiliza una importante producción de artículos de costumbres de Gamarra antes de la guerra, confrontando así la imagen de escritor exclusivamente de posguerra como ha quedado clasificado en la historia literaria.

Las fuentes consultadas identifican el seudónimo “El Tunante” como la firma recurrente en los artículos costumbristas a lo largo de toda su producción. Lo particular de esta identificación con el seudónimo es que en ninguno de los estudios revisados se refiere el sentido de este seudónimo, no se realiza análisis del porqué Gamarra eligió este seudónimo, por qué la permanencia de este seudónimo en todos los artículos a lo largo de tantos años y si este influía de alguna manera en el carácter de los textos. Podría decirse que ha sido visto como un elemento exclusivamente paratextual.

Quiero remarcar que en algunos estudios sobre los artículos de costumbres del autor no se emplea el término “artículo de costumbres”. Marchena emplea el término “relatos costumbristas” y en el caso de Podestá, “crónicas”¹⁹. A la par de no recurrir al

¹⁸ Para no extender demás este apartado no he citado todos los textos que los historiadores literarios refieren de mi autor. En la bibliografía, puede revisarse la relación de títulos de libros que compilan artículos de costumbres de Gamarra. Como no existe un registro total de los artículos de costumbres que se encuentran en prensa, aún no es factible precisar la cantidad exacta de artículos que Gamarra publicó.

¹⁹ Cabe aclarar que la imprecisión en los términos es común, incluso en la época los propios escritores nombrar a sus textos como “artículo”, “crónica”, “relato” y otros. Y sobre sí mismos, los escritores tenían cierta flexibilidad sobre nombrar su oficio: “articulista”, “cronista”, “hombre de prensa”.

En mi tesis de licenciatura, que se enfocaba en el caso de Manuel Moncloa y Covarrubias, propuse en los artículos de costumbres de fines del S. XIX es válido cuestionarse por una narrativa vinculada a la formación del cuento moderno. Respecto a Gamarra, algunos críticos efectivamente han sugerido que en sus artículos de costumbres hay tendencia al relato. Para nuestro país, aunque existen algunas antologías, aún está pendiente llevar a cabo más estudios críticos sobre las formas narrativas en ese contexto.

Personalmente, para estudiar los textos breves que he seleccionado de Gamarra acudo al concepto de artículo de costumbres y los recursos que le caracterizan. En la actualidad, a diferencia de hace un par de décadas, existen estudios que han retomado interés en esta especie narrativa y han delineado con mayor claridad sus especificidades.

nombre, tampoco observan en sus análisis los recursos propios del artículo de costumbres. Esto es un importante indicio de ausencias en nuestros estudios literarios: al no contar con una tradición de estudios sobre costumbrismo en nuestro país, ha sucedido que incluso especialistas han obviado dicha característica textual para sus investigaciones.

b. En la historia literaria, resulta relevante la mención a que los artículos de costumbres tuvieron difusión gracias a las publicaciones periódicas. Aunque no todos se han detenido a mencionar el oficio periodístico de Gamarra; algunos como Sánchez y Delgado, sí lo visibilizaron y mencionaron la columna “Rasgos de pluma”, homónima a su libro más difundido, publicada en dos importantes periódicos: *El Nacional* y *La Integridad*.

Existen avances concretos y certeros de retornar a las fuentes primarias para revisar los artículos de Gamarra. Resultado de ello disponemos de dos valiosos catálogos orientadores, aunque no completos, de *El Nacional* y *La Integridad* (de Orihuela y Peña, respectivamente). No coincido con sus propuestas de tesis, pero es indudable que realizaron una gran labor de búsqueda y registro desde archivo. Cualquier investigador que desee hacer seguimiento de la columna “Rasgos de pluma” encontrará útiles dichos catálogos.

Lamentablemente, estos catálogos no han sido acompañados por intentos de lectura de los textos con el contexto, que es uno de los motivos por los cuales es interesante y provechoso la identificación de espacios de publicación primigenia del artículo de costumbres. Tampoco he hallado intentos de lectura transversal de artículos de costumbres publicados en fechas cercanas, lo cual podría contrastar la criticada “atomización” de los artículos de Gamarra. Sin embargo, el panorama que plantean son un soporte básico para poder realizar una lectura transversal.

c. Respecto a la afirmación de que Gamarra fuese iniciador de “un costumbrismo nacional”, como sostienen la historia literaria y los estudios dedicados a Gamarra entre 1940 y 1980, propongo que el argumento “la revaloración de provincias”, implica además en sus textos una nueva imagen de Lima. Incluso se sugiere la validación de lo nacional por el origen provinciano del escritor: se acude al aspecto biográfico del autor, su nacimiento en provincia o sus viajes como uno de los factores que da validez a sus textos. Más allá de la crítica que se puede hacer a esta tendencia biografista, es posible a partir de ese punto reconvenir en la importancia del contexto con el cual dialogó la obra de Gamarra.

Podríamos coincidir que efectivamente el aporte de Gamarra fue, dentro de nuestro costumbrismo, la revaloración de la sierra peruana como objeto de representación literaria, lo cual habría contrarrestado una literatura cuya sensibilidad que se aferraba a un ideal europeo. Esta ha sido la principal cualidad de Gamarra de acuerdo a Mariátegui y Sánchez, quienes sentaron las bases en la historia literaria; lo desarrollaron también así Tamayo y Delgado; se mantuvo además esta afirmación del nacionalismo y la revaloración de provincias mediante otros estudios específicos como Orihuela, Peña, Galarreta y Fernández.

Ha sido contradictoria la valoración la mención a que Gamarra en sus artículos emplea palabras en lenguas originarias (quechua y aymara) y que se relacione a su representación de provincias. Así por ejemplo, mientras que para Orihuela es un logro, para Peña es criticable pues dificultaba la comprensión a los lectores “costeños”. En la censura de Peña es posible inferir que a mediados del siglo XX, era inimaginable para muchos críticos y no solo libres lectores, la presencia (influencia) de culturas originarias en Lima, en la realidad y en la recreación literaria.

De tal modo, más allá de asentar y sin desmerecer la importancia de ingresar provincias y lenguas aborígenes en las representaciones costumbristas, afirmo que los estudios literarios entre 1920 y 1980 tuvieron como punto ciego que Gamarra influyó en representar a Lima con distinta faz. Vidal y Valero anotaron pertinentemente que en nuestra tradición literaria la capital ha tenido una representación similar a su performance histórica: en un centralismo y una dualidad costa-sierra que escinde al país. Lo cual responde a la censura de Peña quien asume que las lenguas indígenas solo se restringen a los pobladores de la sierra. Valero anuncia que Gamarra habría intervenido de manera novedosa en la presentación de Lima, distinta a la de Ricardo Palma, pero tan solo completa esta afirmación señalando que Gamarra “vierte la sal criolla” sobre provincia.

Desde Mariátegui, todos los que intentaron valorar la prosa de Gamarra, procurando justificaciones a “errores” de ortografía, argumentaron las condiciones de inmediatez al publicar en prensa, la abundancia de los textos creados por Gamarra y una decisión del autor por aproximarse a un lenguaje popular. Podestá propone solución a este entrampamiento afirmando que efectivamente se trata de una decisión del autor (reivindica así el estatus del escritor, estrategia de sus recursos), más aún, que Gamarra construye una poética acorde a la Lima variopinta sin la máscara de la homegeneidad excluyente.

Podestá hace visible que Gamarra no solo trata sobre el indígena peruano y la provincia, los dos tópicos constantes en la historia literaria para revalorar al escritor; sino que recrea uno de los hechos más modernos en la capital peruana durante la segunda mitad del XIX: los forasteros en Lima. Esta nueva mirada es uno de los referentes principales que nos invitan a replantearnos la lectura de Gamarra. Esto permite observar que el costumbrismo capitalino no cambió solo por observar a

provincias, sino que se intervino en la representación capitalina misma. De tal modo Gamarra entornó una mirada a la capital que le revelaba en su carácter migrante, como desarrollo más adelante.

En síntesis, de acuerdo a las diferentes fuentes consultadas, la representación de Lima en la pluma de Gamarra parece estar muy próxima a la que sugiere Podestá en diálogo con el contexto real del escritor. La propuesta de representación innovadora de Lima que sugiere Valero, confrontando el centralismo y la dualidad costa-sierra, calza con la de Podestá. Y además invita a cuestionarnos sobre esa Lima de forasteros, considerando que apenas han sido estudiados muchos de los artículos de El Tunante publicados en la columna “Rasgos de pluma”.

CAPÍTULO II:

MARCO CONCEPTUAL, CONTEXTO HISTÓRICO Y LA COLUMNA

“RASGOS DE PLUMA” (1875-1879 / 1885-1889)

El presente capítulo contiene tres apartados que son soporte de mi propuesta de lectura de Lima migrante en los artículos de Abelardo Gamarra. El primer apartado presenta los acuerdos del marco teórico para el análisis sobre la representación de ciudad en los artículos de Abelardo Gamarra: esto es la dualidad campo-ciudad y conceptos de artículo de costumbres. El segundo apartado expone información contextual sobre migración interna de la sierra peruana a Lima durante la segunda mitad del siglo XIX, procurando dar referente de diálogo a los artículos de Gamarra. El tercer apartado presenta la columna de costumbres “Rasgos de pluma” en *El Nacional*, características que le distinguen del libro homónimo, y la representación de Lima como objetivo principal de esta columna.

2.1.1. Acuerdos conceptuales

2.1.1. Oposición binaria campo-ciudad en la Lima del Tunante

Como vimos en el primer capítulo, los estudios sobre la obra de Gamarra inciden en rescatar la representación de provincias y, por ende, la ampliación del mundo representado, ya que en la literatura costumbrista peruana se enfocaba usualmente en el escenario y costumbres limeños. Si observamos con detenimiento esta afirmación que transita, de diferentes maneras, en todos estos estudios recogidos, podemos notar que tiene como soporte el discurso de una representación dualista del universo cultural peruano: la idea de Lima como una entidad y provincias (de manera aglutinante) como

otra. Para aproximarnos a la representación de Lima en los artículos de Abelardo Gamarra, así como a la noción de migración, propongo que vislumbremos un poco de la representación dualista Lima-provincias que ha influenciado en la historia de la imagen de Lima.

La oposición binaria contempla los siguientes supuestos:

El primero es que seríamos un país dividido en dos culturas, la indígena y la occidental. El segundo es que estos dos universos culturales son considerados como unidades homogéneas, uniformes e inmutables. Sus fronteras son vistas como intocables e intransformables a pesar de cualquier semejanza o facilidad para transponerlas. El tercero es que la oposición, escisión, enfrentamiento, violencia y dominación son las formas predominantes de la comunicación entre los dos universos que más les sedujeron: el indio y el blanco. El cuarto es considerar las diferencias geográficas (sierra, costa) y la visible ascendencia que los rasgos biológicos evidencian, como definidores de una especificidad a manera de estigmas, esencias y reminiscencias de las cuales estaríamos imposibilitados de librarnos [...]. (Urpi Montoya Uriarte 2002:20. Mis cursivas).

De este entramado binario que incluso puede implicar otras relaciones²⁰, podemos remarcar que aunque estos supuestos se encuentran tan arraigados culturalmente en nuestro país, pocas veces han sido explicitados con suficiente claridad. La literatura peruana del siglo XIX y la historia literaria no han sido indiferentes a ello. Me interesa abrir este capítulo con este apunte pues su reconocimiento dialoga con mi hipótesis respecto una Lima migrante en los artículos de Gamarra. En los cuatro supuestos señalados, Lima por lo general ha sido caracterizada como metonimia de la costa, con carácter étnico y cultural predominantemente blanco occidental; en oposición a provincias (sierra), considerada predominantemente indígena.

La expectativa de los estudios literarios de encontrar en los artículos de Abelardo Gamarra la provincia revalorada está condicionado por el dualismo Lima-provincias, que también ha sido leído como costa-sierra, y también se ha pensado como

²⁰ De acuerdo a lo que señala Montoya, desde una perspectiva temporal, otros binarismos tipológicos que aún se observan son: “avanzados y atrasados, inferiores y superiores, civilizados y primitivos, buenos y malos” (Montoya 2002: 20).

ciudad-campo en nuestro país. La expectativa de la crítica literaria ha respondido a la binaria cultural: ambos espacios como esencialmente homogéneos y uniformes en su interior y distintos entre sí.

Raymond Williams (2001)²¹ nos recuerda que la oposición binaria campo y ciudad tiene mucha historia, se concibe antes del siglo XIX e incluso antes de la presencia hispana en América. Estas abstracciones de campo y ciudad, como él señala, son un contraste retórico tradicional; que ha sido materia constante en la literatura desde los griegos y romanos. Mediante apuntes desde su experiencia personal y con el soporte de un amplio bagaje de las representaciones culturales europeas, específicamente de la literatura inglesa, Williams acota:

El campo atrajo sobre sí la idea de un estilo de vida natural: de paz, inocencia y virtud simple. Mientras que la ciudad fue concebida como un centro de progreso: de erudición, de comunicación, de luces. También prosperaron las asociaciones hostiles: se vinculó a la ciudad con un lugar de ruido, de vida mundana y de ambición; y al campo, con el atraso, la ignorancia y la limitación. El contraste entre el campo y la ciudad, como dos estilos fundamentalmente distintos de vida, se remonta a la época clásica. (Williams 2001: 25).

Esta construcción ha contemplado variaciones en el tiempo, con características que han persistido, matizado o mutado. Williams advierte algunas de las características que se han adjudicado al campo a través del tiempo, estas han sido: paz, inocencia y virtud / atraso, ignorancia, limitación; mientras que la ciudad: erudición, progreso, comunicación / ruido, vida mundana, ambición.

Aunque Williams no está abordando el imaginario que se arraigó en nuestro país, parece que así lo hiciese; puede imaginarse que es resultado de la influencia cultural occidental. En América Latina pueden encontrarse innumerables ejemplos de representaciones (exaltaciones y críticas) de la ciudad y del campo como opuestos. Específicamente en el siglo XIX latinoamericano, Ainsa (2000) refiere que el ensayo

²¹ El libro de Williams, originalmente de 1973, es uno de los libros de consulta indispensable respecto la dualidad campo-ciudad como constructo cultural a lo largo de la historia.

privilegió el espacio urbano como símbolo de civilización y progreso, mientras que en contraparte antinómica el campo se resemantizó como la barbarie. Célebre ejemplo el de *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento: “El hombre de la ciudad viste el traje europeo, vive la vida civilizada tal como la conocemos en todas partes, porque en la ciudad radica la vida civilizada, allí están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción y el *gobierno regular*”. (Citado por Ainsa 2000:29. Mis cursivas).

La cita revela una expectativa de ciudad y sus implicancias (civilización, progreso, gobierno) pensando bajo los parámetros del modelo europeo y que fue pauta en los países latinoamericanos como parte de su legado colonial. Considerando en contraparte que fuera de la ciudad solo prevalecía lo opuesto (barbarie, primitivismo, caos).

En Perú, pensar en ciudad nos ha remitido, de manera restringida, a Lima y pensar en todo el resto del país como en campo, por lo menos hasta los años 80 como señaló Vidal (1986). La literatura ha sido refracción de esta sensibilidad y la ha retroalimentado con palabras. La tradición en la que se inscribe imaginar Lima puede leerse en muchas ocasiones desde esta dualidad y las variantes de sus sentidos²².

Si buscamos la imagen de la ciudad limeña en textos contemporáneos a Abelardo Gamarra, la propuesta de Ricardo Palma resultó predominante; y puede que la oposición binaria campo-ciudad explique por qué la imagen que él modelo de la capital opacó la de El Tunante²³. De acuerdo a lo que refiere Portocarrero (2015) la representación de Lima en las tradiciones de Palma, estuvo marcada por el anhelo de homogenizar a la capital étnica y culturalmente en una ciudad criolla, modelo para el conjunto del país, silenciando lo indígena. La dualidad aquí involucra las nociones de

²² Una de las variantes ciudad-campo, leída como progreso-naturaleza, ha sido la degradación de la ciudad como “Babel de rufianes”, por el caos, la marginalidad y la pobreza (Ainsa 2000: 26), con ejemplos de literatura latinoamericana de todo el siglo XX.

²³ Esto en alusión a las afirmaciones que vimos en el capítulo 1, que refieren que la fama de Palma habría opacado a la obra de Gamarra.

occidental blanco-indígena. Lo “criollo” en las tradiciones de Palma implica “un poner distancia con lo indígena, disminuir su valor, y ansiar un blanqueamiento, una utópica mimesis con lo original, lo europeo, lo paterno”. (Portocarrero 2015: 83). El modelo de Palma, que apela a escamotear la realidad diversa, habría sido respaldado; extendido además no solo a la ciudad si no a proyecto de nación²⁴.

Dentro de estos esencialismos, a cuyo influjo Gamarra no habría resultado indemne, cabe recordar que, de acuerdo a las lecturas previas, nuestro escritor hizo lo contrario a “poner distancia con lo indígena”. En la oposición binaria, Gamarra apostó por dilucidar que aquello que se proyectaba al campo –tipos y costumbres provincianos, que se consideró semejante a indígena por la racialización de la geografía que veremos en un siguiente apartado– se encontraba también en la urbe limeña; que no había una relación estática y era necesario hacerlo visible. Como ha señalado Podestá, Gamarra recoge y recrea expresiones de los forasteros en Lima: Migrantes de diferentes orígenes que “alteraban” la imaginada homogeneidad de la capital.

La oposición binaria en el contexto de la segunda mitad del XIX para Gamarra sería una asociación de elementos raciales y geográficos: criollo/urbe/costa/Lima – indígena (cholo)/campo/sierra/provincias; ello ha tenido todo un desarrollo histórico, como veremos en un próximo apartado y en la literatura ha encontrado su correlato. Williams advertiría en *El campo y la ciudad* que el contraste entre campo y ciudad no es necesariamente una oposición absoluta ni una relación binaria estática, por el contrario existen vínculos regulares, necesarios y funcionales. Y es que más allá de las cualidades contrapuestas en la relación ciudad-campo señaladas líneas previas que podrían llevarnos a pensar en inmutables arquetipos; estas pueden llevarnos a formularnos

²⁴ Esta propuesta respecto a Lima se pensaba como una imagen de nación criolla, Portocarrero lo analiza sobre todo en ese sentido. El “blanqueamiento” cultural y étnico era parte de la ilusión homogenizadora en la República, en la que hubo además mayor movilidad social que en la colonia (Portocarrero 2015: 92).

preguntas como ¿por qué se dieron esos valores o por qué cambiaron en determinado momento? (Williams 2001: 358)²⁵.

En nuestro país, la posibilidad de interacción entre los valores “opuestos” que representan Lima y provincias ha sido usualmente leída en el horizonte de mestizaje, hacia la homogenización, con la hegemonía de lo occidental; Lima hacia fines del XIX era representada predominantemente como una ciudad criolla, como mencioné líneas arriba. Al retornar a los textos no hegemónicos, como ha sido el caso de los artículos de Abelardo Gamarra, podemos preguntarnos otra posible relación entre los valores de la oposición binaria para representar la ciudad de Lima.

En los artículos de Gamarra, “El Tunante” como sujeto migrante se desplaza en Lima y en el corazón de esta transita la oposición binaria campo-ciudad en los valores civilización/criollo/urbe-barbarie/indígena/campo(rural). Entiendo la condición de sujeto migrante como quien “estratifica sus experiencias de vida y que ni puede ni quiere fundirlas porque su naturaleza discontinua pone énfasis precisamente en la múltiple diversidad de esos tiempos y esos espacios y en los valores o defectividades de los unos y los otros” (Cornejo Polar 1995: 104). A partir de la mirada de “El Tunante”, Lima es develada desde su centro en estratégicas negociaciones de ambas fuerzas.

Desde la perspectiva del narrador migrante, Lima es representada en condición de una ciudad migrante, en conflictiva relación entre lo criollo, cercano a lo europeo (con relación a ciudad, costa, urbe, progreso), y lo indígena (que se anexa a campo, sierra, provincias, atraso). El narrador Tunante no modifica o altera las etiquetas que se consideraban para ciudad y para campo; su intervención radica en hacerlas visible en

²⁵ Así por ejemplo, a partir de los ejemplos de literatura europea (en particular inglesa) Williams refiere sintéticamente algunas concepciones sobre la ciudad a través del tiempo: “tenemos que reconocer la asociación de ideas que se da regularmente entre los siglos XVI y XVII entre la ciudad, el dinero y la ley; la asociación que se establece en el siglo XVIII de la ciudad con la riqueza y el lujo; la persistente asociación – que alcanza su punto culminante a fines del siglo XVIII y en el XIX – de la ciudad con el gentío y las masas; la asociación reiterada, ya en el siglo XIX y en el XX, de la ciudad con la movilidad y el aislamiento” (Williams 2001: 358).

contacto, más aún cuando la ciudad tiene migrantes recorriéndola, lo que trastoca su (ilusión de) uniformidad. Visibilizar la heterogeneidad en la capital, en la “insolubilidad de los elementos en juego, es decir, su capacidad de afirmar la discontinuidad cultural, esto es, de marcar las fisuras que establecen la pluricultura” (Bueno 2004: 27), debió de ser revolucionario en una Lima que prefería ensoñarse en homogénea blancura a mediados del XX. Podemos imaginar lo insólito que pudo resultar el intento en la segunda mitad del siglo XIX con la narrativa de Gamarra²⁶.

2.2.1. Revisitar el artículo de costumbres, narrador costumbrista y representación de ciudad²⁷

En el primer capítulo, advertí que en los pocos estudios que tenemos de los artículos costumbristas de Abelardo Gamarra se echa de menos el empleo de estructuras de análisis. Lo regular ha sido que, al estudiar los artículos de costumbres de Gamarra, la historia y la crítica literaria se centrasen en los temas; y en menor medida se interesaron en la perspectiva adoptada y su lenguaje popular.

Cabe señalar que esta carencia tiene un reto de base: los investigadores han tenido que sobrellevar la dificultad de definir el artículo de costumbres, forma expresiva por excelencia del costumbrismo²⁸ e incluso al definir costumbrismo en sí mismo. Esta dificultad de delimitación conceptual se explicitó desde inicios del siglo XX, en las

²⁶ Incluso lo insólito de imaginar la heterogeneidad de Lima migrante y su representación en los artículos de Gamarra puede haber influido en que la crítica no le estudiase de esa forma. Solo a partir de Podestá (1995) se reflexiona sobre ello en Gamarra, ya no tan solo como la revaloración de la provincia (y lo rural) fuera de Lima.

La categoría de heterogeneidad no resuelve posibles conflictos culturales, es tan solo una manera de plantear el contacto entre lo diverso; lo cual ha sido relevante. Visibilizar la heterogeneidad de la ciudad no desdice los supuestos señalados de la binaria.

²⁷ Empleo el término “revisitar” bajo inspiración del libro *Revisitar el costumbrismo. Cosmopolitismo, pedagogías y modernización en Iberoamérica* (2016), véase en la bibliografía. Adopto la idea que los compiladores señalan de la necesidad de retornar al estudio del costumbrismo con nuevos enfoques e instrumentos de análisis.

²⁸ En el costumbrismo literario además del artículo, también son especies de expresión el teatro de costumbres y las letrillas.

diferentes aproximaciones de la crítica hispanoamericana. Han existido posiciones contrapuestas, incluidas las más radicales que descartaron la posibilidad de contener en definiciones al costumbrismo y sus formas expresivas ya que todo les era posible (Ferrerías 1970)²⁹.

Respecto a los artículos de costumbres se le ha cuestionado por su naturaleza híbrida: la confluencia de literatura y periodismo. Por este hibridismo, algunos le desacreditaron de literario, reduciéndolo a tan solo un artículo de prensa y como tal apenas un reflejo de la sociedad que intenta describir³⁰. Se le cuestiona también que tenga muchas variantes en su presentación (elementos estructurales), sea por influencia regional o de estilo del autor³¹.

²⁹ La dificultad de delimitar conceptualmente el costumbrismo ha tenido diferentes aristas. Tan solo el término “Costumbrista” ingresa al diccionario de la Real Academia Española en 1925. Y treinta años después la palabra “costumbrismo” ingresa al diccionario como modo y no como género (Peñas 2013:31). Otra dificultad ha sido la falta de coincidencia en si el costumbrismo es una tendencia o un género literario. Algunos como Baquero Goyanes y Margarita Ucelay Da Cal, le consideran tendencia y el cuadro de costumbres como género literario (Watson 1980: 16-17). Sobre la pluralidad y contradicciones en este punto puede consultarse la tesis de Ana Peñas (2013).

Aconteció también la dificultad entre los críticos a raíz de considerar que el costumbrismo abarcaba a todos los textos que temáticamente abordasen costumbres. Esto imposibilitaba la delimitación temporal y de un corpus. En toda la literatura occidental se pueden encontrar costumbres, desde la literatura grecolatina. Para contrarrestar esta ambigüedad, diferentes especialistas han enfatizado en que se debe de reconocer ciertas condiciones del costumbrismo y que ello puede distinguirse a inicios del siglo XIX. Los especialistas finalmente coinciden en proponer como orígenes del costumbrismo hispanoamericano con Larra y Mesonero (1830-1850). Una de estas condiciones es que el costumbrismo tiene por tema medular, propósito de inicio y fin, el describir/narrar costumbres; esto le diferencia de otros que solo recurren a las costumbres como insumo accesorio.

³⁰ Como vimos que ha sucedido con los artículos costumbristas de Gamarra, a los que también se les ha cuestionado su calidad de literarios. En general para el caso de Perú, en los últimos treinta años ha sido un reto la revaloración de la prensa del siglo XIX y su estrecha relación con la literatura.

³¹ Incluso el término “artículo” o “cuadro” ha sido inestable. Se ve sí una constante alusión a la pintura, lo que tendría relación con que los escritores señalen su labor como hacer un “retrato” o un “boceto” según el nivel de detalle (Peñas 2013: 31). Algunos consideran que se tratan de términos intercambiables dado que en el mismo siglo XIX las formas narrativas breves también tenían denominaciones irregulares; otros señalan que sí existen diferencias entre ambos términos

En “Romanticism in Spanish and Spanish Romanticism” (1939) Courtney Tarr señala que el cuadro de costumbres es reconstrucción de ambientes, propiamente corresponde a la idea de pintura, no existe mayor interés en presentar una anécdota, se concentra en presentar la imagen de un tipo o de una escena; en cambio el artículo costumbrista presenta una anécdota y maneja el desarrollo de la trama, presentándose momentos de tensión culminante (Torres Espinoza 2010: 40).

La problemática sobre estas definiciones del costumbrismo y del artículo costumbrista ha sido bastante extendida y se encuentra como punto de partida en casi todos los estudios sobre costumbrismo. Puede revisarse más sobre ello en Peñas (2013). No me extendo más en el punto ya que no es mi propósito principal; pero sí he querido recoger brevemente este panorama y aclarar que parto de algunos consensos.

Progresivamente se ha intentado superar estas dificultades reconociendo el valor literario del costumbrismo y del artículo de costumbres. Se ha afirmado la riqueza de su naturaleza híbrida, encontrando en la prensa el beneficio de una cantera de formación, así como la inmediatez y difusión del género. Y en cuanto definiciones puede afirmarse que “es un texto breve, en prosa, en el que se busca pintar (y con frecuencia criticar) una costumbre característica de la sociedad en que vive el escritor (o un tipo humano que la representa) a través de una simple anécdota. El tono general es festivo.” (Jorge Cornejo Polar 1998: 76). A esta definición cabe remarcar que el sentido del humor es primordial para efectos de la crítica que pretenden.

Más aún se ha reconocido cualidades que posee todo artículo de costumbres, y no solo el tema. El artículo de costumbres, dentro de sus variaciones, posee una estructura determinada: el título distintivo que orienta al lector, un epígrafe (opcional), una introducción que le ubica temporalmente e identifica una opinión sobre un tema particular, la anécdota ilustrativa y el cierre que suele confirmar la opinión inicial. (Rubio Cremades y Ayala Aracil 1985). Además de la estructura hay otros elementos internos constantes, como escenarios usuales en la comunidad y empleo de tipos (personajes particulares que se proponen como modelos característicos de la localidad o región). Y es que más allá de las variantes, hay “unos patrones bastante estables en los que los elementos configuradores actúan como piezas de puzzle que, con ligeras variantes, siempre aparecen contemplados en el cuadro (...)” (Peñas 2013: 57). Esto permite al lector reconocer el tipo textual.

Dentro de los últimos diez años, estudios en el extranjero sobre el artículo costumbrista permiten observar un paso más allá de sus retos conceptuales³². La tesis

³² *Revisitar el costumbrismo. Cosmopolitismo, pedagogías y modernización en Iberoamérica* (2016) es también una relectura innovadora. En este se propone que la escritura de tipos y costumbres fue “una avanzada estética para hacer asimilable la implementación de la modernización en la región: desde la economía agroexportadora hasta el pensamiento racial” (Martínez-Pinzón 2016: 9). Al respecto de la

doctoral *Hacia una poética del artículo de costumbres (1830-1850)* de Peñas (2013), que vengo citando líneas arriba, me es referencia indispensable. Aunque su corpus está delimitado al caso español y, como bien señala, la poética que propone responde a las características de los textos españoles seleccionados, su propuesta sistematiza y aclara muchos elementos de estructura que también se encuentran en el artículo costumbrista peruano.

(...) **destacan las estrategias enunciativas** -donde caben cuestiones variadas relacionadas con el uso preferente de la primera persona como sujeto de enunciación (cf Román 1988), los pseudónimos y los desdoblamientos y deslices entre autor real, autor implícito representado y narrador y la focalización-; **el pacto narrativo entre autor y lectores**, la focalización y el tratamiento del tiempo, marcado por una frecuente superposición, contrapunto y proyección de planos temporales y donde las nociones de cambio histórico, contemporaneidad, progreso y nostalgia tienen un fuerte peso. **Su extensión breve, su desarrollo sintético y su presentación retórica de estructura más o menos trabada, adaptada a los límites y condiciones del periódico**, son marcas adicionales de reconocimiento del artículo de costumbres. **Finalmente, también el tema, aunque menos definitorio que la forma**, es un indicador de su naturaleza, pues las costumbres no tienen en estos textos un papel accesorio, sino plenamente nuclear: constituyen el centro del discurso y el instrumento de aproximación a la realidad mediante una mimesis costumbrista, de imitación de lo local y lo circunstancial, del detalle contemplado en su contingencia” (Peñas 2013: 73. Mis negritas).

Es decir, el artículo de costumbres es un texto breve y en prosa. Es un texto que innegablemente está vinculado a la prensa, se adaptó al periódico dado que fue su medio principal de difusión, y más aún es importante estudiarle en su fuente primaria; añadido que si se trata de una columna costumbrista tiene esto también un valor agregado en el universo interno que crea. A su vez, el artículo de costumbres tiene por núcleo principal las costumbres locales y contemporáneas al escritor que le distinguen; difícilmente entonces los lectores actuales pueden ser indiferentes al contexto que tiene de insumo.

Peñas también ha remarcado en cualidades desde su estructura como el sujeto de enunciación (el narrador) y el pacto narrativo que requiere este texto con el lector. Y

dificultad de los términos, si bien los autores emplean “costumbrismo” desde el título, tienden a emplear “escritura de tipos y costumbres”, y señalan que los escritores se referían a sí mismos como “escritores de costumbres” o inclusive “pintores de cuadros de costumbres”, pero no como costumbristas. (2016: 10).

podría decirse que el análisis de estos ha sido uno de los más importantes avances en los estudios sobre el artículo³³. Para mi estudio de la representación de Lima en los artículos de Gamarra, requiero reparar en el sujeto de enunciación en sus artículos, es decir, en la construcción de un narrador.

Por las características del artículo de costumbres, la imagen del escritor real es muy cercana a la del narrador, pero no son el mismo sujeto de enunciación. El empleo de seudónimos suele respaldar la creación de un alter-ego, generalmente omnisciente, con características que lo particularizan en una historia con cuotas ficticias. El artículo de costumbres, aunque es un texto híbrido, es indudablemente un texto ficcional: emplea elementos de la realidad, pero no se limita a una exposición o un ensayo de la costumbre; finalmente es una constructo literario. Es necesario aclarar esto ya que resuelve una de las problemáticas de cómo analizar el artículo de costumbres.

El cuestionamiento a por qué el narrador costumbrista emplea experiencias reales del autor y se aproxima al lector bajo referentes contemporáneos compartidos se resuelve con el pacto narrativo costumbrista. Este es distinto al pacto en otros tipos textuales literarios convencionales contemporáneos. Por este pacto costumbrista, en el mundo representado del artículo costumbrista el narrador costumbrista necesita configurarse como participante de la realidad inmediata al lector para que el artículo de costumbres sea verosímil. En los escritores costumbristas el “narrador que crean, por lo tanto, es siempre una mezcla de lo real y lo inventado, una máscara inventada por el

³³ Como precedente al análisis del narrador costumbrista, la reflexión que realiza Muro (1990) reconoce la dificultad que representaba para los estudios literarios investigar el artículo costumbrista, debido a los múltiples aspectos que estos poseen, entre ellos la inmediatez de su difusión, la frecuencia del contacto entre autor real y lector virtual en el medio periodístico. Como solución, él introduce la posibilidad de analizar estrategias como el establecimiento de las normas de comunicación: “narrador”, “pacto narrativo” y “lector virtual”. En particular, sostiene que establecer un “narrador”, generalmente narrador protagonista, era parte de la tradición periodística. Se relaciona a ello el empleo de diferentes seudónimos que encubre y desplaza al autor real, pacto que debe respetar el lector virtual. (Torres Espinoza 2010: 35).

autor para atraer al lector y convencerle de la validez de su perspectiva sobre la realidad”. (Espejo Saavedra 2007: 34).

La elección de perspectiva en el narrador costumbrista además es un recurso intencional y es considerado crucial en el costumbrismo. Los escritores de costumbres son unos dedicados observadores³⁴. La perspectiva, es decir, quién observa, qué observa y cómo observa, permite ofrecer a los lectores una visión inusual de lo cotidiano, reorientar la atención sobre objetos y costumbres “vulgares”, tan cercanos que son desapercibidos, y mostrarlos como nuevos. El cómo observa es además importante porque es el matiz con el cual va a referirse a lo observado³⁵. Algunos de los recursos de la perspectiva son el empleo de la carta, el personaje extranjero, el viajero, la caricatura... o una combinación de estos (Peñas 2013: 50-52). Para el análisis, entender quién es el narrador y su perspectiva permite dilucidar detalles simples y complejos en sus textos.

En el caso de los costumbristas peruanos de la primera mitad del siglo XX, Watson distinguió que la perspectiva en estos escritores osciló entre la de sujetos de la aristocracia criolla y la alta burocracia española (el caso de Felipe Pardo) y la naciente clase media con sensibilidad criolla (Manuel Ascencio Segura, Ramón Rojas y Cañas, Manuel Atanasio Fuente). Se refiere la influencia de la vida de los autores respectivos en las perspectivas dentro de sus artículos³⁶.

³⁴ De acuerdo a Peñas, en el caso del costumbrismo español, Larra como escritor de costumbres sostiene sus artículos en la observación (ordenadora) de los caracteres dispersos en toda la sociedad. Mesonero apunta al “genio observador”. A partir de estas pautas de los iniciadores, la carta de presentación de sus sucedáneos se mantuvo: son observadores. (Peñas 2013: 51).

³⁵ Para el caso del artículo costumbrista español en la primera mitad del siglo XX, predominó una perspectiva “masculina, burguesa y liberal que corresponde al escritor que hay detrás de la máscara, a pesar de que a menudo suele revestir a esta con los rasgos tipificados del censor de costumbres clásico – edad avanzada, carácter severo o burlón, según los casos; misantropía o afabilidad, etc”. (Peñas 2013: 446).

³⁶ Revisar Watson (1980) para ver más detalles de cada uno de los cuatro escritores peruanos mencionados. La propuesta de esta investigadora resulta bastante nutricia en los estudios sobre costumbrismo peruano; es sistemática y clarificadora desde estructuras de análisis. Sin embargo, hay algunos desfases en el texto; por ejemplo la mención casi nula de la construcción de narradores.

Nuestros escritores costumbristas de la primera mitad del siglo XIX observaron la actualidad limeña. Dentro de lo que ha sido el desarrollo del costumbrismo originalmente en Europa y el predominio de representación de las ciudades, tampoco resultaría tan extraño que así hubiese sucedido en nuestro país. En la primera mitad del siglo XIX el prototipo de espacio representado era la ciudad moderna, de perfil urbano. Como fue el caso del artículo costumbrista europeo con representaciones de Madrid, París, Londres, y Berlín. Esto indudablemente por el nexo entre el artículo de costumbres con la prensa y el grupo letrado de clase media “de cuya mentalidad y gusto era órgano difusor privilegiado” (Peñas 2013: 501).

En el caso del costumbrismo peruano, en la primera mitad del XIX también se encuentra la representación de “la ciudad y la vida de los estratos medios” (Watson 1980: 54). Contextualmente, Lima entre 1830 y 1860 habría tenido un fuerte desarrollo económico que la habría llevado a imaginarse moderna y distante del resto del Perú. “Solo en la segunda época del costumbrismo, después de los años 60, es que aparecen los retratos de las provincias creados por Fuentes” (Watson 1980: 54). Pero además de observar Lima y sus costumbres, en este costumbrismo inicial es notorio sus intereses en costumbres y tipos predominante criollos en una Lima que se imaginaba blanca. La oposición binaria con hegemonía criolla silenciando lo indígena, y otros valores mencionados líneas arriba, ha sido el trasfondo de esta tradición en la literatura del siglo XIX y que durante gran parte del siglo XX fue lo normalizado.

La imagen predominante de Lima entonces para el costumbrismo peruano, y que Palma lleva a su máxima expresión, fue la “Lima criolla” que refiere Portocarrero (2015) en la que silencia lo indígena. Añado que silenciaba también los elementos relacionados al compartimiento indígena de la binaria: sierra/provinciano/campo/rural. La “Lima migrante” que propongo en Gamarra en lugar de silenciar, expone, muestra;

desde la experiencia del narrador migrante, con sus referentes culturales hispanos y sus emotivos referentes del terruño en el campo, con sus amistades limeñas y con sus paisanos. La heterogeneidad expuesta en el corazón de la ciudad no soluciona los conflictos de la oposición binaria pero tan solo hacerla visible era un respiro necesario del corsé homogenizador.

Atender la imagen de Lima migrante en Gamarra en la segunda mitad del siglo XIX trae consigo la necesidad de cuestionarnos por el narrador costumbrista que construye y la perspectiva que este tuvo para representar la capital. La imagen de Lima migrante que afirmo se formulan en los artículos de Gamarra se sostienen desde quién observa y cómo observa, la construcción de un narrador que empieza con un pseudónimo y se fortalece a lo largo de sus publicaciones.

A partir de lo que es la dualidad señalada en líneas anteriores y los recursos del costumbrismo, afirmo que el Tunante narrador migrante propuso observar Lima de forma “desacostumbrada” a su época. A diferencia de sus predecesores, su perspectiva hizo notar que Lima no era tan solo el modelo criollo de tendencia europea; sino que también tenía particulares oscilaciones de la oposición binaria. El ensueño urbano y homogéneo de Lima tomó otro cariz en la pluma de Gamarra. La perspectiva del narrador migrante se involucra en hacer notar los tipos y costumbres de la sierra que no habían sido materia de representación en la Lima criolla.

2.2. Abelardo Gamarra y la migración interna en Lima en la segunda mitad del siglo XIX (1875-1879 / 1885-1889).

Como vimos en líneas previas, el artículo de costumbres requiere de elementos del contexto, incluidos algunos insumos biográficos del autor, ya que esto aporta a la verosimilitud del artículo de costumbres. Esta información sobre el contexto para el

caso de Gamarra coincide con rastros de movilización interna en Perú, desde provincias a Lima. Uno de los que se desplazó desde una provincia a Lima, en la segunda mitad del XIX, fue el autor. Acudo a reconstruir algunos pasajes de la vida de Gamarra, a sus desplazamientos vitales que confluyeron hacia el discurso y se reinventaron en este³⁷; asimismo sistematizo algunos apuntes de lo que fue el proceso de migración en Lima y su percepción entre los letrados limeños.

Abelardo Gamarra (c.1850) nació en Sarín, provincia de Huamachuco en Trujillo³⁸, norte del Perú. Vivió sus primeros doce años en el pueblo natal, cercano a un modo de vida campestre rural, aunque desde condición privilegiada dado la holgura económica de su familia³⁹. Gracias a sus experiencias de infancia, valoró el trabajo en el campo y las costumbres de comunidades aborígenes con las que su familia tuvo trato

(...) Su padre le enseñó siempre a querer a los aborígenes. No era extraño a ellos en el sentido racial. Fraternalmente unido a los chiquillos de la casa y a los del caserío, fue su compañero de juegos en las noches estrelladas de verano, mientras los mayores estaban ocupados en dirigir las faenas de la trilla de trigo. El peón recibía allí trato humano. El padre de Abelardo era en Huamachuco apoderado de las comunidades y el niño solía concurrir frecuentemente a los “acuerdos” y fueron para él inolvidables los jefes de “huarangas” con sus cuellos parados a guisa de golas de grandes caballeros de cortes europeas, el calzón de chicote, el grueso bordón de lloque, los bucles largos a uno y otro lado de la cara. (Basadre 1974: 18).

³⁷ Aquí inevitablemente pienso en Arguedas y en uno de los primeros estudios que realizó Antonio Cornejo Polar sobre la obra del escritor y la condición migrante (1995). Cornejo recuerda que la vida de Arguedas estuvo marcada por el desplazamiento en ocasiones traumático, incluido su llegada a Lima “que aún insistía en su hechizo linaje hispánico y en su acerado desprecio por los serranos. No en vano Arguedas se autodefinió como un forastero permanente y elaboró sutiles y agobiadas consideraciones sobre lo que llamaba el *forasterismo*, esa desasosegante experiencia de ser hombre de varios mundos, pero a la larga de ninguno, y de existir siempre – desconcertado – en tierra ajena”. (Cornejo Polar 1995: 103).

³⁸ Sobre la base de los recuerdos que Gamarra comparte en algunos de sus artículos de costumbres en los periódicos *El Nacional* y la *Integridad*, Justo Fernández calcula que el año de nacimiento de Gamarra fue en 1852. Luis Alberto Sánchez afirma que el año de nacimiento es 1857. Para mayor detalle sobre la fecha aún inexacta del año de nacimiento de Gamarra, revisar el artículo de Aladino Carbajal.

³⁹ “Don Manuel Guillermo Gamarra, natural de Chiclayo, perteneciente a una de las principales familias de esa localidad, varón de suficiente ilustración que cursó estudios en la Universidad de Trujillo; y doña Jacoba Quesada Rondó, natural de Huamachuco, hija del acaudalado don José Rondó y doña Bartola Quesada Carrión, prima hermana de don Faustino Sánchez Carrión”. (Fernández 1954: 12).

Complementariamente a la inmersión en el trabajo en el campo e interacción amical con grupos sociales de los que se percibía distinto, Abelardo llevó la instrucción Primaria en el colegio San Nicolás de Huamachuco. Según sus recuerdos, en la biblioteca paterna leyó a los clásicos españoles y franceses (Basadre 1974: 18). Explícitamente, el autor rememoraba: “nuestro padre era de lo más afecto a las Letras y su biblioteca era la mejor de nuestro pueblo; allí conocimos a Volmy [Conde de Volney], Rousseau, Voltaire y demás compañeros mártires; también a Dumas y mucho, mucho a Villergas”⁴⁰. (Citado por Fernández 1954: 15).

Con esta familiaridad con la vida del campo, las comunidades indígenas y lectura de textos occidentales románticos, Abelardo adolescente llegó a Lima, en 1865, acompañado por su padre. Tenía por objetivo continuar sus estudios secundarios en el colegio Nuestra Señora de Guadalupe. Su desplazamiento físico estuvo acompañado de una transición de fronteras culturales que no pasarían inadvertidas. Sus recuerdos y sus costumbres tenían que encajar en una Lima explícitamente europea y europeizante.

Culminada la escuela, Abelardo se quedó a radicar en Lima⁴¹. Realizó estudios universitarios en letras y jurisprudencia en San Marcos aunque no los concluyó. Hacia 1871, abandonó la universidad, “cuando había cambiado por completo su condición económica, pues se había vuelto muy pobre” (Basadre 1974: 19)⁴². Ese año ingresó a trabajar en la redacción de *El Nacional* y empezó a publicar esporádicamente en otros

⁴⁰ En cuanto Voltaire (1694- 778), Rousseau (1712-1778) y Volney (1757-1820), cabe señalar que era una triada de filósofos representativos de la Ilustración francesa. De los otros dos escritores, por cronología se refiere al novelista francés Dumas padre (1802-1870) y al escritor satírico español Juan Martínez Villergas (1817-1894). Este último, el cual remarca Gamarra haber leído “mucho, mucho”, parece haber sido un modelo a seguir en cuanto su camino como escritor.

⁴¹ En el transcurso de sus estudios de esta etapa escolar, murió su padre. Se refiere que la orfandad y la pobreza aparecieron juntas en la adolescencia del escritor: “sus predios comprendían las ricas haciendas de Corpanqui, Soquián, Huansa, Sarín y Andabamba las que se liquidaron a poco de la muerte de don Manuel Guillermo y a la que parece siguió la de doña Jacoba” (Fernández 1954: 13).

⁴² La mención a la incisiva pobreza en la vida del autor es otra de las constantes entre sus biógrafos. Más allá de las carencias, se remarca que efectivamente su oficio de escritor fue su sustento económico.

periódicos y revistas de la época, como el entonces célebre *El Correo del Perú* (1871-1878). Progresivamente el periodismo fue su actividad principal.

Gamarra se instaló en Lima y además de escritor periodista vinculado a *El Nacional*, también tuvo roles políticos. Su primer vínculo político fue como simpatizante de Manuel Pardo quien lideró el Partido Civil y fue presidente del Perú (1872-1876). *El Nacional*, periódico en que Gamarra colaboraba, apoyó durante muchos años al Partido Civilista. Entre las pruebas explícitas de su apoyo se encuentra el “Manifiesto civilista” publicado en las primeras páginas de este diario el 1 de Setiembre de 1877 y en la larga lista de los que respaldan dicha propuesta aparece nuestro escritor.

Aunque el propósito de esta tesis no comprende seguimiento de actividades políticas de Gamarra durante la guerra, cabe mencionar que entre 1880 y 1883 participó del conflicto y la resistencia que históricamente se recuerda liderada por Andrés Avelino Cáceres. En abril de 1880, el escritor participó como voluntario en la defensa del puerto durante el primer bombardeo, al igual que sus compañeros de *El Nacional*. Gamarra estuvo en la batería Ayacucho y luego en la Santa Rosa. Al año siguiente, en enero de 1881, cuando las tropas chilenas ingresaron a Lima, Gamarra integró el Ejército de Reserva, participó en las batallas de San Juan y Miraflores las cuales perdimos⁴³ y presencié la ocupación de Lima. Ante estos hechos, Gamarra dirigió sus esfuerzos a la resistencia desde las provincias y vivió los trajes del conflicto, entre 1881 y 1883⁴⁴.

⁴³ Dejó la “Hacienda Vásquez” y acudió a la ciudad para prestar apoyo en el puesto de la Cruz Roja a órdenes del Jefe de Sanidad, Dr. Martín Dulanto. Gamarra propició la organización de la cruz blanca, para atender a los heridos que no alcanza a atender la cruz roja, además promovió la resistencia por lo cual fue perseguido (Fernández 1954: 34).

⁴⁴ Con la ocupación de Lima, el país se encontraba dividido en tres jefaturas superiores, políticas y militares, “la del Norte, bajo la autoridad del Contralmirante Lizardo Montero; la del Sur, de don Pedro A. del Solar y la del Centro, del Coronel don Andrés Avelino Cáceres” (Fernández, 1954, p. 35). Gamarra viajó a Trujillo en 1881, a colaborar con la campaña del Norte, a cargo del contralmirante Montero, en enlace con Cáceres. En coordinación con Montero, Gamarra se dirigió a Huamachuco, a realizar

A fines de 1883, culminada la guerra y firmado el Tratado de Ancón, Gamarra regresó a Lima. Sus críticas en contra del gobierno de Miguel Iglesias (presidente provisorio desde Lima), por las concesiones establecidas por este en el acuerdo de paz, derivaron en una orden: el periodista debía de retirarse de la capital en menos de 24 horas. Al no acatar esta orden, fue detenido y embarcado rumbo a Ecuador, pero logró escapar durante el viaje al norte y se dirigió a Trujillo, donde volvió a contactar con Borgoño y acordaron apoyar las acciones de Cáceres en contra de Iglesias. En 1884 tuvo que mantenerse alejado de Lima, consecuencia de oponerse a la cesión de territorio como parte del acuerdo de paz. Debido a la guerra y sus secuelas, Gamarra llevó una vida trashumante por diferentes pueblos ubicados entre el norte y sur del país; de esta experiencia tomó apuntes de viaje que fueron insumo de artículos posteriores y sobre todo le permitió nutrirse de una visión del país y que iba más allá de Lima.

Dado que fue simpatizante de Andrés Avelino Cáceres durante la resistencia en la Guerra del Pacífico, se considera el retorno de Gamarra a Lima en 1885 habría sido beneficiado por el triunfo de aquel. El escritor habría apoyado a Cáceres en su primer gobierno hasta 1889 en que se vuelve crítico de él por contrato Grace, por esta discrepancia se alejó incluso de *El Nacional*⁴⁵.

Gamarra fue además diputado por Huamachuco, su provincia natal, en dos ocasiones, en 1883 (durante el Congreso en Arequipa) y en 1886. De esta última experiencia se recuerda dos proyectos que presentó: el proyecto de la Ley Agraria sobre

propaganda a favor de la campaña entre sus comprovincianos, para que participasen en la contienda. Retornaba a su pueblo natal, después de aproximadamente dieciséis años de ausencia.

Gamarra retomó amistades y estableció nuevos vínculos. Asimismo, fundó el periódico “La Bandera del Norte”, para avivar el espíritu de resistencia; asumiendo de esta manera, progresivamente, representatividad política. En consecuencia, en 1883, Gamarra fue diputado por Huamachuco y viajó desde allí al sur, hacia Arequipa, donde se discutía la reorganización política del país.

⁴⁵ Para reestablecer el crédito del Perú en el extranjero por la deuda contraída en 1869, 1870 y 1872 para construcción de ferrocarriles y obras públicas que ascendía a 51 millones de libras, se proponía “el contrato Grace” por el cual se cedía los ferrocarriles del Estado por 66 años, el guano existente en el territorio nacional por la cantidad de 2 millones de toneladas y 30 anualidades de 80 mil libras cada una (Fernández 1954: 53). Este contrato se aprobó en octubre de 1889. Gamarra se oponía a este contrato y su rechazo lo movió a separarse del congreso y de *El Nacional* que apoyaba el acuerdo.

los terrenos sin cultivo, que fue juzgado impracticable; y el proyecto de Establecimiento de Escuelas en las Haciendas y Organización de Escuelas Ambulantes. Ninguno fue aprobado por la cámara, pero el segundo fue atendido por muchos hacendados (Fernández 1954: 51).

Como queda constancia en testimonios del (y respecto al) autor⁴⁶, Gamarra percibía su identidad como un forastero serrano en la capital y siempre se mantuvo atento de la problemática no solo de su pueblo natal Sarín (en Huamachuco) sino del mundo andino rural de donde provenía. Más aún Gamarra fue un forastero enraizado en la capital, que se afincó en un nuevo lugar y tiempo, animado por un proyecto de vida nueva (Bueno 2010: 159)⁴⁷. A partir de su experiencia migrante debió de gestionar las expectativas externas sobre sí como forastero y su proyección sobre Lima. Aunque puede afirmarse que tuvo una inserción exitosa en la capital; esto no diluye que la oposición binaria campo/rural/provincias-ciudad/urbe/Lima fuese una realidad muy concreta y áspera para el autor. Desde esta condición optó por construir en sus textos la voz de un narrador serrano forastero en Lima, una propuesta textual poco común en el circuito letrado limeño. En el primer apartado del tercer capítulo desarrollaré lo que corresponde al Tunante como narrador migrante; previo a ello veamos un poco de contexto.

⁴⁶ Respecto de los testimonios del autor, puede revisarse el conjunto de textos que publicó en la *Integridad* y que son citados por Justo Fernández. Además puede revisarse también las semblanzas compiladas respecto al autor en *Homenaje a Gamarra*.

⁴⁷ La condición del forastero, según señala Raúl Bueno, varía según la duración de tiempo como visitante. Un forastero casual puede disfrutar o no del viaje, pues solo está de paso. Su viaje no afecta su identidad, no necesita adaptarse. Incluso, puede experimentar con lo que observa en contraste con lo que él es, y así fortalecer su centro. En cambio, el forastero enraizado se enfrenta a adaptarse o a vivir excluido en el nuevo lugar donde llega para quedarse, e intenta vivir o sobrevivir en su nuevo “hogar”. Los lugareños pueden incluso considerarle como un invasor.

2.2.1. Lima y la migración interna en la segunda mitad del siglo XIX: (1875-1879 / 1885-1889).

Aunque siempre existió movilización interna dentro del país, no fue sino hacia 1860 que se distingue un primer flujo migratorio que puede considerarse como tal, de acuerdo a lo propuesto por Flores Galindo en *República sin ciudadanos*. A partir de la eliminación de la esclavitud de los afroperuanos (1854) se incrementó la práctica de la servidumbre doméstica. Para cubrir la demanda de trabajadores domésticos en la capital, uno de los grupos sociales sometidos a ello fueron los indígenas de la sierra quienes ingresaron a Lima de forma voluntaria u obligatoria.

Flores Galindo refiere como parte de la migración forzada la práctica del “mercado de cholitos” en Lima; esta práctica consistía en el tráfico de niños de zonas andinas, generalmente quechuahablantes y de origen campesino, que por encargo de familias pudientes eran apartados abruptamente de sus familias y traídos a Lima para ser sirvientes domésticos, contando con el aval de autoridades locales y de una mirada normalizadora de este hecho por parte de la sociedad en general⁴⁸.

Por parte del ingreso voluntario, Ragas señala que en la segunda mitad del siglo XIX “el aumento de la población en Lima se explica por el incremento demográfico que se estaba produciendo en la sierra, lo que provocaba una fuerte presión sobre la tierra, situación que algunos departamentos no pudieron soportar, por lo que expulsaron grandes contingentes de población hacia la costa” (Ragas 2008: 23). Asimismo,

⁴⁸ Esta práctica común en Lima retrata la sensibilidad de la capital respecto a la mayor parte de la población del país. Los niños, de zonas alto andinas y de grupos sociales desfavorecidos, eran secuestrados a edades muy tempranas (4, 7 o 10 años refiere Méndez 2011: 6); es decir, prácticamente nacían para ingresar al sistema de esclavitud urbana. Uno de los primeros artículos de Gamarra, “Los cholitos” (1873), denuncia este abuso; y vuelve indirectamente al tema en otros artículos, así por ejemplo en “Una raza infortunada” (1876) donde se recrea a una pareja de indígenas quienes, entre los diferentes maltratos que reciben de un hacendado, son despojados de su pequeño y único hijo.

Como advierte Méndez en base a Flores Galindo, esta práctica de servidumbre doméstica fue claramente una “prolongación del pongaje” que era avalada desde Lima, en una síntesis perversa de explotación laboral urbana y de prácticas del gamonalismo rural, dentro del “proceso de modernización de la infraestructura del Estado al amparo del boom de las exportaciones de guano” (Méndez 2011: 6).

tomando como base a Flores Galindo, considera que la migración se hizo visible con el “mercado de servidores domésticos” que era común en la capital.

Hacia 1860, asistimos a la conformación de un interesante mercado de servidores domésticos que compiten o desplazan en sus funciones a los antiguos esclavos. Como en la actualidad, estos servidores domésticos eran objeto de control y exclusiones por parte de sus empleadores. Si bien algunos lograban obtener ese trabajo de forma voluntaria, o por medio de algún establecimiento creado para servir de enlace entre la oferta y la demanda –la primera de estas agencias se crea en 1859–, otros no tenían tanta suerte. (Ragas 2008: 23).

Cosamalón señala que de acuerdo al censo de 1860, el total de inmigrantes peruanos en Lima era de 7714 personas, que representaba el 23,7% del total de habitantes. Los no nacidos en la capital, que en su mayoría provenían de la sierra del Perú, representaban el 12,73% del total (Cosamalón 2017: 162-163). A su vez, con base en la revisión de licencias matrimoniales y documentos de población adulta, Hünefeldt y Cosamalón señalan que “en promedio el porcentaje de nacidos en la ciudad [Lima], según los matrimonios registrados, fue de 54% para 1859, 36% para 1870, 46% en 1880 y 45% en 1890” (Cosamalón 2017: 160). Es decir, en el transcurso de la segunda mitad del XIX, en la población residente en Lima hubo una tendencia decreciente de los nacidos en la capital entre la década del 60 y 70; que no se recuperó del todo entre las décadas del 80 y 90. Sugerentemente coincide con la propuesta de un incremento en la inmigración nacional y, claro, también extranjera.

La presencia de los migrantes de la sierra originó reacciones entre los residentes. Lima desplegaba planes de modernización y, entre otras cosas, requería del engrosamiento del mercado laboral. Sin embargo, en la comunidad limeña, los migrantes serranos que ingresaron a la capital como fuerza de trabajo no eran sujetos de derecho, como puede verse con el tráfico de niños para ser sirvientes. A su vez, contradictoriamente a la necesidad de trabajadores, en Lima “existían voces que manifestaron su preocupación por la masiva llegada de provincianos a partir de la

década de 1860, pues consideraban que le quitaban prestancia a la ciudad y que el número de personas que pedían limosna por las calles estaba aumentando” (Ragas 2008: 24).

Si bien Gamarra llegó a Lima por voluntad personal en la década de 1860, para la realización de estudios, contaba en ese momento con el respaldo económico y prestigio social de su familia, y además permaneció en Lima desarrollando su carrera de escritor lo cual le brindó acceso a una élite letrada; resulta probable que le afectasen los prejuicios que se gestaban en Lima sobre los migrantes serranos, sobre la sierra y la vida del campo con la cual se identificaba. En el próximo subapartado, presentaré algunos apuntes de cómo en el circuito letrado en el que se desenvolvió Gamarra aconteció los prejuicios sobre migrantes serranos. Por lo pronto, anotemos dos condiciones adicionales del contexto dentro el rango temporal que propongo estudiar los artículos costumbristas de Gamarra (es decir, desde 1875 hasta 1889) y que estimo como factores de influencia a la percepción sobre el migrante serrano. Estas dos condiciones y que delinearé sucintamente a continuación son: la racialización de la geografía y el centralismo de Lima.

En la segunda mitad del XIX, desde la costa se fraguó el discurso que especialistas han denominado “racialización de la geografía”, por el cual la sierra empezó a imaginarse poblada por indígenas, como si no existiesen indígenas originarios de la costa⁴⁹. Complementariamente, se homogenizaron los términos “indio” y “serrano”, como si ser serrano fuese ser indígena y viceversa. Ambos términos adquirieron connotaciones peyorativas e integraron el imaginario de “razas inferiores”,

⁴⁹ Existen fuentes documentales de la Colonia, que concebían la presencia de indios en todos lados, en la costa, en la sierra, en la ciudad y en el campo. En la primera mitad del siglo XIX, relatos de viajeros y obras pictóricas, como las acuarelas de Pancho Fierro y Leonce Angrand, representaron indios en la costa del Perú. Sin embargo, progresivamente, en la segunda mitad del XIX, el indio costeño desapareció de las representaciones, siendo predominantes las imágenes del indígena en la sierra. Como señala Méndez, la dualidad “costa” – “sierra” se impuso, y se difundió la idea de que los indígenas viven exclusivamente en la sierra. (2011: 84).

es decir grupos quienes por su raza no podían acceder, o incluso entorpecían, el anhelado proceso modernizador.

La “racialización de la geografía” caló tan profundamente en el pensamiento colectivo que formó parte del sentido común en el siglo XX (Méndez 2011). De tal manera, se deduce que para los residentes limeños, que se concebían así mismos como criollos blancos, el recelo hacia los migrantes serranos se entremezclaron con los prejuicios racistas que existían sobre los indígenas, prejuicios que se tradujeron en menosprecio y burlas. La superioridad de Lima por su costeñidad sobre los pueblos de la sierra fue un discurso que se construyó durante el desarrollo de nuestra República con fuerza durante el siglo XIX.

Avanzado cronológicamente en la segunda mitad del XIX, los prejuicios se agudizaron durante la Guerra del Pacífico (1879-1883) y en la consiguiente inestabilidad de la posguerra (prácticamente toda la década del 80). Durante dichos años, para el grupo criollo costeño la presencia de indígenas serranos en Lima fue considerada una amenaza latente: se temía que los montoneros (serranos y/o indígenas) pudiesen atacarlos y exterminarlos en un revanchismo de castas⁵⁰.

Lima ha sido pensada generalmente como “centro mediador y civilizador” en relación a todo el resto país, refiere Ortega (1986: 49); bajo ese supuesto el desplazamiento hacia la capital podría tal vez deducirse casi predecible. Pero en

⁵⁰ La presencia de indios como soldados en Lima a raíz de la guerra en ocasiones despertó sentimientos de desprecio, como en la batalla de San Juan o Chorrillos. Bajo argumentos racistas y de “no identificación” con la costa, se responsabilizó al indígena por la derrota. Así en la carta de Ricardo Palma a Nicolás de Piérola, el escritor afirmó: “En mi concepto, la causa principal del gran desastre del 13 está en que la mayoría del Perú la forma una raza abyecta y degradada, que Ud. quiso dignificar y ennoblecer. El indio no tiene sentimiento de patria; es enemigo nato del blanco y del hombre de la costa y, señor por señor, tanto le da ser chileno como turco” (1964: 13-14, citado por Holguín 2009: 242). La presencia de los montoneros serranos además reavivaron el miedo a una sublevación de castas. El recelo en algunos casos, más que especulación, tuvo hechos concretos pues existía un antagonismo antiterrateniente. En una carta de noviembre de 1883, un jefe chileno refiere el acecho a los “mistis”, amenazados de exterminio: “Todos los indios de Huanta a Huancayo están sublevados. Los pocos con quienes pudimos entrar en contacto declararon que su objetivo no era combatir a los chilenos, ni a los peruanos partidarios de la paz, sino a toda la raza blanca”. (Manrique 1981: 342).

realidad Lima como capital tuvo un paulatino proceso de construirse en contraste y en control sobre provincias durante el siglo XIX, entre el proceso de luchas por la independencia y consolidarse como centro de la República⁵¹. Este poder de la capital sobre las provincias tiene momentos clave para su concreción durante la segunda mitad del XIX, que considero parte del entramado contextual con el que la narrativa de Gamarra tiende puentes de diálogo.

El siglo decimonono culmina con el centralismo político en Lima, situación que cimentó los albores del siglo veinte peruano; pero esto no sucedió sin la pugna de fuerzas entre la capital y provincias. En los ámbitos económico y legislativo, pilares de la sociedad, el gobierno central desde Lima promovió políticas que beneficiaran el centralismo capitalino sobre intereses del resto del país.

En el ámbito económico, Contreras (2002) refiere que debido a inestabilidad financiera, nuestro país experimentó en la segunda mitad del siglo XIX, dos ensayos de descentralización fiscal, lo cual pudo haber brindado mayor autonomía a provincias pero estos ensayos no prosperaron básicamente por decisión política desde la capital. Un primer ensayo de descentralización fiscal ocurrió hacia 1873, cuando la bonanza exportadora del guano se desplomó desde Lima, el Estado no se daba a vasto y por fuerza tuvo que descentralizar sus acciones, transfiriendo funciones a los consejos departamentales y provinciales (Ley de Municipalidades, con el entonces presidente

⁵¹ El poder que habría tenido Lima como capital sobre provincias y su progresiva europeización tiene un hito importante con las guerras por la independencia. Antes de ello, la economía peruana era dominada por la sierra gracias a las minas de plata. En su lugar, entre 1831 y 1861, “los puertos de la costa se convirtieron en los centros del comercio del guano y del nitrato. Este negocio no solo trajo consigo riqueza a las ciudades costañas, sobre todo a Lima, sino también cambios sociales. Los grupos sociales costños resultaron más europeizados que los del resto del Perú, por estar más en contacto con las costumbres y modas europeas. Además desarrollaron un nuevo grupo social, que se había convertido en adinerado debido a sus ganancias en el comercio. De ahí que las diferencias entre Lima y el resto del Perú quedaran aún más acentuadas que antes. Los habitantes de Lima llegaron a existir más y más como si vivieran en un mundo aparte del resto del Perú” (Watson 1980: 62).

Manuel Pardo, líder del partido civilista). Este primer intento culminó en poco tiempo por decisión del gobierno central.

Tras la guerra con Chile, cuando violentamente el país se vio privado de sus recursos exportables más importantes, durante la reconstrucción en 1886, el gobierno de Andrés Avelino Cáceres también optó por la descentralización, a través de presupuestos departamentales (Contreras 2002: 24). Este segundo intento de descentralización fue una oportunidad de autonomía de las provincias; pero no llegó a consolidarse por intervención del poder central en Lima que descartó en corto tiempo el ensayo. Incluso cuando este parecía encaminarse mejor que la experiencia de 1873, se concluyó abruptamente con la revolución de Nicolás de Piérola (1895) quien tomó entonces la presidencia. Con él, Lima reafirmaba así su poder sobre el país.

Complementariamente, coincide que el sistema electoral en esos años exhibe también una situación de contienda de poderes entre Lima y provincias. De acuerdo a lo investigado por Chiaramonti (2009), debido al modelo electoral que existió en Perú hasta antes de 1895, el mayor peso al momento de ejercer el voto le correspondía a provincias, más aun se puede afirmar que el presidente del Perú republicano era elegido desde los andes. El modelo en mención hasta antes de 1895 permitía el voto a los analfabetos, así como se sostenía en procesos autónomos a nivel provincial; ello por amplitud democratizadora y dentro de un afán integrador del país.

Entre estos años, en más de una ocasión liberales y conservadores debatieron en el Congreso quién debía tener derecho al voto. Chiaramonti refiere estos debates en 1874-1878 y 1887-1890. Los conservadores alegaban que mantener un cuerpo electoral extenso era una farsa democrática si gran parte de ese gran número de electores no discernía bien su voto. Se referían claramente a los analfabetos y en muchos casos esta condición afectaba sobre todo a comunidades indígenas en zonas rurales en provincias

de la sierra. Entre 1887 y 1890, la voluntad de las élites por una modernización rápida, el rechazo a los “obstáculos”, más el miedo y la desconfianza hacia el indígena (y a la población en provincias) derivaron en un nuevo sistema electoral que se enfocó en excluirle (Chiaramonti 2009: 363). El siglo XIX concluyó otorgando, a todas luces, mayor control sobre el país a grupos residentes en la Costa, más aún, en Lima⁵².

Para inicios del XX, Lima reafirmó su centralidad como capital peruana y enarboló su imagen de ciudad desde una sola identidad criolla urbana costeña, conveniente al modelo de modernidad que anhelaba la élite dirigente, y esta fue extendida/impuesta al país. En el lapso que he elegido, el rango temporal entre 1875 y 1889, para estudiar la imagen de Lima en los textos de Gamarra, existieron condiciones sociales, políticas y económicas concretas que retaron el imaginario de Lima y a su representación unívoca. Estos hechos relevantes son puntos de referencia y en diálogo con la propuesta de esta tesis.

Al reflexionar sobre los prejuicios y exclusiones que Lima irradiaba sobre los migrantes serranos es interesante notar cómo estos conforman la punta del iceberg de sucesos políticos y económicos complejos que se amalgamaron en la segunda mitad del XIX. Es muy probable que los integrantes de las élites serranas se viesen afectados por las condiciones descritas en líneas anteriores. En ese contexto, la literatura también desempeñó un rol. No es casual que el autor en estos intersticios presentase imágenes de Lima que se opusiesen (desbordasen) el modelo; por el contrario puede entreverse que

⁵² Finalmente con la nueva Ley electoral de 1896 se restringió el voto únicamente a los alfabetizados, mediante sufragio directo y público, y con un organismo central con sede en la capital (la Junta Electoral Nacional). Y así se redefinió el escenario: se reforzó el peso del Perú blanco, mestizo, costeño y urbano (Chiaramonti 2009: 354), y se redefinió al ciudadano elector: “residía principalmente en las áreas urbanas y en la costa, era culturalmente blanco y consciente de sus responsabilidades” (358). El nuevo cuerpo electoral se reducía y ajustaba para obtener una base social, élites políticas y un gobierno alineados al mismo proyecto modernizador, desde una “monoidentidad definida por la posesión de la cultura escrita” (358).

es una reacción de los migrantes serranos a las presiones de Lima contra pueblos de la sierra peruana.

2.2.2. Abelardo Gamarra y la migración andina en Lima en la comunidad letrada limeña, 1875-1879 / 1885-1889

“En tus serranas partidas / Se te ve la *cholocracia*”

Anónimo. *El Nacional*, 3 de abril de 1878

En relación al contexto señalado, ineludiblemente los círculos letrados en Lima se vieron influenciados y ejercieron prejuicios/exclusiones hacia migrantes de la sierra en la capital, lo que derivó en representaciones sobre migrancia andina en Lima y en una imagen sobre Lima. Algo notorio en relación a la migración andina y reacciones negativas de los residentes limeños hacia ello ha sido el ejercicio del racismo y la discriminación por origen geográfico; y se puede identificar en el empleo violento del vocablo “cholo” o en otras expresiones empleadas despectivamente. Aún es complicado rastrear la magnitud de ello, hay pocos estudios al respecto; propongo una aproximación a este aspecto con empleo de ejemplos puntuales del contexto literario para Gamarra en los tramos 1875-1879/ 1885-1889.

En principio, la presencia de Gamarra como escritor migrante y los temas que él puso en agenda en la prensa limeña no parecen haber originado mayores conflictos al mismo Gamarra como escritor migrante. Incluso la década de 1870, etapa de ingreso de Gamarra a los círculos letrados fue auspiciosa para él y sus textos. Ingresó a trabajar como redactor en *El Nacional*, obteniendo así el respaldo de un periódico prestigioso y de amplia difusión. A mediados de 1875, empezó a publicar su columna personal “Rasgos de pluma”. Y un año después, el 26 de setiembre de 1876, Gamarra recibió el bautismo literario en casa de la célebre escritora argentina Juana Manuela Gorriti.

En el bautizo, la madrina fue la novelista y ensayista Mercedes Cabello de Carbonera; el padrino, el poeta Manuel Adolfo García; el párroco, el tradicionista Ricardo Palma; el sacristán, el poeta Acisclo Villarán; y la nodriza, la poeta Manuela Villarán de Plascencia. Cada uno de los escritores mencionados en desempeño de su rol leyeron versos con parabienes al novel literato, como se registra sobre la velada. Aunque la madrina, Cabello de Carbonera, era moqueguana, y la dueña de casa, Juana Manuela Gorriti, era argentina, finalmente este cenáculo de intelectuales representaba el respaldo de la élite letrada limeña al joven escritor⁵³.

En este ritual, Gamarra leyó “La flor de Misquichilca” (de su autoría). En esta leyenda, la identidad de su narrador no se vinculaba con la Lima criolla, sino a un grupo social marginado y sometido: indígenas de la sierra. En este texto, el narrador emplea el fraseo “dicen en mi país” para referirse a la sierra peruana, modelando la perspectiva del narrador en empatía a dicho espacio geográfico. Gamarra explicitó, como lo había hecho hasta entonces en sus publicaciones periódicas, su empatía por temas andinos así como su interés de difundirlos en Lima.

En contraste a los intereses de Gamarra⁵⁴, en otras publicaciones se puede distinguir animadversión al referirse a los migrantes serranos en Lima. Estas otras publicaciones despectivas podían tener lugar en el mismo periódico en el que Gamarra participaba. El 3 de abril de 1878 en *El Nacional* aparece un texto titulado “Píldoras

⁵³ La décima velada en principio tuvo por objetivo la aclaración del hasta entonces seudónimo de Gamarra: de “El último haravec” pasó a ser “El último haravicus”. Mucho antes de consagrarse como “El Tunante”, Gamarra empezó publicando poemas y leyendas bajo el seudónimo mencionado: “El último haravec”. En la octava velada en casa de Gorriti, la anfitriona inquirió a Gamarra por el significado de este, y él afirmó que se trataba de un homenaje a los trovadores de los incas (Gorriti 1892: 328). Gorriti le aclararía que el término era harabicu. Tras una apuesta entre ambos y un fallo final de un pequeño comité evaluador, Gamarra tuvo que aceptar su error y, de acuerdo a la apuesta, ser bautizado con la precisión terminológica requerida.

En *Veladas literarias de Lima*, se agrega las reseñas periodísticas respectivas publicadas en *El Nacional*, *El Comercio* y *La Opinión Nacional*. En este último, se señala lo satisfecho que debe encontrarse el escritor por las “manifestaciones que anoche se le hicieron. Sin herir su modestia, podemos asegurarle que las tiene bien merecidas”. (*La Opinión Nacional* 1876, citado en Gorriti 1892: 479).

⁵⁴ Aunque no siempre es constante, en los artículos de Gamarra también tiene momentos donde su narrador critica agriamente a los indígenas y serranos. (Nótese que este último término lo empleo estrictamente en el sentido de origen geográfico).

contra veneno”, sin firma de autor. El texto, con atributos de ser una colaboración literaria, inicia en prosa con reflexiones sobre la importancia de la medicina, reflexiona sobre las píldoras para corregir daños o enfermedades. Como tal, el autor anónimo insta a apurar al consumo del remedio y a continuación presenta unos versos para superar un daño al corazón, en metonimia de una afección por desilusión sentimental, versos ilustrativos de los prejuicios de la época

Primera dosis

(...)

Quiere tu raza por mal
Y es preciso andarle a galos
Nunca estuviste mejor
Que cuando te fui a la mano

La ingratitud en los tuyos
Por muy sabida se calla
En tus serranas partidas
Se te ve la *cholocracia*

(...)

Las cabras tiran al monte,
Yo te saque de la nada,
Tú te vuelves hoy al fango
¡Se conoce que eres cabra!

La desilusión amorosa se traduce en una afrenta racial y geográfica en el decepcionado amante. Además de todas las alusiones a una “raza inferior” que por tal es ingrata, se incide en las “serranas partidas”, en ejercicio de la denominada “racialización de la geografía”. La confluencia del desprecio a una raza y origen geográfico determina la creación de un estrato social: esta pertenece a la “cholocracia”. El extremo de este afán peyorativo, el despechado poeta culmina con la animalización del antiguo objeto de su amor “Las cabras tiran al monte”. Se infiere que en el imaginario del autor anónimo, el espacio digno implícito es Lima; las dos últimas estrofas remarcen que el esquivo objeto de amor retorna al monte, por decir a un pueblo remoto de la sierra, como espacio de origen además agreste. La idea del retorno subraya en que Lima es un espacio ajeno a la “cholocracia”. Este despechado poema revela prejuicios comunes y aceptados en la

época en contra de los migrantes serranos en Lima. Gamarra además de publicar sus “Rasgos...” en *El Nacional*, también formaba parte del comité de redacción del periódico; así que debió leer este texto.

Cuando Gamarra retornó a Lima en 1885, reingresó a los circuitos letrados a medida que estos regularizaron sus actividades: retomó sus publicaciones periodístico-literarias en su columna “Rasgos de pluma” en *El Nacional*, publicó artículos de costumbres en otros periódicos, y se adhirió al grupo de intelectuales *Círculo literario*, donde tuvo afinidad de intereses políticos y literarios con sus integrantes. Con algunos de ellos, como por ejemplo Manuel González Prada, posteriormente conformaría el partido político “La Unión Nacional” que tendría como órgano difusor al diario *La Integridad* que Gamarra fundó y dirigió desde 1889.

Sea por su productividad o cualidades literarias, los artículos e costumbres de Gamarra contaron con el respaldo de sus condiscípulos de raigambre costumbrista, con quienes intercambiaron parabienes, así por ejemplo con Federico Blume “Balduque”⁵⁵. Sin embargo, sus colegas no compartían necesariamente una perspectiva semejante, en interés y cercanía, sobre la condición de los migrantes serranos en Lima. Así por ejemplo, Manuel Moncloa y Covarrubias, quien publicó artículos de costumbres de manera contemporánea a Gamarra, no suele mencionar a personajes migrantes, pero cuando sucede solo es para criticarles.

En el artículo “Mi ahijado” de Moncloa, el narrador protagonista relata que se vio obligado a ser padrino de bodas de un joven que “entre paréntesis, es cajamarquino” (1895:69). Entre las situaciones incómodas que el narrador vive por este vínculo con su

⁵⁵ En el prólogo de *El novenario del Tunante* (1885), el escritor costumbrista y limeño Federico Blume se refiere a Gamarra considerándolo como un representante ilustre entre los escritores peruanos: “Ridícula pretensión sería en nosotros, tratar aquí de emitir nuestro fallo acerca de las producciones del festivo Tunante: no son los discípulos los llamados á juzgar de las aptitudes del maestro”. (Blume 1885: III).

ahijado cajamarquino, una de las primeras y más leves sucede el día de la celebración de la boda que se ve rodeado de “la más selecta democracia. Desde el mozo del hotel hasta el heladero ambulante, desde la costurera de artista dramática hasta el ama de llaves; nadie faltaba” (1895:69). En su rol de padrino, el narrador debió dar un discurso en honor a los recién casados y en ese momento le resulta molesto el exceso de afecto y costumbres que le eran ajenas: “Me abrazaron todos y creo que todos me besaron también. Salí del paso con la cara llena de babas y un gran vaso de chicha que tuve *velis nolis*, que apurar”. (1895: 71). Aunque no se menciona el origen geográfico o racial de los invitados, se sugiere que vibra el espíritu provinciano, al menos así se sugiere con la expresión de afecto fuera de la etiqueta capitalina y la alusión a la “chicha” en contraste a otras bebidas europeas.

El ensayista Manuel González Prada y la novelista Clorinda Matto fueron dos amigos cercanos de Gamarra. En algunas publicaciones periódicas desde 1885 es notorio la amistad cercana con estos escritores icónicos. Como es sabido, en el contexto de posguerra González Prada y Matto asumieron desde sus publicaciones la defensa de los indígenas y de temas andinos⁵⁶. El caso de Matto por su historia de migración es cercano al de Gamarra, y existe registro de críticas contra ella por su origen provinciano como veremos más adelante. González Prada y Matto no refieren explícitamente casos de forasteros serranos en Lima, más ambos hicieron explícito en sus textos (ensayos, novelas) su inquietud con severa crítica sobre el espíritu nacional y que no podía circunscribirse solo a lo criollo limeño.

⁵⁶ La amistad entre estos tres escritores es visible en diferentes publicaciones periódicas y en libros. Así por ejemplo, la amistad entre Gamarra y Matto: Gamarra le dedica un artículo a la escritora en *Rasgos de Pluma*; Matto a su vez escribió la biografía de Gamarra y la difundió en el semanario *El Perú Ilustrado*. Entre Gamarra y González Prada además de publicaciones quedan testimonios de personas cercanas a su entorno. Adriana Vernuil, esposa de González Prada, refiere la amistad que les unía a Gamarra; así se registra en su libro *Mi Manuel*, donde lo menciona en más de un momento y expresamente hace un capítulo para él. Y afirmar del escritor: “Gamarra, el más fiel amigo de Manuel” (Vernuil 1947: 318).

En el “Discurso en el Politeama” proclamado en 1888, González Prada realiza una afirmación determinista que a través del tiempo ha sido aceptada y celebrada. Esta es: “No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera”. (González Prada 1983: 45-46). Su afirmación si bien procuraba dar reconocimiento a una “raza” subyugada históricamente, adolece de determinismo en considerar que la costa era exclusivamente criolla europea y los indígenas peruanos se encontraban exclusivamente en la sierra, en la “banda oriental de la cordillera”, muy lejanos a la capital. A su vez predomina una imagen escindida – geográfica y étnica – del país, Lima viviendo un realidad europeizada y las provincias tras las cordilleras que para el ensayista eran el futuro aún indescifrable del país.

Esta imagen es también expresión de la racialización de la geografía. La posibilidad de la presencia de indígenas en la costa no se contempla; tampoco una movilización interna de sierra a costa con posible contacto cultural entre lo andino y lo criollo. Los artículos de Gamarra por su estilo alegre no son confrontacionales como los ensayos de su contemporáneo y admirado González Prada. Gamarra tendría también influencia del determinismo racial geográfico; sin embargo la impronta del tema de migrantes de la sierra en Lima dentro de sus artículos le permite mayor flexibilidad para la reflexión asomando fuera de los límites de la raza.

La noción de raza es “una construcción mental que expresa la experiencia básica de la dominación colonial y que desde entonces permea las dimensiones más importantes del poder mundial, incluyendo su racionalidad específica, el eurocentrismo” (Quijano 2003: 201). Además de este racismo fundante en el siglo XVI con el descubrimiento de América, en el siglo XIX peruano el racismo tuvo otros afluentes

como fue el racialismo científico. El discurso racialista, acogido y promovido en Europa en la segunda mitad del siglo XIX, con supuesto aval científico, sostenía un determinismo biológico y social a partir de la jerarquización de las razas (Velázquez Castro 2013: 267). En nuestro país el racialismo tuvo también acogida entre los intelectuales limeños decimonónicos, recuérdese por ejemplo la tesis *El porvenir de las razas en el Perú* (1897) de Clemente Palma⁵⁷. Como mencioné en líneas anteriores, el rechazo a los migrantes serranos se ha confundido con discriminación racial; puede inferirse entonces con esta influencia del racialismo la reacción negativa que pudo existir en los residentes limeños contra los migrantes andinos.

Caso ilustrativo del rechazo a los migrantes serranos en Lima entre los intelectuales limeños, cercano en fechas a los artículos de Gamarra, se encuentra en el *Diccionario de peruanismos* (1884) del escritor limeño Pedro Paz Soldán y Unanue, conocido como Juan de Arona. Su diccionario fue el primero que intentó establecer la identidad de nuestras palabras peruanas, por lo que es una referencia ineludible. Aquí, el autor definió el término “cholo” de la siguiente manera

Una de las muchas castas que infestan el Perú; es el resultado del cruzamientos entre el blanco y el indio. El cholo es tan peculiar a la costa como el indio a la sierra; y aunque uno y otro se suelen encontrar en una y otra, no están allí más que de paso, suspirando por alzar el vuelo; el indio por volverse á sus punas y á su llama, y el cholo por bajar á la costa, á ser diputado, magistrado ó presidente de la República. (Arona, 1884).

⁵⁷ Sobre el racialismo europeo Todorov señaló: “el racialismo (...) se extiende a la sombra de la ciencia, ya que toma de esta el espíritu determinista, llevándolo hasta el extremo. El determinismo inexorable de la raza: he ahí el rasgo que comparten las teorías racialistas que en otros aspectos son diferentes, como las de Gobineau, Renan, Taine. El individuo es impotente frente a la raza, su destino está decidido por sus ancestros y los esfuerzos de los educadores son vanos” (1991: 186). Puede revisarse *Nosotros y los otros. Reflexiones sobre la diversidad humana* (1991) para más información de lo que ha sido formulaciones que avalaron el racialismo en Europa.

Para mayores detalles sobre el racialismo extendido en el ámbito universitario y el periodismo limeño, y cómo afectaba profundamente a diferentes actores sociales, revisar “Las razas de Lima o los signos de la piel” (Velázquez Castro 2013: 249-272).

En la definición es notoria la manipulación del vínculo entre raza y espacio geográfico, así como estereotipos de estos. En la analogía: que el indio es a la sierra (puna) como el cholo a la costa, se refuerza el prejuicio de la pertenencia de una raza determinada a un espacio geográfico específico en el binario sierra/costa. El “cholo” al querer “bajar” a la costa, se sugiere que no pertenece a ese espacio sino a la sierra (pensado esta como un “arriba” en relación a la puna) pero anhela estar en la costa (pensado esta como llanura o explanada). La movilización geográfica es acompañada además de intereses que van en orientación inversa a la altitud geográfica: subir a la sierra para el autor es un descender a la naturaleza (“puna” y “llama”), a un mundo rural, agreste; en contraste, bajar a la costa es un ascenso social para los “cholos”, quienes aspiran a cargos políticos a los que podrían acceder desde la capital.

En la definición de Arona, se desprende también una percepción sobre el imaginario de la ciudad de Lima. La capital representa un centro de modernidad y de poder, por ello habitarla es parte del “ascenso social”. En la capital, como parte de la costa, pueden transitar indios y cholos pero “no es su lugar”. Arona imagina para ambos grupos, indios y cholos, pertenencia a la sierra; y denuncia que la presencia de ellos en la costa es “de paso” pues de tratarse de algo permanente se originaría caos social. (De su afirmación se infiere que él sugiere el peligro porque los migrantes pretenderían cargos políticos, los cuales Arona imagina exclusivos para una élite letrada limeña)

Considérese además que esta postura racista de Arona no solo es expresión de un pensamiento personal sino representativa de un letrado culto de la época, este diccionario “es el resultado de la lectura que hace su autor de las valoraciones, formas de pensar y sentir de su época, que solo han sido plasmadas a través de su pluma, pero cuya base es eminentemente social” (Anaya 2010: 14). El diccionario de Arona valida y

refuerza esta referencia discriminatoria apenas concluida la guerra y durante la Reconstrucción Nacional.

En la biografía de Gamarra no se registra un conflicto con Arona o algún otro letrado por ser un migrante serrano con permanencia en Lima. Incluso, Arona le dedica una elogiosa presentación en su *Diccionario biográfico de peruanos contemporáneos* (1917). Caso distinto fue el de Clorinda Matto, intelectual cuzqueña afincada en Lima, a quien Arona atacó furibundamente en sus escritos periodísticos en la última década del XIX por su origen serrano. En 1893, Juan de Arona se refirió a ella como “Clorinda, la mula equitativa” y publicó en su periódico una serie de sátiras bajo la forma de cartas dirigidas por un supuesto “sobreno a so tía Clorinda”. En estas cartas se transcribe un castellano quechuizado parodiando el acento serrano, se le acusa de borracha, de hedionda, de opa y, entre otras cosas, de tener mala ortografía; todas ellas cualidades indeseables que se subsumían en la idea de atraso que se proyectaba sobre los inmigrantes serranos. El objetivo era claro: desprestigiarla ante el público lector por su parentesco con el mundo andino (Denegri 2004: 219)⁵⁸.

Por el contexto reseñado, no se descarta que sea posible encontrar algún ataque o intercambio al respecto entre Gamarra y algún otro intelectual limeño, y que en mi búsqueda no haya logrado hallar. Así como tampoco se descarta que el escritor se sintiese expuesto a ser atacado por el sencillo hecho de ser un migrante serrano en Lima⁵⁹. En todo caso, cabe señalar que Gamarra nunca renunció a sentirse identificado con un origen geográfico y cultural; por el contrario, lo reafirmó (aún con

⁵⁸ Matto fue una destacada escritora y periodista de proyección nacional e internacional. Entre 1889 y 1890, fue directora de *El Perú Ilustrado*, uno de los semanarios más importantes de Lima. Matto contó con muchos simpatizantes de su labor intelectual y política. Sin embargo, algunos escritores celaron la importancia que iba adquiriendo la intelectual forastera.

⁵⁹ En uno de sus artículos, en “Mis ahijaditos”, Gamarra presenta a su narrador expulsado de la casa a pedido de los niños por ser un “cholo de pola”. Volveremos al tema en el análisis del narrador.

contradicciones) en sus escritos desde que empezó a publicar. La configuración de su narrador El Tunante migrante fue parte importante de su apuesta como escritor.

2.3. Lima en la columna “Rasgos de pluma” (1875-1879 / 1885-1889)

La importancia de las publicaciones periódicas en la literatura ha sido materia de diversas y valiosas investigaciones. En Perú, en aproximadamente, los últimos treinta años se ha hecho notar que la prensa no fue tan solo un pasajero soporte material sino todo un complejo circuito donde emergían y se consolidaban diferentes formas literarias así como propuestas, nombres y redes de escritores⁶⁰. El caso de los artículos de costumbres de Gamarra no fue la excepción en este circuito periodístico, solo que apenas se le ha estudiado desde prensa⁶¹.

Recordemos que en general, el artículo de costumbres ha tenido a la prensa como primer espacio de publicación, antes que los libros que eran recopilaciones posteriores. De modo tal que el artículo de costumbres tiene una naturaleza dual entre literatura y periodismo.

En la primera mitad del XIX en Perú, el costumbrismo contaba con la modalidad de periódicos de autor, donde todo el proyecto de diario o revista podía ser movilizado

⁶⁰ Para saber más sobre el rol de la prensa en el Perú del siglo XIX, recomiendo la lectura del prólogo de *La República de Papel* (2009) de Velázquez Castro.

⁶¹ Galarreta menciona algunos de los periódicos en los que Gamarra publicó sus artículos de costumbres y otros textos, aunque lamentablemente no coloca las fechas en las que participó. De esta lista, y complementando por mi parte con fechas tentativas en base a mi consulta de fuentes primarias, cabe señalarse: *El Guadalupano* (publicación de colegio “Nuestra señora de Guadalupe”) en sus días de escolar adolescente (circa 1860); *El correo del Perú* y *La sabatina* que albergarían sus primeras publicaciones en el primer lustro de 1870; *El Nacional* (dirigido por José María de la Valle y Cesáreo Chacaltana), donde Gamarra publicó sus artículos de costumbres con el seudónimo de El Tunante y poemas firmando como El Haravicu (1875-1889); *La bandera del Norte* que fundó en Huamachuco durante la resistencia de la guerra del Pacífico (circa 1881); *La Bolsa* de Arequipa mientras fue representante de su provincia en el Congreso extraordinario que debatía el estado del país (circa 1883); *La Revista Social* (1885-1888); el célebre *El Perú Ilustrado* (1887-1892); *El Radical* (1889); *La Integridad* (1889-1924) que fundó y mantuvo durante más de tres décadas; y dirigió *El Peruano* (s/f). (1951: 49). Aunque se trate de una lista incompleta, con el recorrido periodístico de nuestro escritor, Galarreta visibiliza la importancia de la prensa en la formación de las letras peruanas e hispanoamericanas.

por textos costumbristas de un solo escritor. Así por ejemplo *El espejo de mi tierra* (22 de setiembre y 8 de octubre de 1840; 31 de marzo de 1859) de Felipe Pardo y Aliaga, y *El Cometa* (1841-1842) de Manuel Ascencio Segura. En la segunda mitad del XIX, los artículos de costumbres suelen ingresar a periódicos misceláneos, con diferentes secciones entre informativas y recreativas, donde el escritor asumió una participación como gacetillero, es decir “Especie de redactor de pelea (...), encargado de crónica local, en la que entonces se involucraban todos los aspectos de la vida diaria, debía ser al mismo tiempo reportero policial, crítico teatral, literario y taurino, cronista social y comentarista político; y cargar encima de todo esto, una competente dosis de buen humor para hacer reír a los lectores a base de cualquier suceso inexplorable (...)” (Porras 1970: 38-39).

Los “gacetilleros” a los que se refiere Porras fueron una síntesis de escritores periodistas y literatos, que fue relativamente común en la época, estaban tan involucrados en publicaciones periodísticas que tuvieron que adaptarse al formato misceláneo. Así se involucraban en la “Crónica local” (o como parte de ella) y otros tipos textuales en otras secciones que entretuviesen a los lectores. Entre los gacetilleros célebres se recuerda: “Ramón rojas y Cañas, Pedro Antonio Varela ‘el chico Terencio’, Julio Jaimes ‘don Javier de la Brocha Gorda’, (...), ‘El Tunante’ con sus “Rasgos de pluma” en *El Nacional* y el célebre ‘Murciélagos’ con sus ‘Aletazos’”. (Porras 1970: 39).

De los gacetilleros que refiere, Porras no hace distinción de los que publicaban artículos de costumbres ya que no está dentro de su revisión. Aún así entre los que Porras menciona cabría señalar que Gamarra se refirió elogiosamente, como modelo a tomar en cuenta en la escritura de artículos de costumbres, sobre “El Chico Terencio” un escritor que le fue contemporáneo:

Donde campea su fácil pluma es en los artículos de costumbres, le sobra sal para esto; así como para todas aquellas composiciones ligeras que esconden alguna idea picaresca (...).

El *Chico Terencio* es sobre todo escritor de costumbres. Cultive este ramo y sus amigos lo celebrarán y su país lo recordará entre sus buenos escritores. ¿Y sus defectos? ¡Ah! En cuanto a eso, cuando su reputación, que pronto crecerá, llegue a una altura competente, no faltarán envidiosos que le espulguen sus obras, o críticos concienzudos que se las corrijan. Lo que es nosotros pertenecemos simplemente al número de sus admiradores”.

(“El Chico Terencio”. *El correo del Perú*. 14 de febrero de 1875).

Gamarra estaba atento de los escritores de artículos de costumbres que circulaban. En algunas de sus publicaciones a manera de ensayos críticos, Gamarra solía referirse con aprecio o crítica sobre otros escritores, “El Chico Terencio” es uno de sus textos tipo ensayo crítico que publicó el mismo año en que lanza “Rasgos de pluma” aunque su columna empezó meses después. En las primeras publicaciones de su columna “Rasgos de pluma”, se refirió con mucha admiración sobre Manuel Ascencio Segura en “Don Manuel A. Segura. Elogio más que juicio crítico” (*El Nacional*. 27 de noviembre y 18 de diciembre de 1875). En este texto publicado en dos partes, se insiste en la calidad del escritor Manuel Ascencio Segura. Actualmente este elogio puede sonarnos innecesario, hasta obvio; pero en la época en que Gamarra lo publicó, el canon literario peruano se estaba gestando, incipiente en relación el modelo extranjero. Gamarra incide en cualidades como la sencillez, espontaneidad, originalidad, humor y el carácter nacional del escritor; cualidades con las que también usualmente los críticos han revalorado en Gamarra⁶².

En algunos de sus artículos de costumbres, Gamarra menciona también a escritores costumbristas españoles que eran referentes de los escritores peruanos: Mariano José de Larra (1809-1837) y Ramón de Mesonero Romanos (1803-1882).

⁶² “Detestaba de corazón, como Segura, todo lo afrancesado, todo lo exótico, todo cuanto no fuese sincero y autóctono. Le apasionaba estudiar al indígena, pues se sabía hermano suyo. Vivía enamorado de la vida criolla, porque se sentía criollo auténtico. Nada había que despertase más sus enconos que la imitación extranjera. Y en ese aspecto, nadie en el Perú lo aventajó. (...) Sus *Rasgos de plumas* tiene el mismo sello original que los *Chispazos* de Juan de Arona y los *Aletazos* de “El Murciélago”. (Luis Alberto Sánchez, “La muerte de El Tunante”, 1974: 43).

Cuando menciona a estos escritores, Gamarra permite identificar su filiación como escritor de artículos de costumbres, la vertiente de la cual se nutre. Muchos de los que menciona publicaron en sus periódicos o de manera azarosa en diferentes medios de prensa. No he podido identificar a otro escritor costumbrista que como él tuviese una columna, no porque no exista sino que es aún material pendiente de investigación en el vasto repertorio de publicaciones periódicas del siglo XIX. Las columnas costumbristas han sido empresas poco estudiadas en nuestro país; incluso las columnas de escritores que se sostuvieron durante largos años⁶³.

Gamarra sostuvo su columna “Rasgos de pluma” en *El Nacional* durante más de diez años: 1875-1880 / 1885-1889. En ella publicó semanalmente artículos de costumbres, piezas teatrales y ensayos varios. Una especie textual ocupaba toda la sección “Rasgos de pluma” en cada publicación, y esta podía extenderse entre dos a cuatro filas de las ocho que comprendía cada página del gran formato (un pliego) de *El Nacional* (Diario de carácter político, literario y comercial). Los artículos de costumbres son predominantes en “Rasgos de pluma” y en cada uno de ellos abordó un tipo o escena que desde lo particular iba en proyección a lo universal, característica del costumbrismo. De lo que resulta un crisol de tipos y escenas, muchos de ellos en torno a Lima.

Propongo retornar a prensa y estudiar los artículos de costumbres de Gamarra desde dicha fuente: la columna “Rasgos de Pluma”. Al revisar los artículos de costumbres de Gamarra en su columna es factible encontrar textos no recopilados en el libro *Rasgos de pluma* o libros posteriores; muchos de estos textos que se encuentran solo en prensa nos permiten apreciar mejor el tópico narrativo sobre Lima migrante. A

⁶³ Laura Liendo en su tesis *La construcción discursiva de la mujer limeña desde la perspectiva de Carolina Freyre de Jaimes en la “Revista de Lima” de 1872 a 1874* (2012) realizó una valiosa aproximación a la columna “Revista de Lima” que la escritora Freyre de Jaimes sostuvo durante siete años (1872-1879). Dicha columna es un formato que responde al comentario de hechos de la semana y agregando alguna anécdota (“la anecdotilla”) que gira predominantemente en la educación de la mujer.

su vez, hallar en prensa (publicación primaria) los artículos que sí fueron recopilados y comparar ambas versiones permite reconocer que estos poseen cualidades en prensa que variaron en la edición del libro. Al contrastar el rescate hemerográfico con los artículos recopilados en el libro *Rasgos de pluma*, es notorio que se suprimieron, además de las digresiones de prensa donde el escritor se mantiene en cercanía a su contexto⁶⁴, elementos que contextualizaban al artículo dentro del proyecto costumbrista de recrear Lima.

De tal modo, en este apartado propongo detenernos en textos que fundan la representación de Lima migrante en la columna “Rasgos de Pluma” de Gamarra y para ello desarrollo tres subapartados. El primer subapartado contextualiza la columna “Rasgos de pluma” desde el periódico *El Nacional*; es decir, presenta información de esta columna como años de publicación e importancia en relación a la recopilación del libro, así como información sobre directores, formato, secciones, distribución y relevancia de este diario limeño.

El segundo y el tercer subapartados se detienen respectiva y cronológicamente en los primeros artículos de los años 1875, inicio de su columna, y 1885, cuando retoma su columna. Se trata de dos momentos clave para la columna y que he seleccionado para observar la importancia del objetivo representación de Lima en la columna costumbrista. “Picanterías, las fondas, los restaurantes y los hoteles” (*El Nacional*, 13 de julio de 1875), el primer artículo tiene un valor significativo, es el portal ingreso, el planteamiento del propósito explícito de representar a la capital. A su vez los dos primeros artículos de 1885, “Carta que puede publicarse” (*El Nacional*, 13 de enero de 1885) y “Cómo juegan en Pelagatos” (24 de enero de 1885), ingresan la representación de Pelagatos en implícita relación a Lima. En estos dos últimos apartados me detengo

⁶⁴ Desde la lógica de esta especie narrativa, esta cualidad reforzaba la verosimilitud del artículo.

sobre todo en aspectos contextuales, dado que el análisis más a detalle lo realizaré en el tercer capítulo.

2.3.1. De *Rasgos de pluma* (1899) a “Rasgos de pluma” en *El Nacional* (1875-1879/1885-1884)

El libro *Rasgos de pluma* (1899) fue un libro popular en vida del autor. Esto se infiere por las tres reimpresiones después de la primera edición: a saber, las de 1902, 1903 y 1911. En comparación con sus otras recopilaciones, *RP* es su recopilación más completa y voluminosa de artículos previamente publicados en prensa: recoge un total de 75 textos (Torres Espinoza 2017: 29). Sin embargo, *Rasgos de pluma* es una colección parcial y casi resultado del azar, como se refiere en el texto de cierre del libro: “Lo que queda en el tintero”. Aquí el autor confiesa que perdió muchas de sus publicaciones originales debido a diferentes desastres sociales, y nos indica que la fuente original es la columna periodística “Rasgos de pluma”, un crisol de textos mucho más rico que el libro⁶⁵.

Además de estos textos no recopilados, también se distinguen las variaciones entre la publicación original y los artículos costumbristas de Gamarra de “Rasgos de pluma” desde la versión en prensa en *El Nacional* se encuentran algunos fragmentos que fueron editados en el libro. Recuperar estas versiones originales nos permiten observar entre el texto y el momento de su publicación en prensa, se distingue que las digresiones y el tópico central del artículo de costumbres suele estar en relación a acontecimientos inmediatos: una festividad, una estación del año, una situación política,... etc. Y a ello se agrega digresiones a manera de complicidad con algún hecho

⁶⁵ Gamarra indica que el libro *Rasgos de pluma* es una selección del material “antiguo” que el escritor publicó primero en su columna *El Nacional* y otros dos periódicos. Publiqué al respecto de la relación entre *Rasgos de Pluma* y “Rasgos de pluma” en la revista *Entre caníbales* N°3 (2017).

de moda en ese momento y que involucre al escritor, al lector, a otros escritores colegas, etc. Efectivamente la columna periodística “Rasgos de pluma” publicada en *El Nacional* entre 1875-1880 y 1885-1889 es un archivo valioso de los artículos de costumbres de Abelardo Gamarra.

El Nacional (Lima, 1865-1903. Diario político, literario, mercantil y judicial) fue uno de los diarios protagonistas del circuito de periódicos decimonónicos de Lima, que en su quehacer cotidiano fueron pulso de intensas y complejas prácticas letradas en la segunda mitad del siglo XIX en el Perú. Por su carácter político y apoyar explícitamente al Partido Civilista en más de una ocasión los directores e incluso el diario mismo fue sujeto de represalia de sus opositores⁶⁶.

El Nacional fue un gran diario por la calidad de sus redactores, por su acción política y por ser el de mayor formato que se ha publicado en el Perú (Porrás 1970: 34). El formato de las hojas de este diario es de un pliego completo, y constaba de cuatro páginas. Cada página tenía ocho filas. La estructura usualmente se componía de la siguiente manera: En la primera página, la mitad superior va dedicada a publicidad; la mitad inferior presenta el folletín de turno. Entre las páginas 2 y 3, aparecen las secciones “Crónica local”, “Crónica interior”, “Diario de debates”, “Comunicados”, “Crónica judicial”, “Crónica religiosa”. Y en la página 4: “Despacho de aduana” y “Avisos varios”.

Dentro del rango temporal que delimita mi análisis, la dirección y edición del periódico variaron. Entre 1875 y 1879, los directores y editores fueron Manuel M. del Valle y Cesáreo Chacaltana Reyes. Entre 1879 y 1880, Cesáreo Chacaltana fue el único

⁶⁶ Este diario fue fundado “en noviembre de 1865 por Juan Francisco Pazos, quien lo dirigió hasta 1871. En este año pasó a ser propiedad de un grupo liderado por Cesáreo Chacaltana y Francisco Flores Chinarro. Fueron adversarios de Balta y sufrieron clausura y persecución política” (Liendo 2012: 63). Después de la Guerra del Pacífico, el diario apoyó explícitamente a Andrés Avelino Cáceres (del Partido Demócrata, pero que también reunía a personajes del Partido Civil), y debido a ello entre 1894 y 1895 sufrió los desmanes de la Guerra Civil entre Piérola y Cáceres. Con este ataque al diario, se sospecha se perdieron muchos de los ejemplares que el diario almacenaba como memoria, al menos así lo afirma Gamarra en “Lo que quedó en el tintero” (*Rasgos de pluma*, 1899).

director y editor. Y entre 1885 y 1889, no se explicita en el diario quienes asumen la dirección y edición. Lo invariable en toda la existencia del periódico es su dependencia a la imprenta “El Nacional” cuyo dueño era Pedro Lira⁶⁷.

De acuerdo a Basadre, Gamarra fue parte de la redacción de *El Nacional* desde 1871, pero no se explicita en los cuatro primeros años pues era redacción anónima. Recién en julio de 1875, Gamarra fue reconocido como Jefe de Crónica de *El Nacional* así al menos en el ámbito periodístico. Ese mismo año, en este diario, obtuvo además su columna semanal “Rasgos de pluma” donde firmaba como El Tunante. En la segunda mitad del XIX, en general los artículos de costumbres fueron de publicación regular en prensa; sea en aparición esporádica o en columna fija (Peñas 2013: 312). Gamarra publicó en ambas modalidades, como otros escritores también lo hicieron, pero es en “Rasgos de pluma” donde se halla una mayor concentración de sus textos.

El Nacional fue, además de un importante compromiso de escritura, un valioso medio de difusión para el escritor, así. Además de sus artículos de costumbres en su columna, en la sección “Crónica” sus colegas comentaban sus presentaciones teatrales y brindaban parabienes cuando realizaba la recopilación de un libro con sus artículos. Así por ejemplo en octubre 1884, cuando Gamarra no se encontraba en Lima ni publicaba en su columna, pero estaba próximo a presentar su libro *Novenario de El Tunante*, se publica en “Cronica local” de *El Nacional*:

Muy pronto ha de aparecer ante la vista del público lector de Lima, un folleto en el que se hallan coleccionados cierto número de artículos literarios del conocido escritor Manuel Abelardo Gamarra, (alias el Tunante).

Es como lo dice sus editores:

"Colección de nueve artículos con todos sus adminículos"

El autor de la "Docena del Fraile", el autor de "El Tunante en camisa de once varas", y el autor de dos o tres juguetes cómicos, se presenta hoy de nuevo ante el ilustrado público de Lima, con el "Novenario de El Tunante".

⁶⁷ Entre 1875 y 1880, la redacción aparece como “anónima”, en el encabezado del periódico solo se indicaba el detalle de la dirección y edición. Cuando reaparece el diario en 1884, en el encabezado del diario ya no se realiza ninguna especificación salvo el nombre del diario. En cuanto Pedro Lira, el dueño de la imprenta “El Nacional”, en la última página del diario siempre aparece explícito mediante un anuncio publicitario de los servicios de la imprenta y venta del periódico en los diferentes “Agentes”.

Decir una sola palabra en favor de la colección que va a salir próximamente a la luz, sería ofender el gusto literario de nuestros lectores; decir algo en favor de El Tunante, sería dar pabullo a que se nos tachara de parciales.

Porque para nadie es un misterio que el señor don Manuel Abelardo Gamarra, (El Tunante), ha sido por muchos años redactor de esta Crónica y en los tiempos jefe de ella.

Así es que toda recomendación que se deslizara de los puntos de nuestra pluma sería inútil.

El festivo escritor de los “Rasgos de pluma”, nuestro querido compañero y ausente amigo Gamarra, no necesita de las indicaciones de sus colegas de oficio, para acrecentar su fama.

Colegas y amigos, lo volvemos a repetir, todo elogio en nuestros labios carecería de eficacia, pero las musas nos tientan y allá va una redondilla.

Yo te aseguro lector
que si compraras esos rasgos
vas a hacerte nuevo hallazgo
de olor, color y sabor.

(“Crónica local”. *El Nacional*. 22 de octubre de 1884).

Desde la sección “Crónica local” se anunciaba y se creaba expectativa hacia la producción del escritor y colega que publicó tantos años en el periódico. Al menos hasta 1884, Gamarra podía ser recordado por lo menos como el escritor de “Rasgos de pluma” entre 1875 y 1880. El cronista responsable de esta nota, en un intento de objetividad, no omite la amistad y la consideración hacia Gamarra entre sus colegas y el público lector, y puede anotar además de otros libros⁶⁸ que el escritor ya había publicado hasta entonces.

Ciento treinta años después de que Gamarra culminase su columna en *El Nacional* (1889), y tal vez en un intento de objetividad semejante al del cronista de líneas previas, puedo afirmar que bajo el seudónimo de El Tunante, Gamarra publicó semanalmente su columna “Rasgos de pluma” en este periódico, por lo general los sábados⁶⁹, durante once años y eso fue una gran empresa. Semana a semana, durante

⁶⁸ *La docena del fraile* es un libro que no se encuentra registrado en los catálogos de ninguna biblioteca del país. Tampoco es mencionado en los libros de historia literaria o listas bibliográficas de la producción de Gamarra. Pero sí es mencionado en otras ocasiones por el mismo Gamarra. Entiendo que es un libro que lamentablemente se ha perdido.

⁶⁹ En ocasiones por indisposición del escritor u otros inconvenientes del diario, la columna “Rasgos de pluma” era publicada entre lunes y viernes.

once años, aún con la pausa obligada de la guerra, Gamarra creó y recreó artículos de costumbres, piezas teatrales y ensayos en una productividad impresionante⁷⁰.

Con esta columna en *El Nacional*, Gamarra fue ampliamente difundido a nivel nacional e incluso internacional (países aledaños). Cada año podían haber variantes en los puntos de difusión denominados “Agentes” de distribución del periódico; pero hay cierta constante. Así por ejemplo de acuerdo a un anuncio que se publica en el diario el 7 de junio de 1878, los agentes se encuentran en: Callao, Chorrillos, Ica, Chíncha Alta, Chíncha Baja, Tambo de Mora, Chancay, Supe, Barranca, Pativilca, Chiclayo, Piura, Paita, Tumbes, Ayabaca, Huancabamba, Tacna, Huánuco, Huaraz, Huancayo. De acuerdo a un aviso del 2 de diciembre de 1884, *El Nacional* tenía agentes en: Callao, Pisco, Chiclayo, Cerro de Pasco, San Pedro de Lloc (provincia de Pacasmayo), Tarma, Ica, Arequipa, Puno, Cuzco, Moquegua, La Paz (Bolivia). De acuerdo a un aviso del 11 de noviembre de 1889, tenía agentes en: Callao, Chorrillos, Barranco, Cuzco, Puno, Arequipa, Cerro de Pasco, Huaraz, Iquitos, Chiclayo, Piura, Guayaquil (Ecuador).

En los once años de publicación, la columna “Rasgos de pluma” no cambió de nombre y el autor tampoco varió de seudónimo. Luego del lapso que dejó de publicar en *El Nacional* por el desarrollo de la Guerra e inconvenientes personales (entre 1881 y 1884), Gamarra retomó su columna en 1885 y continuó hasta 1889, cuando renunció a *El Nacional* y emprendió su propio proyecto periodístico y literario *La Integridad*, a donde llevó consigo su columna “Rasgos de pluma”.

⁷⁰ Como todo compromiso permanente de escritura, no descartemos que pudo ser agotador para el escritor. En “Compromisos feos” (*El nacional*. 17 de febrero de 1876) el artículo aborda el pedido de algunos sujetos al escritor para que sus artículos realicen una crítica a un sujeto específico o un tema que ellos consideran interesante. Se nos narra que esto es en extremo molesto, como si el compromiso de escribir y publicar cada semana no fuese lo suficientemente duro. Así en las primeras líneas el narrador refiere “¡Pero al escritor, al escritor que necesita voluntad, tiempo, salud, en fin cosas que no siempre se tienen ni pueden tenerse, precisamente a la hora en que el público se le antoje. Es un feísimo compromiso que hay que salvarlo; de otro modo el público frunce la ceja y dice riéndose al pobre que estas líneas escribe, V.G.: - ¡Que Tunante tan ocioso; la crónica del sábado ha venido sin *yapa*!; y ten más, el director del diario (si me está oyendo)... vamos, ¿no es este un feo compromiso?”

2.3.2. “Rasgos de pluma” en 1875: Primer abordaje de Lima (desde Lima)⁷¹

A mediados de 1875, se publicó el artículo “Picanterías, las fondas, los restaurantes y los hoteles” (*El Nacional*. 13 de julio de 1875) bajo la firma de El Tunante. Artículo que se encuentra solo en prensa, Gamarra no lo incluyó en ninguna de sus recopilaciones posteriores. Este es el primer artículo de costumbres que oficialmente publicó en su incipiente pero entonces ya anunciada columna “Rasgos de pluma”. Señalo como “incipiente” puesto que la columna “Rasgos de pluma” aparece como apéndice de la sección “Crónica local”, y así como una nota más en todo el segundo semestre de 1875. A su vez, artículo y escritor son anunciados de la siguiente forma en la Crónica:

Un amigo nuestro que se titula “El Tunante”, y que es, sin embargo más formal que un viejo de ochenta años en su quinto matrimonio, nos ha obsequiado con un artículo que publicamos en seguida, y cuyo epígrafe genérico, que es el mismo de este suelto, nos anuncia que no es este el único que nos obsequiará sino el primero de varios.
Así sea. (*El Nacional*. 13 de julio de 1875).

Desde la “Crónica” de *El Nacional*, entre bromas sobre el seudónimo elegido por considerarlo impreciso y un epígrafe que se tilda de “genérico”, los redactores deslizan la expectativa ante el nuevo escritor. Se afirma que el epígrafe es una promesa de más artículos suyos, es un hito que se proyecta hacia el futuro; lo cual efectivamente sucedió. “Rasgos de pluma” era un apartado dentro de “Crónica Local” en el segundo semestre de 1875, y pasó a ser una sección sabatina del diario a partir de enero de 1876.

A continuación de esta presentación, aparece un epígrafe. Cabe señalar que en el artículo de costumbres, el empleo más común del epígrafe es como soporte expresivo de la poética del autor, refuerza o anuncia el tema, o la actitud del autor ante este o se propone como guía de lectura (Peñas 2013: 478). El epígrafe en este primer artículo de Gamarra en realidad es significativo. Brinda luces sobre cómo el escritor deseaba

⁷¹ El artículo aquí mencionado se encuentra en los anexos.

presentarse ante sus lectores; lo cual revela las preferencias de lecturas de la época. Gamarra procuró validar su pluma con una referencia cultural europea, lo considerado “de buen gusto”. Gamarra inicia su columna periodística haciendo alusión a Miguel de Cervantes quien entonces ya era un ícono letrado español⁷²

Y así sin dar parte alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, (que era de los calurosos del mes de julio), se armó de todas sus armas, subió sobre su Rocinante, puesta su mal compuesta celada, en el brazo su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuanta facilidad había dado principio a su buen deseo. (Cervantes). (*El Nacional*. 13 de julio de 1875).

Es notorio que el novel escritor empleó este epígrafe en su primer artículo para exponer su erudición y validar su filiación a la tradición cultural hispana ante otros periodistas escritores, lectores y, en general, la comunidad letrada limeña. El narrador volverá a realizar cita o parafraseo de esta novela de Cervantes en otras oportunidades, así como de otros escritores europeos, lo comentaré cuando sea el caso en próximas páginas. Con este extracto del primer capítulo de *Don Quijote de la Mancha*, Gamarra procura el parangón entre el narrador “Tunante” (que empezaba a construir) con el caballero andante, protagonista de la célebre novela española. Coincide que este artículo de costumbres se publicó en julio, mes en el que el Quijote emprendió su primera salida según se detalla en la novela.

En el cuerpo del artículo, en el primer párrafo, se refuerza el motivo del epígrafe mediante la siguiente digresión:

No de otra manera *salimos hoy a comenzar nuestros escritos sobre cosas de esta Capital*, y ojalá que aunque ellos nada valgan en sí, como las fasañas del ilustre manchego, puedan dar algún entretenimiento al desocupado lector (*El Nacional*. 13 de julio de 1875. Mis cursivas)

⁷² Otro escritor cercano a su entorno y que también refirió su interés por Cervantes fue Andrés Avelino Aramburú Sarrio, director y fundador del diario *La Opinión Nacional* (1873-1914). *El Quijote* fue su libro de cabecera, recordaría Raúl Porras Barrenechea (1970).

Establecida la semejanza, mediante el epígrafe, entre el Quijote y el narrador protagonista, se entiende que el mundo letrado ha generado (¿por exceso de lectura?) y ganado un nuevo y ferviente adepto. Tal vez no el más sensato (dado el referente de locura en el Quijote), pero sí uno muy entusiasta.

Acorde al parangón entre el caballero andante y el narrador, se entiende además que para El Tunante es también el inicio de una aventura, sin dar aviso ni pedir consentimiento. Se afirma que la misión de El Tunante en su “salida” a las calles de Lima es registrar las costumbres, “cosas de esta Capital”, en sus escritos para solaz del lector. Esto resulta bastante interesante de remarcar ya que efectivamente los artículos de costumbres, en general, tenían el principal objetivo de formar y entretener al lector a partir de los acontecimientos de su propio entorno. Y la capital solía ser tópico principal de los artículos en tanto eran sede de la modernidad y del circuito de la cultura escrita.

Volver a la columna “Rasgos de pluma” nos permite revisar este artículo “Picanterías, las fondas, los restaurantes y los hoteles” (*El Nacional*. 13 de julio de 1875). Nótese que la columna “Rasgos de Pluma” nace con el propósito de narrar la ciudad de Lima. Este propósito se señala desde el epígrafe, se refuerza en el cuerpo del artículo, y es un indicio importante para el análisis de los artículos de Gamarra en lo que fue su proyecto de representar la ciudad. Como he señalado en un apartado anterior, en el costumbrismo literario encontramos la inquietud por la imagen de las ciudades, puesto que los escritores y la prensa se desenvolvían en torno al gusto e intereses del grupo letrado de clase media (Peñas 2013: 501). En el caso de los artículos de Gamarra este propósito no ha sido visible o al menos lo suficientemente abordado: la capitalina Lima fue su primer objetivo a representar.

“Picanterías, las fondas, los restaurantes y los hoteles”, el primer artículo de su columna, además permite reconocer que el escritor se posiciona frente a la ciudad con

un intento de autoridad mediante un autor europeo. Gamarra indudablemente, no solo explicitó su interés en provincias a lo largo de su narrativa, a la par tuvo influencia europea como se registra con el Quijote en este primer y significativo artículo.

2.3.3. “Rasgos de pluma” en 1885: Segundo abordaje de Lima (desde Pelagatos)⁷³

Entre el artículo que inauguró su columna en 1875 y el artículo que la reinaugura en 1885, transcurrieron en total diez años; reanudar sus escritos en su columna era pensar nuevamente en Lima. Debió ser un fuerte contraste para el escritor entre la Lima sobre la que escribía hasta 1880 y la Lima sobre la que iba a escribir en 1885 cuando retomó su columna semanal “Rasgos de pluma” en *El Nacional*⁷⁴.

En 1885, el contraste entre el antes y después de la guerra resultaba para Lima muy evidente y dramático. En el ámbito de estratos sociales, el cambio fue visible, tal como se describe a continuación:

Una tosca cuantificación del impacto en las clases sociales hecha por un observador contemporáneo estimó que las filas de los millonarios disminuyeron de dieciocho a cero, los ricos de once mil quinientos a mil setecientos veinticinco, y la clase media de 22, 148 a dos mil. El número de mendigos que vagaban por el país se disparó a medio millón (Klaren, 2004: 243)

“Carta que puede publicarse. Primera resollada” (*El Nacional*, 13 de enero de 1885) es la reapertura luego de casi cinco años de ausencia de sus rasgos costumbristas en Lima. El título propone tomar contacto de manera personal al receptor que va dirigido pero además que puede hacerse público. El subtítulo “Primera resollada” anuncia que el

⁷³ Los dos artículos aquí mencionados se encuentran en los anexos.

⁷⁴ Gamarra se sumó a la resistencia en provincias cuando las tropas chilenas ocuparon la capital, por lo que salió de ésta desde 1881 y apoyó la Campaña en el Norte hasta 1883. Retornó a Lima durante el 83 pero en un periodo muy corto tiempo, pues criticó incisivamente al gobierno de turno por las concesiones que se hicieron para obtener la paz. Por esa razón, Gamarra fue expulsado, y se mantuvo un año más en provincias. Entre 1881 y 1884, Gamarra realizó una serie de viajes por el norte y sur del país, de Trujillo a Cuzco. En el desarrollo de estos viajes, por escasos referentes, poco conocimiento y carencia de caminos, Lima se percibía más cercana a Europa que el resto del Perú.

narrador está brindando noticias después de algún tiempo⁷⁵. Ya en el cuerpo del artículo, escrito a modo epistolar, el Tunante revela estar en el pueblo de Pelagatos. Es la primera vez que le se menciona y describe: se le ubica geográficamente, mediante una referencia muy general, en algún lugar de la sierra peruana, y se realiza una ligera descripción de sus pobladores. Este artículo ha sido recopilado en *Rasgos de Pluma* (1899) bajo el nombre de “Pelagatos en 1884”. Lamentablemente en la versión del libro se ha omitido dos párrafos iniciales de la versión publicada en prensa.

Su siguiente e inmediata publicación fue “Cómo juegan en Pelagatos” (24 de enero de 1885) en el mismo periódico, y en clara alusión a los juegos de carnaval en el mes de febrero. En este segundo artículo se presenta con más detalle cómo interactúan los pelagatunos entre sí y con sus visitantes. En el libro *Rasgos de Pluma* (1899) este artículo aparece como “El Carnaval en Pelagatos”, y se omite el primer párrafo que sí aparece en la versión en prensa. En la versión en prensa, en ambos textos los primeros párrafos enmarcan a estos artículos dentro de un carácter epistolar, destacables para el análisis. Ambos artículos se dirigen a un receptor en particular: Don Pedro Lira y Don Luis Esteves, respectivamente. Los dos receptores son sujetos reales, se trata del propietario de la imprenta y del director, en ese momento, del periódico *El Nacional*. Como corresponde también al formato de carta, se inicia con un saludo que, en el caso de ambos artículos, funge de contexto antes de ingresar la anécdota. En ambos casos, aunque las cartas están dirigidas a receptores específicos, son también cartas públicas para ser expuestas a todos los lectores limeños. La primera carta desde el título anticipa que su finalidad es ser difundida en prensa; la segunda en cambio aunque también es una carta enfatiza en el título la promesa de contar más sobre Pelagatos a partir del juego de carnavales.

⁷⁵ El término “resollar” tiene dos acepciones. Una es respirar con dificultad, con esfuerzo y ruido. La otra es dar noticia de sí después de algún tiempo de haberse ausentado. Considero que esta última noción es la más idónea acorde al cuerpo del artículo.

En “Carta que puede publicarse”, dirigida a Pedro Lira, el dueño de la imprenta, el saludo se formula en tono de exaltación. El Tunante increpa a su receptor que él no pueda comprender lo que es estar lejos de Lima. En su segundo artículo, “Cómo juegan en Pelagatos”, se inicia mediante un saludo que claramente aproxima la condición del autor con el narrador: ambos fuera de Lima y procurando establecer contacto con un receptor limeño:

Ignorando aún si mi primera carta habrá llegado o no a esa imprenta, no puedo resistir a la tentación de dirigir a U. la presente, pues al fin he visto su nombre en las columnas de *El Nacional*, como vuelto a la dirección de ese periódico. ¡Alabado sea Dios!”. (“Cómo juegan en Pelagatos”. *El Nacional*. 24 de enero de 1885).

Los dos receptores en ambas cartas eran autoridades en el periódico *El Nacional*. Desde el plano de la realidad, la cordialidad de las cartas puede ser entendido como una estrategia del autor para volver al periódico en el que publicaba en la década del 70, antes de la guerra.

Ambos artículos de 1885 que (re)inaguran la columna “Rasgos de pluma” se formulan desde la nostalgia por Lima, es explícita la simpatía del narrador por la capital. El narrador se identifica con Lima y a ella pertenece su circuito de amistades intelectuales. En ese sentido, Pelagatos aunque ingresa a la narrativa del Tunante como un descubrimiento geográfico infortunado; resulta relevante notar que a partir de este pueblo, el narrador retoma contacto con Lima que es lo que finalmente moviliza su columna periodística.

Retornar a la columna periodística “Rasgos de pluma” permite notar momentos claves en la narrativa de Gamarra sobre Lima. En principio, hallamos en julio de 1875 su primer artículo de costumbres y en 1885 dos textos suyos que anuncian la reanudación de su columna. Y los tres giran en torno a pensar (imaginar/extrañar) la capital. Desde las digresiones en estos tres artículos de costumbres se remarca la

relación con el contexto inmediato y se distingue también que transcurridos diez años, la ciudad y sus anhelos de modernidad se mantienen como eje central lo cual no es tan evidente en la versión editada del libro.

El primer artículo de 1875 ofrece más de una imagen para el análisis. Se distingue el inicio de la columna, el narrador asume la expectativa de un escritor joven que incursiona en la prensa limeña y que intenta validarse mediante sus conocimientos de literatura hispana. La incursión del autor en prensa corresponde también con la incursión del narrador en la representación de Lima, a modo de caballero andante. Y la imagen de Lima como una empresa maltrecha, tal vez una quimera inalcanzable.

Los dos artículos costumbristas de 1885 –con los que se reactiva “Rasgos de pluma”– aunque tienen como tópico central a Pelagatos, se proyectan con relación a Lima. Los párrafos que se encuentran en ambos artículos prensa –y no en la recopilación del libro– permiten una aproximación a estos paralelismos entre la capital y este pueblo imaginario. La exageración en el afecto a Lima y sus habitantes alerta al lector sobre una idealización de la ciudad, sobre todo a sabiendas que la Lima contemporánea a la creación de Pelagatos era una Lima devastada por la guerra. Esta exageración en la nostalgia de la urbe y sus circuitos letrados, así como la desgracia de estar en Pelagatos, se mezclan con la crítica al exceso de la vanidad en la capital. La relación entre la ciudad de Lima y Pelagatos, más que el contraste ciudad-campo, termina siendo complementaria como veremos en el tercer capítulo.

CAPÍTULO III:

RASGOS DE LIMA MIGRANTE EN “RASGOS DE PLUMA” (1875-1880 / 1885-1889)

Las ciudades están hechas de ladrillos, de hierro, de cemento. Y de palabras. Ya que es el modo en que han sido nombradas, tanto como los materiales con que se las construyó, lo que dibuja su forma y su significado.

Rosalba Campa, *La selva en el damero* (1989).

El presente capítulo se aboca finalmente a analizar la imagen de Lima migrante, considerando los conceptos ya señalados (la relación binaria campo-ciudad, narrador costumbrista y perspectiva) y el contexto (biografía del autor, contexto social y cultural de la época). Desde la perspectiva del narrador migrante (quién mira) sobre Lima (qué mira), respecto al cómo mira esta capital mi hipótesis es que representa a Lima como una ciudad migrante: una ciudad atrapada en la oposición binaria ciudad-campo, con las implicaciones culturales que señalaba Williams y que se creían propias de solo un compartimento. Parto desde el supuesto que la experiencia del sujeto migrante, predominante desde experiencia del narrador, impacta en la ciudad misma. La ciudad está hecha también de palabras y de las experiencias de quienes le habitan.

Reitero que el narrador Tunante no modifica o altera los valores que se consideraban para ciudad y para campo; él también emplea la relación campo-ciudad, con cualidades positivas y negativas: el campo (armonía, inocencia, virtud/atraso, ignorancia, limitación) y la ciudad (erudición, progreso, comunicación/vanidad, vida mundana, ruido). Su intervención radica en hacer visible el contacto entre estas cualidades, mediante la mirada de un narrador migrante y más aún cuando se representa la ciudad con migrantes recorriéndola, lo que trastoca su uniformidad, con encuentros y desencuentros entre residentes y forasteros.

De modo tal que no se resuelve en la imagen de Lima criolla (entendiendo por ello una urbe más cercano a lo europea, en términos de Portocarrero). Para dilucidar la imagen de Lima migrante en Gamarra propongo cuatro aspectos que pasan también a ser cuatro capítulos: El Tunante como un narrador con características migrantes en la columna “Rasgos de pluma”; las primeras impresiones de Lima como un espacio urbano mixto y pretensioso; el anti urbano pueblo de Pelagatos; y Lima como un espacio de encuentros y desencuentros.

3.1. El Tunante, narrador migrante, en Lima 1875-1889

Retornemos ahora al recurso que inicialmente mencioné del artículo de costumbres como elemento orientador para analizar la imagen de Lima migrante: el narrador, y en el caso de Gamarra, un narrador migrante.

Como vimos en el primer apartado del segundo capítulo con la propuesta de Peñas, el artículo de costumbres posee algunos elementos reconocibles y recurrentes que el autor optaba por emplear y que el lector identificaba. Dentro de esos elementos reconocibles, la perspectiva del narrador fue uno de ellos. La expectativa del lector ante un artículo de costumbres ha sido la de atender a un observador atento, que con una determinada perspectiva, le refiera de manera novedosa un hecho común.

Asimismo, como señala Espejo Saavedra, el narrador puede presentarse con una serie de detalles o ser solo una voz. En el caso del narrador El Tunante en los artículos de costumbres de Gamarra, es un narrador personaje, narra en primera persona como protagonista involucrado en la historia, con características específicas de personalidad muchas de ellas semejantes a la vida real del escritor: periodista tal cual como el autor,

asiduo lector de literatura hispana y apasionado de la literatura nacional⁷⁶, perteneciente a la clase media baja muy cercano a la pobreza⁷⁷, alegre y presto a la broma, provinciano asimilado a la ciudad de Lima, sensible a otros migrantes en la ciudad.

En las expresiones del narrador que he rescatado en líneas anteriores desde la columna de periodística “Rasgos de Pluma”, se observa cómo se modela la identidad de migrante. Así en 1875, con “Picanterías, las fondas, los restaurantes y los hoteles” (*El Nacional*. 13 de julio), primer artículo de su columna, el narrador se posiciona como un quijote expectante ante la Lima que quiere recorrer; y en 1885, con el artículo “Carta que puede publicarse”, el narrador Tunante expresa desolación por estar lejos de su amada ciudad a la que ha dedicado tantos años y escrituras.

Los rasgos migrantes del narrador resultan también visibles si atendemos a su interacción con otros forasteros serranos en Lima y a su vez con los limeños. Con ambos grupos, el Tunante comparte referentes culturales pero con ninguno termina de sentirse completamente identificado. Con los forasteros serranos se percibe que ellos solo están de paso, mientras él es un forastero permanente; con los limeños, les distancia el desconocimiento (poca valoración) de estos respecto a la sierra. La identidad de migrante narrador oscila entre situaciones de identificación/cercanía y en otros de repulsión/distancia con ambas comunidades. En breve, apreciaremos un poco

⁷⁶ En diferentes artículos, el narrador Tunante emplea algún referente de literatura española, le es muy usual. También reflexiona sobre los méritos y retos de la naciente literatura peruana. Un artículo que ilustra muy bien ello es “Don Manuel A. Segura. Elogio más que juicio crítico” (*El Nacional*. 27 de noviembre de 1875). En esta publicación que tiende más a ensayo, el Tunante expresa conocimiento de los escritores españoles en boga, como Bretón de los Herreros, pero señala que Don Manuel A. Segura nada tendría que envidiarle. Compara sus obras y estima más valioso al dramaturgo nacional.

⁷⁷ El Tunante suele mencionar los constantes apuros económicos que vive. Uno de los textos que mejor ilustra ello es un artículo de posguerra: “Un níkel” (*El Nacional*. 28 de mayo de 1887). Aquí el Tunante cuenta sus desventuras y cómo hasta un níkel, la moneda de menor valor entonces, podía serle tan valiosa, así como para otros lectores que probablemente también viviesen en la miseria. Otro artículo ilustrativo, que no he hallado en prensa pero sí se encuentra recopilado en el libro *Rasgos de pluma*, es “Museo de las desdichas”, en el que el narrador va a empeñar una prenda para poder sobrevivir unos días y estando en la casa de empeño observa con tristeza los objetos empeñados que tan amados debieron ser para sus dueños; probablemente la fuente original es de posguerra.

más de estas interacciones, las cuales finalmente brindan también una faz de la ciudad de Lima.

Además de las características señaladas sobre “El Tunante” como narrador que he comentado hasta aquí, retornemos al seudónimo con el cual Gamarra construye a este alterego. Acorde a los indicios que se espera de un narrador, la presentación de este empieza con su seudónimo. La elección del seudónimo “El Tunante”, que lo acompaña durante toda la producción de artículos en el rango 1875-1880/1885-1889, no es casual.

En principio el seudónimo es un recurso paratextual de apoyo al escritor. En el caso de Gamarra, efectivamente su seudónimo *El Tunante* le distinguió entre sus lectores de artículos de costumbres. En nuestra historia literaria es el autor más asociado a su seudónimo. En la larga trayectoria que tuvo, el escritor pudo optar por cambiar de seudónimo; pero no lo hizo.

Tan o más interesante aún que la asociación del autor con el seudónimo es que, con este seudónimo, Gamarra creó una voz narrativa claramente caracterizada que orienta al lector en su “tunar” desarraigado en los mundos representados en cada artículo a lo largo de su columna “Rasgos de pluma”. De tal modo, procederé con el análisis del seudónimo *El Tunante*, que todos parecen recordar y mentar con familiaridad pero poco se ha dicho del sentido de este en la formulación de la imagen de narrador.

3.1.1. El tunar del Tunante

El empleo del seudónimo fue común entre los escritores durante el siglo XIX. Algunos seudónimos de reconocidos escritores costumbristas peruanos fueron “El murciélago” (Manuel Atanasio Fuentes), “El Baron de Keef” (Federico Elguera) y “Balduque” (Federico Blume). En Hispanoamérica, algunos referentes españoles célebres e

influyentes fueron “El curioso parlante”, seudónimo de Ramón de Mesonero Romanos; y “El duende”, “Fígaro”, “El pobrecito hablador” y “Bachiller”, todos seudónimos del escritor Mariano José de Larra.

Más que encubrir el verdadero nombre del autor, el seudónimo tuvo más de un motivo y necesidad. En primer lugar permitía distinguirse de otros escritores, crear una marca personal al momento de publicar y alcanzar a los lectores. En segundo lugar y aún más importante, en los escritores costumbristas, el empleo del seudónimo no se realizaba solo por el recurso paratextual en sí mismo, sino que este se encuentra relacionado a la creación de un narrador: “lo que importaba era la creación de un narrador, una figura que aparecía a lo largo de una serie de artículos, a veces con todo lujo de detalles físicos, a veces sencillamente como una voz reconocible para el público lector” (Espejo Saavedra 2007: 33) que propone una perspectiva en el texto y lo cohesiona. Por ello, es necesario reparar en él.⁷⁸

Actualmente, por la palabra “tunante” se entiende “Pícaro, bribón, taimado” (*Diccionario de la Lengua Española* 2014). El seudónimo de Abelardo Gamarra puede ser entendido de esa manera por los lectores. Puede ser considerado un “pícaro” por el atrevimiento de cuestionar las costumbres, sin reparos, sin censura que le restrinja. Su humor le permite criticar duramente prácticas sociales características de la urbe y del campo, y de diferentes grupos sociales, y mantener el interés del lector.

Si profundizamos un poco más en el vocablo “tunante” y desplegamos el campo semántico en el contexto del escritor, existe un sentido adicional relevante. Para la época de Gamarra, fines del XIX, en el *Diccionario de la lengua castellana* de 1884, se registra como primer sentido de la palabra “tunante”: “Que tuna”. En este mismo diccionario, para la palabra *tunar*, la primera definición es “Andar vagando en vida

⁷⁸ El seudónimo puede ser usado también de manera irónica. Espejo Saavedra señala que en el caso de Mariano José de Larra, el seudónimo “El pobrecito hablador” contenía a un narrador nada ingenuo; por el contrario era malicioso, usualmente malhumorado y con trazos de misantropía.

holgazana y libre, y de lugar en lugar”. Como segunda acepción de *tunante*, se señala “Pícaro, bribón, taimado”. En ediciones anteriores del *Diccionario* de 1817 y 1822, para “tunante” se señala: “El que tuna o anda vagando”, y como segunda acepción: “Astuto, taimado”. Remontándonos aún más en el tiempo y en publicaciones, la primera edición del *Diccionario* al empezar el siglo XIX (1803) brinda como única acepción de “tunante” como “El que tuna o anda vagando”.

En el diccionario crítico etimológico de Corominas, el seguimiento de la palabra “Tunante” se acota que deriva de “Tuna”. Esta palabra en Europa se remonta al siglo XV, en relación al Rey de Túnez, jefe de los gitanos cuyas bandas llegaron a París en 1427. “Tuna” se referiría desde entonces a una vida holgazana, libre y vagabunda. De acuerdo a este diccionario este sentido se iría instalando en el uso cotidiano desde mediados del siglo XVII y sobre todo en el siglo XIX. Además del castellano, se asimiló también este sentido en francés, catalán y portugués.

Gamarra debió tener noción del sentido de *tunar* como recorrer espacios “de lugar en lugar”, similar al tránsito de un forastero, al menos no le fue indiferente remarcar este sentido de vida trashumante en sus artículos desde que empezó a publicar hasta el fin de sus días. Y es que además del sentido trashumante en el seudónimo, esta característica representativa del narrador se puede confirmar en el desarrollo de los artículos de costumbres: el narrador refiere su origen de nacimiento en algún lugar de la sierra peruana así como su vínculo estrecho a esta, aunque a su vez se desenvuelve con fiado entre las calles de limeñas y las convenciones capitalinas sobre las que tiene una mirada disidente⁷⁹.

⁷⁹ No descarto el sentido de picardía en “El Tunante”. Sánchez por ejemplo hace uso del término “Tunante” para hablar de la personalidad del escritor Ricardo Palma, un contemporáneo de Gamarra: “Disfrutaba Palma de renombre de escritor original y de personaje “tunantón”, como decían entonces en Lima, es decir, hombre dado a las fiestas y a las mujeres” (1965: 989).

El narrador Tunante revela que no pertenece a Lima, que proviene de la sierra del Perú, aunque no especifica un lugar real de nuestra geografía. Su desplazamiento físico va acompañado además de un desplazamiento cultural que no culmina, sino que oscila entre imaginarios que en la época se percibía opuestos: sierra (rural, naturaleza) y costa (urbe, modernidad). Entre ambos polos desestabiliza el esencialismo de la relación binaria y hace palpable la heterogeneidad; su presencia y la de otros migrantes intervienen en la imagen de la ciudad dado que la ciudad no es solo edificios y calles, sino también sus habitantes. Lo cual nos permite volver a la imagen de Lima “criolla” del siglo XIX con otra mirada, hacia lo que sostengo es Lima migrante.

Así podemos observarlo de manera incipiente en el primer artículo de Gamarra, “Picanterías, las fondas, los restaurantes y los hoteles” (*El Nacional*, 13 de julio de 1875): en el epígrafe se anuncia al narrador como caballero andante, y con el título del artículo y el desarrollo de la anécdota se afirma que el narrador recorre Lima en los diferentes espacios de necesidad básica para cualquier forastero recién llegado que no tiene allí un hogar al que acudir en la ciudad. Desde ese primer artículo y en los que seguirán, el Tunante recorre la capital libremente expresando con humor y agudeza sus impresiones de Lima.

El reconocimiento de espacios y costumbres de la ciudad de Lima se mantiene como tema en el artículo que Gamarra publica en la semana siguiente: “Plaza de mercado” (*El Nacional*, 22 de julio de 1875). El narrador se detiene en el corazón comercial de la capital y con su mirada de forastero presenta una interesante descripción del mercado de Lima en esos años. ¿Cuánto se invierte en Lima en las compras del mercado?, ¿quiénes se encuentran allí?, ¿qué es lo más que se consume? Y así continuará sus observaciones sobre Lima algunas más explícitas que otras como “La semana santa

Otro sentido que también podría abordarse en este seudónimo es el del “Tuno”, en relación con el espíritu del músico trovador, pues Gamarra fue además compositor de letrillas para marineras y huaynos. Esta posibilidad sería materia de otro estudio.

en Lima” (*El Nacional*. 8 de abril de 1876). Observaremos con más detalle este artículo en próximas líneas.

Estas observaciones sobre Lima, se alternan con recuerdos sobre la sierra, como en “De Lima a Río Blanco,...” (*El Nacional*. 14 de agosto de 1876) donde, a pesar de las críticas que realiza, evoca con ternura la sierra como lugar de origen. Así entre las anécdotas que presenta sobre este viaje a la sierra, casi terminando el artículo, destaca un recuerdo sobre el lugar de nacimiento del narrador. Un espacio campestre al que “El Tunante” profesa explícita pertenencia

A la vista de los cerros de Río Blanco, [...] todo un mundo fenecido en la realidad, pero vivo siempre en la memoria se presentó a mis ojos.
Era el recuerdo de mi infancia y el del escondido rincón donde nací.
No fue en ningún pueblo, fue en un caserío donde mis padres tenían también parte.
[...]
Al mirarlo de lejos más que real parece un cuadro ex profesamente trabajado.
Lo verde de la pampa que le sirve como de fondo lo coposo y lo sano del más pequeño de sus árboles, su río caudaloso que hacia un lado se desliza cristalino, una que otra casita pintada de blanco y con su tejado color rojo, sus cielos siempre azul: todo hace de aquel rincón de la tierra como un retacito de cielo.
 (“De Lima a Río Blanco,...”. *El Nacional*, 14 de agosto de 1876).

Para el narrador, el viaje a La Oroya se convierte en un viaje al origen. Observando los cerros y el verdor del campo, revive el “escondido rincón” de la sierra donde nació. Enfatiza incluso que donde nació fue un caserío y no un pueblo, para aclarar que se trataba de un lugar pequeño, poco poblado y sobre todo de vida campestre. Esta aclaración hace que su origen lo aleje aún más de la urbana Lima y de los limeños con quienes comparte el viaje en el tren pero que son ajenos a su sensibilidad. La acumulación de adjetivos calificativos positivos en la descripción del escenario exalta la abundancia y la dulzura del hogar perdido⁸⁰.

⁸⁰ Entre este pasaje de “De Lima a Río Blanco,...” y el capítulo “Pueblo indio” de *Yawar fiesta* de Arguedas se encuentran interesantes semejanzas. El narrador en la novela mencionada contrasta la desazón de los forasteros ciudadanos ante el paisaje de los pueblos serranos, mientras que él emocionado vibra observando el terruño natal. “Arribar al terruño es una experiencia estética que los costeños no pueden apreciar ni compartir: el retorno motiva una epifanía, la emoción del recuerdo con espacio

A través de su nostalgia, enaltece la sierra invitando al lector a compartir una imagen entrañable del “retacito de cielo” perdido, espacio tal vez desconocido por muchos de sus lectores capitalinos como por los viajeros del tren a la Oroya. A su vez, aunque califique a Lima (y a los limeños) de vanidosa, ostentosa y bulliciosa en demasía, no deviene en el extremo del rechazo. Resulta relevante que no registre otras emociones posibles de un forastero, como por ejemplo el miedo, desconfianza o recelo.

Adoptar la perspectiva de un forastero es parte del conjunto de estrategias del escritor costumbrista, pues le permite mostrar lo conocido como nuevo o poder criticar las costumbres ajenas con distancia objetiva. Así por ejemplo, lo observamos en las obras teatrales de Felipe Pardo y Aliaga: el juicio y la censura vienen a cargo del personaje inglés. Así también, en una serie de artículos costumbristas de Federico Elguera, el narrador protagonista “El Barón de Keef” es extranjero, un letrado occidental, de la aristocracia europea y que casualmente se encuentra en Lima. Las alusiones que realiza el narrador a sí mismo como extranjero o de “otra raza” no son pocas, las enfatiza constantemente como una forma de validar su perspectiva y su censura ante los excesos limeños.⁸¹

Es decir, al optar por un narrador foráneo, Gamarra empleó un recurso conocido en el costumbrismo. Sin embargo, en su caso no es un narrador europeo como hicieron los escritores peruanos mencionados; sino un forastero serrano, lo cual lo colocaba en una situación marginal en el grupo social predominante eurocentrista. Como un migrante, un “sujeto apoyado en dos ejes contradictorios, un aquí y un allá, esto es una esperanza que no cuaja y una memoria reciclada que enfatiza los valores de lo distinto y

cargado afectivamente (Elmore 1993, 108). Esta emoción del narrador en la novela de Arguedas es semejante a la emoción del narrador Tunante que incluso antes de narrarlo precisa que fue un acontecimiento muy personal. Este tipo de detalles hace entrever también la posibilidad de un posible precedente en Gamarra de la narrativa de migrantes en el siglo XX.

⁸¹ Federico Elguera (Lima, 1860-1928). Según Juan Pedro Paz Soldán, Elguera emplearía el seudónimo “El Barón de Keef” desde que participó como redactor eventual en *El Comercio*, en 1894. Además de escritor, fue el primer alcalde de Lima al iniciar el siglo XX, entre 1900 y 1909.

distante” (Bueno 2010: 156). Y en esas relaciones modelando una imagen de Lima desde una perspectiva que actualmente podríamos calificar de emergente. Su apuesta en aquel entonces era inusual, el único caso cercano temporalmente y en sintonía con la revaloración de la sierra, es el de la escritora cusqueña Clorinda Matto con quien Gamarra mantuvo amistad cercana⁸².

3.2. Primeras impresiones de Lima

Dentro de la relación binaria campo/provincias/rural-ciudad/Lima/urbe, el narrador tiene expectativas de la ciudad que recorre. Expectativa que podría formularse en un “¿cómo es la urbe limeña?”. En los artículos de sus primeros años, la Lima que recrea el narrador es una ciudad con ensueños incompletos de urbanidad y con ínfulas de aparentar su realización.

Los ensueños urbanos de Lima tienen como cualidad el reto de la mixtura, que contravienen el sentido de orden homogéneo. Como vimos en el contexto, la imagen hegemónica de Lima como urbe moderna se representaba con una población y costumbres predominantemente criollos⁸³. El Tunante narrador por su parte ofrece, en el artículo con el que inaugura “Rasgos de pluma”, la imagen de una Lima variopinta en pobladores y costumbres. Esto lo apreciaremos en el primer subapartado: Lima, la mistura urbana.

En el segundo subapartado (La vanidad de la urbana Lima), me aproximo a la imagen de una Lima pretenciosa que por su desarrollo urbano (o sus aspiraciones a este)

⁸² Advierto que en lugar de influencia entre ambos escritores, es posible afirmar que existió confluencia de intereses. Miseres señala que la voz narrativa de Matto “siempre en tránsito entre dos o más espacios y culturas” se consolidó posterior a su establecimiento en Lima (1886 - 1895). Para conocer más sobre la condición de migrante serrana en la narrativa de Clorinda Matto, revisar los textos de Ana Peluffo y Francesca Denegri sugeridos en la bibliografía.

⁸³ Como vimos en el capítulo anterior, hubo tendencia de los escritores, como el caso de Fuentes, a fomentar la imagen de una Lima criolla homogénea.

se percibe distante y superior al resto del país, particularmente de la sierra⁸⁴. Entonces cuando el narrador recrea a Lima desde espacios y prácticas usuales, ha de referir y cuestionar elementos de su urbanidad. Así por ejemplo, un rito religioso que considera se ha envilecido en Lima; o un viaje a la sierra para el que los limeños no están aptos. Aunque, como parte de su contradicción, el narrador también se permita deslumbrarse por avances tecnológicos e increpe la rusticidad de algunos pueblos.

3.2.1. Lima, la mistura urbana

Como anuncié en páginas anteriores, el artículo “Picanterías, las fondas, los restaurantes y los hoteles” (*El Nacional*, 13 de julio de 1875)⁸⁵ es el texto de presentación del proyecto “Rasgos de pluma”. El narrador se presenta como un inesperado Quijote ante la expectativa de una aventura incierta. Y esta primera aventura del narrador es un recorrido en Lima por estos cuatro tipos de establecimiento, en el orden planteado en el título.

Su condición de forastero le permite observar con distancia; además cuenta con cierta libertad para transitar y relacionarse en los cuatro espacios de distintos grupos sociales. Se ilustra con descripciones y escenas los cuatro tipos de lugares donde los habitantes de Lima acuden para alimentarse. Los cuatro espacios son presentados mediante escenas que suelen contemplar la descripción desde dónde se encuentra tal o cual tipo de establecimiento, quiénes son los dueños, quiénes y en qué condiciones atienden, quiénes acuden (pueden acceder) a determinados espacios, qué alimentos se ofrecen. (Aunque no siempre en ese mismo orden, estos son sus criterios de representación).

⁸⁴ En la binaria cabe recordar que se han imaginado el contraste costa-sierra, y se invisibilizó a la selva (y sus culturas) comúnmente del imaginario nacional.

⁸⁵ Este artículo se encuentra solo en prensa. Es parte de los artículos que he rescatado y que propongo para el análisis del narrador costumbrista. Ver anexo.

De acuerdo al orden planteado, el narrador empieza su recorrido y relato con las **picanterías**. Con este tipo de establecimiento, el narrador se detiene primero en brindar a su lector una aclaración: “¿Qué viene a ser una picantería? Es nada menos que una casita por lo regular media oscura y bastante desaseada”. La picantería es descrita también en un estado de lamentable suciedad y pobreza: en uno o dos saloncitos tienen una mesa larga y dos o más pequeñas cubiertas “de manteles llenos de manchas de comida, sobre los que se ven una alcaza mal provista y una jarra de loza de siete mil colores, sin pico y sin oreja”. Para sentarse apenas cuenta con “un sofá, más viejo que la peste, y (...) varias silletas de madera, próximas a decir adiós”.

El narrador asume que muchos han ido alguna vez a una picantería pero procura brindar detalles por si su lector (letrado, de clase media) tal vez no ha recorrido este tipo de establecimientos que describe como lugares, pequeños y marginales. Dichas picanterías se señala se encuentra en “Malambó ó el Cercado, donde abundan”, es decir, barrios ubicados entonces en los márgenes de la capital.

Continuando con su descripción, el narrador refiere que los dueños suelen ser un “mulato mofletudo, barrigón y con una cara de vinagre” y “su mujer es alguna china-chola, de anchas caderas, brazo gordo, pechos abultados; regañona y cejijunta”; “ambos visten de sucio y excepto la manteca ninguna diferencia hay entre el mandil y la camisa”. De tal modo, los dueños de dicho establecimiento además de ser descritos despectivamente por su procedencia racial afrodescendiente e indígena, calificados de desagradables en sus fisonomías y por su áspero trato, también son sucios.

Además de los patronos, también atiende un mozo quien informa sobre qué comidas se sirven en este establecimiento: “Tiene U. ajiaco; patitas; camarones; sopa; olluquito con charqui; lomito; carne asada; caucau; arroz y carapulca”. Y de beber hay chicha: “Tiene U. de jora; de garbanzo y de maní”. El mozo en cuestión, según

descripción del narrador, es un “cholo coronguino o de un lugar parecido”. En este tipo la descripción despectiva por el origen racial se mezcla con el origen geográfico; el Tunante como narrador no está exento de los prejuicios de su época. Y sobre este tipo ha de explayarse más por el trato directo que tiene con él para pedir el menú. El “cholo coronguino” confunde los pedidos constantemente y sus confusiones exasperan al narrador; el extremo de esta confusión podemos verlo en el siguiente diálogo:

- Pero, hombre de Dios, ¿quién te ha pedido sopa ahora?
 - ¿U. pues no pidió?
 - ¡Maldito sea! Pero, en fin, ¿qué chicha hay?
 - Tiene U. de jora, de garbanzo y de maní
 - Trae un vaso de jora y otro de maní; ¿eh? Jora y maní, ¿entiendes?
 - Uno de jora con maní grita el cholo alejándose; en vano lo llamamos para que rectifique su pedido, impertérrito, como un diputado de los tercios, va y regresa trayendo en un solo vaso las dos chichas.
 - ¡Canastos! Hombre, si esto no se ha pedido.
 - U. pidió pues chicha.
 - Pero por separado.
 - U. pidió pues jora.
 - Cabal, y el señor pidió maní.
 - *Tamién* pues tiene maní.
 - ¿Pero no ves que está todo mezclado?
 - U. pidió pues chicha.
 - Pero no seas bruto.
 - U. pidió pues jora.
 - Acabemos: venga la cuenta.
- (“Picanterías, las fondas, los restaurantes y los hoteles”. *El Nacional*, 13 de julio de 1875)

El extenso diálogo ilustra la confusión en los pedidos por parte del mozo y por ende la molestia del comensal. También nos aproxima al tipo del mozo. Aparentemente tiene un dominio limitado del castellano, emplea como muletilla el “pues” y cuando habla omite consonantes en las palabras (“tamién”). Pero lo más grave es que comprende limitadamente las indicaciones que se le dan. Esta situación culmina con el

rechazo del narrador: “Anda al demonio, coronguino⁸⁶, venga el patrón”; es decir, simbólicamente el narrador exilia al mozo de Lima (espacio urbano).

¿Quiénes acuden a las picanterías? los comensales “son gentes que bien podemos llamar pueblo”. Pero no son los únicos. El narrador se permite revelar que las picanterías en su marginalidad son también espacio de transgresión en la ciudad: para jaranas de mocitos y mozas “de cuerda”; así como escenario ilícito de las “robaditas” de los “fulanos de tal”⁸⁷. Por todos los detalles que brinda de las picanterías y los diálogos que agrega, esto corresponde a casi la mitad del artículo.

Los tres siguientes escenarios tienen descripciones puntuales y muy escaso diálogo. Así las **fonditas**, “se hallan diseminadas en toda la capital, aquí y allá”, los dueños (que a su vez atienden) suelen ser chinos, “abejas incansables”. La diligencia de estos tipos parece influir en la limpieza del lugar ya que no hay menor sugerencia de suciedad. Por esta misma diligencia, la atención es inmediata. En un breve intercambio de palabras ofrecen y sirven el menú:

- ¿Chino, qué hay que comer? En menos de un vendito, contesta: sopa *asa de papa*, pecho *asau*, chanco *asau*, carne *asa*, frejoles con *asa*...
 - A ver esa sopa
 - Sopa, repite el chino en voz alta, y al minuto ya lo tenemos por delante; en cinco minutos más tomamos otro plato así,... Viene la infaltable miel con requesón, ó el lacayote y abur.
- (“Picanterías, las fondas, los restaurantes y los hoteles”. *El Nacional*, 13 de julio de 1875)

⁸⁶ Corongo es una de las veinte provincias que conforman el departamento de Áncash, en Perú. Históricamente ha sido una provincia predominantemente quechuahablante.

⁸⁷ Los “mocitos de cuerda” también llamados “mocitos de cordel” corresponden a los tipos que brindaban servicios de carga; mientras que “los fulanos de tal” es el modo en que Gamarra se refería a la oligarquía. Adicionalmente cabe acotar acerca de las “robaditas” de “los fulanos de tal” en las picanterías, se puede deducir que se refiere a una transgresión sexual como casi acontece en la historia de la pieza teatral *Ña Codeo* del mismo autor.

Watson refiere que las picanterías probablemente recibieron ese nombre ya que se les visitaba para “picar” comidas “picantes”. Y que además era usual que los caballeros invitasen a las damas a dichos lugares, considerando entre sus fines la tentativa amorosa/sexual, señalada por Gamarra en *Ña Codeo* (2009: 326).

El menú ofrecido en las fondas es mucho menos variado que el de las picanterías, pero es de atención inmediata. Por ello la clientela es “gente definida o indefinida”⁸⁸ que tiene apuro de comer y poder seguir trabajando o estudiando. En síntesis, “toda esa gente honrada y buena, que vive pobremente, con tal de no andar entrampada; esa clase laborioso que forma la gran mayoría de nuestro pueblo”.

El narrador es elogioso con la eficacia y eficiencia de los chinos en las fondas; y por esa agilidad son un gran apoyo para la premura de los tipos que trabajan: “Qué agilidad, qué listos son los chinos, cada cual es una lagartija; zis sirven, zas cobran, y zus afuera; el estudiante a machacar, el militar a dar vueltas por la tesorería, el dependiente al mostrador y el mozo de cordel a su esquina”. Sin embargo, el narrador admite que los chinos se encuentran en una situación muy precaria en la ciudad: “infelices para quienes apenas se hace algo en la república de la igualdad y la fraternidad”. Y la fonda representa finalmente un lugar marginal, en el que el narrador prefiere no ser visto cuando ingresa para evitar comentarios que le desfavorezcan.

Finalmente, los dos últimos espacios pertenecen a la “aristocracia, ó a los hombres decentes (...)”. El **restaurante** es considerado entre la fonda y el hotel, y comúnmente “en ellos manducan los cocheros y otras gentes bullangeras y parlanchinas”. No hay mayor descripción del lugar ni qué comidas se sirven. El narrador no ingresa ni hay interacción alguna.

Sobre los **hoteles**, se dice que existen pocos y no lo suficientemente buenos para la prestancia de una capital: “Ya en nuestra hermosa capital se deja sentir la necesidad de un hotel en toda regla, tal cual lo tienen otras poblaciones”. En este énfasis de las necesidades de la “hermosa capital”, el narrador aparentemente está aspirando a un modo europeo que se relacionaba además a urbe y progreso. Y de esos pocos no se

⁸⁸ Los definidos e indefinidos se refiere a los tipos que tienen o no ocupación estable que les permita ganarse la subsistencia.

indica dónde se encuentran. En contraste con los tres anteriores, y en especial con las picanterías, los hoteles destacan por su limpieza, luminosidad y ostentación:

se ven mesas de diferentes tamaños, cubiertas de manteles muy limpios, pobladas de botellas de cristal, copas, aleusas, platitos con rábanos con cebollas o ajíes, tarritos de mostaza, etc, etc. En las paredes se ven grandes espejos y cuadros con elegantes marcos. A la entrada está el mostrador: sobre él se ve azafates de frutas diversas, trozos de buena carne, pescados, conchitas, jamón, quesos, pastelitos; en fin, todo muy limpio, todo provocativo y abundante; tras el mostrador hay una surtida batería de licores de toda clase.
 (“Picanterías, las fondas, los restaurantes y los hoteles”. *El Nacional*, 13 de julio de 1875)

Los dueños son extranjeros (europeos según se sugiere) y se encuentran atendiendo el mostrador; y quienes atienden las mesas son “doce o quince cholos” que se visten pulcramente. El narrador enfatiza en la higiene de estos en contraste a los de las picanterías; también les distingue que son más raudos que ellos, pero tampoco tan raudos como los chinos de las fondas. El narrador sugiere cierta parsimonia en ellos por la labor que desempeñan y el lugar al que han accedido para trabajar: “los cholos civilizados, muy orondos, andan de aquí para acullá, alcanzando las listas, los cubiertos, las canastas de pan, sacudiendo, destapando botellas y cobrando medio o dos reales más al que le ven la cara larga”. A diferencia del mozo de la picantería, estos mozos tienen una organización para la atención; se encuentran tan organizados y adaptados al trabajo en el hotel, lo que incluso bordea que estén prestos a estafar a algún cliente distraído. No se menciona en el caso de ellos un origen geográfico, como si esto remarcase su pertenencia a Lima.

La comida que se sirve en este espacio tiene también la particularidad de ser propia solo de este lugar, platos extranjeros (italianos y franceses) acorde al gusto de los dueños y la clientela: “Tiene U. sopa a la italiana, de rabioles, juliana, ternerita con petipúa, corderito, chibatito, etc. – Y todo con petipúa, y todo con pité o pre o cosa alguna parecida, que todo es nombre y nada sustancia”. Con esta expresión, el narrador

desautoriza la calidad de la comida de los hoteles. Aunque inicialmente sugirió que se necesitaban mejores hoteles en Lima, y aún con esta inquietud sugería encontrarse impactado por la limpieza, el orden y la ostentación de frutas, carnes y bebidas del hotel que estaba visitando; el narrador torna a considerar que es solo apariencia, y sugerirá lo mismo con la clientela que allí asiste.

Los comensales “son gente acomodada: comerciantes, dependientes, prosistas, unos que tienes cómo, y otros porque digan: come en el hotel tal”. Es decir, “y toda esa gente de cuello parado, bastoncito y paltó”. De todos los comensales, a estos particularmente el narrador les tiene en poca estima, pues afirma que quien come en los hoteles tiene el propósito de ostentar un “gasto mucho”, lo cual les sería propicio socialmente en la ciudad.

Sintetizando, en esta primera incursión oficial en Lima, El Tunante ha elegido como punto de partida espacios donde confluyen diferentes sujetos de la ciudad limeña, recoge el crisol de orígenes raciales, geográficos y de costumbres. La Lima que intenta recrearse no es la Lima de castas del virreinato, pero presenta los rezagos de dichas clasificaciones. La perspectiva del narrador migrante es afectada por dichos prejuicios, y esto le moviliza a aproximarse para observar con detalle los contrastes.

Los migrantes son representados en todos los establecimientos básicos de la ciudad, sea en lugares muy pobres o de riqueza. Refiero que son establecimiento básicos dado que las picanterías, las fondas, los restaurantes y los hoteles son puntos de paso para todos en la capital, lugares que tienen en común un objetivo ineludible, puesto que allí se satisface una necesidad primaria sin excepción como es alimentarse.

Lo que diferencia a cada uno de estos espacios es que, por pertenecer a un grupo social distinto, cada tipo de reciento se encuentra en distintas zonas en Lima, lucen en diferentes condiciones de limpieza y orden, ofrecen alimentos distintos,

quienes atienden son tipos de diferente origen racial y geográfico, con costumbres de atención diferentes; los comensales también varían pero el criterio para esta variedad es su solvencia económica. Todo esto hace notorio que, aunque se ensueñe, el contenido de la urbe no es homogéneo ni armónico.

Más que un recuento de lugares donde comer, “El Tunante” analiza a Lima desde los diferentes grupos que la habitan, más aún desde los sujetos cuya labor sostiene y es impulso de la ciudad, y muchos de ellos son migrantes: cholos, chinos y europeos. La oposición binaria en el artículo puede percibirse primero en la división de los cuatros lugares en dos grupos: los pobres (picanterías y fondas) y la aristocracia (restaurantes y hoteles). Dentro de esta relación, las picanterías y los hoteles son los extremos; y es en ambos recintos que más se explaya el narrador remarcando el contraste. Y en ese contraste, el narrador explicita su facilidad de movilidad y adaptación, para él aparentemente no hay restricciones que lo limiten como sí para otros comensales.

Como parte de la oposición binaria, los “cholos”, representados en rol de servidumbre, son los tipos en quienes más repara el narrador. Aunque no es empático con ellos, pero les causa marcado interés. A su vez, en relación a quiénes son sus patrones (un mulato y una china chola - extranjeros europeos) y dónde trabajan (picanterías-hoteles), se ubican en ambos grupos con distinto nivel de adaptación y proyección. El narrador es muy minucioso en observarlos y describirlos, más que a los otros tipos migrantes. Incluso casi toda la tercera parte del artículo se ocupa de los “cholos coronguinos”⁸⁹ de las picanterías limeñas.

⁸⁹ En el artículo de costumbres “Los pregones” (*Tipos menudos*, 1895) de Manuel Moncloa, el narrador menciona que uno de los pregoneros es un “robusto coronguino” cuyo pregón espanta a un extranjero hospedado en un hotel. El narrador solo menciona al pregonero como elemento accesorio y se concentra en narrar el espanto en el extranjero hospedado en el hotel y su accidentado escape entre las “mises” inglesas allí alojadas. En las narrativas de otros costumbristas, a diferencia de Gamarra, solían mencionar a los personajes provincianos de manera muy superficial.

3.2.2. La vanidad urbana de Lima

En este segundo apartado propongo analizar la imagen de una Lima “banal” a partir del contraste Urbe/civilización/riqueza-Rural/barbarie/pobreza. El narrador como migrante provinciano tiende a criticar la tendencia limeña al exceso de las “buenas formas” (civilización), critica las ínfulas de superioridad de la capital sobre el resto del país; pero como parte de su contradicción, el narrador también se permite deslumbrarse por avances tecnológicos e increpe la rusticidad de algunos pueblos. Para ilustrarlo analizo dos artículos: “La semana santa en Lima” (*El Nacional*, 08 de abril de 1876) y “De Lima a Río Blanco y de Río Blanco a Lima” (*El Nacional*, 14 de agosto de 1876).

En el artículo “Semana Santa en Lima” (1876)⁹⁰ se explicita desde el título que presentará cómo acontece este rito en la ciudad de Lima. El artículo se publicó en el momento en que esta acontecía (primeras semanas de abril en este caso). La introducción, bastante amplia (casi la cuarta parte del artículo) evoca pasajes de la Biblia respecto a los acontecimientos que marcaron el sacrificio del Mesías, de manera tal que se procura la sensibilización del lector por esta celebración que le rememora. A su vez presenta una alta expectativa del narrador desde el ideal cristiano, dado que procura exponer la importancia de esta celebración religiosa; en correlato que el narrador demuestra conocer detalladamente las escrituras católicas.

Esta introducción permite un mayor contraste entre la expectativa del narrador y la celebración que describe en Lima. Así en las primeras líneas, la afirmación: “Entre todas las festividades religiosas ninguna más augusta y más hermosa que la Semana Santa, como que encierra la tradición de todo lo más grande que tiene el Cristianismo” colisiona con la sentencia del narrador sobre la perversión de esta festividad en Lima.

⁹⁰ Artículo que he rescatado desde prensa. Ver en anexo.

La sentencia se anuncia anticipadamente y se justifica con las costumbres que caracterizan la Semana Santa limeña.

Los detalles suman al conjunto. Así con “la aparición del pan de dulce el viernes de Dolores” y que causa inquietud entre todos, especialmente entre niños y mujeres⁹¹, diálogos van y vienen para saber quién ya comió o a quién pedir de obsequio este dulce. “En este día se acostumbra mandar de regalo un exquisito pan de dulce acompañado de una o más botellas de vino”. Además de esta práctica, las otras actividades destacables de acuerdo al narrador son: la procesión del Jueves para visitar el “monumento”, el paseo a Chorrillos del viernes, los atronadores ruidos de la ciudad el sábado de Gloria y la procesión del Domingo de Ramos. En lugar de la solemnidad, acude la algarabía de la fiesta por el boato de la élite limeña y la complicidad del pueblo en una exhibición de júbilo, lo cual es notorio en pasajes como:

(...) un paseo donde el lujo y la curiosidad son: los móviles principales que reúnen a millares de gentes.

(...)

Las señoras y caballeros ostentan esta noche los trajes más ricos y elegantes, todos vestidos de negro, no parece sino que asistiesen al más pomposo funeral.

La población misma esta enlutada: desde las doce del día ha cesado el tráfico de carruajes, así es que las pisadas y el roce de los vestidos de seda por las calles durante la noche, parece que resonaran bajo bóvedas.

(...)

Ver el monumento, he ahí la causa de ese agolpamiento de gente.

No dejar uno solo sin visitar, y para ello qué lujo, qué grandeza, qué majestad en todo lima.

Un monumento no es otra cosa que un altar profusamente engalanado: lleno de infinitos ramilletes de flores; salpicado de luces, en palmatorias, candeleros de cristal, hacheros de plata, lamparines, &.; poblada su base de flores, redomas, donde un sin número de pescaditos lucen sus plateadas o doradas escamas.

Esmaltes, briscados, adornos de toda clase, en fin, y todo este alumbrado por arañas de doce o quince luces, pendientes de la bóveda, cuyos diamanticos destellos deslumbran irradiándose en espejos de variados tamaños.

(“Semana Santa en Lima”. *El Nacional*, 08 de abril de 1876).

⁹¹ Como síntoma de la época, es común encontrar pasajes con críticas a las mujeres. Los artículos de Gamarra no son la excepción; en varias ocasiones refiere sus críticas a tipos femeninos.

El narrador censura el lujo y la parafernalia de esta práctica limeña. De la manera en que le describe, la procesión religiosa es en realidad un corso de carnaval donde predomina el exceso de pompa en la vestimenta de señoras y señores capitalinos. El monumento, un altar que es símbolo religioso, por su ricos adornos es también parte del espectáculo. Esto además viene acompañado de que en estas circunstancias de caravana, el narrador refiere cunde más los chismes de oreja en oreja y las insinuaciones sexuales entre ambos sexos.

Por su parte el pueblo si bien no luce ricos trajes y puede tomar esta celebración con más convicción religiosa, encuentra su modo de capturar la atención no solo visual sino también auditiva:

El sábado amanece silencioso, aun el tráfico de los carruajes está paralizado, pero a las diez tiene lugar a misa de gloria en la Catedral y ni bien la campana anuncia gloria, después de dos días de silencio, cuando salen coches y carretas, y torna el atronador ruido por las calles de Lima, los pulperos queman paquetes de cohetes, en algunas casas tocan campanillas, el gremio de cargadores en la plaza mayor quema un cajón entero de bombas de la China, bulla por aquí; bulla por acullá, las gentes se cruzan a caballo y se esparce cierto aire de alegría en la ciudad.

(“Semana Santa en Lima”. *El Nacional*, 08 de abril de 1876).

De acuerdo con la descripción de “El Tunante”, los limeños han trastocado este rito cristiano en una fiesta pagana. El narrador refiere progresivamente imágenes para que su lector concuerde con él en que el imperio de la vanidad y la ostentación han desplazado al espíritu de reflexión. Su perspectiva se maneja desde la cercanía, como si recorriese las calles de Lima y observase de cerca a la élite y al pueblo, para finalmente anunciar sentencia contra la semana santa en la capital:

¿Qué es la semana santa en Lima? Es una fiesta como otra cualquiera en la que si bien hay una parte reducida de personas piadosas que la celebran debidamente, el resto se ocupa en pasear y distraerse. [...]

Semana en que se peca más que en otra ninguna y que de santa no tiene más que el nombre.

Venga ahora a decirnos que mentira, y que el espíritu de religiosidad predomina en ella.

¡El espíritu de religiosidad! Mucho espíritu de religiosidad hay en recorrer templos por mirar y ser mirada, mucho espíritu de religiosidad hay en ese lujo excesivo que se ostenta, mucho espíritu de religiosidad hay en ir a las iglesias como se va a los teatros!

Que me claven en la frente el tal *espíritu* de religiosidad.

(“Semana Santa en Lima”. *El Nacional*, 08 de abril de 1876).

Aunque procura ser ameno, finalmente “El Tunante” realiza una crítica severa. La frustración nace de su expectativa sobre la virtud de la Semana Santa en la capital, expectativa destruida al confrontarse con lo que observa: exceso, vanidad y lascivia. Según el relato del narrador, el evento religioso ha sido fagocitado por la capital y ha convertido la semana santa en una de sus fiestas como cualquiera otra de las que suele tener. Es decir, la transgresión es parte inherente a la capital.

El narrador maneja el recurso de la ironía para enfrentar a quienes nieguen su crítica: “Venga ahora a decirnos que mentira, y que el espíritu de religiosidad predominan en ella”; y la exageración para generar humor en la recepción de su lector: “Que me claven en la frente el tal espíritu de religiosidad”. Parte del efecto cómico en la exageración es también la referencia a la crucifixión del Mesías. A su vez, es notorio que, como parte de su condición de foráneo, “El Tunante” no se siente parte de la ciudad que ha descrito. Es precisamente este desapego a la capital, lo que le permite observar como externo, como un turista en un mundo ajeno. Sin embargo, el narrador tiene una expectativa sobre Lima como capital peruana; en su expectativa la urbe debía de corresponder a un ideal de desarrollo social, por ello le pesa que su descripción coincide con el anuncio de sus primeras líneas: “un pueblo pierde en costumbres a medida que avanza en luces”.

Por el título “De Lima a Río Blanco y de Río Blanco a Lima. Viajecito muy competente” (*El Nacional*, 14 de agosto de 1876)⁹² sabemos que este artículo presenta el relato de un viaje. Se trata de uno de los artículos más extensos, aunque se describe un viaje de un solo día, el narrador procura hacer algún comentario de cada pueblo visto o recorrido. En su conjunto estos tienen referentes reales y son: Chosica, San Bartolomé, Surco, Matucana, Tambo de Viso, San Mateo, Tamboraque, Río Blanco.

Por el tiempo y sucesos en el artículo, puede observarse tres momentos: antes del viaje, durante el viaje y el retorno del viaje. En cada uno de estos momentos el narrador Tunante presenta situaciones aparentemente diversas pero que terminan ondulando en el contraste entre urbe y el campo, respondiendo a la relación progreso-barbarie. Estas situaciones tienen cuatro ejes: “palanganadas” de los limeños como exceso de su civilización, el encanto y desencanto respecto a algunos pueblos, la maravilla tecnológica del tren, y el recuerdo del origen del narrador. A continuación abordaré los tres primeros, dado que el recuerdo ya lo he comentado en el capítulo anterior (en el origen geográfico del narrador).

Antes y durante el viaje el narrador observa palanganadas en algunos limeños dado que sobredimensionan el frío en la sierra. Antes del viaje, en la estación central del tren, los viajeros que nunca antes han estado en la sierra y quienes alguna vez visitaron y se consideran “baquianos” comentaban sobre una posible helada y se preparan con indumentaria acorde.

- ¡Cómo! Decía uno – ¿así va U. a ir señorita? No lleva algún abrigo para preservarse de la helada?
- ¿Hay helada?
- Sí, señorita, aquello es un páramo.
- Muchacho – decía en esto la *niña* – anda trae mi pañolón negro.

⁹² Artículo rescatado desde prensa. Ver en anexo.

- Sí, sí - añadía otra - a mí, mi *manchón*⁹³.

- Mi saco, ese de terciopelo – decía otra

- Y mi sobretodo – agregaba – papá

Al cabo de un rato regresaba el muchacho con un cargamento de abrigos.

Este diálogo y este ejemplo seguían las demás de suerte que aquello era un diluvio de capotes, capaz, sacos, guantes de lana y creo que vi un vestido completo de jebe que por novelaría no se quedan nunca las gentes.

Hasta a mí me estaba pesando no haber llevado una frazada para envolverme a la hora de la helada, pues tanto la exageraban los *palanganas*, que llegue a pensar por un momento no que íbamos a Río Blanco; sino al Polo Ártico.

(“De Lima a Río Blanco,...”. *El Nacional*, 14 de agosto de 1876).

El Tunante se sorprende y se burla de la exageración de los limeños, que en desconocimiento de la sierra imaginan un frío inclemente. Cuando se encuentran recorriendo la sierra, el narrador recuerda el frío que tanto temían y que no era tal. Porque el narrador migrante sostiene que efectivamente el clima serrano puede ser inclemente, pero no como lo imaginan los limeños: “¡Helada! ¡helada! ¿Que fuera si estos tíos sintieran el verdadero frío de la puna; aquel que emparama a las gentes y que parece hacer cesar la circulación de la sangre: aquel frío de nieve?” (“De Lima a Río Blanco,...”. *El Nacional*, 14 de agosto de 1876).

Sobre la actitud de estos limeños en su incursión a la sierra, “El Tunante” se burla de ellos. Desmerece además los malestares de los que dicen ser afectados por el “soroche”. Estima que se trata tan solo de exageraciones. Intenta moderar sus críticas y acota “Pobrecitos, los perdona ‘El Tunante’ porque no saben lo que palanganean”. Con esta sentencia, El Tunante afirma su propio conocimiento tanto de los pueblos de la sierra como de Lima.

Dentro de la dualidad urbe-campo, el narrador tiene en claro que Lima (en metonimia representado por los limeños “palanganos”) desconoce los pueblos de la sierra, se le hace incluso difícil imaginarlos. Lo que puede llevar incluso a que el

⁹³ Expresión de América del Sur, para designar una prenda de abrigo para las manos. (Malaret, *Diccionario de Americanismos*, 1946).

narrador estime a la capital en desventaja, estratégicamente descentra el centro. La exageración de los “palanganos” es también su debilidad, remarcada aún más en el sufrir soroche, condición con la cual el narrador Tunante no tiene contemplaciones.

Dentro de este exceso de civilización de los limeños que los hace frágiles, quisiera acotar que esta civilización es excluyente. Tanto el narrador como los viajeros del tren tienen un trato despectivo, sutil pero es visible, con los “cholos”. Así por ejemplo cuando el narrador sube al tren empuja a “una chola” accidentalmente pero es como si este accidente fuera irrelevante. Igualmente el narrador relata que “un cholo” que vendía granadillas fue “corregido” al intentar robarse el vuelto de una venta; uno de los viajeros le “confiscó” parte de su mercadería, lo cual equivalía a un costo mayor al vuelto y así “para que aprenda”. Esto fue celebrado por los viajeros. El exceso de delicadeza que se acusa en los limeños tiene claros márgenes en su consideración: excluye a los cholos como si ellos no sintiesen el maltrato. Incluso en este artículo, el mismo narrador migrante acata sin dudar este consenso social de la época.

El encanto/desencanto del mundo rural y la maravilla tecnológica se desarrollan sobre todo durante el viaje y nos remiten a la dualidad naturaleza/barbarie-urbe/progreso. En cuanto tópico del mundo rural, el narrador refiere su propia emoción: “El tren partió y yo me preparaba a ver los hermosos cuadros que se me presentaran en el camino”. Así el narrador observa emocionado lo pintoresco del paisaje mientras más se alejan de Lima, y observa también que otros viajeros están prendados de las vistas. Un momento cumbre de ello es en el pueblo de San Mateo, con el río cristalino que, gracias a la pureza de sus aguas, permite ver las piedras en el fondo. Esta imagen contrasta con las afueras de Lima, que se observa inicialmente cuando el tren sale de la ciudad y que el narrador critica por encontrarse excesivamente sucias. En ese sentido, Lima como urbe contrasta con los pueblos de la serranía por ser antihigiénica.

Pero el narrador también está atento a la rusticidad del campo en comparación a la ciudad. El narrador lo va a recrear a través del pueblo de Matucana. En este pueblo aparentemente no acontece nada, el comercio está estancado (en una fonda, “La patrona con un rabo de vaca espantaba las moscas y con mucha prosa daba sus órdenes a un matucanino, su criado”), se tiene muy poca expectativa de la educación (en un colegio para varones, “como era día de fiesta estaba cerrado, así es que no se si habrá una banca si quiera”), su desarrollo urbano es bastante básico (“Pasamos a la plaza todos y dimos un paseo por la única calle del pueblo”). En síntesis, el narrador sentencia: “Matucana es un pueblecito triste y que recién está levantando cabeza gracias a la línea férrea”.

El pueblo de Matucana es juzgado por sus carencias en relación a que no cumple las expectativas de progreso como sí lo hace la ciudad. Se juzga el pueblo de Matucana con indicadores occidentales en su organización para que obtenga la condición de urbe: comercio, escuela, plaza y calle. Bajo estos indicadores, Matucana es calificado como un pueblo deficiente Y en ese sentido, “la vía férrea” sería un contacto con la civilización (en este caso Lima) que le traería progreso al pueblo de Matucana. El narrador es más explícito en su proyección de progreso en la sierra cuando, en el siguiente punto del viaje, en el pueblo de San Bartolomé, su principal interés es la maravilla tecnológica del ferrocarril⁹⁴ (las vías, el tren y los túneles):

Maravilloso es en verdad ver aquel monstruoso ciento-pie culebreándose por las faldas de los montes: enroscándose alrededor de ellos; trepando a sus cimas; subiendo, bajando; ya corriendo veloz; ya jadeándose arrastrándose como quien toma aliento para seguir enfurecido.

De pronto aquí, luego acullá, de repente cerca del río y al minuto en la cima de un cerro.

(...)

¿Y qué diremos de los túneles?

⁹⁴ Uno de los referentes reales de este artículo costumbrista es el Ferrocarril Central. Aunque no se le nombra así en el artículo es posible inferirlo por los detalles del recorrido que se mencionan. El Ferrocarril Central empezó a ser construido en 1871 y fue un gran avance tecnológico en la segunda mitad del siglo XIX.

Cuando el tren penetra en ellos, la luz va gradualmente desapareciendo hasta que hay tal oscuridad que no se distingue ni la palma de la mano: lóbrego es aquello y el zumbido del tren resuena sordo y pavoroso bajo esas bóvedas de granito.

(...)

No hay quien pase por primera vez un túnel que no se impresione vivamente; parece que se va a desplomar el cerro al tiempo de cruzarlo.

(“De Lima a Río Blanco,...”. *El Nacional*, 14 de agosto de 1876)

Los párrafos en que describe la fuerza y la velocidad inusitada de la máquina en medio de los cerros son como pequeñas odas a esta creación humana. El narrador se encuentra impresionado y, aunque no describe cómo reaccionan los otros viajeros del tren, con su afirmación “No hay quien pase por primera vez un túnel que no se impresione vivamente” sintetiza la complacencia de otros viajeros ante este logro de la modernidad.

Ya de retorno a Lima, y como parte del cierre del artículo, el narrador va a involucrar en su descripción de la majestuosidad del tren a un inca, representante de lo que fuese la majestuosidad de las culturas prehispánicas. Según el Tunante, si algún inca viese el tren se aterraría de ver a tal “fantasma” cruzando sin dificultad “cuestas, bajadas, laderas, encrucijadas, & &.”⁹⁵. Se puede entrever que en la oposición binaria, la cultura incaica (lo rural, andino y premoderno) se encontraba en desventaja a la tecnología europea para superar las dificultades geográficas naturales.

¿Cómo esta descripción de este viaje influye en la representación de Lima? En el viajecito de ida y vuelta Lima-Río Blanco, se visibilizan una serie de tensiones entre Lima y las serranías. Inicialmente el narrador critica la debilidad de los limeños (frío y soroche) en dos ocasiones y esto repercute también en una crítica a la capital; se suma

⁹⁵ El artículo de costumbres “De Lima a Río Blanco,...” (1876) podría tener un interesante intertextualidad con la viñeta del encabezado/portada de *El Perú ilustrado* (EPI. 1887-1892). Como analizó Patricia Victorio, en el primer encabezado de EPI (1887-1888) la presencia del tren que cruza de derecha a izquierda, entre los cerros, más otros elementos de la viñeta (en la derecha y en el centro huacos, llamas y un indígena con una flecha dirigida a ese tren) puede ser leído como una expectativa del rumbo hacia el progreso. (Victorio 2009: 287).

además que Lima es antihigiénica y que se encuentra en desventaja ante la belleza natural de los paisajes andinos. Pero la expectativa del narrador por la modernidad lo moviliza a criticar a los pueblos que califica de premodernos, tornando sus ojos hacia la capital. Que los viajeros pudiesen realizar estos paseos en tan breve tiempo es resultado del poder de Lima y permiten el desarrollo de la “civilización” en los pueblos visitados. Y en ese sentido, aunque el narrador critique a la vanidosa Lima, también expresa admiración en sus logros tecnológicos.

3.3. Pelagatos y el retorno a Lima⁹⁶

Pelagatos fue una creación de Gamarra que llamó la atención entre sus críticos. Orihuela (1941) consideraba que se trataba de un pueblo serrano mediante el que confrontó el ideal romántico del campo y presentaba críticamente el transcurrir de la vida de un pueblo serrano. Galarreta (1951) especificaría que se trató de una creación de posguerra y que se nutrió de instantes diversos “de una sola tierra con diversidad humana” (1951: 39).

Además de lo señalado por ambos especialistas, he acotado en un estudio previo la necesidad de cuestionarnos sobre el término “pelagato”. Este se ha empleado como un insulto en los siglos XIX y XX: dícese de un hombre pobre y desvalido, al extremo de ser despreciable (Alonso 1958). Abelardo Gamarra convierte este sustantivo para persona en un sustantivo propio para lugar. Pelagatos, pueblo imaginario, conlleva la carga semántica del término original. Desde el particular nombre, estamos advertidos sobre un espacio pusilánime; como sucede con el nombre de un tipo en el

⁹⁶ Este apartado tiene de base el artículo “Abelardo Gamarra y un lugar llamado Pelagatos (o los extramuros de la modernidad)”, en *Amerika*, 17 (2017).

costumbrismo, el nombre también es significativo de un espacio⁹⁷ (Torres Espinoza, *Amerika* 2017). Pero además de lo que esta palabra implica, me he cuestionado que se trata de una crítica dirigida solo a los pueblos serranos.

Al retornar al periódico, como mencioné en el capítulo 2, puedo afirmar que el imaginario pueblo Pelagatos nace con “Carta que puede publicarse. La primera resollada” (*El Nacional*, 13 de enero de 1885), el primer artículo que Gamarra publicó al retomar “Rasgos de pluma” y se fortalece con su siguiente inmediata publicación: “Cómo juegan en Pelagatos. Costumbres del interior” (*El Nacional*, 24 de enero de 1885). Identificar los dos primeros artículos de costumbres de 1885 donde Gamarra creó este pueblo nos permite dilucidar que al retomar el proyecto “Rasgos de pluma” no solo proponía un pueblo de la sierra al cual criticar, para solaz de sus lectores, sino que además nuevamente, como lo hiciera en 1875, empezaba cuestionándose sobre la ciudad capital⁹⁸.

En “Carta que puede publicarse. La primera resollada” (*El Nacional*, 13 de enero de 1885) y “Cómo juegan en Pelagatos. Costumbres del interior” (*El Nacional*, Lima, 24 de enero de 1885), el narrador Tunante nos describe este pueblo en contraste a la anhelada condición urbana y de progreso de ciudad. En la lastimera queja y aguda crítica del narrador a este imaginario pueblo, Lima es mencionada constantemente. La mención a la capital superficialmente indica contraste de la ciudad con el espacio rural, pero en mayor profundidad terminan vinculadas.

⁹⁷ Por ejemplo el pueblo “Villagansos” en *Juan Vago* del escritor español Jacinto Octavio Picón (1886), hay una referencia despectiva a animales en el nombre de la ciudad lo que estaría acorde a quienes le habitan. “Villagansos” se caracteriza por el desorden de sus habitantes (Torres Espinoza, *Amerika* 2017).

⁹⁸ Sobre la importancia de la representación de las ciudades en el costumbrismo, el especialista Felipe Martínez Pinzón (Brown University) realizó un comentario a mi ponencia en LASA (Lima, 2017) que me permitió replantearme mi cuestionamiento sobre la ciudad en Gamarra. En aquella ocasión, abordé la representación de Pelagatos, pueblo imaginario en la narrativa de Gamarra; y Martínez Pinzón observó que la proyección de las ciudades (reales e imaginarias) tiene tradición en el costumbrismo, ya que los costumbristas aspiraban a criticar y/o proponer modos de vida: se trata de modelar el escenario con costumbres (virtuosas o criticables) que influyesen en los lectores. Mediante esta nota, hago presente mi agradecimiento a Martínez Pinzón.

En principio ambos textos están escritos en modalidad epistolar a receptores limeños que, desde la percepción del narrador, tendrían dificultad de imaginarse el rural mundo de la sierra. Estos dos artículos, a manera de cartas informativas del mundo descubierto para los limeños, son una forma de proyectar las reflexiones que necesitaba para sí misma la capital y también aproximar retos, que desde la contraposición ciudad-campo, parecían ajenos. A través de los paralelismos constantes entre Lima y Pelagatos –no son solo por contraste– se tienta aproximar las imágenes de ambos, entre la rural pelagatos y la Lima posguerra, tanto así que Pelagatos es Lima. El contexto con el cual dialogaron en ese momento sus artículos, permitieron al autor una flexibilidad en la contraposición ciudad-campo de manera que se pudiese dialogar como semejantes. A continuación analizo esto mediante dos apartados: “el anti urbano Pelagatos” y “chicha y sangre: la decadencia pelagatuna”.

3.3.1. El anti urbano Pelagatos

El discurso de la “ciudad civilizada” es uno de los discursos paradigmáticos sobre ciudades imaginadas. En 1845, la publicación de *Facundo* del escritor argentino Sarmiento fue un célebre hito literario sobre la idea de civilización en América Latina. Desde la literatura, el par irreconciliable de civilización y barbarie “se conforma luego en uno de los ejes articuladores en torno al cual giran la mayoría de los debates nacionales en Latinoamérica, desde mediados del siglo XIX hasta principios del XX” (Heffes, 2008: 22).

Desde entonces, en América Latina la ciudad ha sido el espacio gobernable en contra de la extensión anárquica de lo ajeno a la urbe (Heffes, 2008: 23). En nuestro caso, la oposición entre costa (en particular Lima) y sierra (casi todo el resto del país) es un eje temático recurrente en nuestra historia de la literatura (Torres Espinoza, *Amerika*

2017). Gamarra con Pelagatos se aproximaba a esa tradición, pero la oposición que realiza va en un ida y vuelta inquietante. Veamos los párrafos iniciales de “Carta que puede publicarse. La primera resollada” (*El Nacional*, 13 de enero de 1885)

Inolvidable amigo y señor D. Pedro:

Debería comenzar la presente con alguna de las lamentaciones de Jeremías; o, aunque no fuera de Jeremías siquiera con alguna de las de Jerenuestras. No puede U. comprender, querido amigo, lo que significa encontrarse ausente de Lima: amor de los amores debería haberse llamado aquella ciudad encantadora, de la que solían decir los limeños de ahora ñaupas⁹⁹:

“¡Lima! ¡Lima! El que no te ve, te estima; y el que te ve, te encariña”

Razón tiene U., amigo mío en vivir, como la ostra pegada a su peñasco, pegado a ese rincón, [...]. Razón tiene U. en irse envejeciendo allí donde cada cana representa un placer o un dolor, y no una mentecada, como por estas serranías [...]. (“Carta que puede publicarse”. *El Nacional*. 13 de enero de 1885).

El Tunante lamenta su mala fortuna al encontrarse lejos de Lima y compara su dolor con el expresado en *El libro de las lamentaciones* de las sagradas escrituras en el Antiguo Testamento. El tema de *las lamentaciones* es la destrucción de Jerusalén, y aquí se infiere el vínculo con la condición de posguerra de Lima. Más aún cuando el autor se encontraba lejos de Lima y el desastre acontecido en la capital se mezclaba con la angustia de lo perdido.

El Tunante enfatiza su nostalgia por esta ciudad mediante un refrán: “¡Lima! ¡Lima! El que no te ve, te estima; y el que te ve, te encariña”. El Tunante interpela a don Pedro Lira por no ser consciente de esta fortuna, porque muchos limeños como él raramente salían de Lima hacia otras partes del Perú. Se enfatiza en el desinterés de los limeños hacia el resto del país. Si bien se sugiere Lima como norma, modelo y

⁹⁹ “Ñaupas” es un término quechua referido a Maricastaña, de “tiempos de Maricastaña”, semejante a la expresión “en tiempos de Matusalén”. Es decir, refiere de tiempos muy antiguos.

aspiración de los demás pueblos del país, es decir estos deben atender a sus lineamientos; la capital no observa con interés recíproco a estos otros pueblos.

Surge la sospecha por la exageración del Tunante, por un cariño excesivo a don Pedro Lira y hacia la capital. ¿Cómo don Pedro Lira podría sentirse orgulloso de no conocer la sierra peruana o cómo podría sentirse dichoso en Lima durante el tiempo transcurrido en la ocupación chilena? ¿Cómo la Lima de posguerra podría haber sido una ciudad encantadora?

El narrador, proclamándose “el mísero que esto escribe”, explicita que él ha experimentado “lo que significa encontrarse ausente de Lima”.

A mí me tiene U. en Pelagatos. ¿Y dónde demonios se halla esto? Se preguntará U. Eso, amigo mío, se halla entre lo más escarpado de nuestra cordillera, y es un pueblecito del cual ningún geógrafo ha querido acordarse, como Cervantes de aquel al que se refiere en la historia de D. Quijote. Y bien han hecho los tales geógrafos en no acordarse de Pelagatos, porque yo tampoco me acordaré el día que salga de él: La memoria debe guardar tan solo aquello que halaga al corazón. (“Carta que puede publicarse”. *El Nacional*. 13 de enero de 1885).

El Tunante se encuentra en Pelagatos, un pueblo desconocido en “lo más escarpado de nuestra cordillera”. El Tunante se identifica con el Quijote: un sujeto letrado virtualmente heroico en una empresa inaudita y en un espacio sin mérito para ser recordado como en algún lugar de la Mancha. Esta referencia intertextual es semejante a la que realizó en el primer artículo que publicase en su columna; aunque esta vez el narrador remarca en que se encuentra en un espacio olvidado y olvidable.

Atendamos a la exageración del narrador en las primeras líneas de este artículo “Carta que puede publicarse...”. Su pesaroso exilio intensifica el desencanto ante Pelagatos. En el desmerecimiento del lugar, crea la expectativa sobre ese espacio ignoto. Paradójicamente, gracias a su comparación con aquel lugar de La Mancha, Pelagatos resulta memorable pues se convierte en materia literaria.

También nótese que se procura remarcar la filiación con la tradición literaria española, concluyendo el artículo con los versos de un romance español al final del artículo la dura vida en Pelagatos y para los pelagatunos con: “Su descanso es pelear; / Su cama las duras peñas; / Su dormir siempre velar”. Versos que además se encuentran en la primera salida del Quijote¹⁰⁰. A lo que se agrega además el cierre con versos de otro reconocido escritor del Siglo de Oro español, Francisco Quevedo:

“A Madrid me vuelvo”, amigo mío; es decir, a Lima, y allí diré lo que Quevedo:
 “Llueven pesares mi cielo.
 Diez años sin escampar”.¹⁰¹

(“Carta que puede publicarse. La primera resollada”. *El Nacional*, 13 de enero de 1885).

La comparación entre el retorno a Lima como un retorno Madrid se presenta como algo más que un parafraseo el verso español. Referirse a la capital de España como lugar de retorno para el narrador tiene más de un efecto. Así, coloca al letrado en dependencia de la cultura occidental; además se está enfatizando en la distancia geográfica y cultural entre la capital europeizada con las provincias peruanas.

La descripción física de Pelagatos se desarrolla en casi toda la primera mitad del artículo. Es comprensible dicha extensión, dado que es la primera vez que aparece este escenario en la narrativa de Gamarra. El narrador Tunante hace descripción minuciosa para su amigo don Pedro Lira, se anuncia un relato de miseria bajo la sentencia “por estos trigos *se envejece, se empobrece, y se embrutece*: tres *ees* distintas y una sola embaguadura verdadera” (“Carta que puede publicarse”. *El Nacional*. 13 de enero de 1885). En relación a la oposición binaria progreso-barbarie, Pelagatos se anuncia como una naturaleza implacable condenado al salvajismo.

¹⁰⁰ Respecto a que realiza nuevamente la referencia al Quijote, obsérvese que existía una tradición entre escritores costumbristas a referirse a esta novela de Cervantes. Aguinaga Alfonso realizó un minucioso análisis sobre la intertextualidad entre la novela de Cervantes y los artículos de costumbres de José María de Pereda (1833-1906), escritor español.

¹⁰¹ “Terpsichore. Musa quinta”. En *El Parnaso Español y Musas castellanas*. Madrid, 1648.

El narrador anunció en las primeras líneas del artículo que Pelagatos se encuentra en “lo más escarpado de nuestra cordillera”. Dado que su interlocutor nunca había salido de Lima, desconocía la cordillera de los Andes y puede que ni la imaginase con claridad. El narrador presenta entonces Pelagatos al lector limeño bajo la premisa que para un limeño imaginar la sierra es algo muy remoto. El Tunante brinda entonces una referencia que ayude al lector (Torres Espinoza, *Amerika* 2017):

Multiplique U. cinco veces San Cristóbal; y luego que tenga U. como resultado una montaña inmensa, supóngase pegadas una contra otras cinco montañas semejantes, y en el fondo de una de las junturas de esas montañas, figúrese U. un pueblo; pero no pueblo como los que U. conoce, con calles, plazas, etc., etc.; sino un pueblo como aquella casa de que habla Villergas, casa sin puertas, sin paredes, y sin techo; ¡cómo sería esa casa! Pues así es el tal pueblo: pueblo sin calles, sin plazas y sin casas; y digo sin casas, porque no tengo por tales la especie de cajetas de adobes en que suelen encerrar durante la noche el amo y los cochinos; la señora y los animales domésticos. Esas dichas cajetas o casas, como las llaman sus dueños, se hallan situadas unas como tapas de chancaca; esto es, unas sobre otras, y las más, como muchachos malcriados que riñen, y para no verse se colocan frente a frente el traspontín. Alrededor de cada casa no falta un muladar, a veces más grande que la casa; algún cerco de espinos, y los restos de alguna otra casa; y por las llamadas calles, o sean encrucijadas formadas de muladares en batalla, pacen tranquilamente burros, vacas y cochinos; y escarban a toda hora gallinas que parecen salvajes, sin dueño ni corral, y gallinazos que parecen civilizados y dueños del pueblo. (“Carta que puede publicarse”. *El Nacional*. 13 de enero de 1885).

En el corazón de la Lima decimonónica, el cerro San Cristóbal, además de mirador predilecto, era la referencia básica para un limeño. La multiplicación de su volumen puede asemejar una montaña, y que “pegada” a otras idénticas asemeje a la cadena montañosa de los Andes. El narrador nos invita a imaginar a Pelagatos en alguna parte de la cordillera, tal vez no tan lejana si un limeño de entonces se proyectaba a partir del cerro San Cristóbal.

Además de la ubicación de difícil acceso, urbanísticamente Pelagatos es un pueblo caótico. Pelagatos es “pueblo sin calles, sin plazas y sin casas”. El narrador aclara que el diseño y distribución de calles y casas que observa no logra corresponder a tales nombres: “digo sin casas, porque no tengo por tales la especie de cajetas de adobes

en que suelen encerrar durante la noche el amo y los cochinos; la señora y los animales domésticos”.

El narrador refiere con detalle estas casas a las que concibe como insuficientes por su material de construcción (adobe), su forma de “cajeta”, y que en ellas coexistan personas y animales. Alarma al narrador que cada una de estas casas tiene un lote anexo al que considera un muladar. La distribución de las casas es también un problema de acuerdo al Tunante. Todo esto afecta la distribución de las calles a las que califica de “encrucijadas formadas de muladares en batalla”; y en su crítica arremete nuevamente contra la presencia de los animales: burros, vacas, cochinos, gallinas y gallinazos se desplazan libremente.

La descripción de las casas y calles de Pelagatos refuerza la percepción del caos y de la suciedad. Las ciudades ideales americanas, regidas por una razón ordenadora, reflejaban un orden social jerárquico a través de un orden distributivo geométrico de sus calles (Ángel Rama, 1984: 38). Es decir, a través de un plano se puede descifrar la lógica de organización en una ciudad. Pelagatos, según describe el narrador, escapa a esa lógica de jerarquías visible en el damero de Pizarro en Lima, así como también la concentración de instituciones político-sociales en torno a la plaza y la división por cuarteles rectangulares. El hacinamiento en Pelagatos se opone a la razón ordenadora. Además, la mención a la suciedad (muladares) y la presencia de animales por doquier confrontaba los nuevos paradigmas de higiene. (Torres Espinoza, *Amerika* 2017).

Ahora bien, en el contexto de publicación de este artículo, Lima aún podía rememorar la configuración aldeana que experimentó durante la primera mitad del XIX. Puede afirmarse que el contexto rural y en el extremo caótico de Pelagatos no le era indiferente:

Dentro de los domicilios era común la existencia de corrales, gallineros y huertas, y, en el caso de las viviendas de mayores dimensiones, de establos y

acequias interiores. El panorama parecería el de un espacio de vida semirural, pero en realidad venía con los bichos de las ciudades: ratas, pericotes, "enjambres de pequeños insectos", [...], gallinas, gallos, pavos, perros, gatos, cerdos, caballos, entre otros, convivían con los pobladores. (Lossio, 2002: 21)

Más aún, de entre las crisis causadas en Lima por conflictos e invasiones militares probablemente no hubo una que causara mayor daño ambiental que la ocupación de Lima (1881-1883) por las tropas chilenas. (Lossio, 2002: 24-25). En el contexto de Posguerra, en 1885, Lima vivió protagonicamente el caos y el saqueo. Desde enero de 1881 hasta octubre de 1883, Lima vivió la ocupación militar de más de 22.000 soldados chilenos; esto implicó un alza en la población a albergar, condición para lo cual la capital no estaba preparada. Cuando la soldadesca se retiró, el colapso de la ciudad era notorio. Entonces, ¿qué tan difícil era para un limeño de 1885 imaginar al anárquico y desaliñado Pelagatos? (Torres Espinoza, *Amerika* 2017).

La relación entre Pelagatos con la Lima de Posguerra es manifiesta también con la descripción del clima pelagatuno. La apatía que envuelve a personas y animales en Pelagatos por el frío y la neblina hace recordar la crítica al clima en Lima como factor que causaba la desidia. En tanto impresión visual, la imagen de abandono en Pelagatos “semeja mil restos de pontones abandonados en el inmenso océano”, lo que es bastante potente si consideramos que en el desarrollo de la Guerra del Pacífico una de las principales imágenes de la derrota peruana fue el desastre acontecido en el combate de Angamos (8 de octubre de 1879): la imagen de pontones o embarcaciones flotando a la deriva como desechos.

Finalmente la segunda mitad del artículo (“Carta que puede publicarse”. *El Nacional*. 13 de enero de 1885) se dirige a una descripción moral de los pobladores de Pelagatos. Los dos problemas que el narrador sintetiza en Pelagatos son: el alcoholismo y los partidos políticos, sobre todo los partidos políticos se convierten en el gran tópico de cierre. Los *churgapes* y los *cungules* mantienen una interminable guerra local por los

cargos públicos en el pueblo de Pelagatos, y sobre ello volveré en próximas líneas. Como parte de la complementariedad entre Pelagatos y Lima, cabe señalar que la crítica a la decadencia moral en Lima durante la posguerra fue un tema abordado por otros escritores, con otras perspectivas, como Manuel González Prada¹⁰².

3.3.2. Ríos de sangre: una violencia que no cesa

Como vimos en el apartado anterior, pensar en Pelagatos nos moviliza inicialmente a imaginarlo como el estereotipo de un mundo rural anti urbano opuesto a la ciudad. El paralelismo con Lima y la inicial nostalgia por la capital tiene también momentos en que agota el contraste para recordarnos que la capital no se encontraba en mejor condición. “Cómo juegan en Pelagatos. Costumbres del interior” (*El Nacional*, 24 de enero de 1885)¹⁰³, segundo artículo de Gamarra al retomar su columna, escrito en modalidad epistolar al igual que el primero, presenta también remembranzas de la Lima de posguerra. Para su receptor principal (Luis Esteves, uno de los directores del periódico) y lectores en general, se trataba de un recuerdo compartido:

Cuando, después de tres años de ausencia, regresé a Lima en noviembre del año 83, pude apreciar la inmensa diferencia entre la floreciente Capital del 80 y la enlutada población del 83. ¡Tres siglos habían pesado sobre la infortunada durante la ocupación chilena: pobreza y luto, hambre y lágrimas, disimuladas malamente!... (“Cómo juegan en Pelagatos”. *El Nacional*, 24 de enero de 1885).

Esta imagen de la ciudad en crisis, en 1883, un año preciso, permite al lector aceptar la verosimilitud del artículo. El narrador Tunante hace uso aquí de los recuerdos del escritor real: como ya señalé en el segundo capítulo en dichas fechas, entre el 1881 y

¹⁰² Revisar la representación de Lima en González Prada en *La mirada de los gallinazos* (2013).

¹⁰³ Se encuentra recopilado en el libro *Rasgos de pluma* (1899), bajo el título “El carnaval en Pelagatos”. En la versión prensa se encuentra los tres primeros párrafos que le distinguen como carta. Ver anexo.

el 1883, Gamarra se encontraba en el norte peruano apoyando la resistencia con Montero, en vínculo a la resistencia desde la sierra central Cáceres.

Este pasaje procura movilizar al lector a preguntarse ¿cuál ha sido el devenir de la capital? El Tunante expresa que en Lima la vanidad puede más y por la fecha (próximos a febrero), ya deben estarse realizando los preparativos para la celebración de los carnavales, engalanados en “resabios parisienses”, “pura apariencia” y en “novelerías”, aunque no se logre superar los percances vividos por la guerra.

Acorde al resabio parisiense, el narrador compara a la ciudad de Lima con la reina francesa María Antonieta, con la esperanza perdida ante la desgracia, y que como soberana digna aparenta la alegría que no siente mientras transita su tragedia:

[...] La Capital de la República, como las novias llevadas al altar contra su voluntad ha disimulado su dolor permaneciendo infortunada. Lima se aturde, nada más; así hoy la juzgo ya preocupada por el Carnaval próximo en el que se divertirá sinceramente la colonia italiana. (“Cómo juegan en Pelagatos”. *El Nacional*. 24 de enero de 1885).

El Tunante critica la vanidad limeña, desde su perspectiva, no ha terminado de procesar la derrota pero sus aspiraciones europeas le obnubilan. Nuestro autor acusa a la capital de evasión. Asoma la crítica a una Lima de costumbres extranjeras (“resabios parisienses”, “la colonia italiana”). Y semejante a Lima, Pelagatos también celebra los carnavales. La crítica de este artículo proyecta lastres sociales y evasión compartida tanto en la capital como en las provincias.

El mayor problema social a evadir es una violencia extendida y sin contención. En Pelagatos la violencia aqueja al pueblo desde sus instituciones de gobierno. En este pequeño pueblo, los dos partidos políticos existentes son enemigos mortales: el partido de los *churgapes* y el partido de los *cungules*. Ambos términos son vulgarismos empleados en el norte del Perú, región de procedencia de Gamarra. *Churgape* se emplea para referirse al grillo y *Cungul*, al renacuajo. El nombre, como suele ocurrir en el

artículo costumbrista, anuncia cualidades de lo nombrado. Si ambos partidos se asocian a animales pequeños y tradicionalmente considerados alimañas; se propone que ambos partidos pelagatunos son una calamidad para el pueblo. (Torres Espinoza, *Amerika* 2017).

En los primeros artículos, que son materia de este apartado, el Tunante observa a Churgapes y Cungules y se cuestiona que ellos estén capacitados para dirigir el pueblo. Lo que justifica la existencia de ambos partidos es la rivalidad por alcanzar y obtener beneficios personales de la gobernación, la alcaldía y la judicatura. Como por turnos, cada agrupación toma violentamente el poder sobre las tres instituciones principales de administración del Estado; y mientras tanto debe cuidarse de que el grupo rival no se los arrebate en un enfrentamiento

Durante una merienda a la que fue invitado, el Tunante observa con detenimiento a los distinguidos asistentes: se encuentran las más altas autoridades de turno de Pelagatos (el gobernador, el juez, el cura, amistades todos del partido político de Churgapes), y “seguíanles una cáfila de parientes, todos empleados en la gobernación, en la judicatura o el municipio – especie de *chacrita*, herencia o patrimonio de estos prójimos que vivían en perpetua cosecha” (“Cómo juegan en Pelagatos”. *El Nacional*. 24 de enero de 1885).

Considerando que en estos partidos reina el nepotismo, es decir la repartición de cargos públicos a familiares, y las decisiones que toman son parciales; se sugiere que más que partidos políticos tienen el cariz de bandas delincuenciales. Ambas organizaciones se enfrentan en una lucha voraz y permanente por el poder:

[...] no se oye en el pueblo otras noticias que las siguientes: “ya mataron a tres churgapes”; o bien “han asesinado a seis cungules” – “ya se alzaron los churgapes y vienen bien armados a desollar a los cungules”; ya “los cungules van a descuartizar a los churgapes”. “¡Vivan los cungules!” se oye de noche por las calles. “¡Mueran!” responden otros, y las pedradas siguen a las aclamaciones, y los tiros y las palizas menudean. Al día siguiente se oye: “ya mataron a Fulano,

churgape; ya murió Zutano, cungal”. (“Carta que puede publicarse”. *El Nacional*. 13 de enero de 1885).

Esta violencia exacerbada es el principal acontecimiento que protagonizan ambos partidos políticos y todo el pueblo pelagatuno se ve arrastrado en esta vorágine, que como un evento cotidiano resulta hasta gracioso. Palizas y tiros son el mal menor ante el ensañamiento en una guerra desquiciante. (Torres Espinoza, *Amerika* 2017).

Los acontecimientos violentos de esta narración no eran ajenos a la realidad de la Lima de 1885. Culminado el enfrentamiento bélico con el país vecino, en 1883, cuando los invasores salieron de Lima “la impronta de su estadía permaneció en los edificios destruidos, en el ánimo amargo de los derrotados y, sobre todo, en un penoso dato que excede a la mera demografía: la mortandad causada por la guerra redujo a la población limeña a solo 80.000 habitantes” (Elmore, 1993: 11).

Consideremos los violentos conflictos en el Perú en las últimas décadas del XIX: a) entre 1879 y 1883, se desarrolló la guerra defensiva contra la invasión territorial chilena; b) entre 1883 y 1884, se desarrolló la guerra civil y regional; c) entre 1884 y 1890, la fuerzas militares se consolidaron contra los campesinos armados, que durante la guerra fueron valiosos montoneros pero al término de esta fueron amenazas (“bandidos”, “bárbaros”). (Larson, 2002: 126-127; citado en Torres Espinoza, *América* 2017).

Particularmente, después de la guerra del Pacífico, con el descontrol político la inestabilidad social predominó en Lima. A costa de la imposición de la fuerza, los líderes políticos procuraron protagonismo; y la violencia se podía percibir como pan diario para cualquier poblador. Esta sensación se encuentra representada en el juego de carnavales en Pelagatos. Durante la merienda a la que fue invitado, El Tunante se encontraba observando a hombres y mujeres cuando:

[...] vi ponerse de pie a todas las mujeres, avanzar precipitadamente hacia el grupo de los hombres, y sin más que un “U. perdone” sacar de las faltriqueras paltas, chirimoyas, ciruelas, huevos crudos, afrecho y pinturas de embarnizar paredes, y sobre las cabezas masculinas aplastar las paltas, las chirimoyas y los huevos, espolvoreándolas con afrecho y frotar las caras con las pinturas rojas, verdes y azules, hasta ponerlos inconocibles. [...]

[...] me arrojaron al suelo y después de llenarme hasta las orejas como con una masa infernal, dabanme trompadas en la espalda, me jalaban de los cabellos, me arrastraban y revolcaban envolviéndome como a empanada en huevo y afrecho, y apenas me dejaban tiempo para resollar. [...]

[...] las mujeres más y más se agrupaban, cayendo y forcejeando sobre mí, como sobre un costal de trigo; y en el fragor de la refriega echaron por tierra al calvo y al narizón y al juez y a todo el mundo, formando una colina humana, a la que servían de cimient mis costillas: momento hubo en que llegué a considerarme alma de la otra vida. (“Cómo juegan en Pelagatos”. *El Nacional*, 24 de enero de 1885).

La escena entre patética y cómica sintetiza una alta cuota de violencia. El juego de carnavales que por lo general representa un momento de subversión del orden, en Pelagatos limita con una amenaza mortal. El narrador declara su temor a no sobrevivir en medio de este juego que no comprende y en el que se vuelve víctima. Inmediato a esto, el Tunante relata que todos los presentes (el gobernador, el alcalde y el juez con sus respectivas esposas) se vieron envueltos en una gresca. Y esta en lugar de apaciguarse solo se agravaría cuando aparecieron los “cungules”, el grupo político opositor, quienes empiezan una balacera, desatando un río de sangre.

El paralelismo que se realiza de Pelagatos con Lima no aparece del todo trazado en estas últimas escenas de confrontación del carnaval, incluso parece que se toma distancia ya que el narrador cierra el artículo señalando “así terminan hoy las fiestas en estos pueblos sin garantías, y tales o semejantes suelen ser las diversiones en esta Sierra”. Como si en la urbana Lima no ocurriesen trances semejantes. Y sin embargo, el lector atento no dejaría de preguntarse: ¿Acaso Lima y Pelagatos no estaban procurando con sus juegos de carnaval evadir problemas sociales de raíz como una violencia extrema?, ¿qué tanto podría resultar esa evasión y hasta cuándo?

3.4. Lima, espacio de encuentros y desencuentros

Como vimos en el primer apartado, en los primeros artículos de Gamarra, Lima es representada por el narrador Tunante como una mixtura tipos y costumbres, vanidosa en sus ritos sociales y también con logros tecnológicos deseables. Lima también ha de experimentar su cercanía a los pueblos de provincias mediante las comparaciones con Pelagatos, sus dificultades no les serán tan ajenas.

Además de ello, el narrador migrante ha de representar Lima como un espacio de encuentros y desencuentros culturales. El narrador Tunante recrea esto a través de sus propias experiencias como migrante serrano al interactuar en Lima con sus paisanos (de la sierra peruana y del imaginario pueblo serrano de Pelagatos) y los limeños. En ambos grupos, el narrador encuentra virtudes y defectos derivados de la oposición binaria.

3.4.1. El Tunante y los forasteros serranos en Lima

La presencia de paisanos de El Tunante en la capital es narrada desde los primeros escritos de Gamarra en su columna “Rasgos de pluma” en 1875; y a partir de 1885, cuando Gamarra crea el imaginario pueblo de Pelagatos¹⁰⁴, el narrador presenta desde entonces a los pelagatunos como sus paisanos. La manera en cómo se relacionan, cómo se desenvuelve el narrador y la actitud de sus paisanos hacia él, ilustran el imaginario sobre la capital.

Con todos sus paisanos, El Tunante expresa inmediata amistad por ser reminiscencia del terruño perdido y representar además una serie de valores positivos de

¹⁰⁴ Como ya he mencionado, el pueblo de Pelagatos aparece por primera en “Carta que puede publicarse” (*El Nacional*, 13 de enero de 1885). Dicho artículo fue para Gamarra una forma de reintroducir a su narrador Tunante, luego de casi cinco años de ausencia, desde sus peripecias en pueblos andinos.

la vida del campo en la sierra: inocencia, laboriosidad, recato. Pero esto no invalida que también los critique y se perciba distinto a ellos en la medida que él ha asumido los valores urbanos y culturales criollos. Por parte de sus paisanos, El Tunante es objeto de estima y a la par sospecha por el mismo motivo: su labor como periodista y residir en Lima.

Uno de los primeros artículos ilustrativos de la interacción del narrador Tunante con sus paisanos es “Los paisanos pegajosos” (*El Nacional*, 30 de marzo 1878). Como suele hacerse en el artículo de costumbres por motivo de brevedad, se anticipa con el título el tipo (o escena) que describirá. El título nos anuncia en expresión coloquial a un tipo impertinente, por el extremo de confianza (“pegajoso”), y eso se revelará progresivamente en la anécdota. En el primer párrafo, el narrador Tunante expresa sumo entusiasmo al enterarse que un paisano suyo ha llegado a la capital y se organiza por tomar contacto con él. Esto debido a que “Son tan dulces los recuerdos de nuestro país” (...) “Parece que un paisano nos trajera un retazo de nuestro cielo, el recuerdo de cuantos nos quisieron, casi nuestro país mismo”; es decir, un paisano es representante de toda su comunidad de origen. La emoción del narrador se explicita en el encuentro:

Lleno de alegría me encamine pues donde el paisano, que al verme abrió los brazos y con aquella naturalidad propia de las gentes del interior, oprimióme entre ellos con marcada efusión, dándome el título de *hermano*.

- *Hermano*, ¡cuantos años que no te veo!
- Si pues, *hermano*, ya van a ser diez años.
- ¡Ay *hermano*, que flaco estás!
- Si pues, *hermano*, qué quieres, los trabajos.
- Ya no te acordaras, *hermano*, de nuestra *tierra*.
- Como no, *hermano*, siempre me acuerdo de ella.
- Ni pensarás, *hermano*, volver a ella.
- Para qué pues, *hermano*, al menos por ahora.
- Siéntate pues, *hermano*, fumaremos un cigarrito.
- Vaya pues, *hermano*, con muchísimo gusto.

(“Los paisanos pegajosos”. *El Nacional*, 30 de marzo de 1878).

El narrador refiere, antes del diálogo, que su emoción se ve correspondida por su paisano con un fuerte abrazo que califica como “propia de las gentes del interior”. Además que el paisano se refiere al narrador como “hermano” y establece un vínculo de familiaridad que el narrador acepta.

El diálogo como puede observarse abre con mención al tiempo transcurrido del narrador en Lima y lejos de su pueblo. Con la cantidad de años (diez) que refiere en Lima así como la sugerencia del posible olvido o ingratitud de parte del narrador de sus orígenes (“Ya no te acordaras, *hermano*, de nuestra *tierra*”), el narrador adquiere profundidad en su pasado para ser verosímil a su lector. Por su parte, en este diálogo entre paisanos, Lima se superpone como un espacio superior a la tierra de origen a donde “ni pensarás, *hermano*, volver a ella”; por lo que el encuentro de ambos en la capital se entiende como un logro (superación) para ambos. Aunque la condición de ambos como forasteros en la capital es definitivamente distinta dado que el narrador estaba ya familiarizado con la ciudad y su paisano apenas llevaba unos días.

En el desarrollo de la anécdota este inicial cariño se torna en desazón y tedio. Una de las primeras acciones del paisano es observar con atención el atuendo y la vivienda del Tunante, lo que el narrador percibe como una evaluación interesada. El Tunante a su vez observa el atuendo de su paisano, y le reconoce difícil de pasar desapercibido en Lima, por el contrario fue objeto de burla solapada entre sus colegas de prensa.

En principio, el narrador hace una distinción de grupos sociales en la sierra: su paisano pertenece a una clase media de su pueblo, lo cual a diferencia de una “aristocracia de la sierra” le aleja de los modales y trajes de la costa. El narrador explicita una organización de atuendos en costa-sierra; sin embargo, dentro de ello argumenta que la aristocracia serrana tenía mayor acceso a formas de vestir u otras

costumbres costeñas. Se sugiere que el narrador Tunante se veía asimismo como parte de la aristocracia de la sierra. Se infiere además que la vestimenta y cuidado de apariencia del narrador Tunante está mucho más adaptada a la norma criolla. El paisano del Tunante, de acuerdo a la descripción del encuentro casual, parece desconocer estos detalles que podrían haberle facilitado su adaptación a la capital. Veamos la descripción del traje de su paisano:

(...) llevaba en la cabeza un sombrero guapón, copia fiel de la luna llena, especie de quita el chinesco, corbata colorada, chaleco de terciopelo (en tiempo de calor) con unos botonazos que parecían de paleta; levita rabricortona, llena de mil pliegues y mas bucleada que traje de zamba sahumadora, con cada solapa más grande que la de una casaca de militar y pantalón bombacho que le llegaba hasta la parte superior del botín. Por su puesto que llevaba el cabello sin recortar y la barba parecida a un *barbecho*. Figúrense, UU. pues, a este dominic en medio de más de diez o doce jóvenes elegantes con discípulos y amigos, cuyas miradas maliciosas me tenían algo empachado y no porque mi dichoso paisano no mereciese estar entre ellos; sino por la cara de boboliche que ponía atisbando a la palabra más insignificante de la conversación como atando cabos para qué sé yo, y entrometiéndose en el curso de la conversación, diciendo cada barbaridad como una catedral y avergonzándose, con *hermano* para arriba y *hermano* para abajo, venga o no venga al caso. — ¡Vaya una fraternidad tan empalagosa! (“Los paisanos pegajosos”. *El Nacional*, 30 de marzo de 1878).

Por el detalle que hace de la descripción de la vestimenta de su paisano, es notorio que para el narrador esta es inadecuada en Lima. Los términos que emplea para describir cada prenda que ostenta su paisano (el sombrero, la corbata, la levita, la casaca, el pantalón) son claramente despectivos. La descripción de su vestimenta grafica al paisano como una caricatura, en una mezcla azarosa de elementos excesivos que el narrador teme sean motivo de burla en la capital y que, paradójicamente, él mismo se burla. También cuestiona el aseo de su paisano, al mencionar el descuido “por su puesto” de su cabello y barba; que nuevamente podemos advertir iba en contraste a las expectativas capitalinas.

En la reunión con “los elegante letrados” de Lima, El Tunante intenta ser intermediario, incluso ante un contexto que sabe le es adverso a su paisano por la

vestimenta. Mas lo que finalmente frustra al narrador es la actitud de su paisano que no transita un intercambio cultural gradual sino que anhela aprehender abruptamente, a trancazos. El intento de socialización del paisano de El Tunante en Lima está condenado al fracaso, se anuncia desde este fragmento citado.

El paisano de El Tunante, a expensas de la “hermandad” que proclama, impone su compañía al narrador a todas partes: su casa, su oficina en el periódico, en las visitas a entrevistas. “Todos mis amigos se fijaban en esta especie de cola que a todas partes me seguía; pero mi hermano muy suelto de huesos, no se daba por notificado”. El paisano reclama además ser presentado a vecinos, periodistas, autoridades políticas, etc. No se separa del narrador ni para dormir, pues nuevamente aduciendo la hermandad pernocta en casa del Tunante. Resulta tan invasivo e incómodo que el narrador opta por huir y refugiarse donde algún amigo limeño para recuperar su libertad. El narrador afirma que tan solo desaparecer podría librarse, pues incluso la muerte sería insuficiente evasión. El narrador refiere que hasta en la tumba su paisano podría presentarse: “- *Hermano*, cómo no me avisaste que venías aquí ¡ay *hermano* si estás en la gloria preséntame aunque sea de nombre. [...], porque mi furibundo paisano es capaz de querer seguirlo a uno hasta el otro mundo y querer que lo presenten en los mismos infiernos”.

El desencuentro narrado en este artículo, a pesar de todo el sentido del humor con el que se presenta, es frustrante para ambas partes. Podría decirse que es un desencuentro de expectativas. La expectativa del narrador era retomar contacto con su tierra natal y los valores positivos que evoca (honradez, trabajo, inocencia); la expectativa de su paisano, aparentemente, era insertarse inmediatamente en la sociedad limeña, en sus actividades y amistades, siendo el narrador un salvoconducto. Ninguno obtiene lo que esperaba, y es el narrador quien opta por cortar la relación aferrándose al

apoyo de sus amigos en Lima. Sin embargo por parte de este no hay una completa negación de afecto hacia otros paisanos que pudiese encontrar: “Entre los paisanos del interior hay caballeros muy caballeros y amigos muy dignos, educados y sinceros, cuyo corazón es todo nobleza, atención y cariño; pero hay otros tan pegajosos tan supinamente necios y mentecatos, que llegan a hacerse insoportables”.

En el cierre de este artículo, el narrador afirma que a pesar de la mala experiencia confía en encontrarse con otros paisanos que él sabe le serán realmente gratos. Para el escritor no debió ser novedad las críticas que se hacían desde Lima a sujetos de provincias, y que este artículo podría sumarse a un discurso lapidario sobre migrantes serranos. Que en el cierre del artículo, el narrador remarque en cualidades personales positivas como relevantes y que diferencian a los sujetos, le permite superponerse a prejuicios influenciados por determinismos geográficos. A sí mismo, al sugerir que este tipo de encuentros entre paisanos “del interior” y paisanos “residentes de la capital” son muy comunes, el artículo impulsa una representación de Lima recorrida por forasteros serranos.

En los artículos de posguerra de Gamarra, de 1885 en adelante, cuando creó Pelagatos, los pobladores de este pueblo ficticio pasan a ser paisanos del Tunante. De esta etapa, he seleccionado los artículos “Otro de Pelagatos”¹⁰⁵ (*El Nacional*. 21 de julio de 1886) y “Sarah Bernhardt y un pelagatuno”¹⁰⁶. En ambos casos encontramos una ejemplificación de la relación de amistad entre el narrador y sus paisanos. Sin embargo

¹⁰⁵ Este artículo sí se encuentra recopilado en el libro *Rasgos de pluma* (1899) en todas las ediciones. Aparece con el título: “Después de la revolución”.

¹⁰⁶ Este artículo no lo he hallado en prensa, como no se cuenta con todos los ejemplares de *El Nacional* no descarto que sí apareciese primero en su columna periodística. Dado que los artículos de costumbres son creados en relación al hecho real que le es contemporáneo, probablemente este fue publicado en la columna “Rasgos de pluma” en 1886, de manera simultánea a la visita en Lima de la actriz Sarah Bernhardt (1844-1923). Esta actriz francesa de fama mundial visitó Lima el 22 de noviembre de 1886 causando gran revuelo.

Lamentablemente la colección de periódicos no se encuentra completa, lo que imposibilita conocer la versión original de este artículo y afirmar con total certeza la fecha exacta de su publicación. Para este caso empleo la versión del artículo recopilado en el libro *Rasgos de pluma* (1899).

surgen cuestionamiento por distancias culturales; además que la urbe limeña no es la aspiración de los protagonistas pelagatunos, por el contrario expresan su decepción de esta.

El protagonista de “Otro de Pelagatos”¹⁰⁷ (*El Nacional*. 21 de julio de 1886) se llama don Tiburcio, y como lo anuncia el título es un personaje de origen pelagatuno. Por el empleo de la calificación “Otro de...” se puede inferir que el narrador estaba habituado a encontrarse con sus paisanos pelagatunos en Lima, y que el lector podía sentirse también familiarizado.

En la descripción inicial se señala que el narrador estaba en compañía de un grupo de amigos escritores realiza un paseo por una calle limeña cuando se encuentra con don Tiburcio:

Caminaba yo anoche por el Portal de Escribanos, entre un grupo de amigos, oyendo a unos hablar del Congreso, á otros del Gobierno; es decir, á todos de política y á nadie de trabajo, cuando me llamó la atención uno de ellos hacia alguien que cerca de la hermosa vidriera de un almacén, contemplaba con marcada curiosidad la luz eléctrica, las riquísimas telas y á los elegantes de ambos sexos que entraban y salían, diciéndome: Tunante, otro de Pelagatos. Detúveme á esta indicación y, á la brillante luz que parecía la de luna en creciente, distinguí, ni más ni menos, al bueno, al magnífico don Tiburcio. (“Otro de Pelagatos”. *El Nacional*. 21 de julio de 1886)

El pelagatuno parece asombrado por los objetos en la tienda, la luz eléctrica y los bienes de consumo en la ciudad; de tal manera esta alusión contrasta la vida urbana con la campestre del siglo XIX. No deja de ser interesante que esta curiosidad ante la urbe sea la característica por la que es reconocido el paisano pelagatuno. Nótese también que el narrador parece aburrido de la conversación de sus colegas, al punto que no duda en dejarlos cuando uno de ellos le indica que allí hay “otro de Pelagatos”.

¹⁰⁷ Este artículo sí se encuentra recopilado en el libro *Rasgos de pluma* (1899) en todas las ediciones. Aparece con el título: “Después de la revolución”. Entre ambas versiones hay pequeñas variaciones. La versión del artículo en libro tiene alguna variaciones, así por ejemplo en lugar de “otro de Pelagatos” al final del primer párrafo, se coloca “ese es de Pelagatos” (Gamarra 1902: 645). La versión en prensa por su contacto constante con sus lectores pudo dar lugar a que se mencione el encuentro con los paisanos pelagatunos como un suceso cotidiano.

Este paisano pelagatuno tiene nombre, se trata de don Tiburcio, que el narrador exalta como un querido amigo suyo, a quien celebra encontrar en Lima dado que él es “el más excelente de los habitantes de Pelagatos”, “el buen republicano”, un hombre que respeta las leyes como una religión, metódico en sus labores al punto que es “el reloj público” de Pelagatos. El contraste entre don Tiburcio respecto a su paisano pegajoso es elocuente.

En esta ocasión el narrador es el más entusiasta de este encuentro fortuito, y ambos en un abrazo fraterno refundan un espacio propio:

Dejando á mis amigos, y á paso más que regular, avancé abriendo los brazos desde lejos y diciéndole:

— ¡Don Tiburcio! ¡Amigo don Tiburcio! ¿Usted aquí?

Señor Tunante, aquí me tiene usted, pues, en su Lima, — *y como si estuviéramos en la plaza de Pelagatos, nos dimos un abrazo de aquellos de alma, vida y corazón.* (“Otro de Pelagatos”. *El Nacional*. 21 de julio de 1886. Mis cursivas).

Don Tiburcio, el paisano pelagatuno, desde este primer intercambio no aspira a integrarse en la capital. Así lo deja en claro cuando dice al narrador “su Lima”. Respecto a su curiosidad sobre la luz eléctrica, sentencia poco interés: “a quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga; muy bonita; pero yo estoy contento con mi luna; como nosotros no tenemos estos almacenes tan lindos; ni salimos de noche por las calles, allá con nuestras velitas de sebo la pasamos de cualquier modo”. El personaje no se lamenta de carecer de las bondades de la urbe simplemente las admira, incluso podría decirse que lo reduce a algo accesorio. Al argüir su complacencia con su espacio natural (luna y velas de sebo), se refuerza la imagen de un mundo rural absorbido por la naturaleza. A su vez, don Tiburcio no ha sido atraído a la capital con el sueño del progreso capitalino, el motivo de su presencia en Lima es su inquietud por la pesadilla de la guerra.

Este hombre bueno y sin culpa abre su corazón con El Tunante, le expresa su malestar por los atropellos sufridos en provincias, ocasionados por el caos político y la

ambición de sujetos que esquilman sus pocos recursos. La denuncia de don Tiburcio resulta valorada por el narrador, lo que influye además en que su discurso compone más de las dos terceras partes del contenido del artículo. El narrador Tunante se limita a ser un receptor. Don Tiburcio precisa que los pobladores hartos de esta nefasta situación han huido hacia lo más inaccesible del espacio andino, buscan allí misericordia en el monte, ya que los hombres parecen haberla perdido. El Tunante se alarma con tal testimonio y quisiera no creerlo. Pero don Tiburcio insiste:

¡Ay, Taitito! Cuánto ha sufrido el interior: es necesario haberlo visto, como usted; es necesario haberlo sufrido, como yo; es necesario haberlo llorado como todos, para comprender esa calamidad que ha pesado sobre nosotros: *aquí en su Lima*, no tienen ni idea remota de cómo ha sido aquello.
 (“Otro de Pelagatos”. *El Nacional*. 21 de julio de 1886. Mis cursivas).

Con estas palabras, don Tiburcio da a entender que, como forastero se percibe ajeno a la capital, pero no se siente intimidado; se respalda en su buen juicio y reafirma su pedido de mejores autoridades para provincias. Confía en El Tunante, de ahí que le revele sus pesares; sin embargo, a pesar de la mutua amistad, existe una distancia que remarca el recién llegado. Don Tiburcio recrimina a El Tunante que él desde “su Lima” (remarcado dos veces en el texto) no puede entender realmente la desgracia en provincias. El Tunante no es excluido de un lugar privilegiado sino de un espacio de dolor.

Don Tiburcio, además de conocer muy bien los problemas de Pelagatos, se refiere a Lima también con mucho detalle. Las secuelas en la capital por la derrota de la Guerra del Pacífico son pinceladas aguadas frente a la densidad de los padecimientos en provincias. Las consecuencias de la catástrofe en la sierra seguían frustrando vidas, como una guerra que no termina:

[...] si aquí, en Lima, han sudado sustos y escaseces [sic], allá hemos sudado sangre y lágrimas; si aquí se ha pasado la pena negra, allá se ha pasado todas las del purgatorio; aquí mal que mal, no ha faltado zarzuelita, concierto, toros, bailes, paseos, distracciones; mientras que allá la zarzuela era un coronel que nos molía á palos; el concierto, subprefecto que nos hundía [sic] a cupos; los toros, una tropa que nos sofocaba á levas; las revistas, una de balazos que nos

llevaba muertos; y los paseos y las distracciones, eran llegar tirios y troyanos, que no le dejaban á uno, á veces, ni cama, ni mulita, ni vaca, ni borrega, ni burro, ni alforjas, ni pellejo.
 (“Otro de Pelagatos”. *El Nacional*. 21 de julio de 1886).

Don Tiburcio acusa que mientras los pueblos de la sierra se consumían en lamentos y pérdidas; Lima había mantenido un circuito de diversiones públicas con una sensibilidad occidental: zarzuelita, concierto, toros, bailes, paseos y distracciones. Como recurso dramático, el narrador realiza una suerte de “traducción” de estas celebraciones limeñas en las desgracias de provincias. El saldo de estos entretenimientos en estas habría sido la muerte o el despojo mínimas condiciones de vida.

Recordando los primeros artículos de Gamarra, entre 1875 y 1879, aunque con mayor desesperación por el fantasma de la guerra, el pelagatuno acusa ya no solo la vanidad de Lima sino también su irresponsabilidad como capital de un país. En contraste a los entretenimientos con que Lima ha logrado disipar sus aflicciones, en las provincias han sumado martirios. El recurso de la lista comparativa evoca la imagen de la balanza que porta la Dama de la Justicia, y en ella Lima no tiene el suficiente contrapeso. En la sierra, el recuento de los daños y pérdidas es inconfundiblemente cruento, para que el lector pueda empatizar con las víctimas.

Dentro de lo que sería la representación de la relación binaria, es notorio que hay valores contrapuestos entre las prioridades de Lima y las de provincias. De acuerdo a la reflexión de don Tiburcio: Lima tiene almacenes, tiene electricidad, se divierte en sus teatros y “progresas”, sin importar lo que padece el resto del país en medio del desgobierno. El interés de provincias, en el desgarrado discurso del “peruano honrado”, es vivir dignamente. Don Tiburcio increpa la acción parcializada del Estado, que parece residir en la capital y velar solo por ella. El reclamo alcanza a los limeños a través del

Tunante, cuando se le critica por “su Lima” y lo que puede creer que conoce, pero que en definitiva, no ha vivido.

En “Sarah Bernhardt y un pelagatuno” el título nos anuncia a dos tipos reconocibles para los lectores y que están en contraste: la actriz francesa Sarah Bernhardt, que representa uno de los mayores logros teatrales europeos, y un tipo que proviene de Pelagatos, pueblo imaginario de la sierra rural creado por Gamarra. El nombre propio de la actriz y la generalización del tipo solo nombrándolo con su gentilicio propone al lector la distancia entre ambos elementos.

En este artículo, en la escena inicial, El Tunante está reunido con sus amigos escritores del *Círculo literario* en el puerto del Callao esperando el desembarque de la afamada actriz¹⁰⁸. Podríamos considerar la expectativa del narrador y de la comitiva ante la supuesta recepción de uno de los íconos de la cultura occidental del siglo XIX. Esta situación inicial da un giro cuando un pelagatuno, desde cierta distancia, reconoce al narrador y sin dudarlo le aborda efusivamente

Verme y venírseme de frente, abriendo campo por entre gacetilleros y poetas, todo fue uno.

- ¡Paisano! Exclamó ¡Y que gordo está usted! ¡Vamos! Se conoce que no le hace falta la *chochoca*; diciendo esto me pegó tal apretón entre los brazos que me arrojó el sombrero al suelo haciéndome saltar los anteojos de la nariz.
- Gracias... ¡ya!... don Martín...
- ¡Jesucristazo! ¡Paisanito, pero si lo quiero a usted tanto! (Gamarra 1899: 699-700)¹⁰⁹

El pelagatuno se abrió paso entre los escritores y abordó con entusiasmo al

Tunante. El entusiasmo abrupto de este hace recordar al paisano pegajoso del artículo

¹⁰⁸ Recuérdese que en el artículo de costumbres el narrador mantiene características semejantes con el autor y su contexto real. La mención a los escritores del *Círculo Literario*, al que Gamarra efectivamente pertenecía, brinda mayor verosimilitud al narrador. Esta una pincelada menor en relación a la visita de Bernhardt, evento que es el enlace principal a la realidad de ese momento.

¹⁰⁹ “Gacetillero” es uno de los términos con los que se designaba a los periodistas durante el siglo XIX. “Chochoca”, de origen quechua chuchuqa, significa “maíz en grano sancochado y luego deshidratado mediante su exposición al sol o el frío nocturno” de acuerdo al *Diccionario enciclopédico del Perú* (1966) de Alberto Tauro. Suele consumirse comúnmente como sopa, tradicionalmente ha sido un potaje típico de zonas altoandinas en Perú.

comentado anteriormente; además otra semejanza es que en ambos artículos se considera una escena donde el narrador está rodeado de escritores, como una muralla letrada, que el paisano atraviesa para alcanzarlo. En el caso de “Otro de Pelagatos” fue el narrador quien se desprendió de su corte de gacetilleros para acercarse a su paisano.

Su emoción desordena al *Tunante* despojándole de parte de su vestimenta (“me arrojó el sombrero al suelo haciéndome saltar los anteojos de la nariz”). El exceso en las demostraciones de afecto es censurado de manera implícita cuando el narrador intenta contenerlo (“Gracias... ¡ya!”). y refiere que hizo caer su sombrero y sus lentes. Sin embargo, a diferencia del protagonista de “Los paisanos pegajosos”, este paisano afirma un afecto sincero (“¡Paisanito, pero si lo quiero a usted tanto!”) además que se le distingue con un nombre propio: don Martín.

El Tunante logra calmar el entusiasmo del pelagatuno y le explica que se encuentra dentro de una comitiva de escritores que espera a Sarah Bernhardt, una famosa actriz francesa, e intenta explicarle quién es y por qué en Lima se le recibe con tanta admiración. Para el pelagatuno don Martín no tiene sentido esta explicación; por el contrario, reclama para sí una recepción semejante ya que su trabajo era mucho más esforzado: se encontraba trasladando una yunta de bueyes desde la sierra a Lima. El paisano pelagatuno desconoce de actrices y en general del mundo teatral.

En la representación, hay valores contrapuestos entre las prioridades de los sujetos letrados de la urbe limeña y las del mundo rural pelagatuno de don Martín. Esto no tiene la inmediata consecuencia de censurar al mundo rural, el narrador no se muestra despectivo de los intereses de su paisano, pero intenta persuadirlo en su visión de mundo. Y para validar la explicación sobre la recepción a la actriz, invita a don Martín al teatro a ver actuar a Sarah Bernhardt.

A partir de ese momento, el artículo se desarrolla en torno al diálogo de ambos durante la función y entre actos. El Tunante explica al pelagatuno nociones de etiqueta entre el público (vestimenta y actitudes) y los reverses del arte dramático. En particular en este último, la trama representada (un enredo amoroso y un suicidio) escandaliza al pelagatuno quien desvirtúa la necesidad de este tipo de entretenimientos o que sea considerado cultural. El pelagatuno desestima las explicaciones de su paisano a pesar de que se trata de un amigo y parece entendido en el asunto; y, concluye que lo que ha visto es una completa falta de pudor. Al término de la conversación, ninguno impone al otro sus razones.

Como puede apreciarse en este subapartado, a pesar de los aproximadamente diez años de diferencia entre “Los paisanos pegajosos” (1876) por una parte y los artículos “Don Tiburcio” (1886) y “Sarah Bernhardt y un pelagatuno” (c.1886) por otra, Gamarra mantiene entre sus intereses representar encuentros y desencuentros del narrador Tunante, migrante serrano, con sus denominados “paisanos” en Lima.

La identidad del narrador Tunante se define como marcada no solo por su origen serrano, sino también por su permanencia y arraigo en Lima. Precizando más, el narrador Tunante no está en Lima de manera casual; por el contrario se presenta así mismo y es observado por sus paisanos como asentado en Lima, adaptado en apariencias en la forma de vestir en la época (nótese la mención a su sombrero y sus lentes) y en clara inserción social con un oficio y reconocimiento en su medio: es un periodista respetado siempre rodeado de otros escritores y en contacto con ciertas autoridades de Lima. Es decir, su estancia en Lima está acompañada de su formación cultural que le permite agencia en la capital.

Se hace notar las diferencias culturales entre el narrador Tunante y sus paisanos mediante detalles de la vestimenta, así como en las demostraciones de actitudes e

intereses. Respecto a la vestimenta como distinción entre costa y sierra, el narrador es explícito en el primer artículo en el que describe cada prenda de su paisano “pegajoso”. Cada pieza de la vestimenta de su paisano la describe como peculiar y hasta insólito para el gusto limeño, y le contrasta con sus “elegantes” compañeros de redacción, y preocupado de lo que ellos murmuran. Esta situación distancia al paisano “pegajoso” de sus aspiraciones de colocarse en la capital.

En los otros dos artículos, correspondientes a posguerra, no hay referencia a cómo están vestidos sus paisanos pelagatunos, aunque sí en el texto se hace mucho más explícito las labores del mundo rural a los que ellos están habituados: Don Tiburcio y su trabajo en la chacra (incluido el recuento de “ni mulita, ni vaca, ni borrega, ni burro, ni alforjas, ni pellejo”, bienes perdidos que hacen alusión a la vida de campo), Don Martín y su trabajo con su yunta de bueyes. En estos dos artículos la mención sobre los atuendos es sobre cómo visten los limeños, por la sorpresa que esta causa a los pelagatunos; el reproche sobre la vestimenta en esta ocasión se dirige sutilmente a los “elegantes” limeños¹¹⁰.

¹¹⁰ En “Otro de Pelagatos” se menciona que don Tiburcio “cerca de la hermosa vidriera de un almacén, contemplaba con marcada curiosidad la luz eléctrica, las riquísimas telas y a los elegantes de ambos sexos que entraban y salían (...)”. Mientras que en “Sarah Bernhardt y un pelagatuno”, el narrador reclama por su sombrero y sus lentes que su paisano atropella sin cuidado; además tiene que explicar a su paisano el porqué de ciertos atuendos del público en el teatro, atuendos que para el pelagatuno bordeaba lo inmoral. “Tertulias políticas. Patriotismo con galletitas” (*Algo del Perú y mucho de Pelagatos*, 1905), aunque es un artículo que no se compila en *Rasgos de plumas* y aparentemente en prensa es de publicación posterior, cabe comentarlo ya que realiza también una descripción semejante a las dos señaladas sobre el tipo “paisano”. En este artículo, el narrador Tunante se encuentra con un amigo suyo que le dice “paisano”, y explica el narrador a sus lectores: “Como ambos éramos serranos, dábame el título de paisano” (1905: 63).

En este artículo, el narrador Tunante atiende las impresiones de su paisano sobre cómo funcionan las reuniones de algunos patriotas en la capital: en traje con saco y corbata, en la hora del té y con confabulaciones para propio beneficio. Además de la indignación que le produce el lucro personal de los políticos, en el artículo se remarca que su paisano desestima las costumbres en el vestir de las grandes ciudades: ¿por qué el uso del frac, corbatas y guantes blancos en una reunión que era de trabajo? El narrador Tunante intenta explicarle la etiqueta social en la ciudad, aunque el propio narrador no muestra mayor convicción sobre ello.

Aquí, a diferencia de los artículos comentados, la crítica sobre la vestimenta se dirige a un grupo de limeños; y en común entre estos artículos se advierte las diferencias entre “serranos” y “costeños” sobre las cuales el narrador Tunante diserta y transita cuestionándose sin identificarse plenamente en ninguno de los extremos.

En cuanto las actitudes e intereses, tanto el protagonista de “Los paisanos pegajosos” como el de “Sarah Bernhardt y un pelagatuno” demuestran carencia en los modales y autorregulación de su conducta sin la etiqueta social limeña; especialmente su paisano “pegajoso” lo que termina por colmar al narrador. El caso de Don Tiburcio es especial: el énfasis en sus valores cívicos como hombre modelo y la admiración que el narrador expresa hacia él, consolida una imagen íntegra.

También en cuanto actitudes, es notorio la expresión de afecto. Los protagonistas en “Los paisanos pegajosos” y “Sarah Bernhardt y un pelagatuno” actúan demasiado “natural” y hasta abruptamente en el saludo inicial con estrechos abrazos que al narrador perturban. En cambio en “Otro de Pelagatos” es el narrador quien se excede en emociones al saludarlo, y que incluso imagina un retorno idílico a su terruño gracias a este encuentro. En el segundo capítulo mencioné el artículo “Mi ahijado” de Moncloa, en este hice hincapié que una de las características que incomodó al narrador protagonista es el exceso de afecto de la comunidad de su ahijado “cajamarquino”. Se puede inferir entonces que las demostraciones de afecto se encontraban dentro de las características que los costumbristas adjudicaron a los sujetos migrantes andinos. Solo que en el caso del narrador Tunante hubo mayor flexibilidad e interés sobre el punto.

A su vez, los tres paisanos de El Tunante carecen de experiencia en Lima, se les representa como forasteros casuales, en lo que sería la primera y tal vez única visita en la capital. De modo tal que la estima hacia el narrador Tunante va acompañada de una mezcla de admiración y desconfianza puesto que este se ha adaptado a Lima y le perciben diferente a ellos.

En tanto intereses, el artículo “Los paisanos pegajosos” de 1878 da cuenta de una expectativa de integración del provinciano en la capital. Mientras que en los dos artículos de posguerra, los pelagatunos carecen de interés por adaptarse al entorno

limeño; por el contrario reafirman su propia visión de mundo campestre. Don Martín y, sobre todo, don Tiburcio más que admirar los signos de la modernidad capitalina, parecen hacer lista de los bienes que Lima atesora. Más aún, desde sus posturas, es Lima la que debiese encaminarse hacia ellos y resarcirse en sus faltas: el pedido de un buen gobierno de don Tiburcio¹¹¹ y el pedido de un recibimiento más cordial de don Martín.

3.4.2. El Tunante migrante y los limeños

A diferencia del subapartado anterior, el Tunante como narrador no hace tan explícito su interacción con los limeños. Al menos no de la misma manera que con sus paisanos que al encontrarse casualmente en la capital rememoran, comparten y contrastan experiencias de vivir en Lima; más aún, interacciones en las que el narrador se asume como representante de un punto medio dentro la relación ciudad-campo.

Respecto a los limeños, el narrador expresa una sensibilidad de ser distinto a los citadinos por su experiencia del campo, así por ejemplo como en “De Lima a Río Blanco...” (*El Nacional*. 14 de agosto de 1876), artículo que vimos en el primer apartado de este capítulo. A su vez, en la narrativa de Gamarra además puede observarse descripción de tipos y costumbres de Lima con la circunspección de un narrador migrante sorprendido y animoso de describir lo que la ciudad le ofrece. Asimilado en Lima, el narrador explícitamente serrano y forastero en la capital se

¹¹¹ El propósito del protagonista pelagatuno de reclamar un buen gobierno se encuentra en otros artículos de posguerra de Gamarra donde los pelagatunos también son protagonistas. Así por ejemplo “Carta de Pelagatos” (*El Nacional*. 8 de octubre de 1887) y “Los indígenas del Perú” (*El Nacional*. Lima, sábado 26 de mayo de 1888). Se sugiere que dentro de la relación ciudad-campo, Lima como ciudad capital representaba el centro responsable de administrar justicia.

Es interesante notar un hilo conductor en representaciones sobre el centralismo de Lima desde sus orígenes virreinales del siglo XVIII (me refiere a *Nueva corónica y buen gobierno*) y que se encuentran también en la literatura decimonónica republicana.

detiene a narrar la ciudad y sus tipos no con ingenuidad o incompreensión sino con el conocimiento del campo y la urbe.

Así que más que interacción donde se visibilice la oposición binaria, el narrador observa la interacción de los elementos de la binaria. Él como migrante se encuentra dentro de la binaria y su relación con los limeños puede ser de crítica o admiración, incluida una combinación de ambos propósitos. Así por ejemplo con “La limeña” (*El Nacional*. 06 de mayo de 1876) y “El maestro Valdivieso” (*El Nacional*. 16 de abril de 1887)¹¹².

“Pan para mayo” (*El Nacional*. 10 de mayo 1879)¹¹³ es uno de los artículos de costumbres donde puede apreciarse explícitamente una interacción cordial entre el narrador migrante con personajes limeños. Aunque se trata de un pasaje muy breve, dado que el tópico principal lo engulle todo: los personajes reflexionan sobre la necesidad de mesura económica en Lima, ante el inminente desastre de la guerra¹¹⁴. Sin embargo, en el siguiente pequeño pasaje, el narrador procura remarcar las atenciones de una elegante familia limeña hacia él.

Doña Prudencia es una excelente señora amiga mía; su esposo es un magnífico sujeto y sus hijos unos alhajitas, por lo bien educados.

Sentados lado a lado se hallaban en uno de los sofás de la sala de su casa, acababan de comer y mientras los niños jugaban en el traspatio, doña Prudencia discutía con su esposo asuntos del hogar.

Al verme entrar, mi buen amigo se puso de pie para extenderme su generosa mano, y la señora indicándome una silla, dijo:

- *Amigo Tunante, ha venido usted muy a tiempo, pues estábamos conversando acerca de lo que me parece que debe hacer hoy toda familia en Lima para no sentir demasiado el peso de la situación.*

¹¹² “La limeña” y “El maestro Valdivieso” se encuentran recopilados, con los mismos nombres, en el libro *Rasgos de pluma* (1899 y ediciones posteriores). El primero incluso es el primer texto de este libro; y aunque es una recopilación desordenada, este artículo termina siendo como una presentación general. “El maestro Valdivieso” es un texto particular, por la estructura que desarrolla, incluida una entrevista, tiende más a ser una crónica que un artículo de costumbres.

¹¹³ Este artículo solo se haya en prensa, no se encuentra recopilado en libros.

¹¹⁴ Acorde a la fecha, el referente de este artículo es el inicio de la Guerra del Pacífico (1879-1883). La guerra se declaró el 5 de abril, más el periódico *El Nacional* así como la vida en Lima se desarrolló normalmente durante ese primer año.

Advertiré al lector, que *doña Prudencia, es una de las señoras más elegantes de la capital* y que su esposo la complace en todo.

- *Siéntese usted señor Tunante, que usted es como de la familia.*

(“Pan para mayo”. *El Nacional*. 10 de mayo 1879. Mis cursivas).

Esta escena tiene dos elementos que me interesa destacar. El primero es la consideración de “una de las señoras más elegantes de la capital” hacia el narrador. Tanto doña Prudencia como su esposo le confieren al narrador confianza por amistad, y reconocimiento en su juicio al tratar un tema tan delicado en ese momento: ¿cómo debían actuar las familias limeñas ante la inminente guerra? Esta consideración hacia el narrador Tunante se deriva de su condición de periodista, es parte de una élite letrada en Lima. La escritura le confiere un poder en el espacio público y los limeños estiman ello.

El segundo punto a destacar, y que da pie al siguiente artículo a comentar, es la imagen de una familia limeña modelo (educados, prudentes y cordiales) para los lectores. En medio de ellos, el narrador es considerado un miembro más de su comunidad. No hay mención a su procedencia geográfica u otra distinción que pudiese excluirle.

Esta imagen de familia contrasta con la del artículo “Mis ahijaditos”¹¹⁵. En este, la binaria Lima-provincias se activa en perjuicio del narrador. Su origen andino es advertido y es explícitamente causal de menosprecio, a pesar de que esto se difumina con el humor típico de los artículos de costumbres. En el artículo “Mis ahijaditos” se

¹¹⁵ La versión de este artículo solo la he podido hallar en el libro *Rasgos de pluma* (1899). Este artículo corresponde a la etapa de producción de posguerra en Gamarra. Como se encuentra recopilado en el libro *RP*, este artículo debió ser publicado en *El Nacional*, en el rango 1885-1889.

La estructura interna del artículo tiene dos momentos temporales separados por la mención del suceso bélico que golpeó al país y modificó la vida de todos; el lector puede inferir que se trata de la Guerra del Pacífico. Se remarca que la primera parte del artículo fue de bonanza para sus “ahijaditos” niños; mientras que en la segunda parte del artículo mediante elipsis temporal han transcurrido los años y los “ahijaditos” son adultos. De manera que toda la primera escena del cumpleaños pertenece a una etapa de preguerra; la segunda parte tiene lugar a partir de una carta de su ahijada quien en su rol de madre pide consejo a su padrino a través de una carta. El narrador cuenta ello señalando que recibió la carta en Pelagatos (referencia que nos remite a Posguerra).

menciona por primera vez el aspecto racial en el narrador, condición por la que dos personajes le increpan y rechazan. La escena se desarrolla en la casa de sus compadres, a donde El Tunante ha sido invitado pues celebran el cumpleaños de su comadre. Previamente, la invitación fue una casualidad, resultado de un encuentro fortuito entre compadres; el compadre del Tunante insiste en llevarle a la casa pues además del cumpleaños también debe ver a sus ahijados. Estando muy cerca a la casa, los dos niños ahijados de El Tunante, de cuatro y seis años, salen al encuentro del padre solo para decirle que se apure pues la mesa está servida. Respecto al narrador Tunante, el desprecio de los dos niños es inmediato

-¡Cómo! Les respondió el papá. ¡Y qué no saludan ustedes á su padrino!
 -¿Este...es mi padrino? - Preguntó el hombrecito, como quien dice: este jumento, este zoquete; en fin, este babieca.
 -¿Tan feo? Agregó la niñita con un gesto despreciativo. (Gamarra 1899: 750)

El Tunante sobrelleva estas actitudes ofensivas con una respuesta irónica: “se parecen a mí, ¿eh?”. Al encontrarse en la casa, actúan desafiantes con los padres quienes ceden ante sus caprichos. En la mesa, durante la merienda, los niños jugaron con los lentes de su padrino; al término de la comida, el niño arrastró al Tunante “como quien lleva a un sirviente” (1899: 751) para que tocara el piano, y la niña le insistió para que bailara. Como el Tunante no actuó a gusto de los niños, la niña le calificó de sonso y de un rostro que se parece a “no sé qué adefesio”, denostó además su presencia en ese almuerzo: “que para qué me habían llevado a *su casa* a comer *su comida*” (751, cursivas del autor).

En el momento de mayor tensión y cuando el narrador ya no tolera la malcriadez luego de que los niños también jugaron con su sombrero, uno de los pequeños desencadena su berrinche haciendo destrozos en la casa y denigrando a su padrino:

Se puso á llorar como un marrano y revolcándose, gritando y mesándose los cabellos, dio de patadas á la mesa, tumbó la licorera y los floreros, destrozó el

lamparín, manchó el traje de una respetable señora, y gruñendo decía: *que boten á ese cholo de mi casa, cholo de pola, bótenlo de mi casa – no calmándose hasta que le dijeron que me había yo despedido, porque el cholo de porra era este humilde servidor de ustedes* y padrino de aquel par de zamarros, á los que de muy buena gana habría dado conserva de novillo. (Gamarra 1899: 752. Mis cursivas).

El narrador Tunante se retira de la casa por el capricho de un infante. Su ahijado se refiere a él como un “cholo” agregando el calificativo “de porra” (sic) para enfatizar la carga despectiva hacia su persona en una clara situación de violencia verbal. El narrador refiere este hecho y no lo discute, ni vuelve sobre ello a lo largo del artículo, pero queda acentuado. En la primera impresión que tuvieron sus ahijados se adelantaba que los niños despreciaron la apariencia del Tunante (“¿tan feo?”). El aspecto físico del narrador no fue del agrado de los niños, no corresponde a un ideal de belleza. Aunque la escena se presenta como cómica, y se estime como un berrinche infantil, el desdén deja un amago grave de trasfondo.

En la referencia a los desórdenes que el niño realiza en casa, se describe “tumbó la licorera y los floreros, destrozó el lamparín, manchó el traje de una respetable señora”. El detalle en estos objetos de decoración del hogar y el vestido de una de las invitadas en casa son alusión a un nivel de suntuosidad. La casa en la que se encuentra de visita el Tunante sería la de una familia de clase acomodada lo que para la época se relacionaba a la jerarquía de castas. En la época “sentirse miembros de una raza superior convertía en natural el reclamo de privilegios” (Portocarrero 2004: 223). En la línea de esa lógica, pertenecer a una “raza inferior” justificaba su deshumanización. Los ahijados al referirse al *Tunante* como “cholo de porra” – que pronuncian mal (de “pola”) por su corta edad – no solo lo menosprecian, también ejercen el poder de un grupo privilegiado y delimitan lindes divisorios sobre sujetos excluidos.

¿Qué significa que El Tunante sea cholo? La definición que hace de “cholo” en “Mis ahijaditos” es la del *Diccionario de peruanismos* del satírico Juan de Arona,

contemporáneo a Gamarra y que ya vimos en el segundo capítulo. Es decir, un sujeto de ascendencia dual indígena y blanca; que se le imagino originario de la sierra y se encuentra en la costa con intenciones de ascenso social lo cual es sospechoso para una élite que se asume “blanca” y que intentaba consolidar una imagen europeizada de la costa. Para Arona el “cholo” es explícitamente un problema, eso se infiere cuando señala que es una casta que “infesta” el país; además de su abundante número, Arona acusa que también representaban un peligro por intentar cargos políticos (los cuales implícitamente eran solo derecho de una élite criolla blanca).

Para consolidar el efecto de rechazo, los niños de la casa le atribuyen cualidades consideradas opuestas al ensueño europeizante: feo, sonso, cholo. Se procura infringir vergüenza sobre el narrador, achacándole que no es capaz de mostrar características deseables. “En la vergüenza, la persona reconoce que es inferior en algo y que no da la medida de cierto ideal deseado” (Nussbaum 2014: 435).

El narrador por su parte no se avergüenza, no se lamenta ni se victimiza. Y aunque responde con humor, cabe advertir que no profundiza en ello y además este es el único artículo en que se menciona esta característica del narrador. Gamarra no vuelve a abordar la “raza” del narrador en otro de sus artículos, al menos no en los antologados en el libro *Rasgos de pluma*. Por el contexto en el que se encontraba el escritor se infiere que emplear el término “cholo” era una condición que él no confrontó para su narrador, aunque sí lo hizo para otros personajes tipos andinos; por ejemplo en “Picanterías, las fondas, los restaurantes y los hoteles” (*El Nacional*. 13 de julio de 1875), que el narrador se refiere despectivamente al “cholo coronguino”¹¹⁶.

¹¹⁶También puede verse en el empleo del término “cholo” por parte del narrador en el artículo “Pobre cholo” (*El Nacional*. 21 de febrero de 1880). Aunque en este caso, el narrador empleo este término con conmiseración, lamentando la suerte del protagonista: un indígena, serrano, pobre, campesino que es forzado a convertirse en soldado y marchar intempestivamente a Lima. Un desplazamientos forzado sin mayores posesiones que la pobre vestimenta con la que salió de su hogar esa mañana.

Como cierre de este subapartado, nótese las características de los limeños y del narrador resultado de sus interacciones. Con los limeños, a diferencia de sus paisanos, el narrador no hace mayor descripción en vestimenta. En cuanto apariencia, los limeños serían la norma y no necesitaría describirlos para sus lectores. A su vez, que no se detenga en describir su vestimenta sugiere que el mismo narrador se encontraba familiarizado. Sí existe una referencia a ciertos bienes materiales en el hogar, como una forma de validar la estabilidad económica en el mundo urbano de las dos familias limeñas que visita.

En cuanto conducta, sí hay mayor descripción y crítica al respecto. Con la familia de doña Prudencia (“Pan para mayo” 1879) se remarca en su educación y buen juicio, ser una de las familias más elegantes de Lima parece desprenderse no solo de su estado financiero, sino del buen trato que le engalana. En cambio, con los compadres del Tunante (c.1885-1889), se acusa una carencia de carácter: estamos ante tipos permisivos que no logran educar correctamente a sus hijos y que además han cedido a que estos maltraten a un invitado en casa.

Como puede apreciarse además, aunque se trata de dos artículos que fueron publicados en diferentes años (uno en 1879 y el otro en posguerra entre 1885 y 1889), en ambos casos hay consideración inicial con El Tunante ya que le reconocen como un sujeto de interés para ellos: el rol de tipo letrado, periodista, reconocido socialmente. En el artículo con sus ahijados la desautorización ante ellos, que lo “jaloneen como a un sirviente” es por su fenotipo andino “cholo”, su cara de “adefesio”¹¹⁷.

¹¹⁷ Como un breve apunte sobre esta acusación de la “fealdad” del narrador Tunante, de acuerdo a Adriana de Vernuil (esposa de Manuel González Prada), Abelardo Gamarra era poco agraciado. Según sus memorias, Adriana no entendía cómo Abelardo Gamarra pudo tener éxito en sus lances amorosos: *“siempre me pregunté ¿cómo podían caer las infelices?... Feo, casado, pobre y jaranista, ¿qué les pudo alucinar? En fin cada ser debe tener en sí un atractivo oculto, que sólo los privilegiados descubren y así se explican esas extrañas pasiones”*. (Vernuil 1947: 375. Mis cursivas).

Del artículo “Mis ahijaditos”, sobre los ahijados que reniegan de este padrinazgo hay un detalle adicional. Puede afirmarse que la casa de los compadres del Tunante es una metonimia de la ciudad de Lima. Cuando se acusa al narrador Tunante de estar fuera de su lugar, no solo es respecto a esa casa. Incluso en algo tan simple como la merienda a la que ha sido invitado, los niños le acusan de quitarles “su” comida como parte de la restricción en la que el personaje narrador no merece ninguna atención. Esta referencia a la comida puede leerse también en paralelo a la definición de “cholo”; es decir, como el sujeto que amenaza con mermar los beneficios de los dueños de casa.

Resulta interesante notar que el narrador Tunante actúa con los limeños con familiaridad, sin mayor recelo o conveniencia. Esto difiere en mucho de la actitud de su paisano “pegajoso” que procuraba hacerse notar a toda costa, en afinidad a la criticada actitud del trepador social. El narrador afirma su seguridad desde su condición de letrado, que le dignifica sobre cualquier otra condición. Dentro de esta relación que procura ser de respeto mutuo con los limeños, nótese a su vez tampoco hay mayores demostraciones de afecto como ocurre con sus paisanos.

Finalmente, la imagen de Lima se nutre de los encuentros y desencuentros del narrador Tunante con los forasteros serranos y los residentes limeños. En los artículos de costumbres que Gamarra publica entre 1875 y 1889 en “Rasgos de pluma”, el Tunante interactúa con sus paisanos y con los limeños en Lima con regularidad. La imagen de una Lima criolla exclusivamente blanca se desestabiliza con la presencia de los migrantes serranos en Lima, incluida la del mismo narrador aunque este reserva para sí la distinción del sujeto letrado.

La interacción entre el Tunante con los forasteros y los residentes dan la ilusión de que se trata de una ciudad pequeña, como una aldea, donde todo y todos están cerca. Lima, que como capital en desarrollo se percibía más cercana a Europa, no puede eludir

la presencia de los forasteros serranos en sus calles, sea por interés como el paisano pegajoso o por dramática necesidad como en el caso de don Tiburcio. Los desencuentros entre el narrador y los forasteros por lo general están marcados por la no conciliación de intereses desde la ciudad y campo; pero aunque no se concrete un sincretismo, hace visible intentos de diálogo.

De la interacción entre el Tunante con los forasteros y los residentes, se desprende que Lima aparece como una ciudad donde, a pesar de indicios de progreso y suntuosidad, enfrenta una serie de retos. Entre ellos, la presencia de los migrantes no es representado como un problema al menos no para el narrador a pesar de los pases que también protagoniza, incluso podría decirse que Gamarra lo representó como una oportunidad. Si bien su narrador Tunante no advertía del todo la riqueza del intercambio cultural y tenía prejuicios de la época, también observó que entre las diferencias entre ciudad y campo, entre Lima y provincias, en la capital se carecía de la expresión de las emociones y los afectos.

Esta diferencia entre urbe y campo se hace notoria en la interacción con los paisanos de El Tunante quienes tienden a ser efusivos, tanto que sorprenden a El Tunante, quien ya adaptado a Lima teme ser tan efusivo. En la capital, hay ciertas normas, etiqueta social de por medio. Solo con el excepcional don Tiburcio es que El Tunante cede a la alegría, y de tal modo que el emotivo abrazo entre don Tiburcio y El Tunante solo puede imaginarse bajo la idea de “como si estuvieran en una plaza de Pelagatos” y refundar el imaginario de Lima, en una necesidad humana que no estaba prevista en el umbral del progreso de la ciudad.

CONCLUSIONES

1. A partir de la revisión y el balance de las aproximaciones sobre Gamarra realizados entre 1920 y 1980, propongo que es necesario distinguir en la variedad de estos estudios, más allá de información específica y a veces guiños biográficos, algunas constantes en la valoración de los artículos de costumbres de Gamarra. Entre ellas, la expectativa sobre la impronta de provincias en la narrativa de Gamarra, sin que se analizase del todo sus artículos. También cabe valorar que señalaron, aún grosso modo, la importancia de su columna “Rasgos de pluma” en su obra, y que realizaron valiosos esfuerzos realizados de rescate hemerográfico (títulos y fechas de publicación) de esta.
2. De los estudios contemporáneos que abordaron a Gamarra, destaca notablemente el artículo de Guido Podestá. Aunque tiene algunas limitaciones, dado que no revisó directamente fuentes primarias ni emplea nociones de costumbrismo; su propuesta abre una nueva lectura de los artículos de Gamarra respecto a la relación Lima-provincias considerando la fluidez de la movilidad geográfica y cultural. Es uno de los más tempranos referentes para mi hipótesis. Como él bien señala, lo que Gamarra proponía en sus artículos no fue censurado tan solo por su denominada “deficiente” redacción, sino porque el contenido iba en contra de la homogenizadora normativa criolla que se sostenía desde Lima.
3. La relación civilización-barbarie entre ciudad y campo no es la única que aconteció en el siglo XIX, pero ha sido asimilada con mayor facilidad desde los estudios posteriores. Se requiere reflexionar sobre dicha binaria cultural en nuestra literatura y desentrañar que ha habido otros sentidos acorde al contexto y perspectiva de los autores. En el caso específico de Gamarra, la binaria ciudad-campo se asume inestablemente entre la aceptación (de que efectivamente cada contenedor alberga cualidades positivas

y negativas que se oponen) y la contrapropuesta con Pelagatos semejante a Lima, en el declive común del campo y la ciudad.

4. La migración como fenómeno histórico en el siglo XIX es un referente importante en la lectura contextual de los artículos costumbristas de Abelardo Gamarra. En tanto el artículo de costumbres es una un tipo textual con marcada influencia de su realidad inmediata, sostengo la importancia de conocer dicho contexto para los artículos de costumbres de Gamarra. No porque el artículo de costumbres sea mero reflejo de la realidad, pero sí se nutre de sus referentes con el objetivo de la verosimilitud costumbrista; a su vez es importante destacar que de entre todos los hechos posibles con los cuales pudo interactuar, Gamarra seleccionó dialogar con el proceso histórico mencionado.

Más aún, la categoría de “sujeto migrante” que se propuso en particular para el fenómeno de desplazamiento de sierra a costa que aconteciese a mediados del siglo XX, tiene importantes antecedentes en el siglo XIX. Los artículos de costumbres de Abelardo Gamarra enriquecen, como precedente, una historia de la imagen del sujeto migrante en nuestra literatura sobre migración del siglo XX.

5. La columna “Rasgos de pluma” (1875-1879/ 1885-1889) en el diario limeño *El Nacional* permite observar los artículos de Gamarra en un periódico político, literario y comercial de amplia difusión nacional e internacional. En cuanto el carácter político del periódico, el escritor habría estado familiarizado dado que él mismo cumplió roles políticos como diputado por su provincia. Y es posible afirmar que muchos de los temas que abordó el escritor tienen un cariz político en tanto se cuestionó por la representación de la capital y su relación con provincias con fines no solo descriptivos sino también performativos.

6. Retornar a la columna “Rasgos de pluma” (1875-1879/ 1885-1889) en *El Nacional* permite contrarrestar la impresión de que los artículos de costumbres son piezas menores o creación dispersa. Son más que simples piezas menores en tanto los artículos de costumbres en general, y los de Gamarra en específico, dialogaban desde prensa con un contexto vital e intenso, estrechamente vinculado con la cotidianidad social y cultural en la que el autor intervenía. Más aún se puede afirmar que la columna “Rasgos de pluma” fue un proyecto cohesionado y coherente por un objetivo, a pesar de los cinco años de lapso en el que suspendió sus publicaciones, en relación intertextual, entre fechas próximas y no tan próximas pero cercanos en los tópicos sobre Lima. Asimismo, el narrador Tunante, presente a lo largo de la columna periodística, es un importante hilo conductor que enlace a los artículos en un proyecto que se consolidó a través del tiempo durante más de diez años.

7. Dada la cuantiosa producción de artículos de costumbres de Gamarra publicados en su columna “Rasgos de pluma”, se requiere una selección estratégica que permita además una lectura transversal. A partir de la revisión cronológica de “Rasgos de pluma”, se distingue que los primeros artículos de costumbres en 1875 (“Picanterías, las fondas, los restaurantes y los hoteles”) y en 1885 (“Carta que puede publicarse. Primera resollada”) fundan la elaboración del narrador Tunante como migrante y el propósito de la columna “Rasgos de pluma” en su descripción de la ciudad de Lima. Adicionalmente a ellos, considero importantes para el análisis los artículos “La semana santa en Lima” (1876), “De Lima a Río Blanco” (1876), “Los paisanos pegajosos” (1878), “Cómo juegan en Pelagatos” (1885), “Otro de Pelagatos” (1886). Estos textos son un valioso rescate de la narrativa de Gamarra y pueden permitir nuevos análisis en la tradición de la representación de la capital.

8. La configuración del narrador migrante es vital en la lectura de Lima migrante en los artículos “Rasgos de pluma” de Gamarra. Desde su perspectiva (quién mira, qué mira y cómo mira) es posible aproximarnos a su propuesta narrativa. Para analizar a este narrador es valioso tomar en cuenta, de acuerdo a características del artículo de costumbres, el seudónimo, recurso que direcciona una personalidad en los artículos costumbristas. El Tunante se moviliza libremente entre un “aquí” y un “allá”, su perspectiva se ve influenciados por su desplazamiento físico y cultural. Acorde también a características del artículo de costumbres, el escritor por un pacto de verosimilitud costumbrista, puede emplear experiencias de su vida para nutrir la identidad de su narrador. Y así sucede con El Tunante, quien se presenta como periodista de “El Nacional”, un dedicado lector de literatura española y peruana, con origen natal de la sierra y migrante en la capital.

9. Las impresiones de Lima que comparte el narrador Tunante en el primer artículo con el que inicia “Rasgos de Pluma” marcan una pauta en su representación de la ciudad. En “Picanterías, las fondas, los restaurantes y los hoteles” (*El Nacional*, 13 de julio de 1875), el narrador visibiliza a sujetos no limeños en Lima que la transforman; Lima es mucha más compleja y variopinta que solo una ciudad europeizada, aunque el grupo criollo efectivamente detente el poder y bienestar (en restaurantes y hoteles).

10. Los artículos de costumbres de Gamarra en su columna “Rasgos de pluma” no disuelven ni transforman la binaria ciudad-campo, ni las desigualdades en las relaciones de poder, así como la categoría de migrante no es una resolución. El narrador migrante se refiere a Lima en sus primeros artículos entre 1875 y 1876 como una urbe vanidosa, con vicios; a su vez, los limeños le resultan exagerados y pretenciosos como se ilustra en “De Lima a Río Blanco,...”. Sobre las provincias serranas y sus paisanos puede ser muy despectivo como en “Los paisanos pegajosos” y con las costumbres de las

pelagatunos en “Cómo juegan en pelagatos”. Sin embargo, también tiene momentos de quiebre en los que defiende con vehemencia virtudes de la ciudad y del campo. Más aún, se entusiasma de encontrar a otros forasteros serranos, sus paisanos en Lima ya que le recuerdan su añorado pueblo. Estas contradicciones para un lector que revisase continuamente sus artículos en su columna pueden llegar al punto de hacer dudar al lector de la identidad del narrador; sin embargo resulta verosímil en cuanto la fragmentariedad de sus vínculos. Y lo que resulta de ello es que se intensifica la visibilización de las cualidades “normalizadas” en la binaria y nos cuestionemos que tan inflexibles son.

11. La creación de Pelagatos responde efectivamente al contexto de posguerra, como lo sugerían estudios previos; en base a mi revisión hemerográfica puedo afirmar que este pueblo imaginario nace con “Carta que puede publicarse” (*El Nacional*, 13 de enero de 1885). Acorde a la binaria, Pelagatos es un pueblo serrano, agreste, bárbaro; pero en las comparaciones con Lima el objetivo no solo es el contraste. En los dos artículos con los que Gamarra funda Pelagatos en 1885 (“Carta que puede publicarse” y “Cómo juegan en Pelagatos”), el narrador tienta entrelazar las imágenes de ambos espacios, entre la rural pelagatos y la Lima posguerra. En ese sentido, la representación de Pelagatos de Gamarra permeaba la representación de una Lima en crisis que también era objeto de reflexión de otros escritores de fines del siglo XIX, como lo fue de Manuel González Prada. Más aún, puede afirmarse que Pelagatos es una representación alternativa de Lima donde urbe y campo padecían problemas semejantes.

12. Los artículos seleccionados de la columna “Rasgos de pluma” para esta investigación presentan situaciones de encuentros y desencuentros en la ciudad que influyen en la configuración de la Lima migrante. El narrador Tunante recrea esto a través de sus propias experiencias como migrante serrano al interactuar en Lima con sus

paisanos (de la sierra peruana y el imaginario pueblo serrano de Pelagatos) y los limeños. Con los tipos de ambas comunidades, el narrador se siente cercano o distante por las cualidades que él valora o critica y que se desprenden de la binaria campo-ciudad. Así por ejemplo de sus paisanos valora su honradez, su trabajo en el campo, su inocencia; pero desprecia lo que considera premoderno en ellos, como su vestimenta, y se cuestiona de cómo reaccionar ante su efusividad. Con los limeños, valora de ellos su buena educación; así como a la inversa critica duramente la falta de esta. A su vez el narrador Tunante es juzgado por ellos, por los forasteros y por los residentes. El equilibrio es esquivo, pero las tensiones no fueron silenciadas.

BIBLIOGRAFÍA

Diccionario de la lengua castellana compuesto por la Real Academia Española. Madrid, Imprenta de la Real, 1803.

Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española. Madrid, Imprenta Real, 1817.

Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española. Madrid, Imprenta Nacional, 1822.

Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española. Madrid, Imprenta de D. Gregorio Hernando, 1884.

Diccionario de la lengua española. Madrid, Espasa, 2014.

Diccionario abreviado de Galicismos, provincialismos y correcciones del lenguaje. Medellín, Imprenta del Departamento, 1887.

Diccionario panhispánico de dudas. Madrid, Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española y Santillana Ediciones Generales, 2005.

El Nacional. Lima, Imprenta Pedro Lira, 1875-1880 / 1884-1889.

AINSA, Fernando. “Del espacio mítico a la utopía degradada. Los signos duales de la ciudad en la narrativa latinoamericana”, en *Revista del CESLA*,1 (2000), pp.23-37.

ALONSO, Martín, *Enciclopedia del idioma. Diccionario histórico y moderno de la lengua española (Siglos II al XX). Etimológico, tecnológico, regional e hispanoamericano.* Madrid, Aguilar, 1958.

ANAYA, Verónica. *¡Qué tal raza! Análisis lexicográfico de negro, indio y cholo en Juan de Arona.* Tesis para optar por el grado Magíster en Lingüística. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, 2010.

ARIAS-LARRETA, Abraham. “La reivindicación de Abelardo Gamarra”, en Julio Galarreta (prólogo y recopilación), *Homenaje a Abelardo Gamarra.* Lima, 1974.

ARONA, Juan. *Diccionario de peruanismos. Ensayo filológico*. Lima, Librería francesa científica J. Galland, 1884.

ARONA, Juan. *Diccionario de peruanos contemporáneos*. Lima, Librería e Imprenta Gil, 1913.

BASADRE, Jorge. *Historia de la República del Perú. 1822-1933*. Jorge Basadre Grohmann. Lima, El Comercio, 2005. Tomos 5, 6 y 7.

BASADRE, Jorge. “Abelardo Gamarra”, en Julio Galarreta (prólogo y recopilación), *Homenaje a Abelardo Gamarra*. Lima, 1974.

BLUME, Federico. “Prólogo”. En *El Novenario del Tunante*. Lima, Imprenta del Universo, 1877.

BUENO, Raúl. *Promesa y descontento de la modernidad*. Lima, Universidad Ricardo Palma, 2010.

BUENO, Raúl. *Antonio Cornejo Polar y los avatares de la cultura latinoamericana*. Lima, Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2004.

BURGA, Manuel y Alberto FLORES GALINDO. *Apogeo y crisis de la República aristocrática*. Lima, Rikchay Perú, 1979.

CAMINO CALDERÓN, Carlos. “La bohemia de Barranco”, en Julio Galarreta (prólogo y recopilación), *Homenaje a Abelardo Gamarra*. Lima, 1974.

CARBAJAL, Aladino. “Abelardo M. Gamarra: controversias sobre la fecha de su nacimiento”, en *Guamachuco. Revista de historia y cultura*, 1, 2 (2017), pp. 3-9.

CONTRERAS, Carlos. *El centralismo peruano en su perspectiva histórica*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2002.

CORNEJO POLAR, Antonio. *La cultura nacional: problema y posibilidad*. Lima, Lluvia editores, 1981.

CORNEJO POLAR, Antonio. *Escribir en el aire*. Lima, Editorial Horizonte, 1994.

CORNEJO POLAR, Antonio. “Una heterogeneidad no dialéctica: Sujeto y discurso migrantes en el Perú moderno”, en *Revista Iberoamericana*. LXII, 176-177, julio-diciembre (1996), pp. 837-844.

CORNEJO POLAR, Jorge. *El Costumbrismo en el Perú*. Lima, ediciones COPÉ, 2001.

COROMINAS, Joan. *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Madrid, Editorial Gredos, 1954. Volumen IV. RI – Z índices.

COSAMALÓN, Jesús A. *El juego de las apariencias*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2017.

CHIARAMONTI, Gabriela. “La redefinición de los actores y de la geografía política en el Perú a finales del siglo XIX”, en *Historia* 42, II, julio-diciembre (2009), pp. 329-370.

DELGADO, Washington. *Historia de la literatura republicana. Nuevo carácter de la literatura en el Perú independiente*. Lima, Ediciones Rikchay Perú, 1980.

DENEGRI, Francesca. *El abanico y la cigarrera: la primera generación de mujeres ilustradas en el Perú 1860 - 1895*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2004.

ELGUERA, Federico. *El barón de Keef*. Lima, Ignacio Prado Pastor, 1999.

ELGUERA, Federico. *El barón de Keef. Segunda Época. Charlas con Soria*. Lima, Ignacio Prado Pastor, 1999.

ELMORE, Peter. *Los muros invisibles. Lima y la modernidad en la novela del siglo XX*. Lima, Mosca azul editores y El Caballo rojo ediciones, 1993.

ESPEJO-SAAVEDRA, Ramón. “La creación y evolución del narrador larriano”, en *Decimonónica*, 4, 2 (2007), <www.decimononica.org/VOL_4.2/Espejo-Saavedra_4.2.pdf>, 15 octubre del 2015, 18:12h.

ESPEZÚA SALMÓN, Dorian. “Federico More y la formación de la tradición literaria en el Perú”, en *Letras* 85, 122 (2014), pp.149-164.

EZAMA GIL, Ángeles. *El cuento de la prensa y otros cuentos. Aproximación al estudio del relato breve entre 1890 y 1900*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, Prensas Universitarias, 1992.

FERNÁNDEZ, Justo. *Abelardo Gamarra, "El Tunante", su vida y obra*. Cusco, 1954.

FERRERAS, Juan Ignacio. "Novela y Costumbrismo". *Cuadernos Hispanoamericanos*. Madrid, 81, 42 (1970), pp. 345-367.

FLORES GALINDO, Alberto. "República sin ciudadanos". En *Buscando un Inca* Lima, Horizonte, 1994, pp. 213-236.

GALARRETA, Julio. *El Perú en Abelardo Gamarra*. Lima, Ed. Trilce. 1951.

GALARRETA, Julio. *Abelardo Gamarra en la crítica literaria*. Lima, 1972.

GALARRETA, Julio. (Prólogo y recopilación). *Homenaje a Abelardo Gamarra*. Lima, 1974.

GAMARRA, Abelardo. "El Chico Terencio". *El Correo del Perú*, 14 de febrero de 1875, p.3.

GAMARRA, Abelardo. "Picanterías, las fondas, los restaurantes y los hoteles", en "Rasgos de Pluma", *El Nacional*, 13 de julio de 1875, p.3.

GAMARRA, Abelardo. "Plaza de mercado", en "Rasgos de Pluma", *El Nacional*. 22 de julio de 1875, p.3.

GAMARRA, Abelardo. "Semana Santa en Lima", en "Rasgos de Pluma", *El Nacional*, 08 de abril de 1876, p.3.

GAMARRA, Abelardo. "De Lima a Río Blanco", en "Rasgos de Pluma", *El Nacional*, 14 de agosto de 1876, p.3.

GAMARRA, Abelardo. "Mi paisano en camisa de once varas", en "Rasgos de Pluma", *El Nacional*, 26 de agosto de 1876, p.3.

GAMARRA, Abelardo. *El Tunante en camisa de once varas*. Lima, 1877.

GAMARRA, Abelardo. “Los paisanos pegajosos”, en “Rasgos de Pluma”, *El Nacional*, 30 de marzo de 1878, p.3.

GAMARRA, Abelardo. “Pan para mayo”, en “Rasgos de Pluma”, *El Nacional*. Sábado 10 de mayo 1879, p.3.

GAMARRA, Abelardo. “Carta que puede publicarse”, en “Rasgos de Pluma”, *El Nacional*, 13 de enero de 1885, p.2

GAMARRA, Abelardo. “Cómo juegan en Pelagatos”, en “Rasgos de Pluma”, *El Nacional*, 24 de enero de 1885, pp.2-3.

GAMARRA, Abelardo. *El Novenario del Tunante*. Lima, Imprenta El Universo, 1885.

GAMARRA, Abelardo. “Otro de Pelagatos”, en “Rasgos de Pluma”, *El Nacional*, 21 de julio de 1886, p.2.

GAMARRA, Abelardo. *Costumbres del interior*. Lima, Imprenta Bolognesi, 1888.

GAMARRA, Abelardo. “Mis ahijaditos” en *Rasgos de pluma*. Lima, Edición Víctor A. Torres, 1899.

GAMARRA, Abelardo. “Después de la revolución” en *Rasgos de pluma*. Lima, Edición Víctor A. Torres, 1899.

GAMARRA, Abelardo. “Carta de Pelagatos” en *Rasgos de pluma*. Lima, Edición Víctor A. Torres, 1899.

GAMARRA, Abelardo. “Pelagatos en 1884” en *Rasgos de Pluma*, Lima, Edición Víctor A. Torres, 1899.

GAMARRA, Abelardo. “El carnaval en Pelagatos” en *Rasgos de Pluma*, Lima: Edición Víctor A. Torres, 1899.

GAMARRA, Abelardo. “Sarah Bernhardt y un pelagatuno” en *Rasgos de pluma*. Lima, Edición Víctor A. Torres, 1899.

GAMARRA, Abelardo. “Tertulias políticas: Patriotismo con galletitas” en *Algo del Perú y mucho de Pelagatos*. Lima, Imprenta de Carlos Prince, 1905.

GAMARRA, Abelardo. *Lima. Unos cuantos barrios y unos cuantos tipos. Al comenzar el siglo XX*. Lima, Litografía y tipografía nacional de Pedro Barrio, 1907.

GAMARRA, Abelardo. *Artículo de costumbres. Primera serie*. Lima, Rosay Editor, 1910.

GAMARRA, Abelardo. *Cien años de vida perdularia*. Lima, Ediciones de la Comisión Nacional de Cultura, 1921.

GAMARRA, Abelardo. *En la ciudad de Pelagatos*. Lima, Edición de Edmundo Cornejo, 1955.

GARCÍA CALDERÓN, Ventura. *Costumbristas y satíricos*. Paris, Desclée De Brouwer, 1938.

GONZÁLEZ, Aníbal. *La crónica modernista hispanoamericana*. Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1983.

GONZÁLEZ PRADA, Manuel. “Discurso en el Politeama”, en *Páginas libres. Horas de lucha*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1983.

GORRITI, Juana Manuela. *Veladas literarias de Lima. 1876 – 1877*. Tomo I. Veladas I al X. Buenos Aires, Imprenta Europa, 1892.

HEFFES, Gisela. *Las ciudades imaginarias en la literatura latinoamericana*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2008.

HOLGUÍN, Oswaldo. “El indio valeroso en la literatura de la Posguerra con Chile”. *La República de papel*. Lima, Fondo editorial de la Universidad de Ciencias y Humanidades, 2009.

KLARÉN, Peter, *Nación y sociedad en la historia del Perú*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2004.

LAMEDA, Hernán, “Historia de las ciudades imaginadas”, *Trienal de Investigación. Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Central de Venezuela* (2011), <<https://www.fau.ucv.ve/trienal2011/cd/documentos/hp/HP-8.pdf>>, 4 de setiembre del 2017, 18:30h.

LARSON, Brooke. *Indígenas, élites y Estado en la formación de las repúblicas andinas, 1850–1910*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002.

LIENDO, Laura. *La construcción discursiva de la mujer limeña desde la perspectiva de Carolina Freyre de Jaimes en la “Revista de Lima” de 1872 a 1874*. Tesis presentada para optar el Título Profesional de Licenciada en Literatura. UNMSM, Lima, 2012.

LOSSIO, Jorge. *Acequias y gallinazos. Salud ambiental en Lima del siglo XIX*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2002.

MALARET, Augusto. *Diccionario de Americanismos*. Buenos Aires : Emecé Editores, 1946.

MANRIQUE, Nelson. *Yawar Mayu. Sociedades terratenientes serranas. 1879 – 1910*. Lima, Instituto Frances de estudios andinos. DESCO. Centro de Estudios de Promoción y Desarrollo, 1988.

MARCHENA SIVERIO, Eduardo. *Víctimas, victimarios y héroes: La dimensión sacrificial en dos relatos de Abelardo Gamarra*. Tesis para optar por el título de Licenciatura en Literatura. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, 2013.

MARIÁTEGUI, José Carlos. “Abelardo Gamarra”. (Cap. VII: Proceso de la literatura peruana). *Siete ensayos de la realidad peruana*. Lima, Biblioteca Amauta, séptima edición, 1959.

MARTÍNEZ-PINZÓN, Felipe (y) Kari SORIANO SALKJELSVIK (eds.). *Revisitar el costumbrismo. Cosmopolitismo, pedagogías y modernización en Iberoamérica*. Frankfurt, Peter Lang edition, 2016.

MÉNDEZ, Cecilia. “De indio a serrano: nociones de raza y geografía en el Perú (siglos XVIII-XXI)”. *Histórica* XXXV, 1 (2011), pp.53-102.

MISERES, Vanesa. “Clorinda Matto de Turner: recorridos de una escritora y su mirada continental”. [s/f]. <<http://eladd.org/autoras-ilustres/clorinda-matto-de-turner/>>, 15 de marzo del 2017, 19:30h.

MONCLOA Y COVARRUBIAS, Manuel. *Los bohemios de 1886. Apuntes y recuerdos*. Lima, Gmo. Stolte, 1901.

MONCLOA Y COVARRUBIAS, Manuel. *Tipos menudos*. Lima, Carlos Prince, 1895.

MONTOYA URIARTE, Urpi. *Entre fronteras, convivencia multicultural, Lima siglo XX*. Lima, CONCYTEC/SUR, Casa de Estudios del Socialismo, 2002.

MURO MUNILLA, Miguel A. “Cuestiones de técnica narrativa en los artículos costumbristas de *El Pobrecito hablador*”. *Cuadernos de Investigación Filológica*, XVI, (1990), pp. 49-58.

NUSSBAUM, Martha. *Las emociones políticas. ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Barcelona, Paidós, 2014.

OLIART, Patricia. “Poniendo a quien en su lugar: estereotipos raciales y sexuales en la Lima del siglo XIX”. Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero (editores). *Mundos interiores: Lima 1850-1950*. 3ra. edición. Lima, Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico, 2004.

ORIHUELA, Esperanza. *Abelardo Gamarra y el sentido nacionalista de su obra*. Lima, [s.n.], 1941.

ORTEGA, Julio. *Cultura y organización en la Lima del 900*. Lima, Centro de Estudios para el Desarrollo y la participación, 1986.

PARKER, David S. “Los pobres de la clase media: estilo de vida, consumo e identidad en una ciudad tradicional”. Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero (editores). *Mundos interiores: Lima 1850-1950*. 3ra. edición. Lima, Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico, 2004.

PELUFFO, Ana. “El poder de las lágrimas: sentimentalismo, género y nación en *Aves sin nido* de Clorinda Matto de Turner”, en Mabel Moraña (editora). *Indigenismo hacia*

el fin del milenio. Homenaje a Antonio Cornejo-Polar, Pittsburgh, Biblioteca de América, 1998, pp. 119-38.

PEÑA ARMAS, Bertha María. *Personalidad: obra literaria y política de Dn. Abelardo M. Gamarra ("El Tunante")*. Lima : [s.n.], 1941.

PEÑAS RUIZ, Ana. *Hacia una poética del artículo de costumbres (1830-1850)*. Tesis para optar por el grado de Doctor. Departamento de Literatura Española, Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Universidad de Murcia. Murcia, 2013.

PODESTÁ, Guido A. "Abelardo Gamarra: La poética del forastero". En: *Indigenismo hacia el fin del milenio. Homenaje a Antonio Cornejo Polar*, en Mabel Moraña (editora). *Indigenismo hacia el fin del milenio. Homenaje a Antonio Cornejo-Polar*, Pittsburgh, Biblioteca de América, 1998, pp. 119-38.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl. *El periodismo en el Perú*. Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1970.

PORTOCARRERO, Gonzalo. "El fundamento invisible: función y lugar de las ideas racistas en la República aristocrática. En: *Mundos interiores. Lima 1850-1950*. Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero (editores). Lima, Universidad del Pacífico, 2004.

PORTOCARRERO, Gonzalo. *La urgencia por decir "nosotros". Los intelectuales y la idea de nación en el Perú republicano*. Lima, Fondo editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015.

PRINCE, Carlos. *Lima Antigua. Tipos de antaño*. Serie 1. Edición, prólogo y notas de César Coloma Porcari. Lima, 1992.

QUIJANO, Aníbal. *Imperialismo, clases sociales y estado en el Perú: 1890-1930*. Lima, Mosca azul, 1978.

QUIJANO, Aníbal. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En: *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Edgardo Landier (compilador). Buenos Aires, CLACSO, 2003.

RAGAS, José. "Del desencuentro a la inserción. Los migrantes de Lima y su representación (1850-1980)". *Casa de citas. Revista de literatura*, 5 (2008), pp.22-26.

RAMA, Angel. *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del Norte, 1984.

RAMOS, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Caracas, El perro y la rana, 2009.

RUBIO CREMADES, Enrique y María de los Ángeles AYALA ARACIL. *Antología costumbrista*. Barcelona, El Albir, 1985.

SÁNCHEZ, Luis Alberto. *Literatura Peruana*. Lima, Ediventas, 1965.

SÁNCHEZ, Luis Alberto. *Introducción crítica a la literatura peruana*. Lima, Villanueva Editor, 1974.

SÁNCHEZ, Luis Alberto. “La muerte de El Tunante”. En *Homenaje a Abelardo Gamarra*. Lima, 1974.

STEIN, William W. “‘Peruanicemos al Perú’: José Carlos Mariátegui y José María Arguedas”, en *Ciberayllu*, <http://www.ciberayllu.org/Ensayos/WS_Peruanicemos.html>, 13 de abril del 2018, 17:30h.

TAURO, Alberto. *Catálogo de seudónimos peruanos*. Lima, Ariel, 1992.

TAURO, Alberto. *Diccionario enciclopédico del Perú*. Lima, Editorial Mejía Baca, 1966.

TAURO, Alberto. *Elementos de literatura peruana*. Lima, Palabra en defensa de la cultura, 1946.

TAMAYO VARGAS, Augusto. *Literatura peruana*. Lima, Peisa, 1993.

TORRES ESPINOZA, Jannet. *El artículo costumbrista de Manuel Moncloa y Covarrubias, 1885-1895. Caminos hacia el cuento peruano moderno*. Tesis para optar por el grado de Licenciatura en Literatura. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, 2010.

TORRES ESPINOZA, Jannet. “Apuntes sobre la columna costumbrista «Rasgos de pluma» (1875-1880 / 1885-1889) de Abelardo Gamarra en *El Nacional*”, en *Entre Caníbales. Revista Literaria Peruana*, 3 (2017), pp. 29-40.

TORRES ESPINOZA, Jannet. “Abelardo Gamarra «El Tunante» y el narrador forastero en los artículos de costumbres en «Rasgos de pluma» (1875-1877), en *Boletín del Instituto Riva Agüero*, 3, 1 (2018), pp. 163-190.

TORRES ESPINOZA, Jannet. “Abelardo Gamarra y un lugar llamado Pelagatos (o los extramuros de la modernidad)”, en *Amerika*, 17 (2017), <<http://journals.openedition.org/amerika/8293>; DOI : 10.4000/amerika.8293>; 07 de mayo del 2018, 12:30h.

TORRES, Víctor A. “Prospecto”, en *Rasgos de pluma de El Tunante. Ilustrada con litografías y fotograbados*. Lima, Víctor A. Editor, 1899.

VALERO, Eva. *Lima en la tradición literaria del Perú. De la leyenda urbana a la disolución del mito*. Lleida, Ediciones de la Universitat de Lleida, 2003.

VALDELOMAR, Abraham. “Crónica de Lima” (30 de noviembre 1910), en Ricardo Silva Santisteban (edición), *Obras completas de Abraham Valdelomar*. Lima, Ediciones Copé, 2000. Tomo I.

VARILLAS, Alberto. *Literatura peruana del S. XIX*. Lima, Fondo editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1992.

VELÁZQUEZ CASTRO, Marcel (comp). *La República de papel. Política e imaginación social en la prensa peruana del siglo XIX*. Lima, Fondo editorial de la Universidad de Ciencias y Humanidades, 2009

VELÁZQUEZ CASTRO, Marcel. "La ciudad degradada: Lima en los textos de González Prada", en: Thomas Ward (ed.), “*El porvenir nos debe una victoria*”. *La insólita modernidad de Manuel González Prada*. Lima, Fondo editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010.

VELÁZQUEZ CASTRO, Marcel. *La mirada de los gallinazos. Cuerpo, fiesta y mercancía en el imaginario sobre Lima (1640-1895)*. Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2013.

VERNUIL, Adriana. *Mi Manuel*. Lima, Cultura Antártica, 1947.

VICTORIO, Patricia. “Las litografías de *El Perú ilustrado* en la construcción del sentimiento de nación”, en: Marcel Velázquez Castro (comp). *La República de papel. Política e imaginación social en la prensa peruana del siglo XIX*. Lima, Fondo editorial de la Universidad de Ciencias y Humanidades, 2009.

VIDAL, Luis Fernando. “La ciudad en la narrativa peruana”. *Presencia de Lima en la literatura*. Lima, Desco, 1986.

WATSON, Maida I. *El cuadro de costumbres en el Perú decimonónico*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo editorial, 1980.

WATSON, Maida I. “La función de la comida en la literatura costumbrista peruana del siglo XIX”, en: Marcel Velázquez Castro (comp). *La República de papel. Política e imaginación social en la prensa peruana del siglo XIX*. Lima, Fondo editorial de la Universidad de Ciencias y Humanidades, 2009.

WILLIAMS, Raymond. *El campo y la ciudad*. Prólogo a la edición en español de Beatriz Sarlo. Traducción de Alcira Bixio. Buenos Aires, Paidós, 2001.

ZANUTELLI ROSAS, Manuel. *Periodistas peruanos del siglo XIX. Itinerario biográfico*. Lima, Universidad San Martín de Porres, Fondo editorial, 2005.

ANEXOS

ANEXO 1:**Accesibilidad a “Rasgos de pluma” en *El Nacional***

La Biblioteca Nacional del Perú (BNP) registra en su catálogo al diario en mención de la siguiente manera: *El Nacional*. Diario político, literario y comercial de Lima. Imprenta de “El Nacional”, calle Melchormalo. Lima, 1865-1902.

Para aproximarme a la columna “Rasgos de pluma” en *El Nacional*, revisé el diario orientándome en el catálogo que elaboró Orihuela (1941). Ella registra un gran número de artículo, aunque dispersos, entre 1873 a 1878 y de 1886 a 1887. Como parte de la búsqueda puedo afirmar que la columna se publicó desde julio de 1875 a diciembre 1889.

En este rango (1875-1889), el acceso al diario en la BNP se encuentra como detallo a continuación.

<i>El Nacional</i>						
	1875 ¹¹⁸	1876 ¹¹⁹	1877	1878	1879	1880
Intangibles	X (enero-junio)	X (completo)	X	X (enero-junio)	X (enero-junio)	
Microfilm	X (completo)	X (completo)	X (completo)	X (enero-junio)	X (enero-noviembre)	X (enero-setiembre; 20 de noviembre; 11 de diciembre)
No disponible en registro de la BNP (NDR)				(julio-diciembre)	(diciembre)	(octubre; casi todo noviembre; casi todo diciembre)

¹¹⁸ El primer artículo de Gamarra aparece en julio de 1875, y desde ese momento Gamarra publica sus artículos en *El Nacional*. Pero su columna “Rasgos de pluma” aparece como dependiente de la sección “Crónica local”.

¹¹⁹ A partir de este año aparece propiamente la columna “Rasgos de Pluma” es una sección independiente.

<i>El Nacional</i>									
	1 8 8 1	1 8 8 2	1 8 8 3	1884 ¹²⁰	1885	1886	1887	1888	1889
I				X (setiembre- diciembre)	X (enero- mayo)			X (setiembre - diciembre)	X (enero - junio)
M				X (setiembre- diciembre)	X (enero- mayo)	X (enero- julio)	X (comp.)	X (comp.)	X (julio - diciembre)
NDR	x	x	x	(enero- agosto)	(junio- diciembre)	(agosto- diciembre)			
No se publicó	x	x	x						

¹²⁰ Entre 1881 y 1883 no se publica *El Nacional*, se entiende que por la ocupación de la capital por el ejército chileno. A partir de 1884 el diario vuelve a circular; pero los “Rasgos de pluma” aún aparecerán a partir de enero de 1885.

ANEXO 2:

Relación de artículos seleccionados y recopilados desde prensa para la presente tesis

Título original	Fecha de publicación en “Rasgo de pluma” en <i>El Nacional</i>	Publicación en alguno de los libros de Abelardo Gamarra ¹²¹
“Las picanterías, las fondas, los restaurantes y los hoteles”	13 de julio de 1875, p.3.	No
“De Lima a Rio Blanco y de Rio Blanco a Lima. Viajecito muy competente”	14 de agosto de 1876, p.3.	No
“Los paisanos pegajosos”	30 de marzo de 1878, p.3.	No
“La semana santa en Lima”	8 de abril de 1878, p.3.	No
“Carta que puede publicarse. Primera resollada”	13 de enero de 1885, p.2	Sí. “Pelagatos en 1884” en <i>Rasgos de pluma</i> (1899)
“Cómo juegan en Pelagatos (Costumbres del Interior)”	24 de enero de 1885, pp.2-3.	Sí. “El carnaval en Pelagatos” en <i>Rasgos de pluma</i> (1899)
“Otro de Pelagatos”.	21 de julio 1886, p.2.	Sí. “Después de la revolución” en <i>Rasgos de pluma</i> (1899)

¹²¹ Principalmente cotejé con *Rasgos de pluma* (1899) y reimpresiones respectivas. Más también realicé revisión con las otras seis recopilaciones de artículos de costumbres que se conocen del autor.

ANEXO 3:

Crónica local. *El Nacional*. Lima, 13 de julio de 1875, p.3.

Rasgos de pluma.- Un amigo nuestro que se titula “El Tunante”, y que es, sin embargo más formal que un viejo de ochenta años en su quinto matrimonio, nos ha obsequiado con un artículo que publicamos en seguida, y cuyo epígrafe genérico, que es el mismo de este suelto, nos anuncia que no es este el único que nos obsequiará sino el primero de varios.

Así sea.

Y así sin dar parte alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana antes del día, (que era de los calurosos del mes de julio), se armó de todas sus armas, subió sobre su Rocinante, puesta su mal compuesta celada, en el brazo su adarga, tomó su lanza, y por la primera falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuanta facilidad había dado principio a su buen deseo.

Cervantes

No de otra manera salimos hoy a comenzar nuestros escritos sobre cosas de esta Capital, y ojalá que aunque ellos nada valgan en sí, como las fasañas del ilustre Machego, puedan dar algún entretenimiento a desocupado lector.

Comencemos por LAS PICANTERÍAS, LAS FONDAS, LOS RESTAURANTES Y LOS HOTELES.

Qué viene a ser una picantería? Es nada menos que una casita por lo regular media oscura y bastante desaseada. El patrón suele ser algún D. Francisco, mulato mofletudo, barrigón y con una cara de vinagre; casi siempre es casado, y Ña Juanita su mujer es alguna china-chola, de anchas caderas, brazo gordo, pechos abultados; regañona y cejijunta; ambos visten de sucio y excepto la manteca ninguna diferencia hay entre el mandil y la camisa.

Quien no ha ido alguna vez a alguna de las de Malambó ó el Cercado, donde abundan. En fin, por si el lector no lo hubiese hecho, puede hoy acompañarnos.

Aquí tiene U. dos o más saloncitos, ó cuartos, en los que hay una mesa larga, como la esperanza de un indefinido, y dos o más pequeñas, como la de un Presidente en vísperas de dejar la poltrona, cubiertas de manteles llenos de manchas de comida, sobre los que se ven una alcaza mal provista y una jarra de loza de siete mil colores, sin pico y sin oreja. Por uno de los lados de la mesa grande está un escaño o un sofá, más viejo que la peste, y por los otros, varias silletas de madera, próximas a decir adiós a la picantería; un cholo coronguino, ó de lugar parecido, hace servicio en compañía de los amos. Venga acá el coronguino.

- Hombre, ¿qué hay que comer?
- Tiene U. ajiaco; patitas; camarones; sopa; olluquito con charqui; lomito; carne asada; caucau; arroz y carapulca.

- Bien, trae para mí sopa, y para el señor, un buen lomito.

El coronguino, sin salir de su paso, se dirige a la cocina y al cabo de diez minutos regresa trayendo dos olluquitos con arroz.

- Pero hombre, si esto no se ha pedido.
- U. dijo pues olluquito.
- Válgame el cielo. En fin, trae pues dos lomitos.

Diez minutos después regresa el coronguino trayendo dos sopas y un lomito.

- Pero, hombre de Dios, ¿quién te ha pedido sopa ahora?
- ¿U. pues no pidió?
- ¡Maldito sea! Pero, en fin, qué chicha hay.
- Tiene U. de jora; de garbanzo y de maní
- Trae un vaso de jora y otro de maní; ¿eh? Jora y maní, ¿entiendes?
- Uno de jora con maní grita el cholo alejándose; en vano lo llamamos para que rectifique su pedido, impertérrito, como un diputado de los tercicos, va y regresa trayendo en un solo vaso las dos chichas.
- ¡Canastos! Hombre, si esto no se ha pedido
- U. pidió pues chicha
- Pero por separado.
- U. pidió pues jora
- Cabal, y el señor pidió maní.
- *Tamién* pues tiene maní.
- ¿Pero no ves que está todo mezclado?
- U. pidió pues chicha.
- Pero no seas bruto.
- U. pidió pues jora.
- Acabemos: venga la cuenta.
- Tiene U. medio; un real; real y medio (contando los platos) qué más á *tomau* U.
- ¿Y volvemos a las andadas?
- Tiene U. medio; un real (contando nuevamente); real y medio....
- Anda al demonio, coronguino, venga el patrón; en efecto se acerca este, reprende al cholo, que se queda muy fresco, pagamos y abur; salimos renegando del mal servicio, de la maldita calma de los cholos y de no haber podido comer lo que quisimos.

Los parroquianos de las picanterías son gentes que bien podemos llamar pueblo; más allá también los mocitos de cuerda llevan a las mozas de lo mismo y en menos de un vendito se forma la jarana, se pasa al saloncito de reserva, o al corredor si es casa huerta, y allí, al rasgo de una buena guitarra, al golpe del cajón y al canto de dos negros *¡alza mi alma!* Comienza el *tomo con U.*, *el mi vida*, *cholito del alma*, *negra linda*, y el sandungueo, tan divinamente descrito por nuestro fecundísimo Segura.

A las picanterías del Cercado suelen los fulanos de tal hacer también sus robaditas; pero pasemos a las fondas que ya es tiempo.

Estas se hallan diseminadas en toda la capital, aquí y allá se lee: fonda y café de Jacinto José; o fonda café y té de Achon; ó de Nancen, ó de Tankin, porque casi todas las fondas son de chinos, de esas abejas incansables, infelices para quienes apenas se hace algo en la república de la igualdad y la fraternidad y todos esos otros en ad, que no recordamos por ahora.

No entramos a la fonda de esta o aquella calle, porque pudiera vernos fulanita, que no se despega del balcón, que vive allí como una cariátide; vamos por el portal de Botoneros, y como quien no hace la cosa zas tornamos a Petateros y entremos en la fondita de Montero, que podemos llamar la fondita republicana, y republicana práctica, porque entra aquí gente definida o indefinida; comen aquí las viejecitas, que viven módicamente gracias a una pequeña cantidad que les pasa algún hijo; los estudiantes económicos que con los libros bajo el brazo se deslizan con mucha prosa sin que nadie los note; muchos de estos que más tarde serán quizá ministros, presidentes, para cargar de gabelas la industria y ajustar las clavijas a los pobres macacos; comen aquí también los artesanos, los dependientes, cuyo sueldo no alcanza para más, los trabajadores con su costal al hombre; en fin, toda esa gente honrada y buena, que vive pobremente, con tal de no andar entrampada; esa clase laborioso que forma la gran mayoría de nuestro pueblo.

No deja de ser satisfactorio, por más que la necia pedantería lo repugne, ver un colegial, un comerciante, un militar de gradación, indefinido o caído, un artesano y a veces un cargador, sentados a la misma mesa conversando familiarmente, guardándose los respetos convenientes á su posición, á la vez que conservando cierta igualdad, cierta armonía, que dice muy claro que todos son hijos de un pueblo, unidos a la hora de comer, como lo estuvieron a la de combatir el dos de Mayo, como lo estarán siempre a la hora de sostener sus libertades. Pero volvamos al asunto:

- Chino, ¿qué hay que comer? En menos de un vendito, contesta: sopa *asa de* papa, pecho *asau*, chanco *asau*, carne *asa*, frejoles con *asa*...
- A ver esa sopa.
- Sopa, repite el chino en voz alta, y al minuto ya lo tenemos por delante; en cinco minutos más tomamos otro plato así,... Viene la infaltable miel con requesón, ó el lacayote y abur.

Los chinos tienen el genio de la cocina y son los más aparentes para estas fondas, en que come gente de trabajo, que necesita yantar pronto para ir en busca del pan de cada día. Qué agilidad, qué listos son los chinos, cada cual es una lagartija; zis sirven, zas cobran, y zus afuera; el estudiante a machacar, el militar a dar vueltas por la tesorería, el dependiente al mostrador y el mozo de cordel a su esquina.

Vengan ahora los hoteles, dejemos al pueblo y vamos con la aristocracia, ó a los hombres decentes como decía nuestro festivo Ibrahim Clarete.

Entre la fonda y el hotel, se encuentra el restaurant, como si dijéramos la *bourgeoise*. (Cuándo había de faltar una palabrita por allá). No nos detendremos en estos, bástenos

decir que con muy raras excepciones, en ellos manducan los cocheros y otras gentes bullangeras y parlanchinas, así pues, continuemos.

Ya en nuestra hermosa capital se deja sentir la necesidad de un hotel en toda regla, tal cual lo tienen otras poblaciones; algo parecido al “Hotel Palacio” de San Francisco, algo como los muchos Parisinos peces que tenemos, poco más o menos son los mismo y sin espacio para dar una idea exacta y minuciosa de uno de ellos, entremos a comer y esto baste por hoy.

En los salones de nuestros hoteles se ven mesas de diferentes tamaños, cubiertas de manteles muy limpios, pobladas de botellas de cristal, copas, aleusas, platitos con rábanos con cebollas o ajíes, tarritos de mostaza, etc, etc. En las paredes se ven grandes espejos y cuadros con elegantes marcos. A la entrada está el mostrador: sobre él se ve azafates de frutas diversas, trozos de buena carne, pescados, conchitas, jamón, quesos, pastelitos; en fin, todo muy limpio, todo provocativo y abundante; tras el mostrador hay una surtida batería e licores de toda clase. El patrón es un extranjero que con dos o más dependientes atiende al mostrador; mientras doce o quince cholos, con servilleta al hombro, en mangas de camisa, muy blanca, hacen el servicio de mesa; aquí no hay ni tanta pachocha como en las picanterías, ni tanta agilidad como en las fondas; los cholos civilizados, muy orondos, andan de aquí para acullá, alcanzando las listas, los cubiertos, las canastas de pan, sacudiendo, destapando botellas y cobrando medio o dos reales más al que le ven la cara larga.

- Vamos, a ver, ¿qué hay que comer?
- Tiene U. sopa a la italiana, de rabioles, juliana, ternerita con petipúa, corderito, chibatito, etc. Y todo con petipúa, y todo con *pité* o *pre* o cosa alguna parecida, que todo es nombre y nada sustancia.

Los parroquianos de los hoteles son gente acomodada: comerciantes, dependientes, prosistas, unos que tienes cómo, y otros porque digan: come en el hotel tal; diputados, ninguna señora, no pocas de aquellas sanguijuelas que no paran hasta que se les convide; algunos que echan de cuando en cuando su arruguita al hotelero y toda esa gente de cuello parado, bastoncito y paltó.

“Como en el Cardinal, os dice uno, como si dijera: gasto mucho: “ayer estuve con fulanito en el Americano”, dice otro (pobretón). En fin, pongamos punto final, porque si vamos a echar tijera tendríamos que dejar muchos *pallositos* sin falda y hoy hace mucho frío, que se abriguen, que se abriguen esos pedantes, que comer en el hotel se figuran lo mismo que tener sesos.

ANEXO 4:

“Rasgos de pluma”. *El Nacional*. Lima, 14 de agosto de 1876, p.3.

De Lima a Río Blanco y de Río Blanco a Lima. Viajecito muy competente

Las siete de la mañana del día de ayer sería cuando mi patrona, que oye misa de seis en la Nazarenas, me golpeo la puerta diciendo:

- Hijo, levántate si es que no quieres que el tren te deje.

En efecto, la víspera la había yo encargado que me despertase, pues, quería ir a respirar un poco de aire por aquellas cuestas del camino de la Oroya.

En menos de un segundo me vestí, y en dos *trancazos* me puse en la estación central.

Cuando llegue ya la multitud de viajeros esperaba la hora de salida.

Busqué entre ellos a un amigo a quien había convidado ofreciéndome *portarme* en el almuerzo; pero el tal amigo me jugo la maza aguada¹²²: no pareció por más que lo espere.

Hecha la intención de irme solo me puse a recorrer la línea de viajeros a guisa del cronista.

Los que iban con familia eran los que más llamaban mi atención pues llevaban canastas, paquetes, atados y maletas llenas de provisiones comibles y bebibles.

Los solteros lo único que trataban de inspeccionar era el estado de la cartera: que en habiendo *cun quibus*¹²³ lo demás es lo de menos.

Nada más curioso que los diálogos entre los que iban por vez primera y los que ya conocía aquellos lugares y se la daban de *baquianos*¹²⁴.

- ¡Cómo! Decía uno – ¿así va U. a ir señorita? No lleva algún abrigo para preservarse de la helada?
- ¿Hay helada?
- Sí, señorita, aquello es un páramo.
- Muchacho – decía en esto la *niña* – anda trae mi pañolón negro.
- Sí, sí – añadía otra – a mí, mi *manchón*¹²⁵.
- Mi saco, ese de terciopelo – decía otra
- Y mi sobretodo – agregaba – papá

Al cabo de un rato regresaba el muchacho con un cargamento de abrigos.

¹²² “Hacer la masa aguada” es un coloquialismo, significaría “hacer una jugarreta”, una broma.

¹²³ En la latín la expresión correcta es “cum quibus”, quiere decir “con lo cuales” a manera de “posesiones”, “riqueza”.

¹²⁴ Expresión de América del Sur, para designar a un experto en caminos y atajos, que tiene el rol de guía para transitarlos. (*Diccionario panhispánico de dudas*, 2005). También puede aplicarse a ser diestro en la navegación por los ríos, incluso hábil en cosas peculiares de un país (Malaret, *Diccionario de Americanismos*, 1946).

¹²⁵ Expresión de América del Sur, para designar una prenda de abrigo para las manos. (Malaret, *Diccionario de Americanismos*, 1946).

Este diálogo y este ejemplo seguían las demás de suerte que aquello era un diluvio de capotes, capaz, sacos, guantes de lana y creo que vi un vestido completo de jebe que por novelería no se quedan nunca las gentes.

Hasta a mí me estaba pesando no haber llevado una frazada para envolverme a la hora de la helada, pues tanto la exageraban los *palanganas*, que llegue a pensar por un momento no que íbamos a Río Blanco; sino al Polo Ártico.

Por fin se dio la señal de partida y aquí fue la de los empujones para subir a los coches.

Por primera dirigencia me dieron un pisotón en uno de los cayos que me dejaron seco por algunos minutos y del salto que di tumbé a una chola que con más de siete canastas de *fiambre* me disputaba la subida.

Una vez en los coches resultó que faltaban los asientos y que gran parte de los viajeros tuvieron que ir en uno sacando *manteca*.

Mi padrino, el general Echenique no tuvo otro recurso que apoderarse del escusado y a guisa de quien hace un *diligencia* se colocó rodeado de sus amigos y yo que le hacía de centinela.

En fin, llevándome del viejo refrán aquel que dice: perro que no anda no encuentra hueso, desamparé la guardia y me fui a recorrer los coches.

No había dado diez pasos cuando oí que me llamaban.

Era un amigo que con su señora y otros dos caballeros hacia el viaje.

Hecha la presentación de estilo, me dieron un campito, y caten UU. al Tunante mejor colocado que su padrino.

Bien por el condiscípulo.

Uno de los caballeros que acompañaba a mi amigo no era caballero, sino caballerito: es decir, jovencito.

Un picarón, un diablito que durante todo el viaje entretuvo a las gentes.

El tren partió y yo me preparaba a ver los hermosos cuadros que se me presentaran en el camino.

Por lo pronto diré a UU. que el primero no fue nada hermoso, pues fue aquel comprendido desde el puente de fierro hasta Viterbo, cuadro esencialmente *plástico*, y del que hubiera querido sacar una fotografía, para enseñársela a la Municipalidad; como tributo de admiración, por su celo en beneficio de la higiene de aquel lugar. Una vez que lima se fue quedando atrás, se mudó la decoración, y de aspecto repugnante se convirtió el camino en pintoresco.

Hacia el lado izquierdo del río, la gran pampa cubierta de potreros a los que recién eran conducidos los ganados de los corrales donde los encierran por la noche.

Hacia el lado derecho, los pequeños cerros cubiertos de musgo, sobre cuyas cumbres una ligera neblina comenzaba a formarse como un manto de blanco tul.

El sol de la mañana dorando por partes la campiña, no quemando aun, sino alegrando con sus hermosos rayos el paisaje; el río deslizándose cristalino y bullicioso por entre pequeños bosquecillos; todo comenzó a llamar la atención de los viajeros, que inclinados hacia las ventanillas se señalaban los lugares que más llamaban su atención.

A medida que avanzábamos, la parte llana iba minorando de ancho, y bien pronto comenzamos a penetrar en la quebrada.

Era cerca de las diez; en la Chosica no habían preparado almuerzo; más en cambio en un coche de segunda clase había una especie de restaurant bien provisto y cada cual comenzó a desatar el equipaje y a sacar el fiambre.

Pie a tierra y todo el mundo a mover las quijadas.

Dio principio el butifarreo y cada prójimo comenzó a asentar la palabra.

Los que no habían llevado fiambre pasaron al restaurant y como se dice vulgarmente, plata en mano y chivato en pampa: allí encontraron todo y no muy caro; entre paréntesis.

Desde que las quijadas se pusieron en movimiento, los pies hicieron lo mismo y los viajeros pasaban de aquí para acullá y se oían saludos, risas y *posteo*: todo el mundo estaba contento.

Después de un corto descanso en la Chosica, partió bramando la locomotora y cada pájaro regreso a su jaula.

Incidentes hasta aquí: primero, una señorita fue a aspirar álcali y este le salto a los ojos y tuvo por largo rato que estar echándose agua fresca, con gran pena de su esposo e inquietud de los compañeros de viaje.

Segundo incidente. Subió a los coques un granadillero con grandes sertas de granadillas, todos se engranadillaron y el que no se engranadillo no fue buen engranadillador.

Una morena compró un peso de granadillas, dióle al cholo vendedor un sol y como la locomotora fuese a partir, el cholo se hizo el apurado y raspó la bola con el vuelto; pero el pícaro de mi compañero le dio la media vuelta y en el momento en el que el cholo saltaba a tierra le atrapo una sarta de a cuatro reales diciéndole: dos por el vuelto y dos para que otra vez no robes y abur, y dándole a las granadillas procedimos nuestro viaje.

UU. dirán, mis lectores que estoy apuntando hechos insignificantes.

A lo que lo contestaré, primero que en un viaje de Lima a Rio Blanco, no pueden ocurrir sino estos hechos, y segundo que en una famosa obra de viajes de nuestro paisano, he leído que en su viaje a Jerusalén tiene apuntado el sitio donde orinó, con ítem más una meditación sobre si en aquel lugar quizás se orinaría, dice, Chateaubriand. Con que, sigamos.

El camino hasta san Bartolomé sigue siendo pintoresco por la quebrada cubierta de matorrales por cuyo fondo pasa el tren.

Desde San Bartolomé no es el paisaje lo que llama la atención del viajero, es el camino, es esa obra gigante que mientras más se ve más se admira.

Maravilloso es en verdad ver subir al tren como un monstruoso ciento-pie, por aquellos encumbrados cerros, saltando, si así decir se puede, de una montaña a otra, introduciéndose en profundos túneles, como en sus formidables agujeros, bramando y haciendo retumbar por largo rato las encrucijadas y estremecer las rocas bajo su formidable mole.

Maravilloso es en verdad ver aquel monstruoso ciento-pie culebreándose por las faldas de los montes: enroscándose alrededor de ellos; trepando a sus cimas; subiendo, bajando; ya corriendo veloz; ya jadeándose arrastrándose como quien toma aliento para seguir enfurecido.

De pronto aquí, luego acullá, de repente cerca del río y al minuto en la cima de un cerro.

Aquello es sorprendente, aterrador, casi incomprensible. En el punto que se llama infiernillo levanta uno la cabeza para mirar al punto culminante de los montes y solo ve su inmensidad, cortada a pico y amenazando desplomarse sobre uno.

Brama allí la locomotora y su bramido agudo parece ser acompañado del grito salvaje de aquella encrucijada.

Lanzas sus nubes de humo, que coposas se levantan, y a través de ellas, allá, lejos, como un fanal de luz cárdena, se ve el sol cual un faro puesto en la cima de la montaña más gigante.

¿Y qué diremos de los túneles?

Cuando el tren penetra en ellos, la luz va gradualmente desapareciendo hasta que hay tal oscuridad que no se distingue ni la palma de la mano: lóbrego es aquello y el zumbido del tren resuena sordo y pavoroso bajo esas bóvedas de granito.

Mientras más se prolonga la oscuridad, más se admira y muchas veces al pasar esos túneles los viajeros lanzaban gritos de entusiasmo.

No hay quien pase por primera vez un túnel que no se impresione vivamente; parece que se va a desplomar el cerro al tiempo de cruzarlo.

Pero qué estamos haciendo, volvamos al cuento.

Hasta Surco no tuvimos ningún incidente notable.

Aquí al parar el tren se rompió con madera y toda la cadena que sujetaba a los coques y la máquina.

Milagro patente, como dijera una beatita, pues si en vez de romperse al parar se rompe andando, a esta hora el Tunante estaría escribiendo en vez de este rasgo de pluma, el rasgo de sus culpas para presentárselas a San Pedro .

Arreglado el tren siguió la marcha.

Una vez en Matucana todos bajamos y fuimos a recorrer el pueblecito.

Muchas familias que allí toman temperamento salieron a recibir a sus amigos y cada cual tiró por su lado.

Yo me fui por donde me apuntaba la nariz y vean UU. sino era buena cuando derecho me llevó hacia una tienda en cuya puerta se leía: - fonda peruana, café y té.

Muchos entramos a la fonda, en la que salvo pan y tamales lo demás estaba crudo.

La patrona con un rabo de vaca espantaba las moscas y con mucha prosa daba sus órdenes a un matucanino, su criado.

Pasada la fonda vi otro rotulo que decía: “colegio para varones”, como era día de fiesta estaba cerrado, así es que no se si habrá una banca si quiera en el dicho colegio para varones.

Pasamos a la plaza todos y dimos un paseo por la única calle del pueblo.

Matucana es un pueblecito triste y que recién está levantando cabeza gracias a la línea férrea.

De pronto oímos prevención y todos partimos al escape a tomar nuestro haciendo.

No bien habíamos salido de Matucana cuando comenzó a ponerse mala la esposa de mi amigo y hubo que darle a aspirar sales y hacer que se lave la cara con agua fresca.

Desde Tambo de Viso hubo que dividir el tren y era hermosísima la vista que los dos presentaban, pues cuando el uno yacía en la base de un carro el otro cruzaba cerca de la cima y los pasajeros de uno a otro tren se hacían señales con los pañuelos.

Antes de llegar a San Mateo hay en la quebrada una lindísima laguna: el agua tiene un color verde claro que resalta admirablemente sobre el fondo plomizo de las rocas que la rodean.

San Mateo, que solo pudimos ver a la pasada nos parecía una bonita población de sierra.

Está rodeada de chacras bien cultivadas y abundantes, lo atraviesa el río y a uno y otro lado se ven las casas pintadas de blanco con sus techos de zinc.

En Tamboraque nos detuvimos cosa de un cuarto de hora.

Muchos sentimos un poco de dolor de cabeza, las señoras especialmente esto lo atribuyen al clima unos dicen *soroche*, otros mareo; pero tengo para mí que no hay *soroche* ni tal mareo, sino que regularmente el calor se deja sentir en la quebrada con exceso y que si primero los túneles, el humo del carbón penetra en los coches algún tanto y estas dos cosas causan a mi ver esas ligeras indisposiciones, pero no hay tal *soroche* ni tal mareo ni tal helada como palanganearon muchos en los Desamparados. El frío se deja sentir cuando se sale fuera de los coches y no el frío fuerte de la puna; sino un frío semejante al que en las noches algo crudas se siente en la rivera del mar cuando la brisa sopla.

No es un frío para llevar capotes y vestidos de jebe, salvo que el día de ayer hubiese sido un día especial y que en los otros se les hubiese congelado la sangre a los palanganas que lo ponderaban.

¡Helada! ¡helada!

¿Qué fuera si estos tíos sintieran el verdadero frío de la puna; aquel que emparama a las gentes y que parece hacer cesar la circulación de la sangre; aquel frío de nieve?

Pobrecitos, los perdona el Tunante porque no saben lo que palanganearon.

A las cuatro de la tarde llegamos a Río Blanco después de haber pasado 36 túneles y de haber ido de asombro en asombro.

Descansamos un poco y en seguida nos preparamos al regreso.

Aquí hubo un incidente que puedo llamar personal y que me voy a tomar la libertad de referir con permiso de UU.

A la vista de los cerros de Río Blanco, cubiertos de musgo y hierba cerros que dicen estar a su paso del centro de la puna y de sus inmensas pampas y laderas vestidas de verde, todo un mundo fenecido en la realidad; pero vivo siempre en la memoria se presentó a mis ojos.

Era el recuerdo de mi infancia y el del escondido rincón donde nació.

No fue en ningún pueblo, fue en un caserío donde mis padres tenían también parte.

Dios, ese incomparable artista quiso por un capricho suyo colocar al pie de dos inmensos montes un rincón, un vallecito más precioso que un relicario.

No es porque yo haya nacido allí; pero en los diferentes lugares que he recorrido hasta hoy no he hallado un paisaje más artístico que aquel.

Al mirarlo de lejos más que real parece un cuadro exprofesamente trabajado.

Lo verde de la pampa que le sirve como de fondo lo coposo y lo sano del más pequeño en sus árboles, su río caudaloso que hacia un lado se desliza cristalino, una que otra casita pintada de blanco y con su tejado color rojo, sus cielos siempre azul: todo hace de aquel rincón de la tierra como un retacito de cielo.

Mas no hay para que recordar lo que no les importa a los lectores y continuando vuestra risa de reglamento prosigamos-

En cuanto al regreso solo diré que fue de noche, de manera que nadie veía más allá de sus narices; así es que cruzamos cerros, pasamos túneles y anduvimos viaductos sin saberlo.

Muchos abriendo nuevamente los paquetes de fiambre, comenzaron a comer, otros a tomar café, otros a copear, en fin cada cual busco su entretenimiento.

No pocos, recostados en los asientos, se quedaron dormidos, en cuanto a nosotros, asomados a una de las ventanillas regresamos por aquel infierno de peñones, viendo las bocanadas de llamas que arrojaba la máquina y oyendo su sordo paso veloz y cada vez más asombroso.

Si algún inca, decíamos desde la cima de uno de estos cerros, mirase a este *fantasma* de tren, aterrado caería de espanto, viéndole salvar cuestas, bajadas, laderas, encrucijadas, &, &.

En conclusión el paseo a Rio Blanco es atractivo por las emociones que hace experimentar y con gusto se gasta diez o veinte soles por aquellas serranías con uno o más amigos.

El Tunante.

ANEXO 5:

“Rasgos de pluma”. *El Nacional*. Lima, 30 de marzo de 1878, p.3.

Los paisanos pegajosos

No ha mucho tiempo que recibí la noticia de la llegada a esta capital de un paisano mío, y como era natural, lo primero que se me ocurrió fue irlo a visitar.

Son tan dulces los recuerdos de nuestro país, es tan grato preguntar y saber algo de las personas queridas a quienes hemos conocido, y lo es mucho más cuando pertenecen a uno de esos pueblos pequeños del interior donde todos parecen formar una familia.

Parece que un paisano nos trajera un retazo de nuestro cielo, el recuerdo de cuantos nos quisieron, casi nuestro país mismo.

Lleno de alegría me encamine pues donde el paisano, que al verme abrió los brazos y con aquella naturalidad propia de las gentes del interior, oprimiéndome entre ellos con marcada efusión, dándome el título de *hermano*.

- Hermano, ¡cuántos años que no te veo!
- Si pues, *hermano*, ya van a ser diez años.
- ¡Ay hermano, que flaco estas!
- Si pues, *hermano*, qué quieres, los trabajos.
- Ya no te acordaras, *hermano*, de nuestra *tierra*.
- Como no, *hermano*, siempre me acuerdo de ella.
- Ni pensarás, *hermano*, volver a ella.
- Para qué pues, *hermano*, al menos por ahora.
- Siéntate pues, *hermano*, fumaremos un cigarrito.
- Vaya pues, *hermano*, con muchísimo gusto.

Nos sentamos y mi *hermano* comenzó a verme disimuladamente de pies a cabeza, se estaba fijando en la *tela*, y ya adivinaba lo que quería decir tal *vista de ojos*.

Después de conversar algunas horas me levante para despedirme y xxxxx¹²⁶ la hermandad.

- Con que, *hermano*, –me dijo– ¿dónde vives?
- Me tienes *hermano* en la imprenta de ‘El Nacional’ calle del Melchor Malo número tanto: allí puedes ir verme cuando gustes.
- Mañana sin falta me tendrás por allá.
- Cuando gustes, *hermano*, ya sabes que vas a tu casa

Me despedí y fui a casa: eran las once de la noche, me acosté y quedeme dormido soñando con el lejano rincón donde ya no me quedaba sino mi pobre Eloisa y la tumba querida de mis padres.

A las seis de la mañana, como de costumbre levánteme y a medio vestir salí a traer un poco de agua para lavarme.

Yo que abro la puerta y lo primero que veo es a mi hermano, colocado como un centinela en el corredor.

Nos saludamos, y por supuesto le hice entrar a mi cuarto.

Tomó siento y mientras me lavaba, note que no dejó un rincón sin observar, pero con una escrupulosidad tal que parecía estar ocupado en hacer el inventario de mis

¹²⁶ Lamentablemente esta palabra se encuentra ilegible en el periódico consultado.

cacharpas, hasta bajo de la cama observé que aguaitó, ya sé, decía yo para mis adentros, lo que significa este registro.

Conversamos hasta que llegó la hora de almorzar y, como era justo, invité a mi paisano a pasar al pequeño hotel donde suelo hacer por la viga

– Vaya, pues, *hermano*, me dijo, te acompañaré.

Fuimos y almorzamos regularmente.

Mientras comíamos me preguntó cuanto me pagaban en la imprenta, como había yo logrado colocarme en ella y me tomó cuenta de mi presupuesto, con una escrupulosidad digna de un Ministro de Hacienda.

Como era natural, creí que una vez terminado el almuerzo nos separaríamos: yo para ir a mi trabajo y el para ir al suyo; pero no señor: mi *hermano*, haciéndose el desentendido, se levantó junto conmigo de la mesa y regresó a la imprenta.

Eran las doce del día, hora de dar principio a mi trabajo.

Entré a mi oficina, sénteme y mi *hermano* tirando una silleta y colocándola muy cerca de la mía, aunque un poquito atrás, me dijo:

– Yo, pues, *hermano*, estaré aquí nomas

– Sí, *hermano*—le conteste— dispénsame que me ponga a escribir.

Tomé la pluma y di principio al primer artículo: mas no bien trace la primera letra, cuando note que mi hermano, levantando muy quedito el pescuezo, comenzó a ir leyendo a medida que escribía.

¡Bonita jeringa el tener que escribir con un prójimo casi a cuestras; en fin, ¡era mi *hermano*!...

Aún no había yo acabado de trazar el ultimo renglón, cuando se presentó en mi oficina un señor coronel, amigo mío, a pedirme le permitiese escribir una pequeña lista de varios objetos que el gobierno había remitido a Chanchamayo.

No bien me había acabado de saludar el dicho jefe, cuando me dijo al oído mi paisano, muy en voz baja: — hermano, preséntame.

Qué hacer, presenté a mi paisano aunque no tenía demasiada confianza con el respetable coronel.

Un momento hacia después que este se hubo retirado, cuando llegó uno de los redactores de un periódico, amigo también, que venía hacerme una ligera indicación.

Mientras la hizo, en otra vez: — Hermano preséntame.

Vaya pues, tuve que presentar al colega mi hermano.

Llegaron varios amigos y apenas pisaban el umbral oía al hermano: preséntamelo.

de pronto vino el director del periódico a encargarme me acercase ver al Ministro para un asunto del diario.

– ¿Al ministro? — preguntome el paisano algo en voz baja luego que el director se retiró.

– Si al ministro — le dije.

– Preséntame — repuso

– Pero hombre, si no es amigo mío — contesté y como queriendo librarme del paisano, tome mi sombrero y agregue, caballeros, hasta luego.

– Hasta luego — oí que dijo igualmente mi paisano, que tomando su sombrero agregó — te acompañaré.

Fui a Palacio, entré al Ministerio, llegué hasta donde S.S. y mi *hermano* cara a cara, frente afrente.

Regrese a mi oficina y mi *hermano* conmigo.

Entre al interior de la imprenta y mi *hermano* conmigo.

Bajé al taller y bajó mi *hermano*.

Nuevamente tomé mi asiento y nuevamente tomó el suyo mi *hermano*.

Todos mis amigos se fijaban en esta especie de cola que a todas partes me seguía; pero mi hermano muy suelto de huesos, no se daba por notificado.

Era lo más curioso la facha de mi hermano, pues no pertenecía a esas pocas familias que en los pueblos forman la aristocracia del lugar, que poseen los modales y visten los trajes de la gente de la costa; sino que era de lo que llamar podemos, clase media: era mi hermano todo un hijo legítimo de don Fentos Calamocha: llevaba en la cabeza un sombrero guapón, copia fiel de la luna llena, especie de quita el chinesco, corbata colorada, chaleco de terciopelo (en tiempo de calor) con unos botonazos que parecían de paleta; levita rabricortona, llena de mil pliegues y más bucleada que traje de zamba sahumadora, con cada solapa más grande que la de una casaca de militar y pantalón bombacho que el llegaba hasta la parte superior del botín. Por su puesto que llevaba el cabello sin recortar y la barba parecida a un *barbecho*. Figúrense, UU. pues, a este dominic en medio de más de diez o doce jóvenes elegantes con discípulos y amigos, cuyas miradas maliciosas me tenían algo empachado y no porque mi dichoso paisano no mereciese estar entre ellos; sino por la cara de boboliche que ponía atisbando a la palabra más insignificante de la conversación como atando cabos para que se yo que, y entrometiéndose en el curso de la conversación, diciendo cada barbaridad como una catedral y avergonzándose, con *hermano* para arriba y *hermano* para abajo, venga o no venga al caso. –¡vaya una fraternidad tan empalagosa!

Los *mataperros* amigos, se la *casteaban* a su sabor y estaban haciendo la tarde a mis costillas.

Lo que es el paisa, parecía un profeta tal era su estoica impavidez.

Al tomar nuevamente asiento llegó el criado de una casa de etiqueta para mí, con una pequeña esquila de invitación, que mi hermano se tomó la libertad de abrir y dijo:

Dice que te esperan a comer, agregando a mi oído: – Me llevarás, pues hermanito–.

Yo estaba que no cabía en mi pellejo, este hermano me iba a freír.

Contesté que no podría concurrir a la comida y me pregunto el por qué.

- Hermano, le dije, porque pienso ir al teatro
- Iremos–dijo el facineroso
- Ah–pero no, agregué –ahora que recuerdo, hoy tengo que ir a copiar un extenso informe del señor fiscal.
- ¿A su casa? – me preguntó
- Sí, a su casa, por Cocharcas.
- Pues te acompañaré
- Pero no–repusé–mejor será que asista yo al ensayo de los metales aquellos en casa del ingeniero tal.
- Me llevaras, pues, *hermano* –dijo el otro– tú sabes que por allá hay muy buenos metales.

El hombre este quería seguirme a los infiernos y opté por no ir a parte alguna.

Invítele a comer. Comimos, y al término dije disimuladamente que tenía que hacer muchísimo en mi cuarto.

Mi paisano no se dio por notificado, regresamos a casa y allí tuve la santa paciencia de conversar con él hasta las doce de la noche.

El sueño me rendía y mi hombre no tenía trazas de quererse ver.

- Hermano, me pregunto al fin–¿qué hora será?

- Me parece que las dos de la mañana, contesté como quien dice: –hazme la caridad de mandarte a mudar de una vez.
- ¿Las dos de la mañana? –dijo–pues entonces, hermano, me quedaré a dormir aquí.
- Vaya pues, hermano–era ya lo que me faltaba.

Yo, que como todo pobre buen colegial apenas tengo un catrecito de mala muerte y poca ropa de cama ¡qué haría!

Hicimos la prueba de ver si cabíamos en la cama juntos, y por primera diligencia zafáronse las tablillas del catre y yo mi hermano caímos, lastimándome la nariz.

Tuve que hacer una cama provisional con mi colchón, sobre las silletas, y yo coloqué un montón de periódicos sobre las tablas y arregle como pude, algo para la parte de abajo. En cuanto a colchas, di a mi huésped, por supuesto, lo mejor, y quedeme, con la sobre camita, tiritando de frío.

Mi hermano se arrellanó en su lecho muy bien, y media hora después es que roncaba como un borracho; mientras yo entre tanto decía:

¡Ay mísero de mí! ¡Ay infeliz!
 apurar cielos pretendo
 ya que me tratáis así
 qué delito cometí
 este paisano teniendo;
 aunque si le tengo entiendo
 qué delito he cometido
 bastante causa ha tenido
 vuestra justicia y rigor
 pues que mi hermano es señor
 para tenerme fundido¹²⁷.

Diciendo esto daba yo vueltas como un boyo, porque las tablas me hacían doler las costillas y tenía frío de los mil demonios.

Como es de imaginarse pasé la noche sin poder dar una pestañada, y al despertar mi hermano me saludó de esta manera, expresándose: –Ay hermano qué bien he dormido ¿y tú?

- Yo también hermano– ¿Y que había yo de contestarle?

Me levanté, le puse agua en el lavatorio y durante todo el día volvió a amolarme el judío este tal y tan parejo como la víspera.

No tuve más remedio que parodiar lo de Bretón¹²⁸ y decir:

Tal con mi paisano sudo
 tanto mi hermano me abraza
 que a la estratagema acudo...
 de fugarme de mi casa.

Sí señor, tomé un pliego de papel y escribí: “Señor Valle, estoy acometido según creo del tifus y voy a medicinarme: si algún paisano de tales cuales señas me buscase

¹²⁷ Variación del monólogo de Segismundo, en la primera jornada de *La vida es sueño* de Calderón de la Barca, pieza clásica del teatro del Siglo de Oro español.

¹²⁸ Bretón de los Herreros (1796 – 1873) fue poeta, dramaturgo y periodista español. Gamarra lo menciona en más de un artículo, es uno de sus referentes intertextuales.

hágame el favor de decirle que he fallecido repentinamente y que como ya no hay funerales de cuerpo presente me han conducido al cementerio a todo escape. Le advierto que por distracción no le vaya usted a decir el nicho donde suponga usted me hubiesen depositado, pues mi hermano es capaz de ir a desenterrar algún cadáver y de decirle: – *Hermano*, cómo no me avisaste que venias aquí ¡ay *hermano* si estás en la gloria preséntame aunque sea de nombre. Sí, señor Valle, porque mi furibundo paisano es capaz de querer seguirlo a uno hasta el otro mundo y querer que lo presenten en los mismos infiernos”.

Después de escribir este papel lo cerré y lo remití al doctor Valle¹²⁹, salí a la calle, seguido por supuesto de mi hermano, y al voltear una esquina díjele que se adelantara un poquito para comprar cigarros y dando media vuelta apreté la carrera y no paré hasta la calle de Ilave en el Cercado. Allí vive mi buen amigo F. a quien referí mis cuitas y pedí posada mientras me llegaba la noticia de la marcha del maldito paisano, que si me hubiese vuelto a ver, con seguridad que me hubiera ocasionado cuando menos un patatús.

El hombrecito era peor que tres sinapismo (sic), diez sanguijuelas y un vejigatorio puestos a la vez sobre el abdomen.

Ocho cayos y un botín ajustado, tan solo podrían dar idea de lo que era le hermano aquel.

No bien me encontré libre de semejante calamidad, me pregunte: ¿Será por cariño por lo que este hombre me mortificaba?

Necuaquan¹³⁰.

Entre los paisanos del interior hay caballeros muy caballeros y amigos muy dignos, educados y sinceros, cuyo corazón es todo nobleza, atención y cariño; pero hay otros tan pegajosos tan supinamente necios y mentecatos, que llegan a hacerse insoportables.

Esta clase de paisanos siguen, observan, todo lo quieren saber, en todo tratan de tomar parte, hasta perdiendo la vergüenza, y, usando cierta franqueza torpe y grosera, tan solo por tener de que hablar al regreso y siempre con ánimo de apocar, de calumniar, de rebajar, de poner por los suelos al paisano residente en la capital.

Cuando no lo hacen por apocar lo hacen por *darse arte* de que conocen a don Fulano, de que fueron donde el ministro, de que comieron en tal casa, de que fueron presentados en tal otra, etc., etc., hablan de lugares y personas, en donde y a quienes, por una exigencia majadera fueron presentados.

Juzgavidas, jactanciosos, ridículos, deslenguados, torpes, embusteros, que después de haberse hecho los motolitos y de haber fastidiado hasta no más al paisano que vive en Lima, lo calumnian o lo ponen en ridículo.

Los paisanos pegajosos, son los soplones del suelo natal.

Son los enemigos gratuitos más terribles.

Los judas y también los Pilatos para el ausente.

Merecían la suerte del primero.

Quien tenga la desgracia de verla, bien puede confesarse y hacer intención a que lo desuellen, como a San Bartolomé, o a que lo crucifiquen como a Cristo.

El Tunante

¹²⁹ El señor Valle o doctor Valle al que se refiere es probablemente Manuel M. del Valle, uno de los directores y editores de *El Nacional*, entre 1875 y 1879. De esta forma se está haciendo uso de referentes reales a manera de reforzar la verosimilitud del artículo.

¹³⁰ De *nequaquam*. Significa “de ninguna manera”, “de ningún modo”. *Diccionario abreviado de Galicismos, provincialismos y correcciones del lenguaje*, 1887.

ANEXO 6:

“Rasgos de pluma”. *El Nacional*. 8 de abril de 1878, p.3.

La semana santa en Lima

Entre todas las festividades religiosas ninguna más augusta y más hermosa que la Semana Santa, como que encierra la tradición de todo lo más grande que tiene el Cristianismo.

El arpa de David no podría cantar todas las dulzuras que encierra, ni las lágrimas de Job y Jeremías traducir lo que de patético tienen.

Con razón las Mesiadas¹³¹ son imposibles, porque todo genio tiene que anonadarse ante cuadro de tanta luz resplandeciente, como el Dante al llegar al centro de los círculos que imaginó en su cielo.

En cumplimiento de la profecía de Zacarías, el Salvador, sobre una pollina, hace su entrada en Jerusalén, toda la multitud de los que se preparaban a celebrar la festividad de la Pascua sale a recibirle, haciendo una alfombra de sus vestidos y de las ramas de los árboles, y acompañándole con los gritos de “hosanna al hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor”.

J. C., no obstante, en medio del regocijo general y entre los cánticos de triunfo, contemplando a Jerusalén, llora y conmovido exclama suspirando:

- ¡Ah! Si al menos en este día que aún lo es de gracia para ti hubiera sabido conocer las cosas que eran capaces de darte la paz y la salud que te trae tu Salvador; pero no: todo esto queda oculto a tus ojos! Y he aquí que vendrán días en que tus enemigos entorno de las murallas te encarcelarán y te apretarán por todos lados, te arrojarán por tierra a ti y los hijos que están en tu seno y no dejarán piedra sobre piedra porque no has sabido conocer el tiempo en que fuiste visitada.

Este solo episodio es un poema.

Y ¿qué diremos de la noche de la cena?

¿Con qué palabras podríamos pintar la oración en Getsemaní: aquellas lágrimas y aquellas gotas de sangre que empaparon la tierra?

¿Hay algo más patético?

Pero aún nos falta hablar del sublime grandioso de la agonía del salvador, fáltanos recordar aquella exclamación *Eloy Eloy lamnac sabactaní* y aquel “todo está consumado” que conmovió hasta las entrañas de la tierra.

Se rasga el velo del templo, levántense los muertos, divídanse las piedras y la naturaleza se estremece al último suspiro del salvador.

Tres días después, el ángel cuyo rastro era como un relámpago y sus alas blancas como la nieve, levanta la tabla del sepulcro para que salga el triunfante el hijo de Dios.

Era necesario que hubiese otro momento de sublime magnífico en el que el sol brillase como jamás brillará ya, en que los coros de ángeles, querubines, potestades y

¹³¹ Probablemente se está realizando alusión a la creación imposible de un canto épico con el Mesías como protagonista.

dominaciones, entonasen hosannas a Dios de las alturas y quedase en páginas de oro y letras de diamante el Evangelio sobre la tierra, el Evangelio: libro admirable, acerca del que con razón exclama el filósofo de Ginebra: - “¡Qué dulzura! ¡Que pureza en las costumbres! ¡Que interesante gracia en sus instrucciones! ¡Que elevación en sus máximas! ¡Qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡Qué presencia de ánimo! ¡Qué finura y precisión en sus respuestas! ¡Qué imperio sobre las pasiones! ¿Dónde está el hombre? ¿Dónde el sabio que sabe obrar, padecer y morir sin debilidad ni ostentación? Véase, pues, cuan hermoso no serán los días que nos recuerdan todas estas grandezas y el recogimiento con que debe celebrarse su memoria; mas es una prueba de nuestra miseria, que todo al pasar por las manos de la imperfecta humanidad se empequeñezca. Las actuales semanas santas, no tienen ya la unción que debían tener, ni se celebran con aquel respeto del verdadero cristianismo.

Nuestras semanas santas tienen más de *pecadoras* que de santas, tal vez por aquello de que “un pueblo pierde en costumbres a medida que avanza en luces”.

En fin, con sentimiento ocupémonos de la de lima, como de otra costumbre cualesquiera.

El partido de la verdadera virtud esta hoy en *minoría* y los modernos fariseos, que llamamos beatos, se multiplican aparentando virtudes que no tienen.

Lo que indica en lima la proximidad de la Semana Santa es la aparición del pan de dulce el viernes de Dolores.

Muy a las siete de la mañana se ven los bizcocheros pregonando: - *pan de dulce – pan de dulce y y de regalo – pan de dulce... ¡buen... pan de dulce de bejarano!*

Toda clase de bizcochos desaparece, como por ensalmo de las pastelerías, incluso el pan de yema y el de manteca y son sustituidos por ese susodicho pan de dulce que hay del valor desde dos centavos hasta 10 soles.

Si tiene U. una amiga se le encara diciendo:

- ¡Oh!, ¡señor don Fulano, buenos días, ya tomaría U. el pan de dulce!

U. oye U. diálogos como este:

- Hija, ¿ya habrás comido el pan de dulce?

- No, ¿y tú?

Yo, como no he visto a Godofredo; pero me lo tiene ofrecido desde el año pasado y creo que será muy excelente, porque la negrita me ha dicho que lo ha mandado a hacer en Bejarano.

Los papas y los esposos son los más *codeados* en este día.

Va a salir a la calle el papá.

- Papasito - dicen los chicos- cómprame pan de dulce.

- Sí, sí- añade la madre- tráeme a mí uno de a sol.

Los papás tienen que dar gusto a la familia.

En este día se acostumbra mandar de regalo un exquisito pan de dulce acompañado de una o más botellas de vino.

Desde el viernes de dolores hasta el domingo no hay otra cosa notable.

El domingo tiene lugar la procesión, en memoria de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén; pero qué diferencia; ¡pero qué diferencia!

En aquella dominaba el recogimiento, el entusiasmo religioso; en esta domina lo contrario.

La procesión del domingo de Ramos es un paseo donde el lujo y la curiosidad son los móviles principales que reúnen a millares de gentes.

La procesión sale de la iglesia del Baratillo, más de ocho o diez acompañantes forman una masa compacta, que se empuja, se pisa, se jala, se machuca y se disputa el paso de todo el tránsito ¡Qué trajes! ¡Que peinadas!...

Las mujeres van criticándose al oído que *es un gusto*, y los hombres dirigiendo piropos *por mayor*, solo en la gente plebe reina y se hace notar algún recogimiento: “La inocencia no es otra cosa que una santa ignorancia”.

Grupos e dos, de tres, de cuatro *mocitos de gorra o pedantes* andas haciendo de las tuyas.

Cada cual busca su distracción y buen humor.

Dura la procesión desde la cuatro de la tarde hasta las diez de la noche, y recorre la plaza de armas y algunas cuadras de abajo del puente.

Los balcones se ven cuajados de curiosos, que maldito si se fijan en el Señor o si rezan si quiera un padre nuestro.

Las sobre polleras, los peinados, el hermoso palmito llaman la atención general.

Entre tanto el Señor, en una anda sobre un pollino de madera, parece caminar al pie de un hermoso palmero, seguido de una banda de música y al paso regular.

Algunos hombres del pueblo y multitud de niños llevan palmas que han comprado a 4 o 5, ... doce reales.

En los días lunes, martes y miércoles no hay nada de notable y el jueves y viernes pueden reasumirse en un solo día.

La noche del Jueves Santo en Lima siempre ha sido noche de paseo en la que pobres y ricos en grupos más o menos numerosos, de templo en templo recorren todos los principales, visitando los monumentos.

Las señoras y caballeros ostentan esta noche los trajes más ricos y elegantes, todos vestidos de negro, no parece sino que asistiesen al más pomposo funeral.

La población misma esta enlutada: desde las doce del día ha cesado el tráfico de carruajes, así es que las pisadas y el roce de los vestidos de seda por las calles durante la noche, parece que resonaran bajo bóvedas.

La luz melancólica de la Luna contrasta con la sombra de los edificios.

Hileras de gente a la entrada de las iglesias se apiña, se empuja, se amontona, se oprime, se mueve como masa compacta en incesante oscilación.

Ver el monumento, he ahí la causa de ese agolpamiento de gente.

No dejar uno solo sin visitar, y para ello qué lujo, qué grandeza, qué majestad en todo lima.

Un monumento no es otra cosa que un altar profusamente engalanado: lleno de infinitos ramilletes de flores; salpicado de luces, en palmatorias, candeleros de cristal, hacheros de plata, lamparines, &.; poblada su base de flores, redomas, donde un sin número de pescaditos lucen sus plateadas o doradas escamas.

Esmaltes, briscados, adornos de toda clase, en fin, y todo este alumbrado por arañas de doce o quince luces, pendientes de la bóveda, cuyos diamanticos destellos deslumbran irradiándose en espejos de variados tamaños.

A todo esto podemos añadir las masetas de flores naturales, especialmente de coposas albahacas, jazmines del Cabo y malvas de olor cuyo perfume mezclado con el incienso que se exhala de variados o ricos sahumadores y pebeteros embalsaman gran parte de los templos.

En la plaza de armas el viernes suele haber retreta con los instrumentos destemplados. También a la plaza de agolpa la multitud porque ya lo hemos dicho las noches del jueves y viernes santo son noches de paseo.

El viernes santo muchos suelen ir a chorrillos a gozar de la procesión y estos son otros quinientos, porque maldito si se ocupa de semejante cosa: el paseo en el malecón y el ir acompañando la procesión por un puro pase he allí todo.

Las autoridades en Lima suelen en la noche del Jueves Santo salir vestidas de parada y seguidas de una banda de música a recorrer los monumentos.

El sábado amanece silencioso, aun el tráfico de los carruajes está paralizado, pero a las diez tiene lugar a misa de gloria en la Catedral y ni bien la campana anuncia gloria, después de dos días de silencio, cuando salen coches y carretas, y torna el atronador ruido por las calles de Lima, los pulperos queman paquetes de cohetes, en algunas casas tocan campanillas, el gremio de cargadores en la plaza mayor quema un cajón entero de bombas de la china, bulla por aquí; bulla por acullá, las gentes se cruzan a caballo y se esparce cierto aire de alegría en la ciudad.

En resumen, ¿qué es la semana santa en lima? Es una fiesta como otra cualquiera en la que si bien hay una parte reducida de personas piadosas que la celebran debidamente, el resto se ocupa en pasear y distraerse. Mesas esplendidas en los conventos, los priores se *ponen las botas* con los buenos regalos de bucólica y todo el mundo no piensa más que en el pan de dulce.

Semana en que se peca más que en otra ninguna y que de santa no tiene más que el nombre.

Venga ahora a decirnos que mentira, y que el espíritu de religiosidad predomina en ella. ¡El espíritu de religiosidad! Mucho espíritu de religiosidad hay en recorrer templos por mirar y ser mirada, mucho espíritu de religiosidad hay en ese lujo excesivo que se ostenta, mucho espíritu de religiosidad hay en ir a las iglesias como se va a los teatros! Que me claven en la frente el tal espíritu de religiosidad.

Yo ofrezco a los Abrahames que abogan por las gentes que se pueden hallar en estos días, ajustar las cuentas y ya veríamos cómo teníamos que ir disminuyendo el número de ellos a cuarenta, veinte y diez.

Ya lo hemos dicho, los beatos no hacen número en el de personas piadosas; esa secta queda excluida de hecho.

Pero terminaremos nuestro artículo con la noche buena del sábado.

Mas lo dejaremos por ahora.

Lectores, paséense UU. mucho, y abur.

El Tunante.

ANEXO 7:

“Rasgos de Pluma”. *El Nacional*. Lima, 13 de enero de 1885, p.2

**Carta que puede publicarse
Primera resollada**

Señor D. Pedro Lira

Pelagatos, Diciembre 31 de 1884

Inolvidable amigo y señor D. Pedro:

Debería comenzar la presente con alguna de las lamentaciones de Jeremías; o, aunque no fuera de Jeremías siquiera con alguna de las de Jerenuestras. No puede U. comprender, querido amigo, lo que significa encontrarse ausente de Lima: amor de los amores debería haberse llamado aquella ciudad encantadora, de la que solían decir los limeños de ahora ñaupas:

- “¡Lima! ¡Lima! El que no te ve, te estima; y el que te ve, te encariña: Razón tiene U., amigo mío en vivir, como la ostra pegada a su peñasco, pegado a ese rincón, contemplando no un cielo como el mísero que esto escribe, sino mundos de cielos en aquellos ojos divinos de limeños y hasta en aquellos piecitos, que pudieran ser abrigados en las faltriqueras del chaleco. Razón tiene U. en irse envejeciendo allí donde cada cana representa un placer o un dolor, y no una mentecada, como por estas serrarías; y en donde, al fin, si las canas abundan, no falta aire donde arrojarlas.

A mí me tiene U. con la condición de “por ahora”, como dicen los ministros en sus decretos. A mí me tiene U. en Pelagatos. ¿Y dónde demonios se halla esto? Se preguntará U. Eso, amigo mío, se halla entre lo más escarpado de nuestra cordillera, y es un pueblecito del cual ningún geógrafo ha querido acordarse, como Cervantes de aquel al que se refiere en la Historia de D. Quijote. Y bien han hecho los tales geógrafos en no acordarse de Pelagatos, porque yo tampoco me acordaré el día que salga de él: La memoria debe guardar tan solo aquello que halaga al corazón.

Pelagatos es, como si dijéramos, el cogollo de las serranías del Perú, con cuya noticia basta para santiguarse; pues si allá en Lima se hallan aquellas *efes*, que se llaman F+F¹³² y que significan bendición de la Provincia para las letras patrias, en la sierra se hallan aquellas *ees* que en número de tres: E+E+E significa que por estos trigos se *envejece*, se *empobrece*, y se *embrutece*: tres *ees* distintas y una sola embaguadura verdadera.

Voy, amigo querido, a hacer a U. la descripción física y moral de Pelagatos. Multiplique U. cinco veces San Cristóbal; y luego que tenga U. como resultado una montaña inmensa, supóngase pegadas una contra otras cinco montañas semejantes, y en el fondo de una de las junturas de esas montañas, figúrese U. un pueblo; pero no pueblo como los que U. conoce, con calles, plazas, etc., etc.; sino un pueblo como aquella casa de que habla Villergas, casa sin puertas, sin paredes, y sin techo; ¡cómo sería esa casa!

¹³² Se refiere a Federico Blume y a Federico Elguera quienes en 1884 publicaron al alimón el libro *Letrillas*.

Pues así es el tal pueblo: pueblo sin calles, sin plazas y sin casas; y digo sin casas, porque no tengo por tales la especie de cajetas de adobes en que suelen encerrar durante la noche el amo y los cochinos; la señora y los animales domésticos. Esas dichas cajetas o casas, como las llaman sus dueños, se hallan situadas unas como tapas de chancaca; esto es, unas sobre otras, y las más, como muchachos malcriados que riñen, y para no verse se colocan frente a frente el traspontín. Alrededor de cada casa no falta un muladar, a veces más grande que la casa; algún cerco de espinos, y los restos de alguna otra casa; y por las llamadas calles, o sean encrucijadas formadas de muladares en batalla, pacen tranquilamente burros, vacas y cochinos; y escarban a toda hora gallinas que parecen salvajes, sin dueño ni corral, y gallinazos que parecen civilizados y dueños del pueblo.

Uno que otro transeúnte viaja de vez en cuando, como cazador extraviado entre aquel hacinamiento de arbustos, de pedrones, de espinos, de casas, de animales y de basura.

Durante las mañanas y al calor de los rayos de un sol pálido, como cara de terciamiento, levántase quebrada arriba, como mangas de gigantescas humaredas, columnas de neblina, y entonces Pelagatos semeja mil restos de pontones abandonados en el inmenso océano. Esas horas, que suelen ser las más deliciosas en cualquiera parte del mundo, son las más tristes en Pelagatos, pues el frío de la mañana parece petrificar a sus habitantes: los asnos permanecen con las orejas gachas, como figuras de granito colocadas de trecho en trecho; las gallinas y los chanchos aún no se animan a salir fuera del dintel de las puertas de calle, en las que las viejas y viejos del lugar, acurrucados parecen espiar algo que jamás llega.

Vamos a la parte moral, o mejor dicho vamos a la parte inmoral.

Pelagatos es un pueblo de ociosos. Al segundo día de mi llegada, vi muy de mañana agrupados en las tiendecitas de la población a multitud de gente, y preguntando a un vecino en que se ocupaban todas aquellas agrupaciones, me contestó que en “*hacer la mañana*”. Yo me figuré que aquello fuese alguna obra pública, pues las autoridades presidían las ya dichas agrupaciones; mas el vecino, sonriendo, me hizo saber que “*hacer la mañana*” era empinar el codo: quedamos enterados. Hasta las diez del día, los habitantes de Pelagatos hacen la mañana, y desde las diez, la mañana los hace a ellos; pues una vez en bomba, cada cual hace de las suyas. Puede considerarse a las autoridades, el cura inclusive, como primeras copas, y a todos los demás, como primeros vasos...

Creía yo que en lugar tan pequeño no hubiese ni asomo de partidos políticos; pero a los dos días de hallarme en Pelagatos supe que sus habitantes se hallaban (divididos en dos bandos): el partido de los *churgapes* y el partido de los *cungules*. Cuando los churgapes son partidarios del gobierno, los cungules son enemigos de los churgapes; y cuando los cungules son partidarios del gobierno, los churgapes son enemigos de los cungules; en una palabra, los churgapes son enemigos de los cungules y los cungules son enemigos de los churgapes. Indagada la causa de semejante antagonismo, creí que tal vez los unos fuesen liberales y los otros ultramontanos. “Aquí todos somos liberales”, me dijeron individuos de uno y otro partido; “y en cuanto a eso

de ultramontanos, también montamos a todos; para eso tenemos nuestras bestias”. Averiguada, pues, más a fondo la causa de aquella rivalidad, he llegado a sacar en limpio que son tres las causas que la originan: la gobernación, la alcaldía y la judicatura. Cuando el gobernador es churgape, ha de ser churgape el alcalde y churgapes los señores jueces; y por ser gobernador, alcalde, juez, churgapes y cingules andan en zinquizarra permanente, y no se oye en el pueblo otras noticias que las siguientes: “ya mataron a tres churgapes”; o bien “han asesinado a seis cingules” – “ya se alzaron los churgapes y vienen bien armados a desollar a los cingules”; ya “los cingules van a descuartizar a los churgapes”. “¡Vivan los cingules!” se oye de noche por las calles. “¡Mueran!” responden otros, y las pedradas siguen a las aclamaciones, y los tiros y las palizas menudean. Al día siguiente se oye: “ya mataron a Fulano, churgape; ya murió Zutano, cingul”. Unas veces se arman los unos y rompen la puerta los otros, y otras veces los otros rompen la puerta de los unos; así es que últimamente han adoptado la medida de dejar las casas sin puertas; y no habiendo puertas que romper, rómpense las costillas y las cabezas.

El derecho de propiedad ha desaparecido por completo. Supóngase usted que pase una mula y un macho; una vaquita y un torito – “venga la mula para ir sobre ella a protoconizar a los churgapes” dicen un día los cingules; “venga el macho para ir sobre él a descuajeringar a los cingules”, dicen al día siguiente los churgapes: “venga la vaquita para rancho de los cingules”, vuelven a decir estos; “venga el torito para rancho de los churgapes”, añaden los otros; y de este modo, como a viajero en despoblado, no dejan camisa al infeliz trabajador; y es lo peor del caso, que como a cada maja que se dan estos benditos, ellos mismos se conceden ascensos, resulta que en el día, churgapes y cingules todos son coroneles.

Supongo que dentro de poco, comenzará el ascenso de las mujeres. Puede usted, querido don Pedro, guardar su mano para alguna que pueda darle montepío. Tan encarnizadamente pelean churgapes y cingules, que temo les suceda lo que a los dos perros furiosos aquellos que se devoraron mutuamente, y de los que en el campo no quedaron sino las colas.

Tal es la vida de los pelagatunos.

“Su descanso es pelear;
Su cama las duras peñas;
Su dormir siempre velar.”

Embriaguez de chicha y embriaguez de sangre; ítem embriaguez de uñas: he allí, en resumidas cuentas, la vida de este desventurado Pelagatos.

“A Madrid me vuelvo”, amigo mío; es decir, a Lima, y allí diré lo que Quevedo:

“Llueven pesares mi cielo.
Diez años sin escampar”.

Entre tanto, reciba usted el corazón de su siempre afectísimo y S.S.

ANEXO 8:

“Rasgos de pluma”. *El Nacional*. Lima, 24 de enero de 1885, pp.2-3.

**Cómo juegan en Pelagatos
(Costumbres del Interior)**

Señor D. Luis Esteves

Pelagatos, Enero 9 de 1885

Amigo y señor de mi respeto:

Ignorando aún si mi primera habrá llegado o no a esa imprenta, no puedo resistir a la tentación de dirigir a U. la presente, pues al fin he visto su nombre en las columnas de “El Nacional”, como vuelto a la dirección de ese periódico. ¡Alabado sea Dios! Yo tengo que contentarme todavía con lo que se contentan los enamorados; esto es, con escribir cartitas, aunque ellas sean tan insustanciales como extensas.

Considero a la fecha, amigo mío, a Lima preocupada ya de la presentación de Carnavalón II: Lima tiene resabios parisienses, y es el país de la novelería: allí se gime, se llora y se está con la sogá al cuello y sin embargo se concurre a las fiestas, se viste de gala y se juega con el destino. Lima es como una matrona que infinitamente desventurada en el hogar, tiene, por las exigencias sociales, que aparentar lo que no siente: llamo a eso, dolores a lo María Antonieta; o mejor dicho, sonrisas como la de aquella hermosa reina, en los momentos más solemnes para su real familia.

Cuando, después de tres años de ausencia, regresé a Lima en noviembre del año 83, pude apreciar la inmensa diferencia entre la floreciente Capital del 80 y la enlutada población del 83. ¡Tres siglos habían pesado sobre la infortunada durante la ocupación chilena: pobreza y luto, hambre y lágrimas, disimuladas malamente!... Después he visto abrirse las puertas del Palacio de la Exposición, abrirse las puertas de los teatros y llegar músicas, cantares, artistas y toreros: mera bulla, pura apariencia. La Capital de la República, como las novias llevadas al altar contra su voluntad ha disimulado su dolor permaneciendo infortunada. Lima se aturde, nada más; así hoy la juzgo ya preocupada por el Carnaval próximo en el que se divertirá sinceramente la colonia italiana. Pues bien; en estos pueblecitos, como Pelagatos, que parecen vivir para comer y comer para vivir, he visto también un Carnaval, pues aquí hay costumbre de jugar el primer día del año tal y como si fuera el primero de Carnaval; no poco, pues, me extrañó recibir el 31 de Diciembre el siguiente *recadito* de parte de la señora comadre del señor cura:

- “Manda decir mi señorita y las niñas que *desque iraste* mañana a tomar una piernita de *cuy* que *desque* lo espera a las tres”.

Agradecí la invitación y me preparé para ir a tomar la dicha pierna, presa predilecta sea dicho entre comas; y no tanto hice la intención de ir por la pierna como por admirar a la comadre del Vicario, pues siempre han tenido para mí (hablo como aficionado al estudio de tipos) no sé qué atractivo las comadres de curas: física y moralmente estas mujeres, sobre todo en el interior, tienen un aire singular: condenadas a vivir en un claustro mundano, poseen la hipocresía de la beata y el descoco de un libertino; son ángeles patudos, que velan cerca del sacerdote, con las apariencias de una tía y las preminencias de una amante; barraganas sacrificadas por el hábito y toleradas por una

sociedad indiferente. Viviendo llenas de todas las regalías de que disfruta el sacerdote, tienen el aspecto de un fraile con polleras.

A las 3 en punto de la tarde del día 1º, me constituí, pues, en casa de misia Mariangola, (Mariangolas llaman a las comadres de los curas), en la que encontré reunido a lo más selecto del pueblo: allí estaba el señor gobernador, indio de cuello tieso, leva larga y calzones altos; allí estaba también el señor juez, papelista famoso y que defendía y sentenciaba; era un D. Juan Palomo: yo me lo doy y yo me como; allí se encontraba igualmente el señor alcalde, otro leguleyo de ciento en carga. Estos tres personajes eran primos hermanos; seguíanles una cáfila de parientes, todos empleados en la gobernación, en la judicatura o el municipio – especie de *chacrita*, herencia o patrimonio de estos prójimos que vivían en perpetua cosecha.

En la sala en que se verificaba la reunión, todos los hombres estaban sentados a un lado y las mujeres a otro, mediando la distancia de algunas varas. En la fila de las señoras hacia la cabeza la comadre del cura y le seguían las esposas de las autoridades y esposas de don Fulano y don Zutano, porque las susodichas ejercen funciones públicas, como si fueran casadas con el cargo y no con la persona. El que quiere ganar un pleito, se vale de la mujer del juez; y el que quiere meter a la cárcel a su enemigo, se vale de la mujer del gobernador: las más veces la mujer del alcalde es más alcalde que su marido. A estas mujeres, comadres entre sí, seguían las *niñas*, así se llama aquí a las hijas, aunque tengan 30 años.

Cuando me presenté en la sala, reinaba en esta el más profundo silencio: así comienzan las reuniones en Pelagatos; solo el cura, depuesta la sotana, hacía sonar algunas copitas en el centro de la habitación, alistándolas para dar inicio al fogueo. Presentáronme a hombres y mujeres, y no dejó de llamarme la atención el modo particular de dar la mano: en Pelagatos extiéndelas con cierta timidez, como quien va a pegar un puntazo, y no bien permiten tocarles las puntas de los dedos, la retiran: aquello no es dar la mano sino dar las uñas. Grandemente llamome la atención la apostura de las niñas: todas con los ojos bajos, como unas motolitas, apenas entreabrieron los labios para responder al saludo de presentación, poniéndose coloradas y medio alargando el pescuezo; ¡ay! Que humildad, bondad, benignidad, mansedumbre, fe modestia, continencia y castidad. Aire tan místico me beatificó.

Luego que tomé asiento en aquella reunión fúnebre, noté que me observaban de soslayo; es decir, que me estaban *tanteando*, y por mi parte púseme con disimulo a escuchar la conversación, que a media voz y por grupos sostenían los pelagatunos. Era de oír las *bolazas* descomunales que a propósito de la situación se echaban a rodar unos a otros y el aplomo con que afirmaban las autoridades: todos ellos tenían cartas “de un amigo de Lima”; todos con aire misterioso, daban a entender que se encontraban orientados perfectamente del pasado, presente y futuro político del país, y yo los oía como un Juan Pelmas, compadeciendo al desgraciado pueblo entregados a merced de aquellos benditos tuturutos.

En el grupo de las señoras cuchicheaban las viejas, mientras las niñas, con aire compungido, conservaban los ojos fijos en las faldas, como muchachas que han olvidado la respuesta en presencia del examinador, y por toda gracia fruncían la boca, como si en apretarla hubiese consistido el hacerla bonita.

El cura silenciosamente hacia circular las que llama “copitas generales”, y los ánimos solo parecían aguardar una oportunidad para manifestar su expansión.

Yo me hallaba sentado entre un viejo calvo y otro ídem narigón, que dormitaban con la mayor frescura. De pronto, y a eso de las cuatro de la tarde, vi ponerse de pie a todas las mujeres, avanzar precipitadamente hacia el grupo de los hombres, y sin más que un “U. perdone” sacar de las faltriqueras paltas, chirimoyas, ciruelas, huevos crudos, afrecho y pinturas de embarnizar paredes, y sobre las cabezas masculinas aplastar las paltas, las chirimoyas y los huevos, espolvoreándolas con afrecho y frotar las caras con las pinturas rojas, verdes y azules, hasta ponerlos inconocibles. Al calvo mi vecino le desollaron el calabazo; y al narigón emplastáronle la nariz con una palta., dejándosela tan disforme que parecía mazorca de maíz embarnizada y zabullida entre un costal de afrecho.

De eso modo principió el juego.

Las motolitas y fruncidas niñas lanzadas sobre mí, me arrojaron al suelo y después de llenarme hasta las orejas como con una masa infernal, dabanme trompadas en la espalda, me jalaban de los cabellos, me arrastraban y revolcaban envolviéndome como a empanada en huevo y afrecho, y apenas me dejaban tiempo para resollar. Para remate de fiestas, sentí horcadas sobre mi descoyuntada espalda, caer a la comadre del cura y cayeron de golpe tras ella las demás autoridades femeninas, de modo que me parecía llevar a cuestras cuatro zurroneos de tabaco, un elefante y siete tintorerías. No podía ya ni gritar y apenas, boca abajo, oía sobre mí el fandango formado por todas las mujeres, que batallaban por tratarme como a estropajo, y los esfuerzos de los hombres por sacarme de aquel montón. Era yo como un pericote apachurrado bajo un cargamento de costales.

- “Toma, decían, dale, aprieta, machúcale, súbale, más, huu, ¡ayau! Fua, bun, fia, vis, chas, chus”. Esto era lo que escuchaba, cual si estuviera sepultado en un subterráneo y toda la casa se estuviera desmoronando: las mujeres más y más se agrupaban, cayendo y forcejeando sobre mí, como sobre un costal de trigo; y en el fragor de la refriega echaron por tierra al calvo y al narigón y al juez y a todo el mundo, formando una colina humana, a la que servían de cimientito mis costillas: momento hubo en que llegué a considerarme alma de la otra vida.

Al fin se calmó el juego y me pusieron de pie, pues yo no podía mover un solo hueso. ¡Ay qué gracia de niñas: convidar a uno para molerlo a porrazos y refregones! Mis orejas no eran orejas, como no era nariz la de mi compañero, ni calva la del otro; mejor librado salió Don Quijote del combate que tuvo con los gatos en la casa del Duque. Las mujeres tenían entre los dedos manojos de cabellos y barbas; aquello más que juego, había sido una pendencia.

La copita amainó los ánimos y las niñas familiarizadas a porrazos comenzaron a hablar.

Así, desfigurados, sin corbatas, con los chalecos rotos, unos con media falda de la levita menos y todos con las caras como mazorcas peor que metidas en levadura y atortilladas con harina, pasamos a la mesa y de la mesa de baile, que terminó a trompadas; pues el gobernador quiso meter a la cárcel a todo el mundo, y el alcalde cacheteó al gobernador, y la comadre del cura cacheteó al cura, y el cura cacheteó al

alcalde, y todos cachetearon al juez, y la mujer el juez cacheteó a una de las niñas, y las niñas cachetearon a la mujer del juez, y los músicos quisieron separar a los que se cacheteaban, y salieron con el clarinete magullado, el bombo roto. Los platillos hechos pedazos y el pistón abollado; y en medio de semejante zinguizarra¹³³ cayeron los *cungules*, es decir, el partido contrario, rifle en mano y al grito de ¡viva don Fulano! Cura, gobernador, alcalde y juez fueron cachiporreados, y unos zafaron por el techo y otros huyeron por la cocina quedando un músico y un convidado muertos, heridos más de cuatro, heridos más de cuatro y habiendo el servidor de U. escapado milagrosamente, primero de haber sido reventado por las mujeres, y segundo, de haber sido abaleado por los *cungules*, que así terminan hoy las fiestas en estos pueblos sin garantías, y tales o semejantes suelen ser las diversiones en esta Sierra.

Mi saludo a las *Efes*, y U. mande como guste a su afectísimo amigo y compañero.

El Tunante

¹³³ Término empleado en Perú y Venezuela para referirse a una riña.

ANEXO 9:

“Rasgos de pluma”. *El Nacional*. Lima, 21 de julio de 1886, p.2.

Otro de Pelagatos.

Caminaba yo anoche por el Portal de Escribanos, entre un grupo de amigos, oyendo a unos hablar del Congreso, a otros del Gobierno; es decir, a todos de política y a nadie de trabajo, cuando me llamo la atención uno de ellos hacia alguien que, cerca de la hermosa vidriera de un almacén, contemplaba con marcada curiosidad la luz eléctrica, las riquísimas telas y a los elegantes de ambos sexos que entraban y salían, diciéndome: Tunante, otro de Pelagatos.

Detúveme a esta indicación y, a la brillante luz que parecía la de luna en creciente, distinguí, ni más ni menos, al bueno, al magnifico don Tiburcio.

No se había equivocado mi amigo, era aquel en verdad, el más honrado, el más serio, el más excelente de los habitantes de Pelagatos.

Don Tiburcio.

En los pueblos del interior, hay por fortuna para bien de este nuestro país, que calumnian algunos, multitud de gentes como el pelagatuno que tengo el honor de presentar a mis lectores.

No es el cristiano viejo descrito por Fernan Caballero; no es el castellano naturalote de que nos habla Figaro; no es el antiguo chapeton delineado por Palma o Clorinda Mato en sus amenas tradiciones; no señor; D. Tiburcio es algo mejor que eso, porque es todo eso con su *yapa*, y a darle algún calificativo, diría yo que es el peruano honrado, el buen republicano, el verdadero liberal: el patriota¹³⁴.

Para don Tiburcio la ley es como la Religión; y esta ni más ni menos que el Evangelio.

Don Tiburcio es un madrugadorazo de fama: sea en invierno o verano, a las seis en punto atraviesa las calles de Pelagatos, camino de su chacra; a las diez regresa a almorzar; a las once vuelve al trabajo y cuando el sol se recoge, también se recoge don Tiburcio, así es que, para los habitantes de Pelagatos, don Tiburcio es el reloj público, no siendo extraño oír estos diálogos frecuentes en el pueblo.

– Muchacho

– ¿Mamá?

– ¿Hasta qué horas no te levantas? Ya son las cinco.

– Pero si *todavía* no canta el *cuisho*.

– Que más *cuisho* que don Tiburcio, que acaba de pasar a la misa.

Porque es necesario que ustedes sepan que jamás deja de oír misa de cinco y media todos los días antes de montar a caballo.

¹³⁴ Los escritores que refiere aquí dos son europeos y dos peruanos. Fernán Caballero fue el seudónimo de Cecilia Böhl de Faber (Morges, Suiza 1796- Sevilla, 1877); Fígaro era el seudónimo más popular de Mariano José de Larra (Madrid, 1809-1837). Ricardo Palma (Lima, 1833-1919); Clorinda Matto (Cusco, 1852-Buenos Aires, 1909).

El narrador hace referencia a los estereotipos que crearon estos escritores y de los cuales toma distancia para presentar a su tipo: “el peruano honrado”

Otras veces el dialogo es el siguiente:

- Mujer, ¿hasta qué horas no sirven el almuerzo?
- Pero si todavía es temprano.
- Ya son las diez en punto; acaba de pasar don Tiburcio.

Y lo mejor es que este reloj humano tiene la ventaja de no parecerse a los demás que a cada rato se descomponen; él no se enferma nunca; no le sucede una desgracia, porque metódico, sobrio, laborioso, económico, este hombre tiene que morir cuando le dé la gana; y cuando esto suceda; ¡qué día para el pueblo de Pelagatos! capaz será de morir junto con él, pues, aunque de mediana fortuna, es la pila de agua bendita de los pobres: no puede ver una desgracia.

Díganme ustedes ahora, cuál sería el gusto que experimentaría al verle en pleno portal, contemplando la luz eléctrica.

Dejando a mis amigos, y a paso más que regular, avancé abriendo los brazos desde lejos y diciéndole:

- ¡Don Tiburcio! ¡Amigo don Tiburcio! ¿Usted aquí?
- Señor don Tunante, aquí me tiene U. pues, en su Lima, - y como si estuviéramos en la plaza de Pelagatos, nos dimos un abrazo de aquellos de alma, vida y corazón.
- ¡Que gusto da escuchar a un hombre de bien!
- ¿Qué le parece a U. la luz eléctrica?
- Amigo mío, a quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga; muy bonita; pero yo estoy contento con mi luna; como nosotros no tenemos estos almacenes tan lindos; ni salimos de noche por las calles, allá con nuestras velitas de sebo la pasamos de cualquier modo, ¡y gracias que nos han quedado velitas de sebo!, porque al interior, amigo mío, ha pasado la mari-morena en esta guerra condenada. ¡Jesús, señor Tunante! ¡Jesús y como hemos sufrido!, diciendo esto don Tiburcio, agarrábase la cabeza a dos manos, y miraba a derecha e izquierda, como temiendo que le oyesen, y agregó: – ¿no nos llevarán a la cárcel?
- No, señor don Tiburcio, hable U. amigo mío, hable U. fuerte y feo.
- Como por allá a la menos palabra cualquier zoquete ha sabido meternos en un zapato... Y dígame U., señor Tunante ¿ya se habrán acabado esos coronelitos que, a guisa de caballeros andantes, recorrían nuestros rincones desfaciendo agravios, quiero decir, agraviando a los infelices; dándosela de patriotas; afligiendo a la clase menesterosa; metiendo a la cárcel sin consideración a sexo, edad ni condición por quita allá esas pajas; inventando contribuciones; despellejándonos; imponiéndonos; arruinándonos; convirtiéndonos en peregrinos por esos montes y quebradas en busca de la Misericordia de Dios; dueños de nuestras vidas; árbitros de nuestra propiedad, de nuestro honor; tiranos, que, en partiditas y apoyados por odios personales, nos han llevado de encuentro a todo el mundo, dejándonos carapachos y amilanados, con el alma como en un potito, hechos unos mendigos en nuestra propia casa?
- Ya se acabaron, señor don Tiburcio.
- ¡Ay taitito! Cuanto ha sufrido el interior; es necesario haberlo visto, como U.; es necesario haberlo sufrido, como yo; es necesario haberlo llorado, como todos, para

comprender toda la calamidad que ha pesado sobre nosotros; aquí, en su Lima, no tienen ni idea remota de cómo ha sido aquello: moros y cristianos, justos y pecadores, todos cruzábanse como una pesadilla.

– ¡Rifles! decía el uno.

– Pero, señor, no tengo rifles.

– ¡Pues afloje U. tanto!

– Pero, señor.

– ¡Nada; ¡A la cárcel patas arriba! ¡Preso, grillos, cupo, calilla!

– ¡Plata!, decía el otro.

– Pero, señor, no tengo plata.

– ¡Nada, U. afloja!

– Pero, señor.....

– ¡A fusilarlo! y como quien agarra a un figurón para pegarle cuatro tiros, lo paraban a U. y había que prestar y que empeñarse para sacar bien el pellejo.

Luego, U. no podía tener una mulita, ni un buey, ni un grano de nada ¿y a quién quejarse amigo mío? Dios había desatado su ira y resolvió peinarnos; ¡qué lanzas las que recorrían los pueblos! ¡Que subprefectos los que hemos tenido! ¡Qué jueces, qué gobernadores, qué peines (salvo muy honrosas excepciones) como dice U., señor Tunante, la cundería se convirtió en diluvio y pareció como si se hubiera tocado a rebato en un pueblo sin Dios. ¡Ave María Purísima!, pero en fin, ya pasó y *deai*, pues, señor don Tunante, en qué quedamos: en el peso o en los ocho reales. Yo he venido a ver eso, porque, aunque hemos quedado bien pelados, tenemos fuerzas y voluntad, y lo que queremos hoy son buenas autoridades, porque Lima no más no es la República, y aquí han tenido la costumbre de arreglarse bonito y dejarnos a nosotros pelando mote; el interior solo pide garantías para el trabajo, y antes de que nos vayan a salir con contribuciones, que nos dejen descansar un ratito, acomodarnos y ganar con que satisfacerlas. Asunto delicadísimo es el de mandar autoridades al interior de la República: de ellas depende el buen crédito del Gobierno que, si del ejecutivo son partidarios, debe antes distinguir entre las tres clases de partidarios que hay, y que son: partidarios de corazón, de estómago, de boca y de diente afuera, es decir, a mas no poder; que se elijan a los que den prestigio, no a los que con lanzar su proclama, ganar un sueldo y tomar su copa, llenan el expediente.

No faltan hombres honorables, patriotas, entusiastas, hombres de orden para mandar a las provincias. El Jefe del Estado ha recorrido el Perú entero, el Jefe del Estado sabe cuánto se ha sufrido en la sierra, y mucho más allá, donde su acción no ha podido dejarse sentir: en aquel nuestro Pelagatos, carnero trasquilado, pistado, desollado y frito: que de los buenos empleados que queden excedentes se saque algunos para enviarlos afuera; y los malos ¡qué lo vamos a hacer! mucho lo siento pero llorar no puedo, que purguen un poquito sus culpas, a cada puerco le llega su San Martín y ya pasó el San Martín de los puercos: vamos ya, señor, consolando a los que han sido hechos pedazos, a los pueblos del interior; si aquí, en Lima, han sudado sustos y escaseces, allá hemos sudado sangre y lágrimas; si aquí se ha pasado la pena negra, allá se han pasado todas las del purgatorio; aquí, mal que mal, no ha faltado zarzuelita, concierto, toros, bailes, paseos, distracciones; mientras que allá, la zarzuela era un coronel que nos molía a

palos; el concierto, un subprefecto que nos molía a cupos; los toros, una tropa que nos fundía a levass, las revistas una de balazos que nos llevaba muertos; y los paseos y distracciones, eran llegar tirios y troyanos, que no le dejaban a uno a veces, ni cama, ni mulita, ni baca, ni borrega, ni burro, ni alforjas, ni pellejo.

El interior, señor, necesita cautela singular; tino preferente; atención especial; escrúpulo; interés. Ya estamos, señor, cansados de abusos, fastidiados de ser mandados por mequetrefes; hartos de sufrimientos; sin fuerzas para resistir a tiranuelos y, sobre todo, sin paciencia para tolerarlos, nuestras casas están sin puertas; nuestro pueblo desierto; nuestros campos sin cultivar; nuestra ganadería arruinada; y lo que necesitamos es gente de conciencia, gente de orden que nos deje trabajar con tranquilidad; ¿hasta cuando, taitito, hemos de vivir agobiados bajo la fornica de militares de ciento en carga?, ¿de aduloncitos que solo piensan en quedar bien con el Gobierno? el mejor de todos los proyectos será la buena elección del personal que se encargue de la administración en el interior, y para eso no hay necesidad de ciencia infusa: atiéndase el clamor de los pueblos; que se consulte a sus personeros; que se indaguen los antecedentes de los que han de nombrarse de subprefectos ¿no le parece a U., señor don Tunante?

– Le he dejado hablar, amigo Tiburcio, porque como sentido y agraviado tiene U. razón de expresarse así.

– Y lo que siento es no poder hablar con el presidente.

– No importa, si quiere U. yo publicaré lo que U. dice.

– ¿Lo publicará U.? ¡Qué señor don Tunante!

– ¿Y por qué no, amigo mío?

– ¿En su gaceta?

– En mi gaceta.

– ¡Qué señor don Tunante! ¿Con que lo publicará usted? Hombre; me ha de vender usted un periódico de esos para llevarlo y leerse a mi mujer. Cuando piense la pobre que va usted a sacarme en letras de molde; ¡pobre Chepa!, y con qué alegría me dijo: si ves a don Tunante le has de dar mis memorias, y que gustazo ha tenido la pobre el día que supo el triunfo del General; le mandó decir su misa, como no, y lo encomendamos a Dios, porque si este hombre no ve por nosotros yo no sé qué esperanza nos queda. Quería mandarle un regalito, pero yo le dije: no Chepa; eso sí que no; no vayan a creer que yo también quiero destino; en fin, ya lo he molestado largo rato, no me vayan a cerrar mi posada.

– ¿Dónde se ha alojado usted, señor don Tiburcio?

– Donde un compadre mío, en una calle que me da mucha risa

– ¿Cómo se llama?

– Hombre, usted perdonara la mala crianza, creo que se llama Siete Jeringas, y se echó a reír don Tiburcio.

– Pues yo vivo en la Faltriquera del Diablo.

– ¡Jesús me ampare!, dijo el buen hombre, santiguándose, y yo creo que rezando alguna oración se despidió de mí.

ANEXO 10

RASGOS DE PLUMA DE EL TUNANTE. Ilustrada con litografías y fotograbados
Lima, Víctor A. Torres Editor, 1899.

PROSPECTO

Mucho tiempo hace que el público reclama la obra que nos proponemos ejecutar: la publicación en un tomo de los principales artículos, comedias y estudios de EL TUNANTE, aun del extranjero se solicita este trabajo, que responde, por otra parte, a una verdadera necesidad: los tiempos pasan, la sociedad cambia y sino se cuida de guardar la fisonomía y manera de ser de la época, se pierde para el historiador y el sociólogo preciosa fuente de información y estudio.

El Perú colonial tiene su escritor cuidadoso y prolijo, su pintor popular: el afamado Palma. Entre los que mejor pueden darnos idea del Perú contemporáneo tenemos AL TUNANTE.

La circunstancia favorable de haber nacido en el interior de la República, y la de haber vivido en la costa, habiendo además recorrido todos nuestros pueblos y todas nuestras zonas, le han hecho poseedor de una caudal de conocimientos valiosos, de los que con profunda observación, recto juicio y gracia especial, ha sabido sacar provecho para presentarnos tipos, costumbres, escenas, cuadros completos de la vida, por decirlo así, de la Nación: de lo que somos y cómo somos.

Son tan originales, tan palpitantes y de tal índole los RASGOS DE PLUMA de Abelardo M. Gamarra que en Méjico, Argentina, Bolivia y otros países, se les reproduce con aplauso, siendo solicitados por los hombres de estudio que en Europa cuidan de formarse concepto de las cosas de América.

Nos parece pues, que realizamos algo bueno y quizá algo patriótico; y como sería pesado y menos fácil el hacer la impresión por completo, para mayor comodidad y a fin de poder vencer la dificultad no pequeña de obtener ilustraciones adecuadas, nos proponemos hacer la publicación por entregas.

—

Condiciones para la suscripción

Esta interesante obra nacional se publica por entregas de 32 páginas, las que se reparten a domicilio, semanalmente, al precio de veinte centavos, que se abonarán al recibirlas. Tiene ilustraciones adecuadas, fotograbados o litografías de los mejores artistas que hay en Lima y cada una de ellas equivale a ocho páginas de lectura. Algunas llevan piezas musicales, peculiares de nuestro país.

—

Las personas que deseen suscribirse, se servirá firmar la papeleta adjunta y abonar veinte centavos, valor de cada entrega.

El Editor